

# Trinity Blood

Reborn on the Mars IV

El estigma  
de la santa

SUNAO YOSHIDA

Genko Books

X YneYer





¿Por qué tenemos que odiarnos?  
¿Por qué tiene la sangre que manchar la tierra?  
La muchacha busca la respuesta a esas preguntas,  
pero todavía no ve la estrella de la esperanza.



Pese a todo, debo prometer  
a los han muerto  
que seré digna del nombre de santa...





El mastín de acero y la hechicera negra  
cazan a la presa que les han ordenado.  
En su rostro no hay misericordia,  
en su veneno no hay piedad.

Sin embargo, no ha nacido aún quien pueda  
escapar al Clan del Colmillo...





# **TRINITY BLOOD**

**REBORN ON THE MARS 4**

**El estigma de la santa**

**Sunao Yoshida**



# Índice

Prólogo: El visitante invernal	13
Capítulo 1: El regreso de la estrella	20
Capítulo 2: La hechicera del templo	63
Capítulo 3: El Clan del Colmillo	97
Capítulo 4: El estigma de la santa	140
Epílogo: El camino de la santa	184



## PERSONAJES

### LOS PERSONAJES DE TRINITY BLOOD R.O.M.



**Abel Nightroad:** agente de Ax, Krusnik.

---



**Esther Blanchett:** agente de la Secretaría de Estado de la Santa Sede.

---



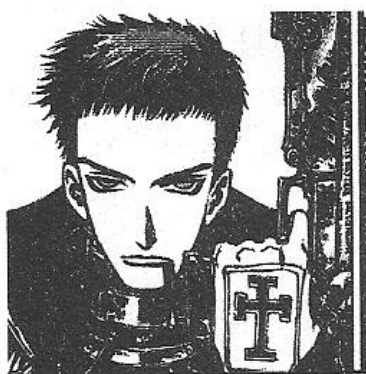
**Shahrazad Al Rahman:** noble del Imperio de la Humanidad Verdadera. Condesa de Babilonia.

---



**Caterina Sforza:** cardenal. Secretaria  
de Estado del Vaticano.

---



**Tres Iqus:** agente de Ax, Gunslinger.

---

**Mónica Argento:** agente de Ax, Black  
Widow.

---



**Alessandro XVIII:** sumo Pontífice.

---





**Hermano Petros:** director de la Inquisición.

---



**Emanuele d'Annunzio:** arzobispo de István.

---

**Antonio Borgia y Borgia:** cardenal. Ministro de Información del Vaticano.

**Isaac Butler:** mayordomo de un aristócrata de Albión.



# El mundo de Trinity Blood

- 1 Roma
- 2 Venecia
- 3 Über-Berlin
- 4 Viena
- 5 Londinium
- 6 Sevilla
- 7 Valencia
- 8 Barcelona
- 9 Massilia
- 10 Lutetia
- 11 Praga
- 12 Cracovia
- 13 Skopje
- 14 Cartago
- 15 István
- 16 Timisoara
- 17 Bizancio

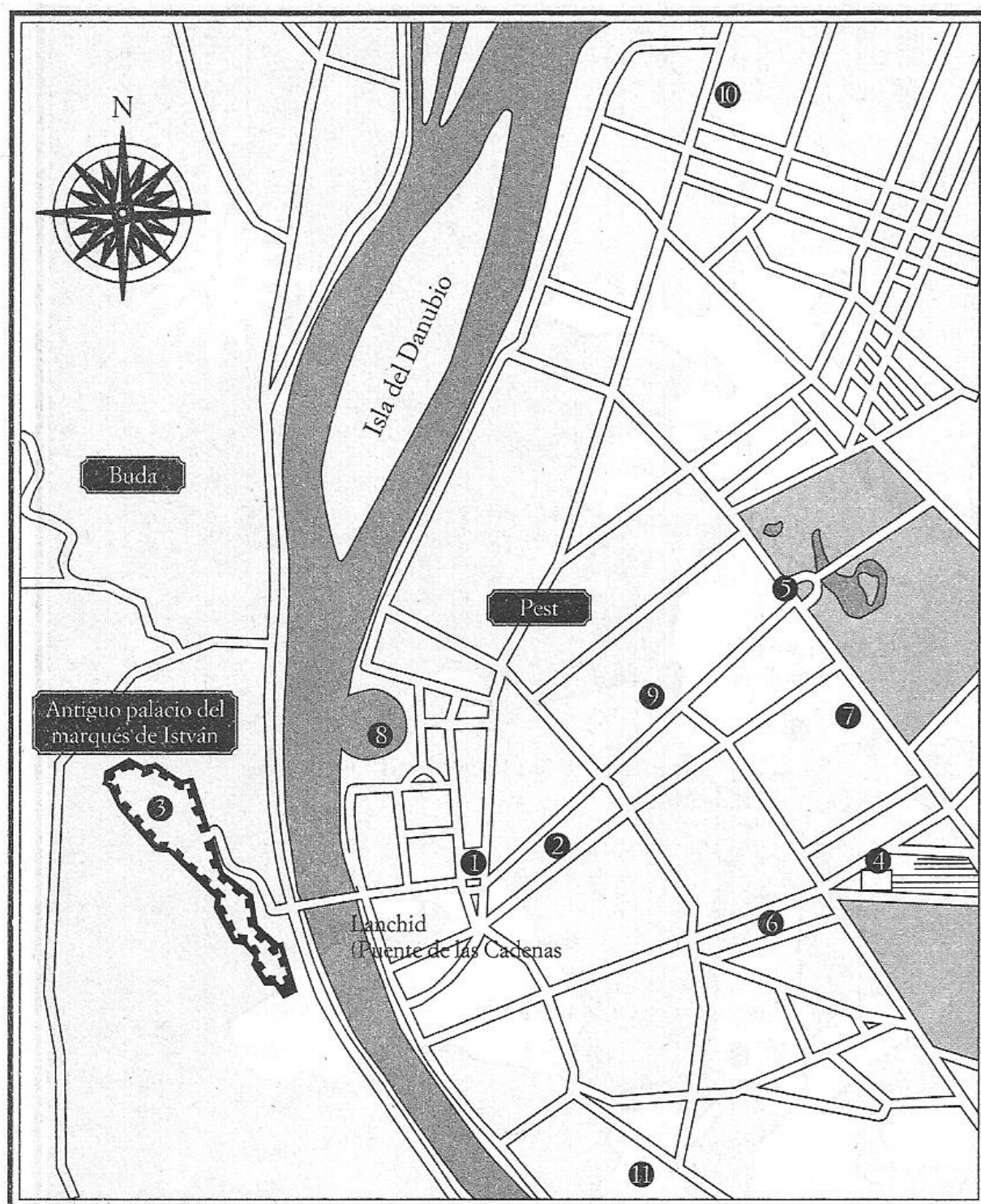








## István. Protectorado del Vaticano



- 1 Catedral de István
- 2 Teatro de la Ópera
- 3 Central de la Guardia
- 4 Estación Central de István
- 5 Plaza de los Héroes
- 6 Hotel Csillag

- 7 Antigua catedral de San Mattyás
- 8 Restos de la antigua central de la Guardia
- 9 Calle Andrassy
- 10 Estación Forgách Utca
- 11 Antiguo Museo de Artes Aplicadas



# Prólogo

## EL VISITANTE INVERNAL

Y alzaremos pendón en el nombre de  
nuestro Dios.

Salmos 20,5

—Solicitamos permiso para entablar combate, excelencia.

La primera helada del invierno había convertido el camino nevado en un lodazal. La niebla que se elevaba del río que cruzaba la llanura cubría el terreno con un abrazo frío.

Eran las seis de la mañana y el sol aún no había salido, como era propio de la estación. Normalmente, la oscuridad y el silencio hubieran dominado la escena, pero aquella mañana era diferente. La paz de la madrugada desapareció bajo el estruendo de los cascos de los caballos que montaban seis figuras y otros tantos focos que parecían perseguirlos. Girándose hacia las luces que brillaban entre los frondosos árboles, el anciano gritó de nuevo:

—Si seguimos así será cuestión de tiempo que nos capturen. Los entretendremos aquí para que su excelencia pueda escapar.

—¡Silencio, Ahmed!

Pese a que la piel de su caballo ya estaba perlada de sudor, la condesa de Babilonia lo azuzó de nuevo con el látigo, mientras acallaba a su fiel vasallo. En el aire gélido del amanecer, sus gritos se tornaban vapor pálido.

—No voy a dejar atrás ni a uno solo de vosotros. ¡En vez de perder el tiempo diciendo tonterías, corre más deprisa!

—Pe..., pe..., perdonadme, excelencia... Nos han descubierto por mi culpa.

La voz temblorosa pertenecía a Selim, que cabalgaba al lado de su señora. El más joven de los vasallos de la condesa de Babilonia se aferraba a las riendas con rostro apesadumbrado.

—Si no me hubieran visto...

—Ahora ya no tiene remedio. Deja de echarte la culpa —suspiró la condesa, intentando consolar al joven *terrano*.



Ya habían pasado tres días desde que escaparon de Timisoara a través de aquellas tierras salvajes. Al principio habían logrado pasar desapercibidos, yendo con cuidado de no levantar sospechas entre los terranos de las aldeas en las que se aprovisionaban. Pero un grito inoportuno del joven había hecho que los descubrieran los bárbaros. Cuando se encontraron con la patrulla, Selim había pensado que el tabaco que fumaban los soldados era un incendio.

Sin embargo, la condesa de Babilonia no tenía intención de reprochárselo al inexperto muchacho. Al fin y al cabo, que se vieran en aquella situación era, en última instancia, culpa suya. Si no se hubiera visto implicada sin saberlo en el complot organizado por su tío, el duque de Tigris, no habría tenido que abandonar su patria llevándose consigo a sus vasallos y no estaría entonces perseguida por los bárbaros en una tierra extraña.

Todo se debía, por lo tanto, a su condición de rebelde...

—¡Estamos perdidos, excelencia! ¡Pronto saldrá el sol! —chilló Ahmed al ver que ya empezaba a distinguirse el contorno de las montañas más allá del río.

Las nubes cargadas de nieve habían hecho que tardaran en darse cuenta del color azulado que había comenzado a tomar el cielo. Su plan original había sido esconderse en los espesos bosques y esperar allí a la puesta de sol. Al día siguiente, seguirían su camino hacia Albión a través de aquellas tierras bárbaras. Eso era lo que habían planeado, pero todo había cambiado de golpe. Tal y como estaba la situación, aunque logaran escapar de los bárbaros no tendrían tiempo de encontrar refugio en la ciudad antes de la salida del sol.

—¡Deteneos todos! —gritó la condesa, alzando el brazo.

A lo lejos se veían las cúpulas y pináculos de la extraña ciudad, rodeada por el curso del río. Parecía una ciudad animada y llena de vida, pero sabía que su cuerpo no resistiría lo suficiente para llegar. Después de tomar una decisión, la condesa se giró hacia sus vasallos.

—Quiero agradeceros que me hayáis seguido hasta aquí. La casa de los condes de Babilonia os estará siempre agradecida por la fidelidad y la entrega que habéis demostrado.

—Pero... ¿qué estáis haciendo, excelencia? —gimió Ahmed, con voz apremiante.

¿Cómo podía su señora permitirse hablar con tal calma en un momento tan desesperado? Con cara de querer agarrarla de las solapas y salir corriendo, prosiguió con tono acuciante:

—¡Hay que darse prisa o nos alcanzarán!

—Efectivamente. De todos modos, que nos alcancen es sólo cuestión de tiempo... Por eso he decidido que me quedaré atrás.

—¿!?



Los rostros de los vasallos se quedaron como electrificados. Estaban tan atónitos que se olvidaron incluso de responder, mientras la condesa de Babilonia les hablaba con serenidad, pero en un tono que no admitía réplica.

—Yo me quedaré aquí. Así, mientras gano algo de tiempo, vosotros podréis huir. Después, podréis volver al Imperio y buscar un nuevo señor, o quedaros a vivir en el exterior... A partir de ahora sois libres.

—¿Ha..., habéis perdido la razón, excelencia? —gritó Ahmed cuando se recuperó de la sorpresa.

El anciano sirviente, que había acompañado a su señora desde su infancia en la casa del duque de Tigris, vertía lágrimas de dolor.

—¡Por muchos nobles que haya en el Imperio, nosotros no tenemos más señora que vos! ¡Sea en el exterior o en las Tierras Baldías, nunca os abandonaremos! Por favor, permitidnos seguir a vuestro lado.

—¡De ningún modo!

El látigo restalló con fuerza.

Con los ojos brillantes, la noble imperial miró a sus vasallos.

—Aunque fuera contra mi voluntad, el haber traicionado a Augusta es responsabilidad mía. Si además arrastro a mis vasallos conmigo a la desgracia, el nombre de mi familia quedará deshonorado para toda la eternidad... He reflexionado largamente hasta tomar esta decisión. ¡Al próximo que me conteste le abofetearé!

—Pero, excelencia...

Ante la mirada centelleante de amatista, los vasallos bajaron la cabeza.

Si hubieran estirado el brazo, ya podrían haber tocado el halo de luz de tres de los focos que los perseguían. Las gigantescas siluetas cubiertas de planchas de hierro los tendrían al alcance de sus armas automáticas en pocos minutos.

En circunstancias normales, el poder de combate de un aristócrata imperial habría bastado para dispersar a una patrulla de coches blindados como aquélla. Sin embargo, se encontraban en territorio hostil, y su destino final, Albión, aún estaba a más de mil kilómetros de distancia. Abandonar a su señora en una situación así era para los vasallos como arrancarse la mitad del cuerpo, y más considerando que sería para que sólo ellos se pusieran a salvo.

—Entonces, nos quitaremos la vida aquí mismo —murmuró Ahmed con la cabeza gacha, mientras desenvainaba su espada y se la llevaba al cuello—. Nuestra señora nos pide que la dejemos atrás. No es propio de un vasallo leal vivir más que su señor. Menos aún abandonar a su señor en territorio enemigo. Cuando todas las opciones implican incurrir en deslealtad, ¿no queda otro camino que la muerte!



—¡*Dobitoc!* ¿Qué estupideces estás diciendo!? —vociferó la condesa, con un gesto nervioso, al ver cómo aparecían las primeras gotas de sangre sobre el filo—. Sólo tenéis una vida corta, ¿y queréis despilfarrarla así?

—Disculpad mi atrevimiento, pero ¿acaso no es su excelencia quien está a punto de desperdiciar su vida? —respondió Ahmed, sin apartar la espada del cuello—. En estas tierras bárbaras no hay muro de lapislázuli que pueda proteger a los *methuselah*. Quedaros sola aquí equivale al suicidio. ¡Sois lo bastante inteligente para comprenderlo!

El anciano vociferaba mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Y él no era el único que sollozaba. Selim, que estaba a su lado, y el resto de los vasallos tenían todos el rostro lloroso. Mirando a la condesa, que callaba, avergonzada, Ahmed redobló sus esfuerzos para convencerla.

—Somos débiles, pero tenemos fuerza suficiente para protegeros de los bárbaros... Os lo ruego. ¡Dejad que os acompañemos hasta el final!

—Sois... unos bobos.

Para un aristócrata imperial, llorar delante de terranos era una gran vergüenza. La condesa levantó el rostro hacia el cielo, que se estaba volviendo del color de una ala de paloma, y dijo con decisión:

—La verdad es que no tenéis remedio... Bueno, ante tanta insistencia, no tengo nada que decir. Haced lo que queráis.

—¡G..., gracias!

Los cinco bajaron la cabeza al unísono. Viendo los rostros húmedos pero alegres de sus vasallos, la condesa de Babilonia suspiró para sus adentros con un punto de alegría.

¿Hasta cuándo seguirían a una señora tan irresponsable como ella? Cualquier noble estaría dispuesto a aceptar vasallos tan capaces.

Podrían haberse convertido en vasallos del Estado, o haber servido a otra familia aristocrática. Podrían haber hecho lo que hubiesen querido, en vez de seguirla en su derrota y abandonar la tierra en la que siempre habían vivido. Podrían...

<<Tengo que protegerlos como sea...>>

<<La sangre más noble es la primera en correr.>> La condesa de Babilonia sacó con decisión los largos guantes plateados que llevaba guardados en la silla. Se los puso, completamente extendidos hasta el codo, e hizo girar la montura para encarar a los vehículos blindados que los perseguían.

—Entonces, lo prioritario es dispersar a nuestros enemigos... ¡Seguidme! —gritó al tiempo que descargaba el látigo sobre la montura.

Como azuzado por el espíritu guerrero de la jinete, el caballo de guerra se lanzó como una bala hacia los vehículos blindados. Cuando la

ametralladora instalada sobre el vehículo de la derecha se giró hacia ella, la methuselah ya no estaba sobre la silla.

La condesa apareció como un espejismo encima de la torreta marcada con el emblema de la doble cruz y dirigió uno de los brazos vestidos de plata, a media potencia, hacia el blindaje.

Con un ruido sordo, la torreta empezó a arder. El blindaje no mostraba ningún daño visible. Sin embargo, el motor del monstruo de acero estaba completamente destruido y, con un chirriar de frenos, el vehículo cayó en la cuneta y se quedó inmóvil.

—¡Ahora, Ahmed! ¡Aprovechad ahora para atravesar sus líneas! —vociferó la condesa mientras apuntaba al siguiente vehículo.

Después de comprobar que sus vasallos habían oído la orden, tensó el cuerpo de nuevo para entrar en *haste*. Las piedras preciosas engarzadas en los brazos de plata lanzaron un brillo azulado y el aire a su alrededor vaciló como una llama bajo el efecto de la vibración que provocaban los artefactos.

Mientras tanto, sus adversarios no se habían quedado cruzados de brazos. El vehículo del centro había conseguido apuntar a la methuselah con la ametralladora y abrió fuego. La ráfaga atravesó el aire azulado con vuelo seguro hacia la condesa...

Pero no se oyó ningún grito agónico ni tampoco el ruido de la carne despedazada. Con un estallido metálico, las balas salieron desviadas. Era como si frente a su objetivo hubiera aparecido una muralla invisible. Rodeada de un estruendo imperceptible, la methuselah se abalanzó hacia el origen de la andanada. Metió las manos debajo del vehículo y le dio la vuelta con un grito salvaje. El coche blindado rodó por el suelo y quedó inutilizado.

—Y ahora el último...

Viendo cómo sus compañeros desaparecían a esa velocidad, el vehículo de la izquierda tuvo un momento de desconcierto en el que se movió de manera errática por el lodazal. Al percatarse de la confusión de sus adversarios, la condesa esbozó una sonrisa. No sabía qué les esperaba más adelante, pero de momento parecía que podrían salir de aquélla. De todos modos, vaya enemigos más debiluchos. No esperaba que el ejército del Vaticano...

—¡E..., excelencia!

La voz tensa era de uno de sus vasallos.

Si les había ordenado escapar, ¿qué hacían allí todavía?

Al volverse, irritada, la condesa descubrió la razón por la que no se habían movido. Una polvareda se elevaba de la cordillera... ¡Más enemigos!

—¡Maldita sea! ¡Ahmed, vosotros entregaos, que yo...!



Cuando se cortó en seco el grito de la condesa, ni ella misma sabía lo que había pasado.

Un dolor pavoroso le recorrió todo el cuerpo, como si se encontrara en medio de una llamarada, y una luz blanca la cegó. Al girarse, tambaleándose, ya tenía la piel llena de horribles queloides.

¿Era el sol?

No podía ni siquiera gritar.

Una luz dorada iluminaba las cordilleras que quedaban a su izquierda. Aunque el sol invernal fuera débil, aquel disco de luz era el enemigo mortal de los methuselah. El bacilo, activado por los rayos ultravioleta, empezó a devorar el cuerpo de su anfitriona. La aristócrata cayó al suelo, sufriendo como si la estuvieran quemando viva.

—¡No, excelencia!

Selim se lanzó a la carrera hacia su señora para intentar rescatarla. La methuselah se convulsionaba levemente, espumeando por la boca.

—¡Excelencia! ¡Excelencia, resistid!

—¡Excelencia, ¿estáis bien?!

Si hubieran seguido cabalgando, alguno de ellos podría haber escapado entre la confusión. Sin embargo, los cinco vasallos hicieron girar las monturas. Como si no hubieran visto a los soldados que descendían del vehículo, se dirigieron todos hacia su señora.

—¡Excelencia, respondednos!

—¿Po..., por qué no habéis escapado...? —gimió violentamente la condesa, escupiendo sangre, mientras miraba de forma alternativa los rostros preocupados de sus vasallos y los soldados que se acercaban con las armas a punto—. Huid vosotros... No hace falta que...

—Excelencia, no nos pidáis que...

La hemorragia que llenaba la boca de la methuselah convertía sus palabras en una farfulla incomprensible. Sin embargo, sus vasallos parecían entenderla perfectamente.

—Vos lo sois todo para nosotros —respondió Ahmed—. Si os tenemos que dejar, nos da lo mismo vivir que morir. Casi es peor lo primero... Si no hemos podido sobrevivir juntos, al menos moriremos así.

Arrodillados, los cinco vasallos formaban un círculo alrededor de su señora, intentando protegerla del sol con sus sombras. A sus espaldas, el líder de los soldados que los rodeaban alzó el brazo.

—¡Pelotón, apunten! —Dirigiéndose a la vez a los soldados y la ametralladora del vehículo blindado, gritó con voz tensa—: El enemigo es un vampiro. ¡No podemos fallar! ¡Fue...!

—¡Esperad, teniente Dobó!

La voz que interrumpió al oficial provenía del vehículo.

Un hombre equipado con auriculares, con aspecto de operador de radio, sacó la cabeza por la torreta y gritó:

—¡Hay una llamada del cuartel general para mi teniente!

—¿Una llamada?

Una vez recuperado de la sorpresa, el oficial asintió. Echó a correr hacia el vehículo y tomó en seguida los auriculares.

—Dobó al habla —anunció con una formalidad casi fastidiosa—. Afirmativo. Uno de los objetivos es, en efecto, un vampiro. Los hemos capturado y vamos a elim... ¿¡Qué!? No, pero... Bien, comprendido. Actuaremos según vuestras instrucciones.

El teniente asentía con una expresión de disgusto equivalente a quien debe tomarse un jarabe nauseabundo. Cuando se encendió la luz roja que anunciaba el final de la conexión, le devolvió los auriculares al operador de radio y se giró hacia el soldado que parecía su segundo y que le miraba, expectante.

—Golpead a los prisioneros hasta que se callen —dijo con voz dura—. Y preparad el agua bendita... Vamos a actuar según el protocolo.



# Capítulo 1

## EL REGRESO DE LA ESTRELLA

Y yo les he manifestado tu nombre, y manifestarelo aún.

Juan 17,26

### I

—¡Aaay, ya no puedo más!

—¿Por qué estáis lloriqueando otra vez, padre? —preguntó Esther Blanchett, con tono de fastidio, a su compañero, que ponía cara como de condenado a muerte.

Rodeada del vapor del tren, a medio bajar la escalerilla, giró el rostro ligeramente bronceado hacia su interlocutor.

—No perdáis el tiempo y bajad en seguida. Si os quedáis ahí, estorbaréis a los demás pasajeros.

—Esther..., ¿no sería posible que me volviera directamente en este tren?

La luz del atardecer que se filtraba a través del techo de cristal teñía el andén de llegadas internacionales de un tono rojizo. En el aire invernal, duro como el beso de una bruja, se movían, atareados, los pasajeros y empleados de la estación.

Quien seguía quejándose con obstinación era el alto sacerdote de rebelde cabellera plateada que acompañaba a Esther. Si hubiera estado callado, podría haberse dicho incluso que era atractivo, pero no abandonó su expresión miserable mientras descendía del vagón con una maleta en cada mano.

—¿Qué es eso tan urgente que quiere la cardenal? Si es un informe, lo podríamos haber hecho en Roma. Venir precisamente aquí... Tengo muy malos presagios. Sé que me volverá a pasar algo horrible.

—Padre, ¿no es una cosa ya habitual que os riña su eminencia? Pensaba que ya estabais acostumbrado.

El padre Abel Nightroad asintió sin dejar de murmurar mientras Esther agitaba con gesto teatral la larga melena pelirroja. Después de un año de trabajar juntos, ya había aprendido que no tenía sentido razonar con aquel quejica. Levantando su maleta con las dos manos, la monja echó a andar por el andén, sin expresión en el rostro.

La zona de llegadas internacionales estaba a rebosar de gente. Debían de estar llegando los participantes de la ceremonia que se iba a celebrar tres días después. Todos los viajeros llevaban grandes maletas, y el aire estaba lleno de conversaciones incomprensibles. En medio de la confusión, la monja se puso en marcha con paso regular...

—¡Ah...!

Al sentir el aire de la noche en los pulmones, Esther lanzó un pequeño suspiro. Como si por fin se hubiera dado cuenta de dónde estaba, se detuvo en seco y miró por una de las ventanas de la estación.

—Claro... He vuelto...

El paisaje que se desplegaba ante sus ojos no era el de Roma, donde había pasado el año anterior.

No era tampoco el de Bizancio, donde habían estado hasta hace pocos días antes, ni el de Skopje, donde habían hecho una parada aquel día. La ciudad rodeada de suaves colinas y atravesada por un río serpenteante era ciertamente parecida a Bizancio o a Roma. Sin embargo, los capiteles retorcidos y los azulejos de cerámica le daban al panorama una personalidad propia. Era el paisaje que había rodeado a Esther desde que había tenido uso de razón.

La ciudad de István, protectorado del Vaticano.

Era la más oriental de las ciudades controladas por la humanidad... y el lugar que había visto crecer a Esther.

—No ha cambiado nada..., nada...

Ante la ciudad que volvía a ver un año después, Esther lanzó otro suspiro.

Ella había cambiado mucho, pero su ciudad seguía igual. El correr del Danubio, las grietas de los adoquines... La luz dulce del atardecer abrazaba el mismo paisaje que Esther había abandonado un año atrás.

Sin embargo, aunque pensara que su ciudad seguía siendo la misma, ¿podría sentirse a gusto?

Allí había tenido experiencias tristes y dolorosas, cuyo recuerdo le hacía sufrir. Quizá aquello era inevitable cuando uno volvía a su tierra natal...

—Aaaaay, ¿en qué me habrán pillado esta vez?

La joven estaba ahora absorta en sus cálidos recuerdos, pero volvió en sí en seguida ante aquella voz que parecía salida de lo más profundo del infierno. Molesta, se giró, y se encontró con una larga figura que suspiraba



de forma melancólica. El sacerdote de gafas se mesaba los cabellos como un mal actor de tragedia que quisiera transmitir la idea de cargar con todo el dolor del mundo.

—¿Se habrán enterado de que he montado un huerto en el seminario? ¿O habrán descubierto aquellos picos que les añadí a las facturas...? ¡Aaaay, Señor!, ¡protege a tu servidor! ¿No puedes conseguir que hagan la vista gorda?

—Tengo la sensación de que antes de haceros religioso ya erais un fracaso como ser humano...

¡Señor! ¡Que no pudiera ni tener un momento de paz estando con aquel compañero!

Esther suspiró profundamente, compadeciéndose de sí misma. Pensándolo bien, era precisamente en ese lugar donde había visto al padre por primera vez, un año atrás. Ese encuentro había sido el principio de la persona en la que se había convertido. En circunstancias normales, sería un recuerdo muy importante. ¿Por qué era incapaz de emocionarse?

—Pero la verdad es que algo de razón sí lleváis, padre... —siguió hablando Esther, con cuidado de no cruzar la mirada con su acompañante—. ¿Por qué nos habrá hecho venir su eminencia a István? Aunque hagan la ceremonia por los caídos, no tenemos por qué asistir nosotros... ¿Será que quiere oír el informe acerca del imperio cuanto antes?

—Si sólo es eso, estaremos de suerte... Para volver a Roma desde Skopje, pasar por aquí tampoco supone un cambio tan importante en la ruta en cuanto a distancia. Pero a la cardenal no le gusta nada cambiar los planes. Que haya dado una contraorden es extremadamente raro... ¡Aaaay, seguro que me han pescado en algo!

Ante la mirada extrañada de la monja, el sacerdote se puso en cuclillas y se agarró la cabeza.

Dos días antes, cumplida su misión en Bizancio, habían llegado a Skopje, capital del marquesado de Macedonia. Según las instrucciones originales, desde allí debían tomar la vía que avanzaba hacia el oeste con destino a Roma. Sin embargo, habían recibido un mensaje cifrado que les ordenaba cambiar los planes: <<En vez de volver a Roma, dirigíos a István para participar en la ceremonia por los caídos. Informad de vuestra misión cuando nos encontremos>>.

La ceremonia a la que se refería el mensaje era en honor a los caídos en la batalla de István del año anterior. La promovía el arzobispo de la ciudad e iban a estar presentes el ministro de Información del Vaticano, Antonio Borgia, y el propio papa Alessandro. Como secretaria de Estado, al cardenal Caterina Sforza también iba a participar, y por eso se encontraba entonces en la ciudad. A ese respecto, reunirse en István para presentarle el informe de la misión tenía sentido. Lo que Esther no entendía era otra cosa...

<<Participar en la ceremonia por los caídos.>> ¿Por qué les había convocado explícitamente a participar en la ceremonia? Quienes la organizaban eran el arzobispado y el ministerio de Información. Esther, que trabajaba para la Secretaría de Estado, no tenía nada que ver con ellos. ¿Sería que había una nueva misión? La verdad era que un poco extraño sí le parecía.

—Bueno, lo más fácil será preguntarle directamente a la duquesa de Milán... Apresuraos, padre.

La aglomeración era considerable. Si no se daban prisa en salir de la estación y tomar un coche de punto, tendrían que ir andando hasta el hotel que les había reservado la Secretaría de Estado. Para intentar evitarlo, Esther levantó a la fuerza a su compañero. Sacando los billetes de los dos, se dirigió con decisión hacia el punto de control.

—Quedarse aquí desvariando tampoco ayuda mucho. Hay que presentarse en seguida ante la cardenal y hacer el informe.

Por motivos de seguridad, el andén de llegadas internacionales estaba separado del exterior por unas puertas giratorias. Esther mostró al funcionario su pasaporte, que la identificaba como empleada de la Santa Sede, y cruzó rápidamente las puertas para salir al exterior. Mientras el sacerdote cumplía con el mismo proceso, se giró para buscar algún coche de punto...

—¡¡¡Hermana Esther!!!

Un brutal y ensordecedor griterío se elevó a su alrededor.

Al mismo tiempo, los ojos se le llenaron de una luz blanca. No tuvo ni tiempo de darse cuenta de que se trataba de los flashes de una multitud de daguerrotipos. La monja desvió la cara mientras una oleada de voces caía sobre ella.

—¡Hermana Esther! ¡Por fin, estáis aquí! ¡Unas declaraciones, por favor!

El coro de voces correspondía a una muchedumbre de hombres y mujeres armados con blocs de notas y plumas estilográficas. Deslumbrada por los flashes, Esther no podía distinguir sus expresiones, pero no parecía que aquellas voces violentas se dirigieran a ella por error o que todo fuera una elaborada broma. Entre la masa que se agolpaba alrededor de la monja y el sacerdote seguían brillando los flashes.

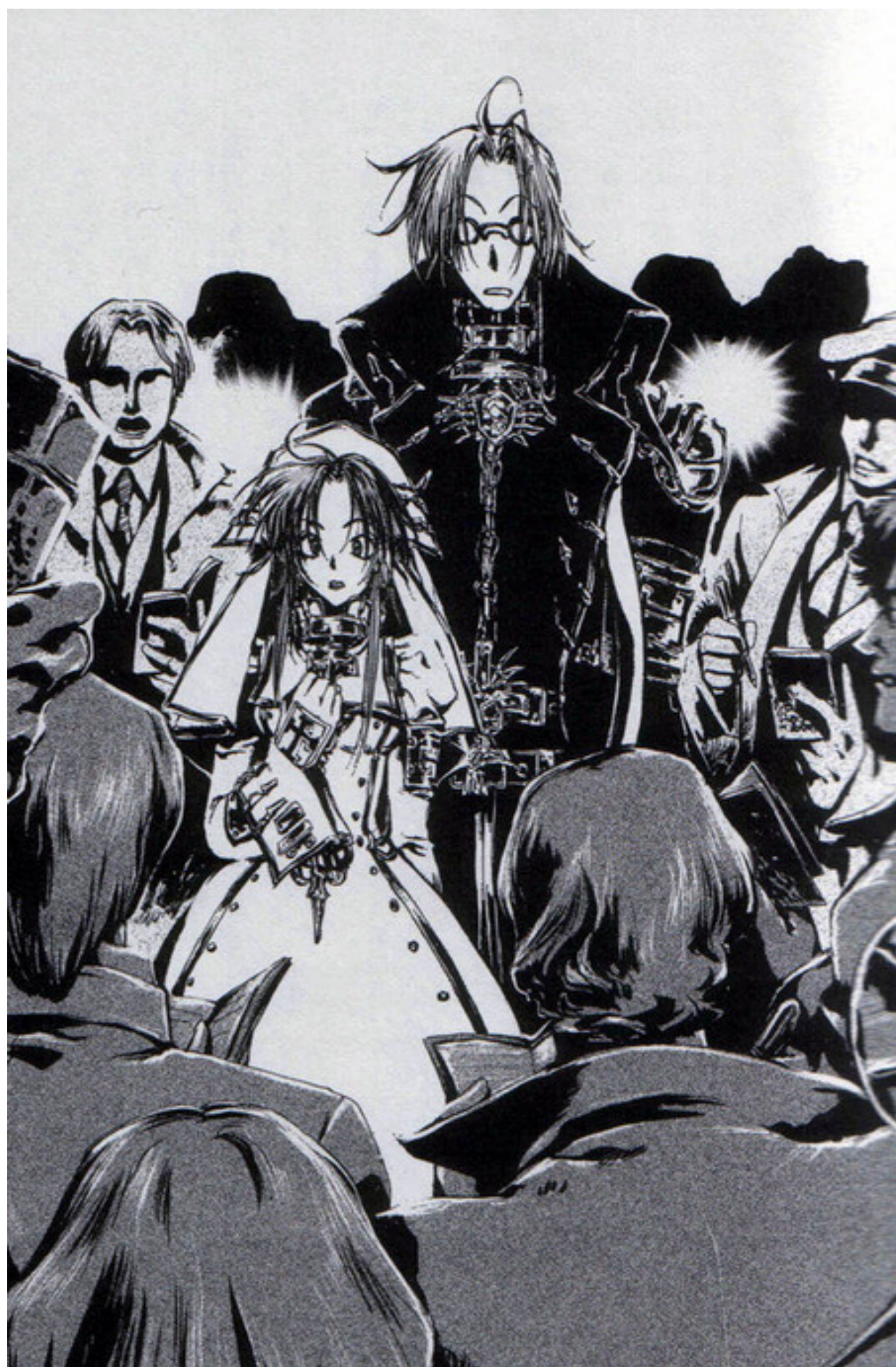
—¿Eh? ¿¡Eh!?

Pero ¿qué estaba ocurriendo?

Esther se había quedado atónita, rodeada por los destellos.

Toda aquella gente parecían ser reporteros y periodistas. Los que cargaban con aquella grabadora tan pesada, ¿serían de la radio? Los había de todas las edades y aspectos, pero todos llevaban en el pecho pases de prensa expedidos por el Ministerio de Información del Vaticano. Pero ¿por qué estarían los medios de comunicación tan interesados en ella?





Aturdida por los acontecimientos, Esther no podía hacer nada más que quedarse allí de pie. Fue entonces cuando resonó una risa a su espalda.

—¡Je, je, je! ¡Por fin, ha llegado mi hora! ¡Por fin, reconoce el mundo mi carisma!

Abel, que hasta entonces había estado igual de sorprendido que ella, empezó a fanfarronear con aire jactancioso. Girándose con tal rapidez que parecía que iba a romperse un hueso, ofrecía a las cámaras el perfil que pensaba que más le favorecía.

—¡Hola a todoss! Como veo que tenéis tanto interés, voy a contaros algunos secretos sobre mí. Mi nombre completo es Abel Nightroad. Soy sacerdote itinerante del Vaticano. Soy Virgo y mi número de la suerte es el 13. Respecto a mi carrera, precisamente me estoy planteando escribir unas memorias que... ¿¡Eh!?

Lanzando un grito como de sapo, el sacerdote fue engullido por la masa de periodistas que se apelotonaban sin piedad. Ignorando sus gemidos, los reporteros empezaron a bombardear a preguntas a Esther, que seguía inmóvil en el centro de la multitud.

—Hermana Esther, ¿qué impresiones tenéis al volver a vuestra tierra natal?

—Ya hace un año que acabasteis con Gyula, ¿cómo os sentís ahora?

El griterío resonaba entre el sonido de los disparadores. De forma inconsciente, Esther retrocedió ante el tropel de periodistas y cámaras.

—¿Qu..., qué queréis?

Cuando su cerebro empezó a funcionar de nuevo con normalidad, se dio cuenta de que el objetivo de todo aquello era ella. Pero ¿por qué? ¿¡Qué esperaban todos aquellos periodistas de ella!? ¡Pero si no era más que una simple monja!

Las preguntas que se hacía Esther encontraron respuesta inmediata cuando un periodista de mediana edad, vestido con un abrigo sucio, le mostró un papel.

—Hermana Esther, ¿habéis tenido ocasión de ver el guión de esta nueva ópera? ¿Tenéis algún comentario al respecto?

—¡Eh..., eh...! No tengo ni idea de qué está pasando... ¿Una ópera...? ¿¡Qué ópera!?

Al mirar el papel, Esther se quedó con la boca abierta por la sorpresa.

Era un prospecto impreso en papel de gran calidad. No se podía decir que el diseño de colores variados o las frases propagandísticas fueran del mejor gusto, pero bueno. Más que eso, lo que dejó estupefacta a Esther fue la ilustración central.

Sobre el fondo de una cruz llamativa, una hermosa monja abatía a un hombre de un golpe de espada. Vestido con ropas aristocráticas, el caído

retorcía el monstruoso rostro y mostraba dos largos colmillos entre los labios. Y la leyenda del dibujo decía...

—<<La Estrella de la Desolación. Próximo estreno. Santa Esther y el diablo Gyula: ¡¡¡una lucha apocalíptica!!!>> ¡Pero ¿qué quiere decir esto?!

—Es una obra conmemorativa de la liberación de István, hermana Esther. Representa vuestra lucha contra el vampiro... ¿Acaso no sabíais nada al respecto?

Los periodistas la miraron, extrañados, pero Esther no se dio cuenta de ello. No estaba para esas cosas. Estrujando el papel entre las manos, intentó poner en orden el caos de sus pensamientos.

¿Santa Esther?

¡Pero ¿de dónde salía aquello?!

—Pues es una obra muy importante... —continuó el periodista, con cierto orgullo en la voz, como si fuera él mismo el guionista—. No sólo el casting, sino también la producción han contado con el apoyo del Ministerio de Información del Vaticano. El guión lo ha escrito el propio arzobispo de István y se ha invertido un presupuesto de un millón de dinares. Esta noche es el estreno... ¡Ah!, ¿es por eso por lo que habéis llegado hoy?

—¿Eh? Pues..., no...

Ante la pregunta, Esther no tuvo fuerzas más que para negar con la cabeza.

Lo que ocurría ante sus ojos parecía tan poco real que se diría que lo estaba soñando. Ella quería volver a su ciudad natal para pasear otra vez tranquilamente por las calles, visitar la tumba de la obispo, ir a saludar una a una a las familias de sus compañeros partisanos... Mientras recordaba sus planes, un ruido lejano hizo que volviera en sí.

—Hermana Esther Blanchett —resonó una voz monótona sobre el sonido del claxon.

Al buscar aquella voz conocida vio que, más allá de la masa de periodistas, había un coche aparcado. La cara que la miraba desde el asiento del conductor era una que conocía muy bien.

—¿¡Padre Iqus!?

—La duquesa de Milán me ha ordenado que venga a buscaros. Subid al vehículo, por favor —explicó, con voz inexpresiva, Tres Iqus, agente de Ax Gunslinger, con las manos en el volante—. Ignorad a los medios y presentaos de inmediato. Ésas han sido las palabras de su eminencia. Subid en seguida. La duquesa os espera en el teatro de la Ópera.

—¡De acuerdo!

¿Qué sería todo aquel alboroto? ¿Y qué hacía la duquesa en el teatro de la Ópera?



Tenía muchas preguntas en mente, pero asintió y siguió las instrucciones que le habían dado. Las órdenes de su superiora eran claras y con toda seguridad la propia Caterina le sabría explicar algo más acerca de aquella broma de mal gusto.

—Padre Nightroad, ¡levantaos que nos vamos!

—E..., es mi hora... Soy tan carismático...

Arrastrando como si fuera otra maleta a Abel, que aún seguía semiinconsciente, Esther echó a correr con todas sus fuerzas entre la lluvia de flashes y preguntas que le lanzaban los periodistas. Sin girarse hacia la masa que la perseguía, Esther gritó mientras se acercaba al coche:

—¡Padre Iqus, abrid la puerta opuesta!

Hacía tres meses que no se veían, pero no era aquel el momento para largos saludos.

—A quien están persiguiendo es a mí... Me reuniré luego con vosotros, pero servidme de señuelo ahora, por favor.

—Comprendido. Petición cumplida.

El pequeño sacerdote no dudó ni un instante. Probablemente, pensando en las posibles vías de acción, sus circuitos habían llegado a la misma conclusión que Esther. Abriendo con rapidez la otra puerta, añadió:

—Hora actual: dieciocho-cero-cero. La duquesa de Milán se encuentra en el teatro de la Ópera. Dirigíos hacia allí tan pronto como podáis. Yo despistaré a los medios.

Asintiendo con fuerza ante la voz fría pero segura, Esther dejó a su *equipaje* en el asiento trasero y salió corriendo por el otro lado del vehículo. Justo cuando acabó de esconderse tras unos materiales de construcción y se ajustó la cofia a la cabeza, el coche arrancó.

—¡Esperad, hermana Esther! ¡Unas declaraciones!

El plan surtió efecto y los periodistas salieron en tropel tras el vehículo, que había dejado tras de sí sólo el olor de los neumáticos quemados. Quienes habían sido lo suficientemente previsores se montaron en sus propios coches, y los demás tomaron coches de punto. Entre el torbellino de gritos y motores, nadie se fijó en el lugar donde se había escondido la monja.

—Ya se han ido...

Después de comprobar que todos se habían alejado, Esther se levantó y se sacudió el polvo.

¿Qué significaba todo aquello? Mirando el prospecto de nuevo, la joven se mordió los labios.

<<Conmemoración del primer aniversario de la liberación de István.>>

<<Santa Esther.>>

<<Diablo Gyula.>>

Esther arrugó el papel hasta hacerlo una bola y se lo metió en el bolsillo. Aquellas expresiones sensacionalistas le habían dejado una impresión muy desagradable en el pecho.

Tenía que hablar con la cardenal cuanto antes. Tenía que hablar con ella y oír de sus propios labios la verdad sobre toda aquella farsa...

—Un momento, hermana Esther, aún tengo una pregunta para vos —la detuvo una voz ronca justo cuando iba a empezar a andar.

Al girarse se encontró con un hombre enfundado en un abrigo manchado de hollín. Era el mismo periodista que le había dado el prospecto antes, o sea que era el único que se había dado cuenta de su estratagema.

—No esperaba menos de la joven que derrotó al marqués de Hungría. Sois muy astuta. Y gracias a ello yo tengo mi exclusiva... ¡Ah!, pero si ni siquiera me he presentado. Me llamo Clement, del *Picadilly Gazette*, de Albión.

El hombre le alargó una tarjeta de visita amarillenta. Aunque sonreía con educación, no dejó pasar la ocasión de repasar a la joven monja con la mirada.

—Ya os he dicho antes que no sé de que me habláis —respondió Esther, algo atemorizada, apartando por instinto la cara de aquella mirada penetrante—. Si queréis saber más acerca de la ceremonia, os recomiendo que vayáis directamente a la catedral, señor Clement. Yo no sé nad...

—No, no, lo que a mí me interesa son vuestras circunstancias personales, hermana.

Así que quien le sonreía con aire ligeramente burlón en la calle desierta era uno de aquellos famosos *paparazzi* de la prensa del corazón.

—He estado investigando acerca de vuestra familia... Sé que fuisteis abandonada de niña y que os crió la obispo... ¿Vitez, se llamaba? Por lo tanto, ¿no sabéis quiénes son vuestros verdaderos padres?

—S..., sé algo acerca de mi padre...

¿Qué derecho tenía aquel hombre a inmiscuirse así en su vida privada? Levantando la cara con decisión, le espetó:

—Pero sólo sé que era de Albión. ¿Ya hemos acabado con las preguntas, señor Clement? Tengo mucha prisa. Ya hablaremos en otra ocasión.

—Bueno, bueno, tampoco hay que ponerse así.

Sin embargo, al periodista no pareció afectarle su tono seco. Sin dejar de sonreír, se sacó del bolsillo unas cuartillas amarillentas. Eran documentos oficiales del ayuntamiento, como indicaban los sellos lacrados con el emblema de la ciudad.

—¿Qué creéis que es esto? Es una copia de vuestra partida de nacimiento, que estaba archivada en el ayuntamiento. Según estos

documentos vuestro padre fue Edward Blanchett, *knight bachelor* de Albión. El rango más bajo de la nobleza...

—¡Pero ¿cómo habéis...?!

Al ver los documentos que tenía el periodista, Esther enrojeció de ira y su respiración empezó a acelerarse. Se irguió para hacerle frente y le dijo:

—¡Dadme eso! ¡No tenéis derecho a husmear ahí!

—Si me contáis lo que quiero, os lo daré en seguida. Me ha costado bastante dinero conseguir esta copia. No os la puedo dar así sin más. Entonces..., volviendo a lo que hablábamos...

Clement rió, satisfecho, como disfrutando del hecho de llevar otra vez las riendas de la conversación. Agitando el papel en el aire, como si fuera un señuelo, el periodista prosiguió:

—Bien, vuestro padre fue Edward Blanchett, pero ¿sabéis qué tipo de persona era?

—¿¡No os he dicho que no sé nada más acerca de él!?

—¿Ah, sí? Pues yo tampoco. Y no soy el único. De hecho, absolutamente nadie sabe nada sobre él. Porque la verdad es que nunca existió...

—¿Eh?

Esther había alargado la mano para agarrar el documento, pero se detuvo en seco. Frunció las cejas y miró fijamente al periodista. ¿Qué quería decir con que <<nunca existió>>?

Como si gozara con la confusión de su interlocutora, Clement siguió hablando con lentitud.

—Según nuestras investigaciones, en Albión no hay huella alguna de un aristócrata llamado Edward Blanchett. Hemos examinado los registros nobiliarios, los archivos de nombramientos, incluso los documentos secretos del Instituto de Heráldica, pero no hay rastro de alguien llamado así.

—Eh..., eh... Pero eso...

Titubeante, Esther intentó encontrar una manera de responderle.

La verdad era que había evitado de forma consciente investigar acerca de su padre. Por su trabajo no lo habría tenido difícil si hubiera querido saber más sobre él, pero le daba miedo lo que podía encontrar.

De cualquier modo, las palabras de Clement eran demasiado impresionantes como para ignorarlas. ¿No había existido nunca un noble llamado Edward Blanchett?

—Claro está que la suplantación de la identidad o la falsificación del propio pasado tampoco son cosas tan raras. No sería el primero que llega a las provincias y dice que es un aristócrata de un país lejano... Pero hay una cosa que me intriga: que usara el nombre de Edward Blanchett dieciocho años atrás...



—¿?

Estaba claro que era una trampa. Incluso siendo consciente de que era la palabrería de su interlocutor lo que la estaba cautivando, Esther no intentó escapar. De hecho, incluso le animó a seguir hablando con una pregunta temerosa:

—¿Qué es lo que os intriga, señor Clement?

—Bien, ahora es cuando usted y yo podemos hacer negocios, hermana.

Al ver que su presa había tragado el anzuelo, el periodista agitó los documentos de nuevo y siguió hablando lentamente, mostrando unos dientes manchados de nicotina.

—¿Por qué no me acompañáis un momento? Sería mejor ir a un sitio tranquilo, donde podamos hablar sin que nadie nos importune.

—Pe..., pero es que ahora no tengo tiempo...

—¿No os interesa el trato?

Clement aguzó la mirada como un reptil que localiza a su presa. Con un suspiro teatral, se guardó el documento en el bolsillo.

—Pues entonces no hay nada que hacer. Ya publicaré el resultado de mis investigaciones en mi próximo artículo. <<El secreto del origen de la Santa>>... ¡Ah!, ya os enviaré una copia cuando salga. ¿Os la mando aquí, o mejor a vuestra oficina en Roma?

Esther tensó el rostro y, llevándose instintivamente los brazos al pecho, gimió:

—¿¡Estáis intentando amenazarme!?

—¡Ah!, veo que lo habéis entendido a la perfección, hermana —respondió el periodista, como si disfrutara de la reacción de la joven. Y añadió en tono amenazador—: ¿No lo veis? Sólo podéis tomar una decisión. O venís conmigo ahora y me concedéis la exclusiva, o el secreto de vuestro padre...

—Amenazar al prójimo usando secretos familiares no es una afición muy respetable que digamos, señor.

La voz que resonó en el crepúsculo contrastaba con la de Clement por su serenidad. Al girarse con rapidez, el veterano periodista se encontró con un hombre que negaba lentamente con la cabeza.

—Y más tratándose de una inocente hermana como ésta... ¿Es que los de vuestro oficio no conocéis el significado de la palabra *moderación*.

—¿Y tú quién eres?

Al levantar la mirada, Esther vio a un hombre de piel oscura.

Parecía tener poco más treinta años. El rostro bien proporcionado y el abrigo Inverness negro que le envolvía eran impecables. Bajo los cabellos morenos, le brillaban unos inteligentes ojos negros a través de las gafas plateadas.

—Disculpad que no me haya presentado. Me llamo Isaac Butler. Soy mayordomo de una de las casas aristocráticas de Londinium.

El joven caballero se levantó el sombrero de copa con el bastón al mismo tiempo que hacía una elegante reverencia.

—No era mi intención entrometerme en vuestros asuntos, pero estaba esperando a alguien y por casualidad he oído vuestra conversación. Señor..., ¿Clement, verdad?, lo cierto es que no puedo alabar demasiado vuestra ética profesional. Violar así la privacidad de las personas y usarla como herramienta para amenazar al prójimo... Deberíais estar avergonzado.

—¿¡Y a ti qué te importa!? —le espetó el periodista, mirándole con ojos de hiena, en un tono que parecía más de matón que de otra cosa—. Si te metes donde no te llaman, puedes salir escaldado... Además, no estoy amenazando a nadie. Aquí estamos sólo hablando sin ninguna coerción. Yo no he hecho nada malo.

—Tomar copias sin permiso de partidas de nacimiento ajenas es un delito —murmuró Butler, levantando la mano.

Al ver lo que llevaba en ella, Clement se quedó estupefacto.

—Pe..., pero ¿cuándo has...?

El mayordomo le mostraba un papel sellado con el membrete del ayuntamiento de la ciudad. Clement se llevó la mano al bolsillo, pero... ¡la partida de nacimiento de Esther había desaparecido!

—¡E..., eres un ladrón! ¡Devuélveme esos documentos de inmediato!

El *paparazzi* palideció un instante y luego se volvió rojo. Mostrando la dentadura en una mueca horrible, alargó la mano hacia el hombre para intentar quitarle el papel a la fuerza..., pero no llegó a tocarlo. Se oyó un ruido sordo, y el periodista rodó por el suelo.

—Buen trabajo, Guderian —susurró Butler al hombre que había aparecido como una muralla entre el periodista y él.

Era un hombre sombrío, de cabellos grises. No era demasiado alto, pero tenía el cuerpo atlético y en las pupilas le brillaba un destello de depredador. Hizo ademán de acercarse al *paparazzi*, pero Butler le detuvo con un gesto y se dirigió cortésmente al caído:

—Bien, señor Clement. Mi compañero, el señor Guderian, es, al contrario que vos, un caballero, pero también es muy despiadado. No os recomiendo que os enfrentéis con él cuerpo a cuerpo...

El mayordomo encendió una pipa y empezó a fumar mientras seguía hablando con aire indolente.

—Además, ¿no tenéis nada más importante que investigar, en vez de molestar a la señorita? Por ejemplo... ¡Ah, sí!, dicen que este año los daños producidos por los lobos han sido extraordinarios. Después de alimentarse de los cadáveres de la guerra del año pasado, parece que los lobos han

empezado a atacar al ganado y a los habitantes del lugar. ¿No os parece una noticia interesante?

—...

Clement se incorporó con los ojos llenos de odio, pero con cuidado de tomar la distancia suficiente.

—Vale, me iré... Pero, señor..., ¿Butler era?, nunca olvido una cara. Volveremos a vernos. Ya veréis lo que quiere decir enemistarse con los medios...

—Espero tener el placer de volver a verle. Hasta la próxima, señor Clement.

Como si hubiera olvidado de manera instantánea al periodista que lo había maldecido, el hombre se giró con rapidez hacia Esther. Doblando levemente la cintura con una sonrisa, le ofreció de forma respetuosa el papel por el que había empezado la trifulca.

—¡Qué mal trago habéis pasado, hermana!

—Mu..., muchas gracias, señor...

¿Se conocían de antes?

Con una extraña sensación de haber visto en alguna parte al hombre, Esther bajó la cabeza mientras le daba las gracias y tomaba el documento que le ofrecía.

—Suerte que habéis aparecido. Nunca olvidaré lo que habéis hecho por mi.

—No ha sido nada. Socorrer a una dama en apuros es el deber de cualquier *gentleman*. ¡Ah!, y por favor, no penséis ahora que en Albión somos todos como ese periodista. La mayoría de nosotros somos auténticos caballeros.

—¿Sois de Albión?

Al oír el nombre del país de su padre, la expresión de Esther se suavizó por un instante, pero en seguida recuperó la tensión anterior. El hombre había dicho ser el mayordomo de un aristócrata, pero ¿qué hacía allí alguien como él? ¿No sería otra treta para ganarse su confianza? Probablemente, las sospechas se le leían en la cara, porque Butler esbozó una sonrisa avergonzada y procedió a presentarse con todo detalle.

—Es probable que os preguntéis que está haciendo aquí un pobre mayordomo como yo. La verdad es que estoy buscando a alguien. Es un amigo de mi señor, que desapareció hace mucho tiempo... Alguien que tuvo algunos problemas... Causó un escándalo en su juventud y tuvo que huir del país. Mi señor ha averiguado que llegó a esta región y me ha enviado a buscar pistas acerca de su paradero.

—Parece un trabajo muy duro...



Las palabras de Butler tenían sentido y se había explicado sin titubeos. Probablemente estaba diciendo la verdad. Esther decidió creer que el hombre era quien decía ser.

El compañero de Butler le mostró con brusquedad el reloj de bolsillo, y el mayordomo chascó los dedos. Después de apagar la pipa, tomó respetuosamente a Esther de la mano.

—¡Vaya, qué contrariedad! ¡Sí que se ha hecho tarde! Hermana, si no nos necesitáis para nada más, nos retiraremos, con vuestro permiso.

—¡Ah, claro!, yo también tengo un poco de prisa... Muchas gracias por vuestra ayuda; de verdad, señor Butler.

—¡Oh!, por favor, no merezco tanto respeto.

Llevándose levemente la mano de la monja a los labios, el hombre sonrió y le susurró en la lengua de Albión:

—It was nice meeting you. I hope to see you again soon.

Mientras la joven se ruborizaba, el mayordomo le hizo una cortés reverencia y se giró. El hombre llamado Guderian le siguió medio segundo después.

Esther se quedó ensimismada, mirando cómo las dos figuras se alejaban por la calle oscura. Cuando volvió en sí se dio cuenta de que las farolas se habían encendido.

—¡Ah!, ¡tengo que darme prisa!

No tenían tiempo que perder. Chascando la lengua, la joven echó a correr hacia el lado opuesto de la calle.

## II

El teatro de la ópera de István estaba situado en la calle Andrassy, la avenida central de la ciudad. Era un edificio de estilo antiguo que había sobrevivido al Armagedón. Después de la batalla de liberación, fue el primer espacio restaurado por el arzobispo, para que sirviera de edificio público para los ciudadanos.

El edificio estaba construido en un magnífico y delicado estilo neorrenacentista. Era una obra imponente, que se podía comparar a la Scala de Milán, la Opernhaus de Viena o la Státní de Praga. La fachada tenía un aire recogido, pero una vez dentro las decoraciones de colores dorados y morados sobrecogían al visitante con su lujo. La entrada de huéspedes de honor que atravesaba Esther no era una excepción. En los palcos que daban al amplio escenario, las alfombras eran tan gruesas que le llegaban a los tobillos, como si estuviera en una fastuoso palacio. Las paredes estaban forradas de obras de arte y todo el mobiliario había sido importado expresamente de Roma o Florencia.

Sin embargo, todo palidecía al compararlo con la belleza de la mujer que la esperaba sentada en el sofá.

—Bienvenida, hermana Esther. Estarás agotada después del viaje...

La cardenal Caterina Sforza, duquesa de Milán, secretaria de Estado del Vaticano y responsable de su política exterior, dio una amable bienvenida a la monja. Indicándole que se sentara en el sofá que tenía enfrente, donde ya se encontraban los dos sacerdotes, posó su taza de té en la mesa.

—Ya me han dicho que habéis tenido unos momentos difíciles con los medios en la estación. Me alegro de que estéis bien.

—No ha pasado nada... Más que nada, ha sido una sorpresa que...

Mirando a los ojos grises que le sonreían tras el monóculo, la monja movió desmañadamente la cabeza como un títere. Para Esther, la cardenal era una persona casi tan sagrada como la Virgen. Cada vez que se presentaba ante ella no podía evitar ponerse nerviosa y tensa. Se sacudió de la frente el sudor que no tenía y continuó con voz inquieta:

—Eminencia, los periodistas me llamaban Santa... ¿De qué tipo de broma se trata? ¿Y por qué soy yo la protagonista de la obra que se va a representar aquí esta noche?

—De todo eso hablaremos luego...

Ajustándose el monóculo, la hermosa mujer miró hacia el escenario, con el telón aún cerrado, y suspiró.

—Su Santidad llegará en seguida. Le acompaña el ministro de Información, que es quien ha organizado todo esto. Yo misma no sé más que parte de la historia. Será mejor que nos cuente todo él en persona... Lo que quiero oír ahora es qué noticias me traéis del Imperio.

La cardenal hablaba con la serenidad de siempre. Sin embargo, su voz se había endurecido ligeramente al dirigir de nuevo la mirada hacia la monja y el sacerdote, mientras cruzaba las piernas bajo el hábito.

—¿Pudisteis entrar en contacto con la emperatriz?

—Sí, tenemos que informaros acerca de ello.

Esther se puso firme y la voz le cambió cuando empezó a recitar el informe que había estado ensayando por dentro durante todo el camino:

—Tuvimos la fortuna de trabar contacto directo con la emperatriz en...

—Bueno, la verdad es que no pudimos hablar directamente con ella...

Todo lo que había preparado Esther se quedó en nada cuando la otra voz la interrumpió, impidiéndole hablar.

—¿¡Eh!?

No tuvo ni tiempo de detenerle. Al girarse hacia la voz, vio que Abel seguía hablando con una palabrería incontenible, que no le dejaba ni un resquicio para intervenir.

—Hicimos todo lo posible para entregarle en persona el mensaje de su eminencia, pero, claro, entrevistarse con la emperatriz en persona estaba fuera de nuestras posibilidades. Aun así no debéis preocuparos, porque le pedimos a una noble del lugar, la marquesa de Kiev, Astharoshe Asran, a quien ya conocía de antes, que nos sirviera de intermediario. El mensaje habrá llegado a su destino; podéis estar segura de ello.

—¿Eh? Pe... Padre... Un momento...

¡Pero ¿qué estaba diciendo?!

Esther se ajustó con nerviosismo el hábito como para hacerle una señal, pero Abel no dejó de parlotear ni un instante, gesticulando exageradamente con las manos.

—Eso sí, sufrimos lo indecible para conseguirlo. En el extranjero, ¿verdad?, uno no sabe cómo se hacen las cosas... Para cumplir con nuestra misión nos pasamos los días sin dejar de correr arriba y abajo... se me saltan las lágrimas sólo de recordarlo ahora que os lo cuento, y sin duda, vos también lloraréis... Imaginaos, ¡que perdí tres kilos!

¿De dónde salían todos aquellos disparates? Esther consiguió volver en sí y resistir la curiosidad por ver hasta dónde sería capaz de llegar el sacerdote.

—¡Un..., un momento, padre! ¡Dejaos de dislates!

No sabía a qué venían aquellas tonterías, pero si seguía así Caterina acabaría por pensar que no habían visto a la emperatriz. Tapándole a Abel la boca con la mano, Esther gritó en dirección a la cardenal:

—¡No le hagáis caso, eminencia! Sí que...

<<¡Sí que hablamos directamente con la emperatriz!>>

Justo cuando Esther, roja por el esfuerzo, estaba a punto de gritar esa frase...

—Cardenal Sforza, ruego que me disculpéis...

Una elegante voz masculina resonó al mismo tiempo que se abría la puerta. Al levantar la mirada, la cardenal se encontró con un hombre que la saludaba respetuosamente y que iba a la cabeza de un grupo de tres personas. Era de mediana edad y llevaba sobre el hábito la banda violeta que indicaba su condición de arzobispo.

—Perdonad que os interrumpamos en plena conversación, eminencia. Han llegado Su Santidad y el cardenal Borgia.

—¡Hola, guapa!

La segunda voz se diría que estaba formada por un batido de frivolidad aderezado con cursilería. Era difícil imaginar alguien menos indicado para llevar el hábito cardenalicio que el joven de larga cabellera



teñida y voz nasal que acababa de entrar. Aquél era Antonio Borgia, el ministro de Información.

—¡Cuánto tiempo, ¿verdad?! Hace taaanto que no veía lo fantástica que estás que me parece que se me ha atrofiado el sentido estético, ¿sabes? ¿Cómo andamos?

—Buenas tardes, cardenal Borgia. Os veo muy alegre. Si no me equivoco, nos vimos anteayer en Roma, ¿no?

Respondiendo agudamente al joven, Caterina dirigió su mirada a la tercera figura del grupo. Al ver el rostro del adolescente que venía detrás de los dos hombres, la fría mirada se le suavizó.

—¡Ah, Alec...! ¿Qué tal ha ido el vuelo? ¿Te has vuelto a marear?

—S..., s..., sí, hermana...

Vestido con hermosos ropajes blancos, el papa Alessandro XVIII hablaba con voz queda. Además de ser extremadamente tímido ante la gente, hasta el punto de bordear el autismo, salir de Roma o incluso del palacio papal suponía una terrible aventura para él. Sin embargo, el rostro de su hermana pareció tranquilizarlo un poco, porque prosiguió, balbuceante:

—M..., me he mareado un p..., un poco... Pe..., pero ahora ya est..., estoy bien...

—¿Ah, sí? Pero no tienes muy buen color. Haré que te preparen un poco de medicina... Espera, aprovecharé para hacer las presentaciones, ya que estamos todos. Ésta es la hermana Esther de la Secretaría de Estado. Es la *Santa de István*.

Exhortada por Caterina, la monja saludó respetuosamente.

—Encantada de conoceros. Es un honor encontrarme en vuestra presencia, Santidad.

Todos los empleados del Vaticano sabían del carácter reservado del papa. Para no provocarle ningún sobresalto, Esther habló con voz serena al mismo tiempo que depositaba un leve beso en su mano.

—No soy digna de que me concedáis la gracia de arrodillarme ante vos...

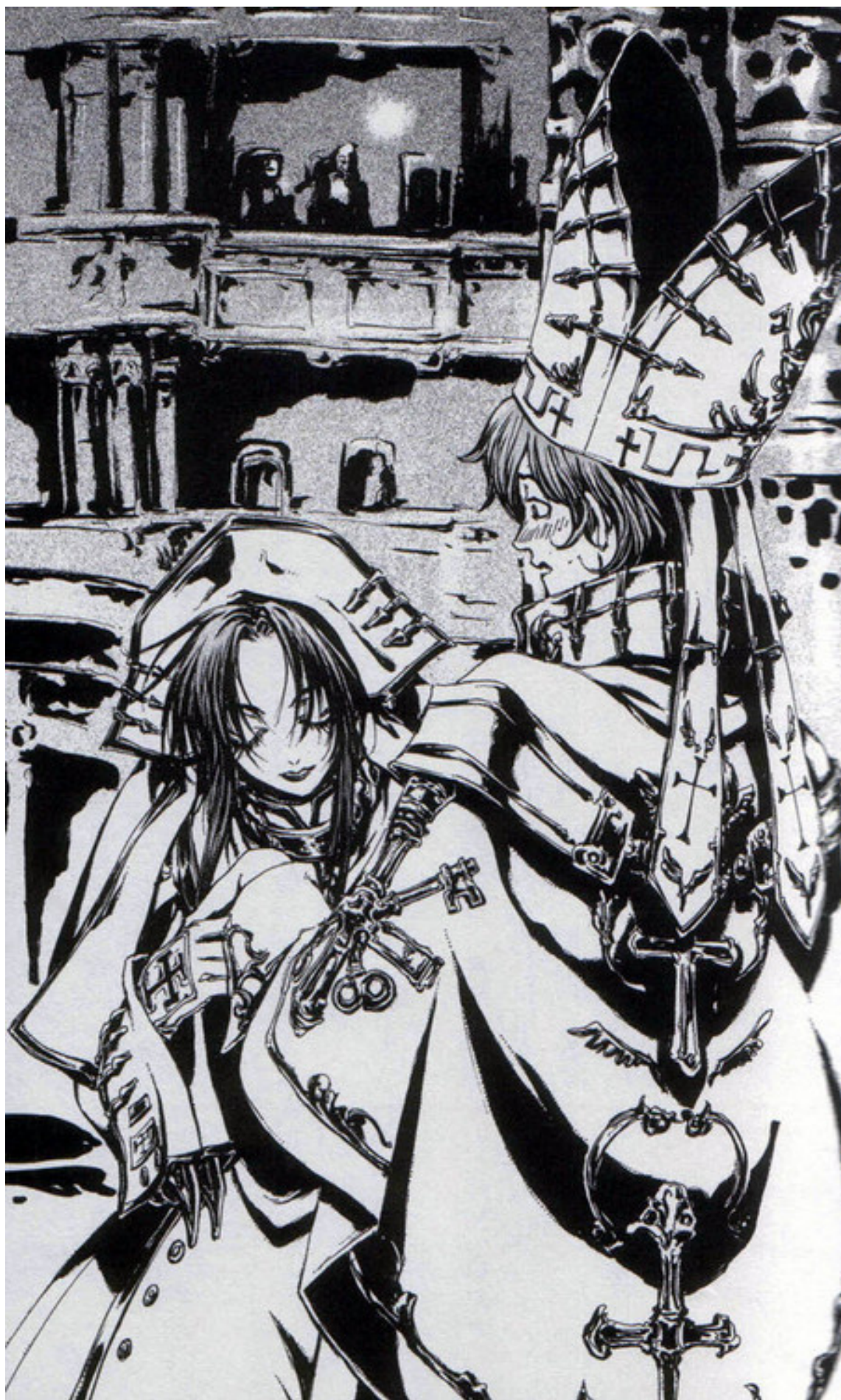
—¡Ah...! N..., no...

Al sentir el roce de los labios de la joven, el papa pasó de pálido a ruborizado. Su respiración se aceleró, como si fuera a darle un ataque, y retiró azorado la mano.

—Y..., y..., yo... Y..., y..., yo..., yo...

—Santidad, debéis de estar cansado... —dijo el primer hombre que había entrado, posando la mano sobre el hombro del balbuceante adolescente.

Habría pasado ya el medio siglo de vida, pero su rostro conservaba unos rasgos varoniles que, con toda seguridad, causaron estragos en el sexo



opuesto cuando era joven. Con expresión atenta, hizo sentar al joven Papa en el sofá

—La función todavía tardará un poco en comenzar. Descansad un poco aquí. Si me lo permitís, me encargaré del discurso.

—Gracias, arzobispo D'Annunzio...

Ante los ojos de Esther, el Papa jadeaba con dificultad, como si le fuera a dar un ataque de algo. Quien le secó el sudor de la frente para tranquilizarlo fue Caterina.

—Perdona que te haga pasar por algo así, pero esta ceremonia les ha costado tanto esfuerzo que...

—¡Oh, no importa! Es un honor poder aportar nuestro granito de arena al trabajo de su eminencia y del Vaticano.

Emanuele D'Annunzio, arzobispo de István, sonrió con amabilidad mientras tomaba a Caterina de la mano. Después de besarla como un caballero besa a una dama, volvió los serenos ojos verdes hacia su hermoso rostro.

—El guión de la obra de esta noche lo he escrito yo mismo. Me temo que no estará a la altura del gusto refinado de su eminencia, pero será un honor que lo escuchéis... No sé cómo resultará la representación, pero...

—Quedará genial, ¿sabes? Seguro: súper superbien.

Quien respondió así a las humildes palabras del arzobispo no fue Caterina, sino el otro cardenal presente. Antonio, arreglándose en flequillo, prosiguió con una voz levemente molesta.

—Porque, oye, ¿es que no os hemos ayudado en la producción desde el Ministerio? O sea, el escenario, y la dirección, y los actores... Tooodo de súper mega primera clase. Así que, si sale mal, será por culpa del guión, ¿sabes?

—Estaremos eternamente agradecidos por vuestro apoyo, cardenal Borgia. Es un honor que hayáis dedicado vuestro valioso tiempo a nuestra representación...

Las palabras de D'Annunzio eran amables, pero en su tono había una sombra de provocación. Su verde mirada estaba fija en el joven, como un león adulto que encarara al cachorro que le quiere quitar el puesto.

—La ceremonia de hoy es muy importante para nosotros, porque servirá para anunciar al mundo nuestra recuperación. Su éxito servirá también para dar a conocer el poder del Vaticano... Esperamos seguir contando con el apoyo del Ministerio de Información de aquí en adelante.

—...

Aunque el tono era desafiante, no se podía decir que en las palabras del arzobispo hubiera ninguna salida de tono. Antonio se quedó en silencio, algo raro en él, como sin saber qué responder, sintiendo claramente la diferencia de madurez que había entre él y su interlocutor.

A sus cincuenta años, el arzobispo D'Annunzio era un hombre experimentado que había desempeñado un papel crucial en el Vaticano ya desde la época del anterior papa Gregorio XXX. Como mano derecha de Alfonso d'Este, que era entonces jefe del Colegio Cardenalicio, había desempeñado cargos importantes como director de la Santa Inquisición o secretario en jefe del Vaticano. En su tiempo libre había escrito decenas de novelas y más de doscientas obras de teatro, y era considerado uno de los genios literarios de su tiempo. Sin embargo, su brillantez había provocado la envidia de Alfonso, quien acabó alejándole del centro. Su fama sólo la superaba la de los cardenales Medici y Sforza, hermanastros del papa. Nadie sino un hábil político habría conseguido que la ciudad de István renaciera de sus ruinas sólo un año después de la catástrofe de *La Estrella de la Desolación*.

—¡Ah!, pero si todavía no he saludado a la invitada principal...

Después de acallar al joven, el arzobispo se giró rápidamente hacia Esther, quien observaba en silencio el combate dialéctico entre los dos altos cargos religiosos.

—Es la primera vez que nos vemos, pero os conozco muy bien, hermana Esther. Ruego que nos disculpéis por haberos hecho venir desde tan lejos.

—En..., encantada, excelencia...

Esther se levantó, azorada, del sofá ante la sonrisa amable del religioso y bajó la cabeza, ruborizada ante sus rasgos varoniles.

—Me siento muy honrada de que me hayáis invitado. Es un honor conoceros personalmente.

—En absoluto, el honor es mío por poder saludar a la Santa en persona. Investigué ampliamente acerca de vos para escribir este guión. Llevo mucho soñando con conoceros, pero... la verdad es que me habéis sorprendido. No pensaba que fuerais tan hermosa...

—¿He..., hermosa? Para nada...

Ante los halagos del arzobispo, Esther hundió profundamente la cabeza y se puso aún más roja. Medio confusa, medio azorada, buscó con la mirada a Abel para que acudiera en su ayuda.

—A mí es la primera vez que me invitan a un palco de honor en la ópera, pero, oye, ¡qué vista! ¡Je, je, je!, me siento como Dios...

El sacerdote estaba ensimismado, observando el teatro, y no se dio cuenta de que la monja le miraba. En su imaginación, Esther le dio un puntapié en la espalda, mientras se rascaba la cabeza pensando cómo responder al arzobispo.

—¿Podría pedirlos que no me llamarais Santa? Es una palabra demasiado importante que no merezco para nada...



—¿Qué no la merecéis? Sois demasiado modesta, hermana... — respondió D'Annunzio sin dejar de sonreír, como si disfrutara ante el azoramiento de la joven.

Alargando una mano para arreglarle la cofia, el arzobispo la miró con cara traviesa.

—Sois la doncella santa que protegió al pueblo y acabó con el malvado diablo... Como arzobispo de István no puedo estaros lo suficientemente agradecido. La representación de esta noche es mi humilde intento de ayudar a que vuestra gesta permanezca en la memoria de las generaciones futuras.

—Os estoy muy agradecida, pero...

Con una sonrisa tensa, Esther negó torpemente con la cabeza. Su rostro había perdido de repente el color sonrosado.

¿Santa Esther? ¿A qué venía aquello?

Si murmuraba así en su interior con la mirada baja no era sólo porque el apelativo la disgustara.

Un año atrás un hombre había expirado en sus brazos. Era alguien que había amado a su esposa humana, alguien que había decidido luchar contra el mundo como venganza porque los propios humanos le habían arrebatado a la mujer que amaba. El <<malvado diablo>> al que se refería D'Annunzio era aquel ser. Esther había sido elevada a la categoría de santa por la <<gesta>> de haberle matado, pero había algo que no la convencía. Todo aquello le parecía una farsa en la que no deseaba verse envuelta...

—¡Ah!, por cierto, eminencia, ¿y el cardenal Medici? Creía que también iba a estar presente en la ceremonia por los caídos...

—Por desgracia, sus compromisos no le permiten alejarse de Roma. Dijo que enviaría a un representante, pero... ¿aún no ha llegado?

D'Annunzio y Caterina se pusieron a hablar de temas prácticos. Aliviada por no ser ya el centro de la conversación, Esther volvió los ojos hacia la platea.

Más de un millar de espectadores llenaban el teatro. Todos eran personajes célebres de la ciudad, pero Esther no reconocía ninguna cara. Durante la reconstrucción de István, D'Annunzio había dado trato preferente a los industriales de Roma y Venecia para que instalaran sus fábricas y bancos en la ciudad. Los asistentes eran todos gente rica de esa clase. Los ecos de las conversaciones que se oían no eran en húngaro, sino mayoritariamente en la lengua oficial de Roma.

El telón seguía bajado, pero se podía ver que los actores esperaban entre bastidores, probablemente para salir a saludar antes de la representación. Entre ellos había una joven monja sonriente, la heroína retratada en el folleto. El jorobado que tenía al lado sería, entonces, el marqués de Hungría. El maquillaje siniestro resaltaba su aspecto

monstruoso y mostraba unos largos colmillos de depredador. No podía estar más claro que él era el malo de la historia.

La frágil y hermosa heroína pasaría por muchas dificultades, pero al final vencería al monstruo y traería la paz a la ciudad. Era una historia tan previsible que sólo con ver a los actores ya se podía imaginar.

Pero...

<<Pero la lucha final fue mucho más compleja>>, pensó Esther, agarrando de forma inconscientemente el rosario que le colgaba del cuello.

<<No son ganas de matar. No tengo tan mal gusto como para disfrutar con una carnicería.>>

<<Esto es la lucha por la vida.>>

El hombre que había dicho aquello no era un simple <<malvado diablo>>, ni Esther había luchado por motivos estrictamente santos. Aún había muchas cosas que no comprendía del todo, pero estaba claro que aquello había sido una lucha por la supervivencia. Si hubiera perdido, habrían sido Esther y sus compañeros quienes habrían muerto. Sin embargo, la joven no podía quitarse de la cabeza una pregunta: <<¿Realmente fue un conflicto inevitable?>>.

Una monja como ella no podía hacer una pregunta así en voz alta. Mientras trabajara para el Vaticano, una duda como ésa equivalía a cuestionar su propia identidad...

—¿Eh?

Esther se había quedado un momento ensimismada, pero en seguida volvió en sí.

Entre los actores que se habían reunido en una esquina del escenario, le había llamado la atención una figura que había salido con discreción de detrás del telón por la esquina opuesta.

Era una chica más o menos de la misma edad que Esther. Tenía la piel morena, de un color inusual en la región, y el pelo de un azabache brillante. La combinación de la atrevida abertura del vestido con los largos guantes decorados con piedras preciosas le daba un aire espectacularmente extremado. Pero lo que atrajo el interés de Esther no fue ni su figura ni la ropa que llevaba. Aquellos ojos violeta que brillaban en el rostro bien proporcionado... los había visto antes en algún lado.

—Esa chica me resulta familiar...

—¿Ocurre algo, Esther?

La voz que resonó a su espalda era la del sacerdote espigado, que vagaba con aire distraído por el palco de honor. Mientras devoraba con los ojos el plato de pastas de té que había al lado de la joven, le preguntó:

—De repente te has quedado callada, con esa cara... ¡Ah!, ¿tienes dolor de barriga? ¿Quieres que me coma yo esas pastas? No me importa hacerte el favor...

—No —respondió secamente Esther, cortando al sacerdote. Y añadió, señalando a la chica con el dedo—: ¿No os suena de algo esa muchacha, padre? Esa cara la he visto ya... y no hace mucho.

—Eh, ¿qué chica? —preguntó el sacerdote con voz intrigada, y mirando hacia donde indicaba Esther, puso cara de confusión—. No veo a ninguna chica... ¡Ah!, ¿quieres decir esa actriz de ahí?

—No, me refiero a la que ha salido por el otro lado... ¿Eh?

Al volver la mirada de nuevo hacia el escenario, Esther frunció el ceño, igual que Abel. La figura femenina que había visto un instante antes había desaparecido.

—Pero qué raro... Si hace un momento...

—¡Guau! ¿Ésa es la actriz que hace tu papel? La había visto en el folleto, pero ¡al natural es incluso más guapa!

Abel ya había perdido todo el interés en Esther y estaba absorto observando al grupo de actores. No hacía ningún esfuerzo por ocultar que se le caía la baba mirando a la actriz.

—¡Pero qué belleza! Tanto en estilo como en atractivo es mucho mejor que la original... ¡Ah!, pero no te enfades, Esther. Es innegable que es mucho más guapa, elegante y seductora que tú, pero tú tienes tu atractivo especial. No tienes por qué preocuparte.

—¿¡Eso me lo tengo que tomar como un halago!?

Esther posó la taza de té en el plato, dispuesta a responderle al sacerdote como se merecía, pero...

—¡Ah!, está a punto de empezar la representación... —murmuró el arzobispo, alzando la vista hacia el reloj, y se levantó para despedirse del Papa y los cardenales—. Santidad, eminencias, espero que disfrutéis con la representación. Si me disculpáis, iré a dar la bienvenida al público... Vamos, hermana Esther.

—¿¡Qué!? ¿Yo?

Esther se quedó atónita, señalándose a sí misma con el dedo mientras parpadeaba con sorpresa. ¿Por qué tenía que acompañar al arzobispo a saludar a los asistentes?

Al ver la confusión de la monja, el arzobispo esbozó una sonrisa y, con voz dulce, dejó caer la bomba:

—Vamos a saludar juntos al auditorio... Supongo que habéis preparado un pequeño discurso.

—¿Sa..., saludar a...? ¿¡Un discurso!'

Ante aquellas palabras por completo inesperadas, Esther se quedó estupefacta. ¿Era una broma? ¡No podía esperar que saliera así como así al escenario ante la multitud e improvisara un discurso!

—¡Un..., un momento! Es un poco precipitado...

—Pero ¿no habéis venido preparada? Pero qué despistada es mi Santa... Bueno, qué se le va a hacer. Como supuse que podía ocurrir algo así, me he permitido la libertad de preparar un pequeño borrador. Sólo tenéis que leerlo.

—¿Eh...? Pero...

El arzobispo parecía hablar completamente en serio y le entregó un montón de papeles. Esther los recibió sin saber muy bien qué hacer y buscó con mirada dubitativa al sacerdote para que la ayudara...

—¡Ah, Esther!, si vas al escenario, ¿puedes pedirle a esa actriz que me firme un autógrafo? Que ponga: <<Para el padre Nighthead, con cariño>>, o algo así, ¿de acuerdo? ¡Je, je, je...!

—¡!

Guardándose el instinto asesino para más tarde, Esther lanzó un profundo suspiro.

No había manera de escapar de aquello.

—¡Uf, qué tarde llego!

Aunque aún estaban a principios de noviembre, el frío invernal ya había caído sobre István. Unas nubes sombrías cubrían el cielo y, pese a que se suponía que el edificio estaba equipado con calefacción, se podía ver el aliento blanco de la gente que paseaba por el vestíbulo del teatro de la Ópera.

Sin embargo, la figura masculina que entró corriendo en el vestíbulo parecía inmune a todo ello. Del hombre gigantesco que cruzó la sala devastando la alfombra emanaba una sensación sofocante de calor estival. Ni que decir tiene que una figura así atraía todas las miradas, como si en la sala hubiera aparecido de repente un monstruo de otro mundo; pero el hombre parecía ajeno a ello y avanzaba con una mirada dura, como si se encontrara penetrando en territorio enemigo.

—¡Qué miseria haber sufrido un contratiempo precisamente cuando estoy representando al cardenal Medici! ¡Este despiste te puede salir muy caro, Petros!

Vestido con el uniforme de oficial de la policía secreta, el hermano Petros levantó la mirada hacia el reloj como si observara a un antiguo enemigo. Aunque todavía faltaban veinte minutos para el inicio de la función, había cometido una falta gravísima al no haber llegado antes de que Su Santidad hiciera su entrada.

De cualquier modo, no hacía más que unos minutos que había llegado a la ciudad, enviado por su superior, que tenía demasiados asuntos que lo retenían en Roma. No había llegado por vía aérea, como el Papa, sino que había tomado la ruta terrestre. La inspección de las instalaciones militares que se había planeado le había tomado más tiempo del previsto, y eso había causado el retraso.



Si bien la inspección había sido satisfactoria, era escandaloso que el director de la Santa Inquisición llegara después que la comitiva papal. Sin duda, le esperaba una severa reprimenda por parte de Francesco cuando volviera. Si fuera sólo una bronca lo que le esperaba... Había otra cosa que Petros temía aún más...

—¿Dónde estará el palco de honor? ¿Eh...? ¿Dónde demonios estoy?

En cuanto hubo atravesado el vestíbulo, Petros se detuvo. Tuvo que aceptar que se había perdido y empezó a mirar a su alrededor, pero ninguna de las puertas que veía era la que buscaba.

En efecto, no sabía dónde estaba. Había cruzado el vestíbulo como una exhalación, pero no tenía ni idea de cómo llegar al palco de honor. Resignado a buscar a tientas, empezó a explorar los alrededores para ver si encontraba algún rastro con una mueca fiera, pero no consiguió nada más que hacer llorar a un niño que pasaba.

La cuestión era que el palco de honor no era accesible desde la entrada general, sino que tenía su propia boca de acceso, pero Il Ruinante no tenía manera de saberlo. Apretó los dientes y se dispuso a deshacer su camino cuando...

—¿¡Ay!?

Detrás del intrépido monje guerrero se oyó un pequeño grito de dolor.

Al girarse, Petros había chocado frontalmente con una muchacha que venía caminando tras él. La chica cayó de espaldas sobre la alfombra, soltando lo que llevaba entre las manos.

—¡Aaah! ¡Perdonadme, hermana! ¡Qué torpe que eres, Petros!

El hombre intentó disculparse mientras recogía los papeles, que habían quedado desparramados por el pasillo. La monja seguía gimiendo en el suelo, agarrándose la cofia.

—¡Disculpad mi ineptitud! ¿Estáis bien? ¿Eh? ¿¡Vos!?

Mientras ayudaba a la monja a levantarse, a Petros le cambió el color de la cara y rugió, sorprendido, a su interlocutor, que aún se tambaleaba:

—¡Vos sois Esther Blanchett!

—¡Ah!, hermano... Petros, ¿verdad?

Conmovida por la violencia con la que el inquisidor había dicho su nombre, la joven retrocedió, levantando la mirada llorosa hacia Il Ruinante, y le hizo una reverencia.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos... ¡Ah!, gracias de nuevo por vuestro apoyo en Cartago.

—No, por favor, soy yo quien os deb... ¡Pero ¿qué estoy diciendo?!

Petros empezó a responder al saludo de forma automática, pero en seguida volvió en sí. ¡No era el momento de quedarse charlando!

—¡Esther Blanchett! ¿¡Qué estáis haciendo aquí!? ¡Éste no es lugar para vos!

Finalmente la monja se irguió con extrañeza en sus ojos.

—Bueno, me estaba preparando para el discurso. El arzobispo D'Annunzio me ha ordenado que salude a los asistentes con unas palabras y estaba repasando el guión...

—¿Lo ha ordenado el arzobispo? Imposible. ¿Cómo puede ser que...?

Riendo como si estuviera hablando con una niña pequeña, Petros echó una mirada al guión y su expresión pasó de repente del escepticismo a la sorpresa. Encabezando las hojas estaba... ¿¡el sello del arzobispo!? El inquisidor empezó a leer precipitadamente el texto.

—¡Pe..., pero ¿qué...?! <<Ante todos vosotros aquí reunidos quiero levantar mi voz para denunciar...>>

<<Ante todos vosotros aquí reunidos quiero levantar mi voz para denunciar que existe el Mal puro en el mundo. Quiero levantar mi voz para decir que mientras ese Mal no sea exterminado, no tendremos ningún futuro. Debemos unirnos para luchar y defender todo aquello que amamos, todo aquello que respetamos. Será una lucha difícil y dura, pero todos unidos en nuestra Fe debemos hacer frente a...>>

Era increíble, pero aquello parecía ser, en efecto, el guión de un discurso. Y ocupaba casi cincuenta páginas. El tono era un poco afectado y en exceso dramático, pero la firma del arzobispo que cerraba el texto parecía auténtica.

—¡Hmmm!, y lo firma el arzobispo... ¡Pero no me lo puedo creer! ¿¡Por qué os ha pedido que...!? —dijo, mirando a la monja con ojos desconfiados—. ¿¡Acaso estáis conspirando contra mí!? ¡Decidme la verdad o lo lamentaréis!

—¿Eh? La verdad es que hace ya un rato que no sé de qué habláis...

La joven se rascó al cabeza, sinceramente confusa. Era como hablar con un borracho que no hiciera más que repetir la misma historia.

—No es que no me parezca extraño estar aquí, la verdad. Primero recibo un aviso de parte de la duquesa de Milán para que venga a István, luego me piden que dé un discurso... Lo cierto es que...

—La duquesa de Milán... ¿¡La cardenal Sforza!?

Petros reaccionó rápidamente a las palabras de la joven. La cardenal... ¿qué estaría tramando aquella víbora?

En realidad, lo que más preocupaba a Petros era lo que pudiera hacer la hermanastra del Papa durante la visita. Aprovechando la ausencia del cardenal Medici, podía intentar manipular al Pontífice o hacer alguna maniobra extraña... Había que estar preparado para cualquier cosa, y los hechos le daban razones para sospechar.

Así que la víbora ya se había puesto en marcha... Pero no volvería a tropezar con la misma piedra de Cartago. ¡Esa vez no se le escaparía!

Contemplando a la monja, que le miraba con aire desconcertado, Petros cerró el puño con fuerza.

Aquella bruja se la había jugado en Cartago. Justo cuando estaba a punto de descubrir su complot, todas las pruebas habían quedado destruidas. Sabía con certeza que había tenido contacto con los vampiros, aunque se le había escapado en el último momento. Pero esa vez la pillaría. ¡Descubriría qué estaba tramando alrededor del Papa y la denunciaría ante el mundo!

—¡Ah!, ahí estáis, hermana Esther...

Una voz fría despertó al inquisidor de sus inflamadas cavilaciones. Era una elegante voz masculina, que le había interrumpido como para proteger a la monja.

—Llevo un rato buscándoos. ¿Eh? Creo que ya nos hemos visto antes... ¿Qué trae por aquí a la Inquisición, hermano Pietro Orsini?

—¡E..., excelencia!

Al oír después de tanto tiempo su nombre secular, Petros se giró como si una corriente eléctrica le hubiera atravesado el cuerpo. Al ver al arzobispo que se acercaba, hizo un saludo forzado.

—¡Cuánto tiempo! ¡Qué alegría volver a veros!

—Sí, mucho tiempo, Orsini. La última vez que nos vimos fue cuando dejé mi puesto de director de la Inquisición, ¿verdad? No eras más que un chaval y mírate ahora. ¡Cómo pasa el tiempo!

—¡No os estaré nunca lo bastante agradecido por vuestros consejos y vuestra atención! —dijo Petros, haciendo una profunda reverencia, como si fuera un muñeco de muelles.

La espada del Il Ruinante era temida dentro y fuera del Vaticano, pero había cuatro personas ante las que inclinaba la cabeza. Una de ellas era el arzobispo D'Annunzio.

—Os ruego que disculpéis mi retraso. La revisión de las tropas me ha llevado más tiempo del que había calculado y las carreteras estaban colapsadas...

—Ya me lo contarás luego... —le cortó inmediatamente el arzobispo, y se dirigió luego con voz dulce a Esther, que los miraba, atónita—. Hermana Esther, ¿habéis tenido ocasión de leer el guión? Ya falta poco para vuestro discurso. Vayamos subiendo al escenario.

—Sí, he leído el texto... —respondió la monja, azorada, tomando los papeles que le había devuelto el inquisidor con un impetuoso ademán—. Pero, excelencia, ¿de verdad debo leer ese discurso?

—¿Eh? ¿Qué queréis decir, hermana?

El arzobispo se quedó extrañado al ver la luz oscura que había cubierto la mirada de la joven, y le preguntó con expresión cautelosa:

—¿No os gusta el parlamento que os he preparado? ¿No cumple con vuestras expectativas literarias?

—No, no es eso. Está maravillosamente escrito y transmite muy bien las ideas... Pero el mensaje...

A la monja se le atragantaron las palabras... Después de dudar y balbucear unos segundos, levantó la mirada, decidida.

—¿Por qué hacer una llamada tan clara a la guerra? Hace un año luchamos contra el marqués de Hungría, es cierto. Pero fue una pura lucha por la supervivencia. No pensábamos en frases bonitas como la <<gloria divina>> o la <<seguridad de la sociedad humana>>...

—¡Ah!, a eso os referís...

D'Annunzio interrumpió con gran serenidad la ardorosa voz de la joven. La sonrisa del arzobispo conservaba su encanto, pero su tono tenía un cierto eco inhumano.

—No hace falta tomárselo tan en serio, hermana Esther. El público reunido aquí esta noche no ha venido a escuchar la verdad. Lo que esperan es una historia dramática y emocionante... Quieren la historia de la doncella heroica que abatió al malvado vampiro. ¿Acaso no es nuestra obligación responder a sus expectativas?

—Pe..., pero...

—Escuchadme, Santa...

D'Annunzio hizo callar a Esther con un gesto y negó con la cabeza. El pasillo había empezado a llenarse y el arzobispo bajó la voz, mientras devolvía los saludos a los invitados que pasaban.

—Sois una muchacha muy dulce, Esther. Entiendo perfectamente que no os gusten las palabras duras. Pero reflexionad un momento. Aunque se ha recuperado mucho durante este año, István todavía pasa por momentos difíciles. La vida de los ciudadanos, vuestros compatriotas, es aún muy dura. Pensad lo importante que sería para ellos tener una heroína...

El arzobispo le posó una mano blanquísima sobre el hombro mientras la miraba profundamente a los ojos.

—Esther Blanchett, debéis ser su Santa. Debéis ser la imagen que dé aliento a sus corazones. Debéis ser la fuerza y la esperanza de todos aquellos a quienes amáis, de toda la humanidad. Yo os mostraré cómo.

—...

Esther se quedó dubitativa ante las poderosas palabras del arzobispo. Después de abrir y cerrar los labios como sin saber qué decir, la muchacha suspiró profundamente.

—Bueno. Lo intentaré.

—Buena chica.



Asintiendo con satisfacción, D'Annunzio le abrió la puerta que llevaba al escenario.

—Hermana Esther, es hora de salir a escena. El público os espera.

—De acuerdo...

<<El público os espera.>> Tendría que haberse sentido animada, pero la expresión preocupada de la muchacha no cambió. Incluso podría decirse que el sufrimiento se le hizo más evidente en el rostro. De todos modos, Esther empezó a caminar arrastrando los pies. Atravesó la puerta que le había abierto el arzobispo y desapareció por el oscuro pasillo.

Después de cerrar la puerta, D'Annunzio hizo una mueca sarcástica.

—Vaya Santa más difícil de manejar... Uno se rompe la crisma para convertirla en una estrella, y ella, a cambio, se queja...

—¿Eh?

Ante la risa fría del arzobispo, Petros levantó, extrañado, la mirada. Abriendo de nuevo la puerta, D'Annunzio dijo con voz clara, ante la sorpresa de su antiguo subordinado:

—Nunca sé cómo tratar a las listillas. Es tan aburrido tener que soltarles esos discursos... Las herramientas deberían estar calladitas y limitarse a hacer lo que se les pide.

—¿Herram...? Excelencia, ¿Cuándo decís <<herramienta>> os referís a esa muchacha? ¿Y qué quiere decir eso de <<convertirla en estrella>>? —preguntó con asombro Petros.

¿O sea que no creía realmente que fuera una santa?

—¡Ah!, pero si todavía está ahí el director de la Inquisición...

El arzobispo de István se giró como si viera a un desconocido y le respondió con el tono de alguien que acabara de descubrirse una mancha en la ropa.

—Me has oído perfectamente. *Santa Esther* no es más que una imagen creada por el Vaticano. Es una enorme ficción promovida a través del manejo de los medios y la inversión de grandes cantidades de dinero...

El obispo hablaba con tono confiado en el oscuro pasillo, como explicándole todo a un subordinado dura de mollera.

—Como ya sabes, el Vaticano está perdiendo poder respecto a los Estados seculares. Para detener esa tendencia hay que volver a recuperar el centro de la atención social. Crear a una santa forma parte de ese proyecto. Esther Blanchett no es más que una herramienta para nuestros planes...

<<No adorarás ídolos>>, la Biblia lo decía muy claro. ¿Acaso no lo sabía el arzobispo? D'Annunzio hablaba como si no sintiera ninguna aprensión ni sentimiento de culpa por jugar así con la vida de la chica y la fe de millones de personas.

—Además, como herramienta, es de primera clase. Su pasado es impoluto, y no hace ningún daño que sea así de guapa... Tiene una cara muy coqueta, ¿no te parece, Orsini?

—¿Eh?, bueno, yo no sabría...

Ante la turbación del caballero, el arzobispo le miró con ojos burlones.

—¿No sabes de eso? Bueno, da lo mismo... Tengo que presentarle al público mi Santa. Orsini, puedes ir hacia el palco de honor. Luego, hablaremos sobre su retraso. Prepárate.

D'Annunzio se giró, tras dejar caer aquellas frías palabras, y alargó la mano hacia la puerta que llevaba a escenario.

—¿Eh...?

Atemorizado, Petros se dispuso a huir de su antiguo superior, pero, justo cuando iba a hacer una reverencia de despedida, recordó que aún tenía algo que preguntarle algo.

—Excelencia..., la verdad es que tengo una pregunta que haceros antes de presentarme ante Su Santidad.

A medio cerrar la puerta, el arzobispo se volvió con gesto molesto ante la voz de su cargante interlocutor.

—¿Cuál?

La voz de D'Annunzio recordaba a la de un maestro que anunciara a un alumno que le había suspendido. Petros reprimió a duras penas sus ganas de salir huyendo y se acercó corriendo al arzobispo para preguntarle:

—Acabo de pasar revista a la Guardia de la ciudad, pero... Excelencia, ¿qué significa este despliegue? He visto una división completa o incluso más. ¿¡Y carros de combate y aeronaves!?

D'Annunzio siguió andando como si no se diera cuenta de la alarma que resonaba en las palabras de Il Ruinante.

—Admiro cómo habéis conseguido reformar en sólo un año una organización que había quedado por completo destruida. Pero para ser una fuerza de orden público resulta un poco desproporcionada. ¿Ocurre algo?

—¿Eh? ¿Qué va a ocurrir?

El arzobispo se detuvo por primera vez. Torciendo la boca, respondió con voz fría a la mirada perpleja de Petros.

—Ciertamente, los efectivos de la Guardia superan ahora los que tenía hace un año. Nadie lo oculta. Pero si se toma en consideración la situación de la ciudad no se puede decir que sean suficientes. Al fin y al cabo, István es la columna central de la línea de defensa oriental del Vaticano. Su potencial defensivo tiene que ser tan grande como sea posible..., ¿no crees?

—Si me permitís hablar con franqueza, ¡creo que hay un problema de magnitud! En esta área está desplegada la Segunda División del Ejército

del Vaticano, a la que le corresponde ocuparse de las labores de defensa. La Guardia de la ciudad debería desempeñar únicamente funciones policiales. ¿Qué sentido tiene equipar a la policía como si fuera un ejército?

La única respuesta que obtuvo el ardiente parlamento de Petros fue una sonrisa glacial.

—Vaya, vaya, veo que sigues sin entender nada, Orsini...

El arzobispo no hacía ningún esfuerzo por ocultar la malicia y el desprecio de su rostro. Como si tuviera lástima de la estupidez de su interlocutor, hizo una mueca, riendo por la nariz.

—Sí que hay una división del ejército estacionada aquí. Pero en caso de guerra, esas tropas abandonarán la región. ¿Acaso no tendrá que defenderse István sola, entonces? Es por eso por lo que hemos ampliado los efectivos de la Guardia... Claro está que nos cuesta muchos recursos, pero no por eso podemos permitirnos reducirla.

—¡Pero eso desmonta todos los planes de Roma y el cardenal Medici! Además, habláis de guerra, pero ahora que la región se ha estabilizado, ¿de dónde va a venir el riesgo de conflicto bélico? Los países vecinos respetan la autoridad del Vaticano y no hay señal de que se vaya a producir ningún disturbio que...

—¡¡¡Hermano Petros!!!

El grito resonó como un látigo de hielo.

Lanzando una desafiante mirada al inquisidor, el arzobispo esculpió con voz dura sus palabras en el aire oscuro del pasillo.

—¿¡Eres el director de la Santa Inquisición y no entiendes algo así!? ¿¡Has olvidado quién es el enemigo mortal de la humanidad!? ¿¡Has olvidado que ese Imperio de terribles diablos lo tenemos al lado!? Si lo has olvidado, te lo recordaré. No lo olvides nunca: esto es István, ¡la primera línea de la batalla contra los vampiros!

—¿Eh...? Pe...

Cualquiera que hubiera asistido a su diálogo se habría quedado helado de la sorpresa. Il Ruinante, conocido como el hombre más implacable del Vaticano, se había quedado callado.

Al comprobar que Petros no iba a replicarle, el arzobispo suavizó la expresión.

—Bueno, no quiero darte más sermones. Vuelve al vestíbulo. ¿No habías venido a escoltar a Su Santidad? Eso es todo para lo que vales. Al menos cumple con la misión que te han encargado.

—¡S..., sí! Con vuestro permiso...

Apretando los dientes, Petros hizo una reverencia. No le convencían en absoluto las razones alegadas por su antiguo superior, pero no tenía en aquel momento una réplica apropiada. Tampoco tenía tiempo. Se daba la vuelta hacia la salida cuando...

Justo entonces la puerta se cerró enfrente de él. Y, como si estuvieran esperando ese instante, los guardias echaron el cerrojo desde fuera.

—¿Eh?

¿¡Le habían encerrado!?

Petros miró, desconcertado, a su alrededor. Las puertas que llevaban a la platea estaban todas cerradas con cerrojo. La iluminación de la sala empezó a hacerse más tenue al mismo tiempo que tomaba fuerza la del escenario. El sacerdote guerrero oyó entonces el sonido de la voz del presentador a través del micrófono:

—¡Damas y caballero, bienvenidos al teatro de la Ópera de István! En breves momentos empezará ante todos ustedes *La Estrella de la Desolación*.

—¡Petros, eres un torpe!

El inquisidor empezó a ponerse nervioso. ¡Tenía que encontrar la forma de llegar al palco del Papa cuanto antes!

Sin embargo, por mucho que buscaba por todos lados no era capaz de encontrar una puerta abierta. Al parecer, las medidas de seguridad pasaban por que el público estuviera efectivamente encerrado dentro del teatro. Tampoco era que no pudiera hacer abrir una de las puertas, invocando su autoridad como director de la Inquisición, pero si lo hacía, desviaría la atención del discurso que iba a empezar en el escenario, y cuando se enterara el arzobispo, le caería una buena.

—Antes de comenzar, pronunciará unas palabras de bienvenida el autor del guión... ¡Su excelencia el arzobispo de István, Emanuele D'Annunzio!

—Buenas noches, damas y caballeros.

Mientras Il Ruinante sudaba al tiempo que buscaba desesperadamente una salida, en el escenario había empezado el discurso de bienvenida. Tomando el micro, el arzobispo sonreía con todo su encanto viril. Sin embargo, la voz que empezó a resonar por la sala tenía la serenidad propia de un servidor de Dios.

—Sean todos bienvenidos. Hace ya un año que recibí mi nombramiento como arzobispo de esta ciudad. El camino no ha sido fácil, pero con la ayuda del Señor y la colaboración de todos ustedes, hemos logrado superar felizmente todas las dificultades que se nos han presentado hasta ahora. Durante este año hemos defendido en István la gloria del Señor, que nos trajo una muchacha. Creo que podemos estar orgullosos de ello.

Después de pronunciar aquellas frases casi sin respirar, el arzobispo se quedó un instante callado. Cerró los ojos como si estuviera recordando todos los esfuerzos de aquel año y levantó la cara hacia el techo. Petros se dio cuenta de que aquello no era más que un gesto teatral, pero los



espectadores parecieron entenderlo como una reacción sincera de piedad religiosa. Algunas mujeres maduras incluso empezaron a sollozar quedamente de la emoción.

Entonces, después de comprobar que toda la sala se había quedado en absoluto silencio, el arzobispo abrió los ojos de nuevo. Sin dejar de sonreír con serenidad, levantó al brazo derecho para señalar a la pequeña figura que esperaba en la base del escenario.

—Esta noche me conmueve tener la oportunidad de expresar nuestro agradecimiento a la persona que hizo posible el renacimiento de esta ciudad. ¡Damas y caballeros, permitidme que les presente a la heroína que liberó a István del monstruo maligno! ¡Nuestra esperanza ante los diablos que nos amenazan! ¡La hermana Esther Blanchett, Santa de István!

Mientras se elevaba un aplauso atronador, apareció la figura dubitativa de la monja, equipada con un micrófono. Parpadeando por el brillo de los focos y encogida de hombros, la muchacha parecía diminuta en medio del enorme escenario, como si no fuera más que una niña.

<<No es más que una pobre chiquilla...>>, pensó Petros al ver a Esther avanzar por el escenario.

Pensándose bien, la pobre chica merecía su compasión por muchos motivos.

Primero, porque pertenecía a la Secretaría de Estado, que era la guarida de la bruja Caterina Sforza. Además, debía trabajar con aquellos agentes, que tenían una reputación horrible de sacrílegos. No era capaz de imaginarse cómo podía llevar una vida pía de monja entre ellos.

Encima, todo el espectáculo de aquella noche no lo había buscado ella, sino que la había implicado el entorno de D'Annunzio. A su corta edad, ser adorada como Santa y recibir el encargo de hacer un discurso ante tal audiencia no podía considerarse sino una desventura.

—Eh..., eh... B..., buenas noches a tod... ¡Ay, no...! Buenas noches, da..., damas y caballeros. Es un honor presentarme ante ustedes. Soy Esther Blanchett. No tengo palabras para expresar mi agradecimiento por esta función que se realiza en mi honor.

Mientras Il Ruinante la miraba con ojos compasivos, la monja había empezado a hablar balbuceando. Al inquisidor se le encogía el corazón sólo de ver cómo tenía la frente perlada de sudor y cómo se movían sus azules ojos llenos de inseguridad. Intentando sonreír débilmente, la joven posó sobre la mesa el guión que le había dado antes el arzobispo. Justo cuando desplegó las primeras páginas y se dispuso a empezar a leer... ocurrió la tragedia.

—¿¡Ah!?

Lo primero que resonó por los altavoces fue un pequeño gemido.

Los folios del guión que Esther iba a leer salieron volando por el escenario.

—¡No! —gritó Petros, mientras los papeles caían revoloteando como hojas levantadas por el viento.

¿Se habría olvidado de volver a atar bien la cuerda que mantenía los folios juntos? La monja intentaba recogerlos con premura, pero muchos habían caído ya fuera del escenario. El rostro tenso de la muchacha había perdido todo rastro de color.

Pero Petros y el resto del público no tuvieron que aguantar la respiración durante mucho tiempo.

Al principio, la monja estaba tan atónita que no podía ni hablar. Era natural. Tener que improvisar un discurso ante tal multitud, y además siendo personas de tanto poder en la sociedad... Incluso a un político veterano le habría resultado difícil. ¿Cómo no iba a costarle a una muchacha que acababa de cumplir los dieciocho? A la vista de los acontecimientos, nadie la habría criticado si hubiera huido del escenario. Pero la Santa no lo hizo.

Mordiéndose los labios como si hubiera tomado una decisión, se puso de pie arreglándose los bajos del hábito. Aún estaba un poco pálida, pero en los ojos azules le brillaba una luz poderosa. Como atraídos por aquella mirada, la atención del público se concentró en el rostro de la chica cuando ésta comenzó a hablar...

—Les ruego que disculpen mi torpeza... Tener que hablar ante tanta gente me ha dejado un poco aturdida... —empezó Esther con una voz vigorosa, casi salvaje—. Esta noche se va a representar una obra en mi honor y quiero expresarles mi enorme agradecimiento por dedicar su valioso tiempo a asistir a la función.

¿Era aquélla la misma monja nerviosa que temblaba unos minutos antes? Esther se dirigía al público con la cabeza erguida, como si hubiera desaparecido toda la perplejidad de antes.

—Pues para estar improvisando lo hace muy bien... —se dijo Petros con admiración, mientras buscaba al arzobispo con la mirada.

Entre batidores, D'Annunzio parecía estar más tenso que antes, pero seguía mirando a la joven con una sonrisa de satisfacción. Como la monja ya había leído antes el guión, a poco que recordara, las cosas saldrían más o menos como él las había planeado.

Petros esperaba lo mismo cuando devolvió la mirada a la muchacha. Probablemente, invocaría a Dios y el Vaticano, alabaría el valor de los combatientes un año atrás y llamaría a los presentes a seguir unidos. Si decía aquello no se notaría nada que...

—Darles las gracias a todos ustedes, ésa era mi intención... Pero ahora he cambiado de parecer...

Petros tardaría mucho en olvidar cómo cambió el ambiente de la sala con sólo esa corta frase.

¿¡Qué iba a decirles!?

Al mirar entre bastidores, vio cómo el arzobispo se había quedado rígido, y contemplaba con estupefacción a la monja, como quien observara a una muñeca de cerámica que se hubiera puesto a hablar de repente. Esther no miraba al arzobispo, sino a la sala llena de espectadores. En sus pupilas se reflejaban los innumerables rostros extrañados que se habían clavado en ella. El público parecía hipnotizado por las palabras de la Santa, que susurraba despacio:

—He venido a rezar con todos ustedes por las almas de los que derramaron su sangre en la batalla un año atrás. Para eso he vuelto a ésta, mi ciudad.

La voz no era demasiado potente, pero dominaba por completo la sala, donde no se oía ni una tos. Sin ser demasiado aguda ni demasiado grave, llenaba el aire de una sensación limpia y serena. Era el ejemplo perfecto de una voz placentera. Como prueba de ello, al oírla, Petros había olvidado del todo que tenía que dirigirse al palco de honor. Nada más lejos de su mente en aquel momento que alejarse de allí. Il Ruinante se había quedado ensimismado, atendiendo al fluir de aquella voz.

—Hace un año, hicimos correr mucha sangre. Sangre de nuestros compañeros, sangre de nuestros enemigos... Fue una batalla horrible. Pero entonces pensaba que no había otra opción. Para sobrevivir había que luchar. No podíamos evitar derramar aquella sangre. En esos momentos parecía que estábamos en una encrucijada entre la vida y la muerte. Sí, ésa era realmente la situación. Por eso tomamos la espada... Pero ahora, un año más tarde, tengo la sensación de que <<no había otra opción>> no es explicación suficiente para aquella lucha...

Esther se quedó un momento callada después del largo parlamento. Al verla cerrar brevemente los párpados como para sumergirse en los recuerdos, Petros pensó que aquella monja no parecía la muchacha que él conocía. Más que a un ser vivo, recordaba a las imágenes de santas que aparecían en los murales y cuadros religiosos de las catedrales.

Al abrir de nuevo los ojos, le brillaba una luz dulce pero intensa. Mirando al público, que seguía en un silencio absoluto, prosiguió con voz serena.

—Durante aquella batalla conocí a una persona..., una persona que entonces era mi enemigo. Era el hombre al que yo intentaba matar. Pero él también creía que tenía que matarme a mí para sobrevivir.

Su expresión no podía decirse que fuera muy refinada, ni el sonido de las palabras muy hermoso. A pesar de ello, no había nadie en la sala que no estuviera prendado de la voz de la Santa. Ninguna de aquellas celebridades y personas distinguidas pronunció una sola palabra. Todos estaban concentrados, escuchando a la muchacha, que seguía hablando como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Pero no era cierto. Nadie tendría que haber muerto; sin embargo, por un malentendido, al principio, tanto él como yo pensábamos que teníamos que matarnos para sobrevivir... Y no sólo él. Creo que entre aquellos a los que matamos y que nos mataron había muchos como él. Muchos que reían como nosotros, lloraban como nosotros. Muchos a los que odiábamos. Todas las posibilidades quedaron destruidas por un malentendido.

Quizá fue el recuerdo de aquel hombre lo que hizo aparecer un poso de sufrimiento en la voz serena de la muchacha. El público sintió también en el pecho el pinchazo de aquel recuerdo doloroso. Mirando al frente, Esther hablaba sin apresurarse, sin forzar las palabras, penetrando hasta el último rincón de los corazones de los asistentes.

—Damas y caballeros, desconfíen de ustedes mismos. Desconfíen de la justicia. Quizá somos demasiado simples. Desconfíen de sus ideas acerca de la justicia en el mundo. ¿Son realmente correctas? ¿Acaso no son muchas veces sólo lo que queremos creer? ¿Acaso no se las imponemos muchas veces al prójimo? Desconfíen. Desconfiar en estos temas no es malo.

<<Desconfíen de la justicia.>> Al oír aquellas palabras, el público experimentó un leve estremecimiento.

Desde que la monja había empezado su discurso, ése fue el primer momento de duda. El público había estado embelesado con ella hasta entonces, pero poco a poco los asistentes empezaron a volver en sí. Esther no se puso nerviosa ante el cambio en la audiencia, sino que se esforzó aún más en su parlamento, movimiento expresivamente los brazos.

—Puede ser que estas palabras les hagan entristecerse. Puede ser que piensen que todo es falso y que no hay nada seguro. Dios y la justicia no son más que espejismos... Pero no es así. Podemos desconfiar, desconfiar y desconfiar, pero siempre quedará algo. Siempre queda algo que no se puede negar... Por ejemplo, en una noche invernal como ésta, reunirse con toda la familia frente a la estufa y sentir la calidez en el corazón.

Las familias que había entre el público cruzaron las miradas, como animadas por las palabras de la muchacha.

—O mirar el cielo estrellado desde un prado desierto y sentir lo preciosa que es nuestra pequeña existencia...

Como para abrazar a todos los presentes, la monja extendió los brazos y siguió hablando, pretendiendo tal vez acariciarles el alma con la voz.

—El amor a uno mismo y al prójimo..., eso es lo que queda al final. Eso es lo que hace que yo crea en Dios. Porque Dios nos ama y nos ha concedido estos dones. Por eso, recemos juntos. Recemos por toda la sangre que se vertió y las almas de todos los caídos... Amén.

—Amén.

—Amén.

—Amén.

Aunque lo hubieran querido ensayar antes, le respuesta de los presentes no habría salido más conjuntada. Parecía que hubieran coordinado no sólo la respiración, sino incluso el pulso. Apenas se había consumido el eco de aquellas palabras cuando se elevó una salva atronadora de aplausos. La ovación no disminuyó después de que la monja acabara de hacer las reverencias de agradecimiento. Tras el parlamento del arzobispo, el público se había quedado sentado, pero las palabras de Esther hicieron que todos los asistentes se pusieran de pie para aclamarla.

Incluso Petros, al ver la reacción de la sala, fue incapaz de reprimir un grito de admiración.

—Y no es más que una chiquilla... ¡Qué carisma!

Sólo con el dudoso apelativo de Santa, la muchacha había logrado emocionar a más de mil personas. Aquello no era normal. Pensando en el futuro, Petros sintió una ligera preocupación.

Si a la Santa artificial que D'Annunzio y Borgia querían fabricar se le añadía aquella capacidad de atraer al público, el potencial de la chica no era nada despreciable. Si desarrollaba su carrera bajo la guía de Sforza, sería una formidable oponente para el cardenal Medici y sus seguidores...

—¡Oye, tú! ¿¿Adónde crees que vas!? ¡Aún no es momento para eso!

Aquellas palabras en tono de reproche que salieron de la base del escenario hicieron que el monje soldado volviera en sí.

Al girarse vio que un soldado de la Guardia, enfundado en su uniforme azul grisáceo, discutía con alguien que llevaba un enorme ramo de flores. Probablemente, quería dárselo a la Santa.

Quien portaba el ramo era una joven adolescente. Por el atrevido vestido de noche que llevaba parecía ser la hija de alguno de los asistentes. Sin embargo, su tez morena y sus facciones pronunciadas eran una combinación poco común en aquellas tierras. Tenía los ojos rasgados y las pupilas de un color amatista imponente.

El soldado que la agarraba con los guantes grises empezó a hablar con voz cada vez más ruda.

—¿Es que no me has oído? Si quieres darle un ramo de flores a la Santa tienes que esperar a que baje del escenario. Vuelve a tu asiento y quédate quietecita.

—¡Aparta, terrano!

La joven movió ligeramente el brazo que el otro sujetaba. Pareció un gesto sólo simbólico, pero lo que ocurrió entonces fue todo menos eso. El soldado, que medía metro noventa y pesaba cien kilos, salió volando de manera increíble y golpeó de cara contra la pared.



El impacto debió de hacerle perder el conocimiento. El ruido horrible de la nariz al romperse fue lo único que acompañó su desplome hasta el suelo. La escena no pasó desapercibida. Entre el público empezaron a oírse gritos apagados de asombro y en el palco de honor los cardenales se habían puesto de pie con el rostro tenso.

Sin embargo, Petros no perdió el tiempo en observar las reacciones de los asistentes, porque se había dado cuenta de que a la joven le asomaban entre los labios unos caninos demasiado largos...

—¡No! ¡Alejaos todos de ella! —gritó Il Ruinante, mientras empuñaba con cada mano las mazas *screamer* que llevaba en su cintura—. ¡No es humana! ¡Es una...!

—Encantada de conoceros, terranos. Me llamo Shahrazad y vengo del Imperio de la Humanidad Verdadera —dijo la joven, con una voz tan hermosa como una campanilla, pero a la vez llena de una fuerza desafiante.

Al tirar al suelo el ramo de flores, los largos guantes engarzados con piedras preciosas que llevaba empezaron a brillar. Apoyándolos en la pared, la muchacha, o, mejor dicho, la vampira, miró directamente a Esther, que no hizo ningún signo de querer huir.

—Esta noche he venido a ver a la asesina que llamáis la Santa... ¡y a matarla!

Con un ruido sordo, la pared empezó a resquebrajarse como una telaraña.

### III

El escenario del teatro de la Ópera estaba lleno de piezas de atrezo.

No era raro que algunos elementos de la decoración pesaran varias toneladas. Por eso el escenario, de estilo neoclásico, estaba reforzado con una gruesa capa de yeso. Sin embargo, al abrirse las primeras grietas empezaron a caer pedazos de material del tamaño del granizo. Parecía extraordinario, pero las fisuras sólo habían aparecido en la sección del escenario que ocupaban Esther y la vampira. En la platea y los palcos de honor no se apreciaba ni una sola grieta.

—¡Pr..., proteged a la Santa!

Un ataque vampiro a la vista de todos. Los soldados de la Guardia se habían quedado helados ante aquellos acontecimientos increíbles, pero reaccionaron pronto e, intercambiando instrucciones a gritos, se abalanzaron sobre el escenario. El monstruo no estaba a más de un metro de la Santa, por lo que no desenfundaron sus pistolas sino sus sables. Sus reflejos y su rapidez eran dignos de admiración, pero la adversaria que tenían delante era demasiado para ellos.

—¡Imbéciles! ¡Fuera de aquí! ¡Con vosotros no tiene ni para empezar!

Cuando Petros quiso avisarles, los soldados ya habían arremetido contra la vampira; cayeron sobre ella con gallardía por los cuatro costados, como si se tratara de una escena coreografiada.

—¡Ah!

La vampira lanzó un grito de guerra justo cuando los soldados se arrojaban sobre ella. Sin intentar esquivar el ataque, dio un puñetazo en el suelo. En un instante, unas profundas grietas salieron de debajo de sus pies en dirección a los atacantes.

—¿!?

La escena fue como un espejismo.

Sin tener tiempo ni de gritar, los soldados habían desaparecido del escenario. Lo único que quedaba eran unos profundos agujeros que recordaban las fauces de un animal carnívoro. Un segundo después, se oyó cómo salían de dentro los gritos de dolor de las víctimas.

—¡No está mal, vampira! —rugió Petros hacia el monstruo que se había deshecho en tan pocos segundos de los soldados.

En su interior, el monje soldado se lamentó de tener que enfrentarse en aquella situación al monstruo. Parecía una adversaria formidable. ¿Podría vencerla sin llevar el hábito santo del Señor?

—*Deo duce comite gladio...*

Si Petros hubiera sido un soldado convencional, quizá se habría retirado para equiparse adecuadamente. Pero él era Il Ruinante, el caballero que no conocía el miedo. Sin dudarle un instante, se abalanzó sobre su presa blandiendo las armas con un sonido estremecedor.

—*Deo adjuvante vincam.* ¡Sufre mi justicia, vampira!

—¿?

La vampira puso cara de sorpresa. ¿De verdad era tan estúpido su adversario como para atacarla de frente? Durante un instante, se quedó mirando con asombro la acometida del caballero. Tensó su moreno rostro con frialdad y extendió los brazos en posición defensiva hacia Il Ruinante.

—¿¡Eh!?

Los guantes parecieron brillar un momento, y Petros recibió el impacto frontal de una fuerza terrible.

Fue como si el aire mismo se hubiera convertido en un enorme puñetazo. El monje guerrero se tambaleó mientras un chorro de sangre le salía volando de la nariz. Una persona normal habría muerto al instante bajo la presión del terrorífico golpe. Incluso un soldado biónico habría quedado incapacitado por él.

—¿¡Eso es todo lo que sabes hacer!?

Il Ruinante seguía en pie.



Recuperando de un salto la posición vertical, el inquisidor rugió salvajemente y blandió las mazas hacia la cabeza de su oponente.

—¿¡!?

Aunque el ataque de Il Ruinante no era más que una carga ciega, la vampira puso por primera vez cara de preocupación. En un instante, dio un salto hacia atrás, y las mazas chocaron una contra otra en el vacío con un golpe ensordecedor.

—¿Has esquivado? ¡Pues a ver si esquivas... esto!

Al ver que el blanco se le había escapado, Petros no perdió el tiempo y, conectando las empuñaduras de las mazas, las convirtió en una larga lanza para alcanzar a su presa.

—¿¡!?

Las *screamer* de Petros no eran simples mazas. En las puntas llevaban unos discos emisores de ondas de alta frecuencia que provocaban la destrucción instantánea de todo lo que tocaban. Blandiendo su arma mortífera en todas direcciones, Il Ruinante se lanzó sobre la vampira. Repitiendo el ataque entre alaridos, la acorraló en una esquina del escenario. La acometida fue tan salvaje que la vampira no tuvo ni tiempo de entrar en haste. Si se hubiera detenido un segundo para entrar en aquel estado de velocidad superior, Petros habría aprovechado entonces para atravesarla. La embestida del inquisidor la iba encerrando cada vez más...

—¿¡!?

El rostro moreno de la vampira cambió súbitamente de expresión al notar la pared con la espada.

—¡Ya te tengo!

Ya no se le podía escapar.

Petros alzó cuidadosamente las *screamer*, apuntando al corazón de la vampira. Con un ruido retumbante, las armas cortaron el aire... Pero no se oyó el sonido de la carne aplastada y los huesos quebrados.

—¡Imposible!

Lo único que resonó fue el grito airado de Il Ruinante y el chirrido metálico de las mazas.

Las armas se habían detenido justo antes de alcanzar al cuerpo de la vampira. Más exactamente, las había detenido su adversaria con las manos juntas, como si rezara. La vibración de alta frecuencia de los discos era irresistible y los guantes empezaron a desgarrarse, pero las *screamer* permanecían atrapadas en las manos, sin que pudiera moverse.

—¡Imposible! ¡No puede s...! ¿¡Ah!?

Aturdido por la inexplicable escena, Petros recibió el mayor impacto del combate... y el último.

Alrededor de los guantes el aire empezó a brillar oscilando y engulló como unos colmillos brutales la figura de Il Ruinante. El inquisidor intentó



resistir el ataque, pero su cuerpo salió volando por los aires hasta el otro extremo del escenario.

—¡Eres un... torpe..., Pet...!

El impacto le había paralizado por completo el sistema nervioso. Además, seguramente se había roto uno o dos huesos, pero Petros intentó levantarse de todos modos. Tosiendo violentamente y escupiendo sangre espumeante por la boca, consiguió ponerse de rodillas.

—¡Ah! ¡Es el fin!

Cuando Il Ruinante reconoció por fin su derrota, estalló el pánico entre el público. Aterrorizados por la violencia con la que había aparecido entre ellos el enemigo mortal de la humanidad, los asistentes salieron corriendo como ratones huyendo de un gato, precipitándose hacia la salida.

Sin embargo, la vampira no parecía interesada en los invitados que salían en estampida ni en D'Annunzio, que se había quedado petrificado en un rincón del escenario. En medio del caos, su mirada amatista estaba fija en la monja, que la observaba, estupefacta. Ya fuera porque el miedo la había dejado congelada o porque pensara que si se movía pondría en peligro al arzobispo y el resto del público, la muchacha se quedó inmóvil mientras la vampira se le acercaba.

—¡No! ¡Huye, Esther Blanch...! —intentó gritar con esfuerzo Petros.

No obstante, la tristeza hizo que le atragantaran las palabras. Ante su mirada impotente, la vampira extendía los brazos, con una sonrisa atrevida. Los guantes empezaron a brillar y el aire alrededor de Esther...

<<¡No! ¡Va a matarla!>>

Ante la imagen de la muchacha explotando en una tormenta de sangre, Petros gimió con desesperación. Aquella fuerza era capaz de aplastar el cráneo de cualquier ser humano como una cáscara de huevo. Parpadeando angustiadamente, el inquisidor esperaba ver en cualquier momento la imagen horrible del cadáver de Esther cayendo en el escenario.

—¡!

Con un gemido sordo de dolor, la monja empezó a tambalearse y, como un títere al que hubieran cortado los hilos, cayó entre los brazos extendidos de la vampira.

¿Habría perdido el conocimiento? Por las convulsiones de las extremidades, parecía más bien que el impacto le había provocado una parálisis del sistema nervioso. La vampira recogió el cuerpo de la monja y lo levantó en brazos con un movimiento suave, como si no notara el peso de la muchacha. Sin dejar de sonreír con aire intrépido, se giró hacia las grietas de la pared.

—¡Un..., un momento!



La voz que resonó en aquel momento no fue la de Petros. Volviendo, por fin, en sí después de haber estado inmóvil durante toda la escena, el arzobispo había saltado al escenario.

—¿Qu..., queréis llevaros a... esa muchacha, condesa de Babilonia?

—Esta chica... Yo...

La vampira susurró unas pocas palabras en dirección a D'Annunzio, quien parecía haber olvidado cualquier cuidado por su propia seguridad. Sin embargo, el ruido del escenario tambaleándose impidió que Petros las oyera. De todos modos, habría sido probablemente una frase desafiante, porque el arzobispo palideció al instante.

La vampira se puso a la monja al hombro y, después de decirle algo más a D'Annunzio, extendió la mano que la quedaba libre hacia la pared. Cuando los guantes retomaron el brillo, las grietas empezaron a crecer como si fueran seres vivos...

Entonces, se oyó un grito masculino parecido a un gemido.

—¡Esther!

Entre la muchedumbre que escapaba por las puertas sólo una persona avanzaba en sentido contrario. Era el sacerdote de cabellos canosos, que luchaba contra la marea humana y gritaba con el rostro desencajado.

—¡Esther! ¡Tú, suéltala! —rugió el sacerdote, blandiendo su revólver.

Sin embargo, la masa humana hizo que no pudiera disparar un solo tiro al tener que dedicar todos sus esfuerzos a mantenerse en pie. Intentó con ahínco buscar una posición para apuntar, pero al final lo engulló la multitud.

La vampira lo miró un instante, pero decidió en seguida que no era una amenaza. Con cara de fastidio, se giró de nuevo hacia D'Annunzio.

—Excelencia, con vuestro permiso... Me llevo a vuestra Santa.

Petros oyó claramente las palabras de despedida.

Al mismo tiempo, los guantes brillaron de nuevo y las pared empezó a desplomarse.

## Capítulo 2

### LA HECHICERA DEL TEMPLO

Que ciertamente vosotros sois fraguadores de mentira.

Job 13,4

#### I

—Me han informado de lo ocurrido, arzobispo D'Annunzio... Es una gran desgracia —empezó diciendo el hombre desde el monitor.

Fuera por su cuerpo vigoroso o por la luz cortante como un sable que le brillaba en los ojos, parecía que, más que el hábito de cardenal, le habría sentado mejor un uniforme militar. Francesco di Medici, encargado de los asuntos internos del Vaticano, los miraba desde Roma con las manos cruzadas bajo la barbilla. Uno por uno, fue observándolos a todos: a Caterina, que estaba en silencio; a Antonio, que estaba más preocupado por arreglarse el pelo que por otra cosa; y al hermano Petros, erguido con la expresión de un estudiante que se hubiera olvidado de hacer los deberes. Después volvió a fijar la mirada en el arzobispo.

—Que haya sido precisamente durante la representación de una obra conmemorativa de la batalla de István que hayamos permitido un ataque vampiro... y que hayan raptado a la mismísima Santa... ¿Dónde estaba esa Guardia de la que estáis tan orgulloso, arzobispo?

—Eminencia, no tengo palabras para pedir perdón por nuestra negligencia, pero si me permitís...

El arzobispo bajó la mirada ante la expresión de reproche del cardenal. Sin embargo, no se le atragantaron las palabras, sino que respondió con frialdad, como si ya tuviera preparada la excusa:

—Al estar presentes Su Santidad y su eminencia la cardenal Sforza la seguridad estaba concentrada a su alrededor. Por favor, disculpad mi error: confiaba en que el director de la Inquisición, que estaba en el lugar de los hechos, sería capaz de encargarse de ello.

—¿¡Eh!? ¡Pero yo...!

Al oír cómo le intentaban culpar de lo ocurrido, el monje guerrero levantó la cabeza vendada. Petros iba a responder a la acusación, pero al ver la mirada recriminatoria de su superior, se quedó abatido y en silencio.

—Es..., es cierto que yo estaba allí... y no puedo negar mi responsabilidad en lo ocurrido...

—No sé si es muy acertado achacarlo todo al director de la Inquisición... Las excusas van contra la moral de un caballero.

Quien salió en defensa de Petros, que aguantaba virilmente las acusaciones, fue una dulce voz femenina. Caterina, que hasta entonces no había hecho mucho más que toser frente a la calefacción, siguió hablando con voz serena pero decidida.

—El deber del hermano Petros era la protección de Su Santidad. De la seguridad del teatro se encargaba la Guardia... Lo que quiere decir que la responsabilidad recae sobre ellos.

<<O sea, sobre ti...>>

La acusación no llegó a formularse, pero Caterina miró con firmeza al arzobispo. Si su mirada resultaba más fría de lo necesario quizá era por su débil estado de salud. Cruzando las piernas bajo el hábito, la cardenal se llevó la taza de té a los labios.

—De todos modos, ya pensaremos en todo eso cuando haya tiempo para ello. Ahora tenemos problemas más urgentes... Hay que localizar de inmediato a Esther Blanchett y a la vampira que la ha raptado. La marcha de esa investigación determinará también si podemos continuar con la ceremonia por los caídos como estaba previsto...

—Las ceremonias no pueden detenerse. Los acontecimientos de esta noche suponen una mancha indeleble en nuestra imagen y no podemos parecer aún más débiles. Ya somos el hazmerreír de los Estados seculares —respondió Francesco, a través del monitor.

Desde la ventana del despacho se veía la multitud de periodistas y curiosos que se agolpaba frente a las puertas de la catedral de István, construida como sede arzobispal para sustituir a la catedral de San Matyás, que había quedado destruida un año atrás. Incluso para el Vaticano había sido imposible mantener en silencio a los más de mil espectadores que había presenciado el incidente. La propaganda que habían hecho de la ceremonia por los caídos también estaba jugando en su contra. El caso ya había salido a la luz en todos los Estados seculares y todo el mundo estaba pendiente del menor movimiento del Vaticano. Mostrar debilidad en aquel momento habría conllevado una pérdida de prestigio decisiva.

—Por eso, todo debe seguir como estaba previsto. No podemos permitir que los malditos medios de comunicación nos tomen a risa... ¿verdad, cardenal Borgia?

—Por supuesto que no —respondió con voz frívola desde el sofá el ministro de Información.

Antonio Borgia se apartó con aire afectado un mechón de cabello teñido de la cara y sonrió con una mueca teatral.

—Ya he dado órdenes para que informen de que la hermana Esther fue secuestrada por una vampira, pero que gracias al trabajo de la Guardia de la ciudad y la Inquisición ya ha sido rescatada. Ahora se supone que está en el hospital central recuperándose. Por cierto, ¿no podríamos hacer que Su Santidad fuera a hacerle una visita luego? Es que así tendrá todo como más realismo, ¿sabes?

—Eso nos permitirá ganar algo de tiempo...

El ministro de Información parecía querer seguir charlando, pero Francesco le hizo callar, con un gesto de la mano, y lanzó una mirada por la sala con los ojos brillantes como un sable.

—Mientras tanto hay que encontrar y eliminar a la vampira y rescatar a la hermana... Las investigaciones de la Inquisición han obtenido unos datos muy curiosos. Podéis proceder, hermano Mateo.

—Gracias, eminencia... Permitid que me presente. Soy el hermano Mateo, de la Inquisición —dijo una de las figuras de la sala, que hasta entonces había permanecido en silencio.

Iba vestido con el hábito de los inquisidores, pero bajo la desordenada cabellera morena su rostro infantil era la placidez personificada. El hermano Mateo, que había llegado de Roma hacía apenas una hora, avanzó arrastrando los pies al mismo tiempo que sacaba una carpeta de documentos a la vista de todos.

—Aquí tenemos los resultados del análisis de las fracturas en las paredes y el suelo. Parece que el arma que usó la vampira está basada en un cristal sintetizado especial con un efecto piezoeléctrico extremadamente potente.

—¿Efecto piezoeléctrico?

D'Annunzio levantó las cejas ante aquella palabra desconocida y le preguntó al joven inquisidor con ojos extenuados:

—¿Qué se supone que es eso?

—Quiere decir que puede provocar una especie de terremoto a través de vibraciones eléctricas.

Quien respondió a la pregunta del arzobispo fue Caterina, que no apartaba los ojos de los documentos. La cardenal, famosa en el Vaticano por sus conocimientos enciclopédicos, explicó con gracia, poniéndose el dedo en la sien:

—El cuarzo, el zircón y el titanato de bario... son cristales que, sometidos a una tensión determinada, tienen un efecto piezoeléctrico que puede producir descargas. Del mismo modo, si se los introduce en un campo eléctrico, pueden provocar el efecto opuesto.

—Lo que quiere decir, en resumen, que si se les pasa electricidad pueden producir vibración y si se les provoca una tensión pueden producir electricidad —añadió Mateo, para quienes no poseían los mismos conocimientos técnicos que la cardenal. Desplegando los documentos como un profesor de ciencias, mostró a su audiencia los diagramas correspondientes—. Por ejemplo, un caso cotidiano son los micrófonos. A través de impulsos eléctricos producen vibraciones, es decir, producen sonidos. El arma de anoche utiliza esas propiedades a la máxima potencia. La vibración lleva a los metales al límite de su resistencia y acaba por fundirlos, lo que provoca la destrucción del blanco.

—Bueno, esos detalles la verdad es que yo... —dijo débilmente D'Annunzio, que se acarició las cejas con cara de incompreensión y lanzó una mirada nerviosa por la sala—. Lo importante es saber si esa tecnología sobrepasa a la que tenemos nosotros. Y está claro que la vampira es una asesina enviada por el Imperio, como ella misma dijo, ¿verdad?

—Eso puede ser que sea una conclusión precipitada, excelencia...

Quien expresó entonces sus dudas fue Caterina. Dejando los documentos encima de la mesa, tosió ligeramente antes de proseguir.

—Es cierto que el Imperio es nuestro mortal enemigo, pero hace más de cien años que no provocan ningún incidente. No hay ninguna razón por la que tengan que empezar precisamente ahora.

—No provocan... Hasta ese momento no, es verdad, pero ¿no empezarán a sentirse amenazados ahora que hemos ocupado István?

Antonio había hablado con una voz seria, extremadamente rara en él, al mismo tiempo que señalaba con la barbilla hacia el mapa que se hallaba colgado en la pared.

Antes del Armagedón la urbe podía enorgullecerse de ser uno de los pilares de la Europa central, pero en el presente no era más que una ciudad fronteriza de doscientos mil habitantes. Los alrededores del núcleo urbano estaban llenos de ruinas inhabitables y los túneles del antiguo metro no eran más que cavernas oscuras. A la vampira no le faltarían oportunidades para esconderse, y detectarla en aquel terreno sería extremadamente difícil.

—Pero, bueno, sean cuales sean las intenciones de nuestro enemigo, lo importante es capturar a la vampira... ¿Hay alguna noticia acerca de su posible paradero?

—La guardia de la ciudad está trabajando a marchas forzadas en ello con todos sus efectivos.

Como recuperado del nerviosismo, D'Annunzio levantó al fin la cabeza y, trazando con el dedo un anillo alrededor de la ciudad, explicó:

—Las rutas de salida de la ciudad están todas bloqueadas y hay puntos de control en todas las líneas de ferrocarril. Además, vamos a enviar pelotones equipados con material antivampiros a los túneles subterráneos.



—Ya veo. Son medidas muy acertadas, pero ¿no es un poco arriesgado? —preguntó Mateo, después de levantar la mano con gesto humilde. Rascándose la cabeza, continuó con cara de preocupación—: Con vuestro permiso, la Guardia no tiene experiencia real de combate y su equipo antivampiros es muy limitado. Aunque la localicen, la probabilidad de que la vampira acabe matándolos a ellos es muy elevada... ¿Puedo atreverme a pedir que aceptéis que la Inquisición participe en la misión?

—Hermano Mateo, os agradezco mucho la oferta, pero ahora mismo sólo estáis vos y el hermano Petros. Mejor dicho, ya que el hermano Petros está herido, sólo contamos con vos. Por mucho que seáis inquisidor, tampoco cambia demasiado la cosa.

—¿Sólo yo? ¡Ah, claro!, hay algo que todavía no os he dicho... —Mateo dio una palmada, como si acabara de recordar algo importante, explicó con voz cristalina—: Precisamente están esperando en el aeropuerto de István tres aeronaves que transportan a unos trescientos policías especiales. Yo mismo he venido con un destacamento que estaba de maniobras en Trieste. ¡Ah!, y por la tarde esperamos cerca de doscientos hombres más de refuerzo.

—¿Qué? ¿Es eso cierto?

Considerando que no había pasado ni doce horas desde el incidente, la rapidez del despliegue era insólita. No sólo D'Annunzio, sino también Caterina y Antonio levantaron las cejas a causa de la sorpresa. Sin embargo, el inquisidor permaneció sonriente y con la mirada tranquila.

—Como estaban de maniobras, todavía hay que reorganizar la cadena de mando y proveerles del equipo necesario, pero creo que no tardaremos mucho en solucionar esos temas. Concededme una hora y los tendré listos para el combate.

—Vaya, qué celeridad... No esperaba menos de vos, hermano Mateo. Veo que no son falsos los rumores que dicen que sois el mejor comandante que tiene el Vaticano. Muy distinto de otro que yo me sé.

D'Annunzio empezó a alabar inopinadamente al inquisidor. Aunque estuvieran ya de maniobras, transportar a través de aquella distancia en pocas horas a quinientos hombres, un batallón entero, y tenerlos listos para entrar en acción demostraba realmente unas capacidades prodigiosas.

—Magnífico. Si podemos contar con la colaboración de un cuerpo tan experimentado como la policía especial y el liderazgo de un inquisidor con tal talento no hay nada que temer. Lo dejo en vuestras manos, hermano Mateo.

Mientras el arzobispo llenaba de alabanzas al inquisidor, como un maestro que animara a su alumno favorito, sonó a sus espaldas una voz apenas perceptible.

—Y..., yo...

El monje guerrero, que estaba abatido en un rincón, levantando la mano con cierto temor.

—Os ruego que me permitáis unirme a la operación y recuperar el honor que perdí anoche. Encontraremos a la vampira y yo mismo os traeré su cabez...

—No, tú no irás, Petros.

Quien rechazó con rotundidad la petición de Petros no fue el arzobispo. En el monitor, Francesco negaba severamente con la cabeza.

—La operación la puede dirigir Mateo solo. Tú ocúpate de la seguridad de Su Santidad.

—¿¡Eh!? ¡Pero, eminencia...! ¡Yo...!

—No me malinterpretes... No es que no confíe en ti...

La verdad era que la expresión de Francesco no se correspondía con la de alguien que reprende a un subordinado. Sin embargo, el veterano caballero habló con una voz firme, que no admitía réplica. Clavando la mirada aguda en Petros, explicó con claridad:

—Mientras no hayamos capturado a la vampira, las posibilidades de que intente atentar contra la vida de Su Santidad son muy altas. En previsión de esa contingencia, debe haber a su lado alguien capaz de protegerle. Eso es lo que quiero decir.

—¿Eh...? Pe...

Il Ruinante bajó la cabeza ante las palabras severas, aunque no frías, de su superior. Primero se ruborizó, y luego se puso pálido. Con cara de sufrimiento, masculló, apretando los dientes:

—Comprendido... a vuestras órdenes...

—Ya lo he dicho antes: todo esto debe mantenerse lejos de los medios de comunicación. Si se enteran de esto, pueden causar un daño irreparable... —concluyó Francesco, después de mirar seguidamente a Petros y Mateo.

El cardenal tenía una expresión resuelta pero nerviosa, poco común en él. No era extraño. Un error en la gestión de aquel problema haría que se convirtiera en algo mucho peor que un simple suceso ocurrido en las provincias. En el peor de los casos, podía acabar afectando al poder mismo del Vaticano.

Mirando a los altos cargos congregados en la habitación, el hombre cuyo brazo de hierro sostenía al Vaticano repitió con gravedad:

—Una noble imperial ha raptado a nuestra Santa... Esto no es un simple ataque vampiro. Podría convertirse en la chispa de una nueva cruzada. debemos estar preparados para cualquier cosa.

—¿Qué ha ocurrido, eminencia?

Cuando Caterina volvió a la habitación que le habían asignado, el sacerdote de cabellos canosos se levantó del sofá, impaciente. No habría pegado ojo en toda la noche, porque miraba nerviosamente a su superiora con aspecto exangüe y ojeroso.

—¿Cuáles son las instrucciones? ¿Cómo vamos a proceder a la búsqueda?

—La Secretaría de Estado no tiene derecho a participar en las operaciones...

Caterina tosió ligeramente mientras tendía su mitra cardenalicia al otro sacerdote que se hallaba en la habitación: el padre Tres Iqus. El frío era muy intenso. Después de sentarse frente a la calefacción, recuperó poco a poco el aliento.

—La búsqueda la llevarán a cabo la Inquisición y la policía especial. Nosotros nos encargaremos de la protección y asistencia del Papa.

—¡Pe..., pero a quien han raptado es a una de los nuestros!

Lanzando un grito violento muy poco común en él, Abel se había puesto aún más pálido que Caterina. Su voz, emocionada y temblorosa, revelaba que había pasado la noche en vela, reconcomiéndose por haber permitido que raptaran a una compañera ante sus ojos.

—¿¡Quién ha decidido algo tan estúpido como que los compañeros de la raptada no pueden participar en su búsqueda!? Ahora mismo puede que Esther...

—Tranquilizaos, Abel...

Caterina intentó calmar con voz serena al sacerdote, que parecía que iba a salir en estampida en cualquier momento.

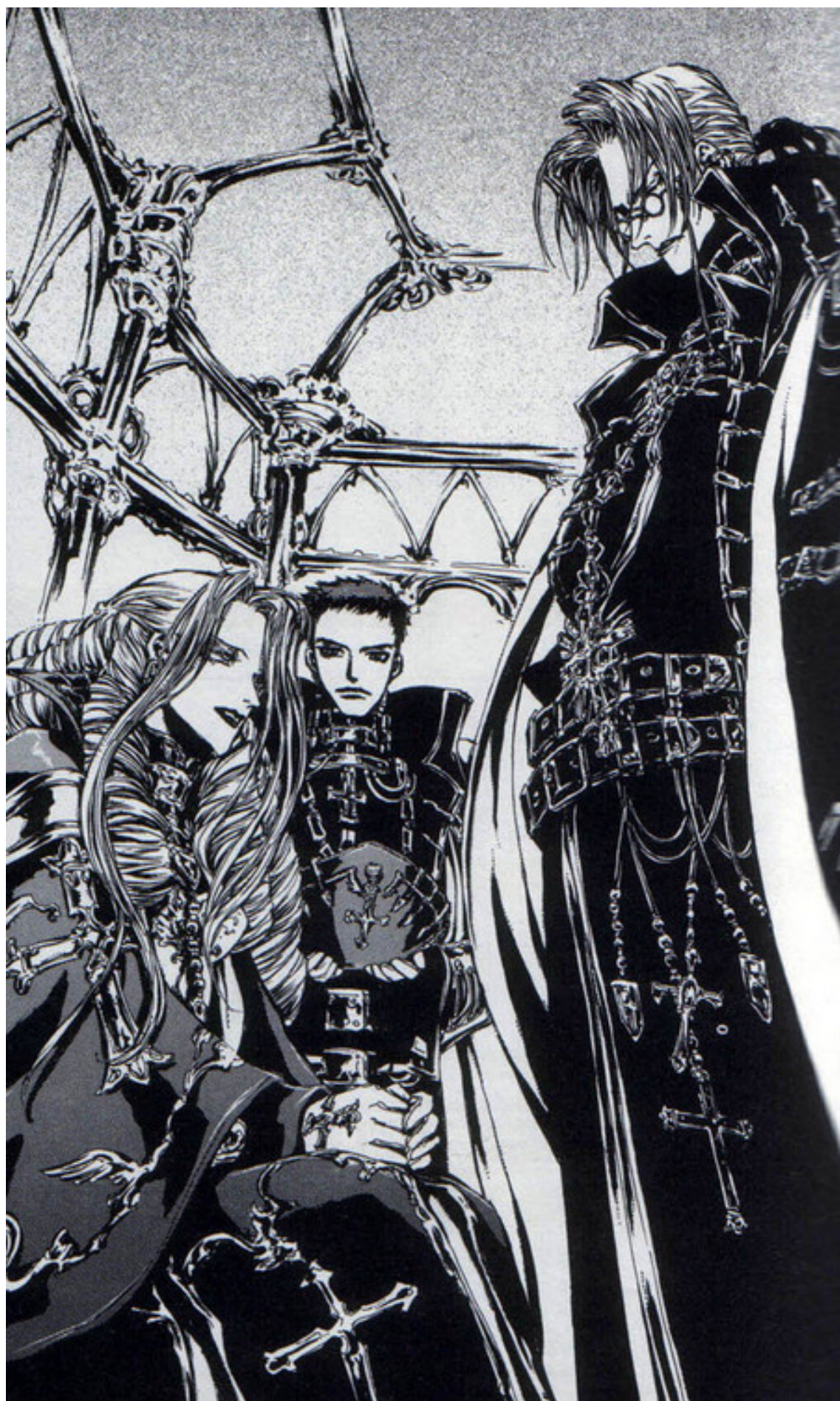
Normalmente, el sacerdote era tan tranquilo que exasperaba a los demás, pero en aquella ocasión el sentimiento de culpa era probablemente demasiado fuerte. Intentando ignorar los oscuros sentimientos que empezaban a bullirle por dentro, la cardinal miró al histérico sacerdote y le explicó de forma sosegada:

—Creo que no hace falta decir que para mí misma la seguridad de la hermana Esther es lo primero. Es una agente clave que trajo información valiosísima del Imperio. Perderla ahora sería un golpe tremendo.

—Pero tampoco podemos ignorar la protección de Su Santidad...

La voz monótona que se sumó a la conversación era la de Tres. El soldado mecánico siguió hablando sin ningún rastro de sentimiento acerca de las posibilidades que tenían:

—Mientras la vampira se encuentre dentro de la ciudad, las probabilidades de que su próximo objetivo sea el Papa o su eminencia son muy altas. Si ocurriera realmente un ataque, nosotros seríamos los responsables. Hay que evitarlo a toda costa.





—Vale, pues os podéis quedar vos con la cardenal, padre Tres —respondió de inmediato Abel, disponiéndose a abandonar la habitación.

Aquella manera de hablar tan brusca no era nada normal en el sacerdote.

—¡Mientras tanto, yo iré a buscar a Esther por la ciudad! Como ya estuve aquí hace un año, conozco un poco las calles. No es que vaya a vagabundear sin rumbo...

—Negativo. No es recomendable dispersar nuestra capacidad de combate, padre Nightroad. Nuestro objetivo es proteger a Su Santidad y a su eminencia. Hay que contar también con el cardenal Borgia. Es físicamente imposible que pueda cubrir solo los tres objetivos a la vez. El mínimo necesario son dos unidades, que somos vos y yo.

—¿Eh...?

Ante el frío pero exacto razonamiento, el sacerdote canoso se quedó sin palabras, Intentó pensar alguna réplica, pero finalmente permaneció en silencio. De todos modos, se giró decidido hacia Caterina, con cara de no darse por vencido, y miró con ojos implorantes a su superiora:

—Por favor..., eminencia..., yo... Esther...

—No. Imposible, Abel..., digo, padre Nightroad —dijo Caterina, negando serenamente con la cabeza ante las súplicas del sacerdote—. Entiendo perfectamente cómo os sentís. Yo también estoy muy preocupada por la hermana Esther. Pero la vampira aún se encuentra entre nosotros. Si vuelve a atacar, ¿quién estará aquí para defendernos de ella? ¿Quién nos defenderá a mi y a Alessandro? Sólo vos podéis hacerlo. Además, Abel...

El sacerdote se mordió los labios ante la serena reprimenda. En los ojos llorosos le danzaba la imagen de aquellos a quienes debía proteger. La cardenal lanzó su última frase hacia aquella mirada semejante a un lago invernal.

—¿Acaso para vos no tiene valor defendernos?

—...

Como si le hubieran cortado los hilos, el joven dejó caer los párpados. Cerró con fuerza los ojos y su rostro, con la expresión de quien acabara de beberse un veneno, perdió todo el color. Sin embargo, los labios se le abrieron aún un instante para escupir:

—Cobarde... Eso es un reproche cobarde, Caterina... No puedo creer que...

Después de susurrar aquellas palabras, el sacerdote se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vais, padre Nightroad? Estamos en plena reunión. ¡Volved de inmediato!



La voz reprendió con dureza a Abel, pero éste la ignoró y tendió la mano hacia el pomo. Sin cambiar de expresión, Tres alcanzó rápidamente a su compañero frente a la puerta...

—No hace falta que le sigáis, padre Tres —dijo la cardenal, deteniendo al pequeño sacerdote con un gesto—. Aunque no le persigamos, el padre Nightroad no nos abandonará... Sé cómo es.

¿Qué era aquella expresión que pasó entonces por el rostro de la hermosa mujer? Disgusto consigo misma, ira... Un velo de dolor le ensombreció el rostro. Pero fue sólo un instante. Recuperando la serenidad en seguida, la cardenal le ordenó a su subordinado:

—Padre Tres, encargaos de la vigilancia de la catedral. Yo tengo que solucionar unos asuntos y acompañar luego a Su Santidad al hospital central. Encargaos de los preparativos.

—Positivo.

Aun después de haber recibido las órdenes, el soldado mecánico se quedó un instante de pie, como si quisiera decir algo, pero al final se retiró en silencio por la misma puerta que había usado su compañero.

Después de comprobar que el eco rítmico de las botas se había apagado por el pasillo, la cardenal se apoyó en el respaldo de la silla. Acercándose el pañuelo a los labios, tosió ligeramente...

—Una mujer odiosa... —gimió quedamente entre los labios con voz ronca.

Había tosido tanto que se le había roto la voz. Al ver la leve mancha rojiza que había aparecido en el encaje blanco del pañuelo, no había en su rostro ni sombra de la Dama de Hierro que causaba terror a todos.

—Soy..., soy una mujer odiosa.

Sin dejar de toser, lanzó el pañuelo ensangrentado a la chimenea.

## II

Se oía el sonido de las gotas de lluvia.

¿Hacía mal tiempo? Precisamente el día que quería hacer la colada.

Había estado tan ocupada últimamente que la ropa sucia se le había acumulado. Tantos viajes no le habían dejado un momento de respiro. Empezó en Cartago, luego la capital del Imperio, luego Skopje... Justo cuando pensaba que podría volver a Roma, se había visto envuelta en aquel extraño incidente en István...

¿István!?

Aquella palabra hizo que Esther volviera en sí y abandonara los plácidos jardines del sueño.

Después de deshacerse de una patada de la manta que la cubría, lo primero que vio fue un techo de cemento desnudo y las gruesas columnas y arcos que lo sujetaban. Aparte del débil efecto de la quimioluminiscencia, era un mundo completamente oscuro e incoloro. No sólo el techo, sino también las paredes eran de cemento agrietado y le recordaban a las celdas del castillo de Sant'Angelo que había visitado una vez. Pero aquello no era Roma. Aquella oscuridad húmeda y el aire viciado durante un año...

—¿¡Estoy en los antiguos túneles de metro!?! —exclamó Esther, mirando al escalón que tenía delante, donde se veían los raíles herrumbrosos.

No había duda. En su época de partisana había pasado por allí alguna vez. Se encontraba en los túneles del metro de István. Mejor dicho, en sus ruinas.

Después del Armagedón, había habido un intento de reconstruir la antigua red de metro, pero el proyecto se había abandonado a medias por problemas técnicos. Esther se encontraba en una estación desierta. Levantándose del banco en el que estaba tendida, lanzó una mirada a su alrededor.

La triple fila de raíles se perdía en la oscuridad. Lo que sonaba como lluvia era el goteo de las aguas subterráneas que se filtraban por las grietas. El débil efecto de la quimioluminiscencia parecía una procesión de fuegos fatuos que llevara al otro mundo.

—Esto es una estación de la línea 3... ¿Forgách Utca, quizá? Eso querría decir que estamos bastante al norte de Pest, pero ¿cómo...?

Mientras pensaba todo aquello, Esther se puso rígida de golpe. Los recuerdos de la noche anterior habían aparecido vivamente en su memoria.

Una vampira la había atacado sobre el escenario del teatro de la Ópera. Pero ¿por qué no la había matado? Era evidente que no recordaba nada de lo que había sucedido después. ¿Sería aquello su escondite?

—¡Ah...! ¿Estará la vampira cerca de aquí ahora? —murmuró Esther, temerosa, mirando a su alrededor.

Hasta donde le alcanzaba la vista no había ni rastro de otra presencia en la estación. Sin embargo, para una methuselah no era difícil hacerse indetectable para los terranos, si así lo deseaba. No sería raro que la estuviera acechando por la espalda en aquellos precisos momentos. Con un suspiro, la monja se dio cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos y dejó de escudriñar el vacío con la mirada.

Lo importante era salir de allí cuanto antes. No sabía cuánto hacía que la vampiro la había dejado sola, pero si se quedaba cruzada de brazos estaba claro que regresaría tarde o temprano. Volviera cuando volviera, en treinta minutos o en una hora, si quería escapar de allí aquél era el momento de hacerlo.

—¡Venga!

Esther decidió ponerse en camino, aprovechando su experiencia como partisana y el entrenamiento que había recibido en el Vaticano.

Aunque diera algún paso en falso, la situación no podía ponerse peor de lo que ya estaba e intentar hacer algo era mil veces mejor que quedarse allí cruzada de brazos. Dándose un ligero golpe en la mejilla para despertarse, Esther bajó de un salto a la vía. Guiándose por el débil brillo de la quimioluminiscencia, empezó a caminar hacia el sur, en dirección al centro de István. Evitó las grietas del cemento y avanzó tan rápido como pudo por el lado de las vías.

Por suerte para Esther, la methuselah no había contado con que su pasado de partisana le había dado un profundo conocimiento de los túneles del metro de István. Durante los combates contra la Guardia había ido y venido tantas veces por ellos que podría haberlos recorrido con los ojos cerrados si hubiera querido.

Esther había avanzado unos trescientos metros cuando se detuvo. Si no recordaba mal, aquel túnel estaba bloqueado por un montón de cascotes. Un año atrás, huyendo de la Guardia, los partisanos lo habían volado. Para llegar al túnel alternativo que habían excavado, se metió en una abertura lateral...

—¿?

Esther giró el rostro de repente.

Había oído un sonido en la oscuridad, un sonido que no había producido ella, sino alguien más. Eran pasos.

Y no sólo eso. A lo lejos, empezó a ver una débil luz amarillenta y titilante. Estaba claro que se acercaba hacia ella.

—¡No!

Esther echó a correr y, después de entrar por la abertura, enfiló otro ramal. No sabía qué hora era pero, esperando que fuera de día, intentó alcanzar la superficie. Aunque lo pretendiera con todas sus fuerzas, nunca podría vencer en un combate directo a la methuselah, pero si conseguía salir a la luz del día... Guiándose por sus recuerdos, la muchacha se apresuró hacia la escalera más cercana.

—¡Ah!

Lo que debía haber sido la carrera decisiva terminó en apenas cincuenta metros. Al girar la última esquina antes de llegar a la escalera, Esther lanzó un grito y se quedó completamente rígida. El suelo había desaparecido ante sus ojos. El pasillo se había derrumbado y lo que tenía ante ella era un enorme lago oscuro. El agujero que se veía en el techo era probablemente todo lo que quedaba de la escalera que pensaba usar. Sin alas, no había manera de llegar a la abertura.

—¡Pero ¿qué hace este agujero aquí?!

Si se hubiera dado cuenta medio segundo más tarde, con seguridad, habría caído al agua. Mordiéndose los labios, Esther contempló cómo los

pedazos de cemento que había desplazado al frenarse se precipitaban ruidosamente al lago.

Un año atrás el impacto de La Estrella de la Desolación había provocado la destrucción de parte de la ciudad, y las aguas del Danubio se habían filtrado hasta los niveles subterráneos. Por eso se había formado aquel lago; aunque más que un lago, era propiamente un río subterráneo, atravesado por veloces corrientes. Intentar atravesarlo a nado habría sido un suicidio.

—¡Mierda! Tengo que encontrar otra manera de escapar...

—¡Alto! ¿¿Qué haces ahí!?

Esther miraba por todos lados en busca de una salida como un ratón acorralado, cuando una voz masculina la detuvo. Al mismo tiempo, el brillo de una linterna atravesó la oscuridad, cegándola.

—¿Hermana Esther? ¿Sois la hermana Esther, verdad? ¡Sargento, levanta la linterna!

Mientras se cubría los ojos, acostumbrados a la oscuridad, Esther notó que la voz que la había llamado era distinta de la primera. Extendiendo con rapidez la mano, el segundo hombre hizo que el primero bajara el rayo de luz. Gracias a ello, la muchacha empezó a reconocer las siluetas de los hombres que tenía enfrente.

—¿Vo..., vosotros?

Esther miró con desconfianza a la decena de figuras. Cuando los ojos se acostumbraron por fin a la luz, se dio cuenta de que iban vestidos con uniformes de color gris azulado y llevaban rifles...

—¿¡La Guardia!?

—¡A vuestro servicio! Soy el teniente Ferenc Dobó... Os hemos buscado por todas partes, Santa... —dijo el líder del grupo con voz de alivio, y repasó respetuosamente con la mirada a la muchacha—. ¿Estáis herida? ¿Dónde está la vampira?

—No, no; estoy bien. Es maravilloso que me hayáis encontrado...

Habían venido a salvarla. La monja estuvo a punto de desmayarse de la emoción, pero reunió todas sus fuerzas para mantenerse en pie. Aún no podía decirse que estuvieran a salvo. Era muy posible que la vampira todavía se hallara en las proximidades. Con voz temblorosa, Esther se dirigió al hombre que se había identificado como Dobó:

—Teniente, debemos alejarnos de aquí de inmediato. La vampira puede estar todavía cerca. Ni siquiera diez hombres sería suficientes para hacerle frente.

—¿Puede estar cerca de aquí...? ¿Queréis decir que no sabéis dónde se encuentra la vampira, entonces...?

Repitiendo las palabras de la joven, Dobó extendió la mano hacia la cintura y, sin dejar de sonreír, desenfundó su cuchillo de combate.

—Vaya, hemos tenido suerte... Perfecto, ahora que no nos va a molestar nadie, empezaremos ocupándonos de vos...

—¿Eh?

Esther se encogió puramente de instinto. Medio segundo después, produciendo un horrible silbido en el aire, el cuchillo pasó brillando por el espacio donde antes había tenido la cabeza. Incluso cuando empezó a sangrarle el rasguño que le había hecho el arma en una mejilla, Esther aún no comprendía lo que estaba ocurriendo.

Sólo cuando la primera gota de sangre le rodó por la cara cayó en la cuenta de que estaban intentando matarla.

Ante la mirada estupefacta de la monja, que aún no acababa de creerse lo que veía, Dobó chascó la lengua. Mientras la sangre caía por el cuchillo de combate, murmuró con un deje lastimoso en la voz:

—Y yo que quería enviaros a los pies del señor sin haceros mucho daño...

—Pe..., pero ¿qué quiere decir esto?

Esther balbuceaba, confusa, sin acordarse ni siquiera de la escopeta que llevaba en un pliegue de la falda. Estaba claro que los soldados de la Guardia que tenía delante querían matarla, pero no era capaz de entender el porqué. Desconcertada, Esther repitió su pregunta:

—¿Por qué la Guardia...? ¿No habéis venido a rescatarme?

—Claro que hemos venido a salvaros pero, por desgracia, cuando hemos llegado, nos hemos encontrado con que la Santa había muerto a manos de la vampira y... Bueno, creo que ya os podéis hacer una idea de por dónde van los tiros...

Dobó hablaba torciendo al sonrisa, con un tono que no dejaba lugar a dudas acerca de sus intenciones asesinas. A la espalda, Esther tenía los remolinos del lago oscuro. A no ser que le salieran alas, no había manera de escapar. Frente a la mirada turbada de la monja, el teniente jugueteaba con su arma mientras decía con voz teatral:

—Nunca olvidaremos el trágico destino de nuestra Santa..., así que podéis morir tranquila.

El ataque de Dobó superó todas las expectativas de Esther. Justo cuando la monja buscaba una oportunidad para saltarle por encima, el teniente pareció deshacerse en el aire y cargó contra ella como una exhalación. Inmovilizándole la mano con la que intentaba sacar la escopeta, lanzó a la muchacha de espaldas contra el cemento. Al intentar lanzar un gemido de dolor, Esther se encontró con la punta del cuchillo en el pecho.

La carne se abrió con un ruido horrible y el eco de la sangre que fluía a borbotones se extendió por la sala.

—¡Ah!



Pero quien había gritado era Dobó, que soltó el cuchillo y dio unos pasos atrás, agarrándose en brazo ensangrentado.

Esther había visto cómo ante sus propios ojos un filo invisible partía en pedazos el cuchillo. El arma rota se había clavado en el brazo de su propio dueño y había provocado que la sangre fresca fluyera a chorros. Los demás soldados se quedaron helados, pero no fue por lo extraño de aquel fenómeno.

—Dejad en paz a la chica, terranos... —dijo una voz suave como la seda.

Entre la Santa caída y el teniente que se tambaleaba había aparecido como por arte de magia una figura. La cabellera morena recogida y los ojos color de amatista parecían, más que reales, cincelados por un genial artista en la cúspide de su talento. Lo único que desequilibraba la imagen eran unos colmillos demasiado largos que le aparecían entre los labios.

Encarándose con los soldados, la mujer levantó sus plateados brazos y repitió:

—Vuestra Santa es ahora mía... No dejaré que la manoseéis así...

—¡La va...! ¡La vampira!

Al mismo tiempo que uno de los hombres elevaba un grito aterrorizado, nueve cañones apuntaron a aquel monstruo con formas femeninas. Con rostros horrorizados ante el enemigo mortal de la humanidad, los soldados pusieron el dedo en el gatillo.

—Quietos...

La reacción de la vampira fue indolente, casi como si le dieran lástima los hombres. Con un teatral movimiento de brazos, produjo una reacción increíblemente violenta que contrastaba con lo elegante de sus gestos.

Las piedras preciosas encastadas en los guantes empezaron a brillar, y el suelo de cemento se resquebrajó con gran estruendo. Las grietas que corrían desde la hermosa vampira hacia los soldados se extendieron en un abrir y cerrar de ojos como las fauces de un demonio y se tragaron a los hombres, desconcertados. Decenas de metros más abajo, se oyó el eco de los cuerpos que caían al agua y los gritos de horror al ser arrastrados por los remolinos.

—Por eso os he avisado... No hay nada que hacer con tipos como éstos... —dijo la responsable de la tragedia, con una calma más que inapropiada para la situación.

La vampira había saltado con fuerza sobrehumana por encima de los soldados, llevándose en brazos a la monja, y después de mirar al fondo del abismo que había abierto, bajó la mirada hacia la muchacha.

—Tú también me metes en unos líos..., Esther Blanchett. Husmear por aquí es peligroso para los terranos.



—¿¡Sois la methuselah que...!? —dijo Esther, temblorosa, bajo la suave mirada de la mujer.

Era efectivamente la methuselah que la había secuestrado en el teatro de la Ópera la noche anterior. Pero ¿por qué era ella quien la había salvado? O, mejor dicho, ¿por qué quería matarla la Guardia? La muchacha estaba sumida en la consternación, incapaz de encontrar respuesta a sus preguntas.

La methuselah, por su parte, parecía incluso disfrutar de la situación. Mirando el desconcertado rostro de la muchacha le dijo con voz agradecida:

—¿Methuselah? Vaya, es raro que una terrana del exterior nos llame así. Tampoco pareces tenerme mucho miedo... ¡Ah!, pero si todavía no me he presentado. Soy la condesa de Babilonia, Shahrazad Al Rahman, subconsejera militar del gobernador de Timisoara, en el Imperio. Bueno, lo era hasta la semana pasada... —explicó la mujer, mirando con dulzura a Esther mientras la ayudaba a ponerse en pie con mano experta—. Perdona por haberte asustado, pero las circunstancias no me dejaban otra opción... No te preocupes, nunca he tenido la menor intención de hacerte daño. Anoche cuando te rapté del teatro fue porque me lo ordenó un hombre, el mismo que ha enviado a esos guardias a matarte.

—¿A matarme?

Esther, atónita, miraba a la methuselah, que le hablaba fluidamente en la lengua de Roma. Sin embargo, no acababa de entender el significado de sus palabras, que repitió de forma mecánica:

—Matarme... ¿Quién quiere matarme?

—Hay alguien que desea tu muerte con toda su alma, alguien que ha capturado a mi familia y me ha ordenado que te mate...

Mientras ayudaba a Esther a desempolvase, una sombra oscura cruzó el rostro de la methuselah. El odio y la repugnancia empañaron los ojos de amatista cuando escupió con voz turbia:

—Es... Emanuele D'Annunzio, el arzobispo de István.

### III

En los últimos días, había aumentado de un modo considerable la cantidad de comida que tiraban.

Rebuscando en los cubos de basura, con cuidado de que no le vieran los guardias que patrullaban bajo la nieve, Lajos llenó su bolsa con jamón aún fresco y piezas de pollo sin moho. Había encontrado también la pieza de pan más blanco que había visto nunca y se la metió en el bolsillo con cuidado de no desmigarla.

Con lo que había recogido podría alimentar a su familia durante una semana entera. Imaginando la cara de alegría de su hermana, que le esperaba en las alcantarillas donde sobrevivían, el niño, que apenas acababa de cumplir diez años, sonrió, satisfecho. No había tenido tanta comida desde el invierno anterior, cuando había venido el ejército de la Iglesia.

Según decía el tío József, todo aquello era porque habían venido desde Roma el Papa y la Santa de István. Por su causa, la Guardia había expulsado a la gente que había perdido sus casas en la guerra, como Lajos, y la había aislado en lugares apartados, donde no la vieran; pero el niño no lo veía necesariamente como un problema. Para Lajos, que era muy ágil, entonces resultaba más fácil abastecerse de comida aprovechándose de lo descuidados que eran los guardias. Claro estaba que por la noche vagaban figuras peligrosas, pero mejor era aquello que dejar morir a sus hermanos.

—Pero qué grande que es...

Mientras arrastraba la bolsa llena de comida, Lajos levantó la cabeza hacia las dos torres y la cúpula que se erguían contra el cielo.

La catedral de István era un edificio imponente, construido en el mejor estilo renacentista húngaro.

En la época del marqués Gyula había sido su museo de arte privado, pero desde la liberación funcionaba como catedral y centro de la vida religiosa de István, y sustituía a la antigua catedral de San Mattyas, que había quedado destruida. Como el arzobispo ostentaba entonces también la autoridad política, podría decirse sin exagerar que la catedral era la sede real del poder. En el terreno de la catedral se encontraban asimismo la residencia del arzobispo y las salas de recepción de invitados, además de las instalaciones de la Guardia, oficinas y arsenales. El conjunto formaba una pequeña fortaleza. Aunque ya había caído la noche, los proyectores que escudriñaban el cielo hacían que el complejo estuviera iluminado como si fuera pleno día.

—¡Qué bonito! ¿Será ahí donde vive la señora Santa? —se preguntó Lajos, mirando los edificios brillantes desde el otro lado de la reja.

Precisamente un año atrás, Lajos había visto a la Santa en persona. Había sido justo después de que acabara con el vampiro de la colina y entrara en la ciudad el ejército de la Iglesia. Desde lejos, había visto que la muchacha que lideraba a los partisanos y daba la bienvenida a las tropas tenía el rostro blanco como la nieve. En ese momento, le había parecido como un ángel posado en la tierra. Después, la Santa había ido a Roma, pero decían que había regresado a István el día anterior. ¿Se quedaría para siempre en István? Lajos estaría tan contento si lo hiciera...

Mientras estaba absorto en tales ensoñaciones, la cruda realidad se le apareció ante los ojos.



Cuando el niño se giró hacia el rugido, se dio cuenta de que se acercaba un peligro mortal. Al levantar la vista, vio que diversos puntos de luz se habían concentrado a su alrededor. Eran una decena de fuegos fatuos verdosos..., los ojos de unas bestias hambrientas.

—¡Maldita sea!

No se había dado cuenta de su presencia hasta entonces. Una manada de perros salvajes, el peor enemigo de los sin techo de István, le había rodeado por completo. Aquel invierno, varios de sus conocidos habían muerto devorados por las bestias. Recordando los cadáveres horriblemente desfigurados, Lajos buscó con desespero una vía de escape, pero los perros, atraídos por el olor de la carne que había recogido, le habían cercado sin dejarle espacio para la huida.

—¡Mierda! ¡No os acerquéis! —gritó Lajos con voz amenazadora al mismo tiempo que le tiraba una piedra al que estaba más cerca.

Pero la bestia esquivó la pedrada casi como riendo, y el cerco siguió estrechándose. Después de haberse acostumbrado a la carne humana durante la guerra, aquellos perros ya no temían a las personas. Parecía que no era sólo la bolsa de comida de Lajos lo que pensaban zamparse.

—¡Ay, ay, ay...!

Al darse cuenta de ello, el niño volcó con todas sus fuerzas el contenido de la bolsa por el suelo. Sus hermanos tendrían que conformarse con lo que se había metido en los bolsillos. Cuando las bestias estuvieran ocupadas con la comida, encontraría la manera de escapar. Pero...

—¿¡Eh!?

Las alimañas ni siquiera miraron las piezas de carne que rodaban por la nieve. Mordiéndole la ropa por la espalda, hicieron caer al niño, que lanzó un gemido. Una de las bestias se le abalanzó sobre el cuello cuando...

La figura que con fuerza sobrehumana envió al perro por los aires de una patada había aparecido justo a tiempo, como un ángel de la guarda. El animal, grande como un ternero, golpeó contra la reja y cayó gimiendo como un cachorro. Aún no se habían extinguido sus gemidos cuando otra de las bestias lanzó un aullido. Era el enorme mastín negro que lideraba la manada, que al intentar morder al intruso, había sufrido el mismo destino que el primer perro. Viendo a su líder rodar por el suelo, la manada aceptó la derrota y empezó a dispersarse, literalmente, con el rabo entre las piernas.

—¿Estás herido?

El ángel de la guarda ni siquiera miró a los perros que huían. Levantó dulcemente en brazos al niño, que aún no podía creerse que siguiera vivo, y le ayudó a limpiarse la nieve de las ropas.

—Andar por ahí solos a estas horas es peligroso para los niños... Vuelve a tu casa.

—T..., tú...



Lajos levantó instintivamente la cara hacia su salvador y se quedó con la boca abierta.

Era una muchacha, una muchacha de delgado rostro cándido.

Pero aunque hubiera sido una chica, Lajos no se habría quedado tan asombrado. En el rostro moreno, la cálida sonrisa dejaba ver dos afilados colmillos...

—¡Va..., vampira!

El niño dio un salto, impulsado por el terror que llevaba grabado en los genes. Olvidándose de los alimentos que había esparcidos por el suelo, salió corriendo como una liebre sobre la nieve.

—¡Oye, que te olvidas la comida!

Como si no hubiera oído la voz que le llamaba a sus espaldas, Lajos desapareció a toda velocidad en la oscuridad. La muchacha, por su parte, lanzó un leve y triste suspiro, y lo siguió con la mirada.

—¡Shahra!

La methuselah se giró hacia la voz y sonrió a la persona que llegaba corriendo, que lanzaba un blanco aliento.

—¡Ah, Esther!, ¿qué pasa que estás tan nerviosa?

—¿¡Cómo que <<qué pasa>>!? No desaparezcáis nunca más así. ¡Vaya susto me habéis dado!

Quien le respondió así, respirando de forma violenta, era otra muchacha aproximadamente de su edad. Bajo la viva cabellera pelirroja le brillaban unos ojos azules llenos de energía.

—Esto está a rebosar de patrullas de la Guardia... ¿Qué pensáis hacer si os descubren?

—Perdón..., pero es que ha sido algo repentino.

Shahrazad bajó la cabeza con aire contrito, pero sin perder su elegancia habitual. Esther pareció calmarse con aquel gesto y, sin recriminarle nada más, hizo una señal hacia la catedral.

—Bueno, id con cuidado a partir de ahora... Por lo que he visto, la vigilancia es impresionante. Probablemente influya la visita de Su Santidad, pero no es sólo eso. A la vista de lo que ha ocurrido esta mañana, creo que quieren evitar a toda costa que nos acerquemos.

—¿Será demasiado arriesgado haber venido hasta aquí? —se preguntó la muchacha morena, caminando al lado de la monja, mientras observaba las posiciones de la Guardia al otro lado de la reja con expresión ligeramente tensa—. Incluso si fuera yo sola parece difícil infiltrarse sin ser descubierta. Si además tengo que llevarte a ti...

—Lo que sucede es que ésta la única opción que tenemos...

Justo antes de llegar a la carretera, las dos muchachas se detuvieron al ver acercarse tres vehículos que parecían ser de la Guardia. Mientras

observaban desde la oscuridad cómo reducían y pasaban el puesto de control de la entrada, Esther le susurró a su acompañante:

—La Guardia está peinando la ciudad. Se nos están acabando los lugares seguros... La única opción es llegar hasta la duquesa de Milán y contarle lo que trama ese villano. Ella sabrá también cómo salvar a vuestra familia. No pongáis esa cara de preocupación...

La monja sonreía con dulzura ante la mirada inquieta de su compañera. Como para tranquilizarla, se golpeó el pecho con decisión.

—Es cierto que hay mucha vigilancia, pero el arzobispo ha cometido un error que vamos a aprovechar.

—¿Un error?

—Se ha olvidado de leer bien mi curriculum... —dijo de modo intrépido Esther, observando cómo los vehículos desaparecían en el interior del complejo—. Puede ser que controle la superficie de la ciudad, pero es muy inocente si se cree que con eso basta... ¡Se arrepentirá de no haberse tomado en serio a Csillag!

La cúpula de la catedral medía noventa metros de altura y había tardado decenios en completarse. Bajo la cúpula se hallaba la doble cruz que simbolizaba István y la estatua de los reyes y santos que habían construido el país a través de la historia. El brillo de los candelabros hacía que pareciera que estaban vivos, vigilando las figuras de los visitantes.

—Se..., Señor, po..., po... por favor, salva a esa muchacha.

Frente al altar había un adolescente postrado que balbuceaba. Parecía difícil que aquella voz débil llegara al Señor, que reinaba en lo alto. Pese a ello, el joven rezaba fervientemente con rostro serio.

—E..., e..., es una muchacha maravillosa que lucha por los débiles... Y la..., la raptaron ante mis ojos. Po..., por favor, no..., no la llares aún a tu seno. Po..., por...

—Alessandro...

¿Habría respondido el cielo a sus plegarias? La voz que descendió sobre él era suave y llena de cariño. Sin embargo, al levantar la cabeza, el Papa se dio cuenta de que no era Dios quien le hablaba, sino una hermosa dama sonriente, acompañada de dos sacerdotes.

—¡Ah!, hermana...

Concentrado en sus rezos, no se había dado cuenta de que alguien más había entrado en la catedral. Ruborizándose, el adolescente habló con voz temblorosa.

—¿Cu..., cu..., cuándo has ent..., entrado?

—Acabamos de llegar. Venía a buscarte porque la cena ya está lista —respondió la mujer, sonriendo como si no se hubiera dado cuenta de la vergüenza de su hermano.

Era imposible que no hubiera oído lo que decía el joven mientras rezaba, pero tampoco dijo nada acerca de ello. Al ver que Alessandro se levantaba tambaleándose, a punto de caerse de espaldas, le tendió con cariño la mano.

—El arzobispo nos ha preparado una cena típica de la región —dijo—. estarás cansado tras la visita al hospital de esta mañana, ¿no? Tienes que comer mucho para recuperar las fuerzas.

—Pe..., pe..., pe..., pero...

El adolescente pareció algo turbado ante las palabras de su hermana. La Santa aún estaba sufriendo a manos de la vampira. Podía ser incluso que se la estuviera comiendo. Podía ser que la estuviera torturando. No quería ni imaginarlo. Quizá ni siquiera estaba ya en este mundo... ¿Cómo podía él regalarse, mientras, con una cena lujosa?

—Por desgracia, Alessandro, ahora no podemos hacer mucho más...

Como si hubiera leído los pensamientos de su hermano, Caterina habló con voz afable, pero se podía apreciar que detrás de aquellas palabras había algo más duro. Haciendo una señal con el rostro tenso al sacerdote rubio para que los dejara solos, posó los dedos sobre el hombro del adolescente.

—La Inquisición y la Guardia están buscando a la hermana Esther con todos sus efectivos. Nosotros debemos depositar nuestra confianza en ellas y recuperar fuerzas para la ceremonia de mañana. Ésa es nuestra obligación: cumplir nuestro deber para con la gente.

—Claro... —asintió Alessandro, encogiéndose como un anciano.

Era cierto que no podía hacer nada más. No tenía ni la capacidad de mando de su hermano para hacer que las cosas ocurrieran ni el talento intelectual para el análisis de su hermana. Incluso a la hora de rezar, no llegaba a la suela del zapato a la mayoría de los altos cargos eclesiásticos. ¿Qué podía hacer él? ¿Qué...?

—De..., de..., de acuerdo, hermana... Va..., va..., vamos a cenar.

—Vamos, pues. El arzobispo ya nos espera en el comedor.

Abrazando al adolescente, la hermosa mujer dio la espalda al altar.

—Las cosas se han puesto un poco complicadas...

D'Annunzio alargó el brazo hacia la copa y pasó el dedo por el borde del cristal veneciano.

—Anoche, cuando se la llevó aquella monstruo, ya pensé que podía pasar algo parecido... ¿Por qué sólo se me cumplen los malos pensamientos?

—¿Querrá huir así?

Quien pronunció aquella inexpresiva pregunta fue un soldado con el brazo vendado. Recorriendo con la mirada la imagen de la muchacha ataviado como Csillag que colgaba de la pared, Dobó añadió:

—Tiene a la Santa en su poder. Si por casualidad lograra huir de la ciudad con ella, la cosa se pondría fea.

—¿Salir de la ciudad? ¿Y dejar a su suerte a sus vasallos? No, Dobó; una noble imperial nunca haría eso.

D'Annunzio torció la boca. Ya hacía treinta años que trabajaba como eclesiástico. Veinte de ellos los había pasado en puestos dedicados a proteger la paz de la Iglesia y la humanidad. Obviamente, había estudiado en profundidad a su principal rival. Lleno de confianza en sí mismo, explicó:

—<<La sangre más noble es la primera en correr.>> Para ellos, abandonar a los humanos, a quienes crían como animales domésticos, es el mayor tabú, la peor vergüenza. ¿No viste tú mismo, Dobó, cómo reaccionó la vampira cuando torturamos a sus vasallos?

—Aquello fue una obra maestra, excelencia. La hicisteis llorar como una cerda —rió el teniente.

Mirando con desprecio la imagen grosera de su subordinado, el arzobispo esbozó una sonrisa sombría.

—Mientras los tengamos como rehenes, la vampira no abandonará la ciudad. Probablemente intentará contactar con nosotros de alguna manera para intercambiarlos por la Santa... Si conseguimos tener otra oportunidad de capturarla será ésa.

—Hemos tomado todas las medidas de vigilancia posibles.

Tal y como afirmaba Dobó con seguridad, la catedral estaba protegida al máximo nivel. Con la excusa de defender al Papa de un ataque, custodiaban todas las entradas dos compañías, unos trescientos efectivos, equipados con material antivampiros. No había ningún rincón que no estuviera vigilado por hombres o máquinas. Incluso a una vampira le sería imposible atravesar tales medidas sin ser detectada.

—En cuanto haya señal de un intento de infiltración, la despacharemos con discreción. Ni el Papa ni su escolta se darán cuenta... Nos hemos deshecho de la policía especial enviándola a una operación de búsqueda. Nadie nos molestará cuando nos ocupemos de ella.

—No hay que esperar sólo una infiltración física. Debes estar atento a los correos y las llamadas.

La presencia de Esther Blanchett hacía que D'Annunzio desconfiara. Era difícil imaginar que la heroína de la lucha contra los vampiros colaborara sin más con uno de ellos, pero por lo que Dobó había contado, no había duda de que tramaba algo. Si estaban trabajando juntas, era seguro que intentarían ponerse en contacto con la cardenal Sforza. Si la cardenal

llegaba a enterarse del caso, eso supondría un contratiempo considerable para los planes de D'Annunzio.

—Entonces, no habrá más remedio que llevar a la chica al martirio...  
—murmuró el arzobispo, desviando la mirada hacia la ventana que daba al jardín.

La cúpula de la catedral se elevaba hacia el cielo nocturno. La doble cruz era el símbolo del Hijo que se había sacrificado para expiar los pecados de la humanidad. La sangre santa que había corrido milenios atrás había limpiado el pecado original de los hombres y les había concedido el perdón. En efecto, nada era gratis en este mundo. Para conseguir algo, había que entregar algo más a cambio.

—Los medios de comunicación internacionales están muy atentos a todo lo que pasa en la ciudad. Hasta ayer, Esther Blanchett no era más que la Santa de István, pero ahora su fama se ha extendido a nivel mundial... Si alguien como ella muere a manos de los vampiros, los periodistas se abalanzarán sobre la historia como buitres sobre la carroña. Ni siquiera Roma podrá quedarse indiferente.

—El inicio de una nueva cruzada... La voz de su excelencia tendría entonces más poder que las de los dos cardenales de Roma...

El teniente asintió respetuosamente ante las palabras de su superior e incluso se atrevió a halagarle:

—O incluso que la del Papa...

Mirando su propio reflejo en la ventana, D'Annunzio murmuró:

—Pobre Esther Blanchett... No tiene sentido que siga viviendo. Viva es la estrella de la esperanza de István. Muerta será un icono para toda la humanidad... Eso es lo que dará sentido a su vida.

—¿¡Qué derecho tenéis a decidir así acerca de vidas ajenas!?

La voz que los interrumpió ardía de rabia.

Antes incluso de girarse, D'Annunzio supo quién las había pronunciado. Pero ¿por dónde demonios había entrado la muchacha pelirroja que les apuntaba con una escopeta?

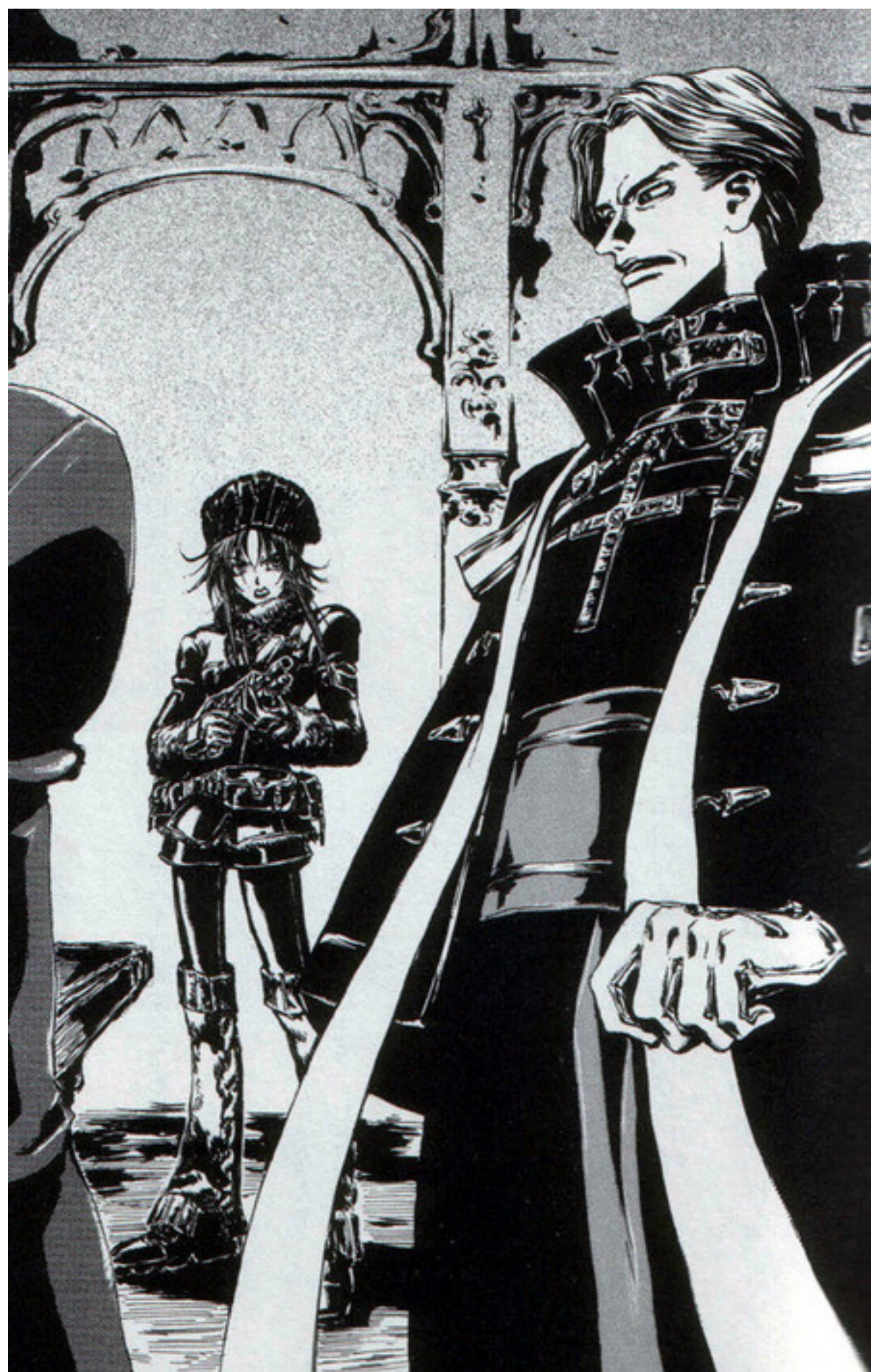
—¡He..., he..., hermana Esther! ¡Pero ¿cómo...?!

—Los subterráneos... Ya me imaginaba que no tendríais vigiladas las cocinas —bramó la monja, con la mirada airada.

La palidez que mostraba en el rostro era el resultado de haber entrado a través de los túneles de mantenimiento del antiguo sistema eléctrico, que llegaban hasta las cocinas de la catedral. Después de haber atravesado aquellos espacios casi congelados, tenía los labios de color violeta, pero las palabras que pronunció eran ardientes como la lava.

—<<Viva es la estrella de la esperanza de István. Muerta será un icono para toda la humanidad.>> Esto no es una de vuestras óperas baratas,





o sea que os podéis ahorrar esas ideas gastadas... ¡Cómo nos habéis engañado a mí y al resto de la ciudad!

—¡Suelta el arma, Esther Blanchett!

Dobó apuntó con su pistola a la escopeta que encañonaba al arzobispo. Al apretar el gatillo, con un movimiento avezado..., lanzó un alarido de dolor.

—Eres tú quien tiene que soltar el arma...

Aquella frase fluida en la lengua de Roma no la dijo Esther. Frente al teniente desfallecido había aparecido, nadie sabía cuándo, una joven morena.

Mirando a ambas muchachas, a D'Annunzio le cambió la cara. Maldiciendo por dentro la impericia de su subordinado, torció el cuello con expresión misteriosa.

—Vaya..., la hermana Esther... Me alegro de que estéis bien... Pero ahora no es momento de charla. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué hace la Santa con una vampira? ¡Exijo una explicación!

—Claro que habrá explicaciones... Su Santidad y la cardinal Sforza lo sabrán todo acerca de vuestras maquinaciones —respondió la muchacha, haciendo sonar a propósito el cargador de la escopeta con la expresión que pondría un policía acusando a un criminal—. Shahra..., la condesa de Babilonia lo sabe todo. ¡Queríais crear una santa para matarla!

—Pero ¿qué dices, Esther?

D'Annunzio sacudió la cabeza, hablando con el tono de un padre que riñera a su hija. Alargando la mano hacia aquello que tenía encima de la mesa, empezó a hablar con voz voluntariamente pausada.

—Me parece que aquí hay un malentendido. ¿Es posible que te hayas dejado engañar así por una vampira? ¿Qué yo quiero matarte? ¿Por qué querría hacer tal cosa?

—No perdáis el tiempo. No es sólo por Shahra... ¿Quién envió a ese teniente a matarme si no?

La monja señaló al soldado caído, con un golpe de mentón. Su mirada resuelta mostraba que no iba a aceptar ninguna excusa. Pronunciando con cuidado las palabras, como si las escupiera el aire, añadió:

—Él me lo contó todo. Queríais matarme y echarle la culpa a Shahra, con la excusa de que la misión de rescate no llegó a tiempo... ¡Sólo vos podéis ordenar algo así!

—...

D'Annunzio no respondió. Sin embargo, la mirada que dirigió al teniente Dobó era helada como la escarcha. La expresión le cambió por completo y se sentó en su silla con cara de arrogancia.

—Tienes razón, hermana Esther. Quería utilizar a la vampira y a ese idiota de ahí para matarte. Ya está claro. ¿Estás contenta ahora?

—¡Pe..., pero ¿por qué?!

La agresividad del arzobispo cogió a Esther por sorpresa durante un momento, pero en seguida recuperó la compostura. No iba a dejar que un oponente así la intimidara.

—No sé por qué queréis matarme, pero ¿¿qué sentido tiene implicar a Shahrazad!?

—¿Qué yo quiero matarte? —respondió D'Annunzio, que parecía a punto de estallar a reír.

Con una expresión perfectamente estudiada para exasperar a su interlocutora, golpeó con violencia la mesa al mismo tiempo que replicaba:

—¡Basta de tonterías! ¿Es que no lo ves? Lo que yo quiero es el martirio de la Santa. Esther Blanchett, lo que le pase a una chiquilla como tú, me trae sin cuidado.

—¿Os trae sin cuidado mi vida? ¿Qué queréis decir?

La muchacha parecía no entender aún lo que le había espetado el arzobispo y se quedó mirándole con las cejas arqueadas. D'Annunzio continuó su espectáculo, desplegando todas sus dotes oratorias con la voz y la expresión, y rugió como si no pudiera controlar por más tiempo su enojo:

—¿¡Cómo puede ser que todavía no lo entiendas, Esther Blanchett!?

Lo que yo deseo no es tu muerte. Lo que yo quiero es la muerte de la Santa... Piénsalo un momento. Si en esta ciudad, la vanguardia de la lucha de la humanidad contra los vampiros, uno de esos monstruos clavara sus colmillos en la Santa, ¿qué crees que pasaría? Si además fuera durante las celebraciones del aniversario de la liberación y ante los ojos de la masa..., ¿qué crees que pediría la ira del pueblo, entonces?

—No puede ser que...

La monja se había dado cuenta, por fin, de lo que implicaban las palabras de su interlocutor, y abrió tanto sus ojos azules que parecía que se iban a caer.

—¡Queréis matar a la Santa para instigar el odio de la gente hacia los methuselah! ¡Queréis que vean cómo una vampira mata a la Santa para incitarlos a lanzar una nueva cruzada! Promocionarme como Santa, el secuestro de la familia de Shakra..., ¡todo forma parte de ese plan! ¡Todo para engañar a la gente y hacer que...!

—¿Engañar a la gente?

Por primera vez, el arzobispo reaccionó ante las acusaciones de la joven.

Su rostro no era el de alguien avergonzado de sus actos. Torció los labios, y los ojos, ligeramente bajos, lanzaron una luz y encaró a la muchacha antes de que pudiera seguir con sus reproches.

—¡Yo no he engañado a nadie! ¡Lo único que intento es recordar al pueblo la amenaza que tenemos enfrente y darle una oportunidad de lanzar una guerra santa! ¡Todo lo que hago es por la gloria de Dios y la humanidad! ¡No me avergüenzo de nada! ¡Quienes deben avergonzarse son esa piara de lerdos de Roma que se conforman con el *statu quo* y hablan de paz!

—¿¡Qué!? ¿¡Que no te avergüenzas de nada!?

Quien respondió con voz afilada a la confesión del arzobispo no fue Esther, sino Shahrazad. La methuselah había permanecido todo el rato en silencio, pero en ese momento estalló con una mirada acusadora.

—No estoy muy al día de la actualidad del Vaticano, pero entiendo lo suficiente para ver que estás intentando manipular a tu gente para provocar una guerra. Arzobispo D'Annunzio, ¿no te avergüenzas de cegar así a tu propia gente?

—Para nada.

Ni siquiera un microbio portador de las más terribles enfermedades habría sido merecedor de una mirada así. El arzobispo encaró a Shahrazad con la actitud de quien lanzara flechas venenosas por los ojos.

—Los vampiros sois los enemigos de la humanidad. ¿Cómo puede haber algo vergonzoso en esforzarse por acabar con el enemigo? La propia hermana Esther luchó contra el horrible Gyula. Todos la alaban como portadora de la justicia. Yo sólo quiero seguir sus pasos. ¿Qué hay de malo en eso?

—¿¡Que..., que qué hay de malo en eso!? —exclamó Esther, haciendo esfuerzo para contener las náuseas.

Como si quisiera proteger a la methuselah de la mirada malvada del arzobispo, se irguió y empezó a replicarle con rapidez.

—¡Esto es increíble! Sea lo que sea que penséis que trama el Imperio, ¿qué derecho tenéis de hacer algo así a gente inocente...?

—¡Precisamente porque sé que el Imperio trama algo hay que responder deprisa! —replicó D'Annunzio a la muchacha.

No sabía si aquella chiquilla que se las daba de santa sería lo suficientemente inteligente como para comprenderlo, pero no podía permanecer callado por más tiempo.

—Si dejamos que ataquen ellos primero, será demasiado tarde. Sólo adelantándonos tendremos una posibilidad de vencerlos y de limitar el número de bajas. Esto no es más que defensa propia.

—Me parece que soy demasiado tonta para entender con profundidad lo que decís...

Efectivamente, su interlocutora era incapaz de seguirle y, con una expresión de integridad infantil, se limitaba a negar con la cabeza.

—Pero hay una cosa que tengo clara: estáis completamente equivocado.

—Creo que eres tú quien se equivoca, hermana Esther.

Parecía imposible convencer a aquella boba. D'Annunzio lanzó un suspiro de resignación, pero no abandonó. Aunque no pudiera convencerla, al menos ganaría algo de tiempo distrayéndola. Serenando la voz y la expresión, explicó:

—Hermana Esther, eres una traidora. Dices servir a Dios, pero proteges a una vampira y vuelves tus armas contra mí... ¿No te avergüenzas de ello?

—¡No tengo nada de lo que avergonzarme! —respondió de modo cortante la monja, sin levantar el dedo del gatillo—. Basta de cháchara... Se me ha acabado la paciencia. Haced lo que os he dicho.

—¿Acompañaros a ver a la cardenal Sforza? No tengo la menor intención de hacerlo —respondió con dureza el arzobispo, levantando la voz—. No puedo traicionar al Papa y la cardenal. Te lo advierto, Esther, lo que estás haciendo es una traición a la humanidad, ¡y pagarás por ello! Si tuvieras un mínimo de buena conciencia, mi explicación te habría convencido de la necesidad de volver tu arma contra esa vampira y mandarla de un tiro a los pies del Señor. ¡No soy yo tu enemigo! ¡Por favor, Esther!

—¿A qué viene esto ahora...?

La monja puso cara de extrañeza. Ya hacía un rato que veía que el diálogo no llevaba a ningún sitio, pero de golpe abrió los ojos con fuerza, como si se hubiera dado cuenta de algo.

—¿¡No habréis...!?

La monja gimió, dirigiendo al mirada hacia la entrada. Al otro lado de la puerta se oía el ruido de un grupo de personas acercándose. Aquella era la oportunidad que estaba esperando el arzobispo.

Tomando con rapidez el cuchillo que había encima de la mesa, D'Annunzio se dirigió la punta hacia sí mismo y se lo clavó en la clavícula derecha. La puerta se abrió casi al mismo tiempo que se elevaba el chorro de sangre fresca.

—Disculpad la tardanza, arzobispo. Gracias por invitarnos a la...  
¿¡Eh!?

Al ver la escena que se desarrollaba en la habitación, la hermosa mujer que acababa de entrar tensó el rostro. El adolescente vestido con un hábito blanco que la seguía se quedó helado mientras el arzobispo gritaba:

—¡Sa..., Santidad, huid!

D'Annunzio aullaba con todas sus fuerzas.

—¡La va..., la vampira! ¡Huid, deprisa!

—¡No!



Chascando la lengua, Esther entendió, por fin, lo que pretendía el arzobispo con tanta palabrería. Cuando la cardenal retrocedió, sobrecogida, una tercera figura apareció en la sala. Era un pequeño sacerdote con el hábito impecablemente arreglado, que apuntaba sus M13 entre las cejas de Shahrazad.

—¡Cu..., cuidado, Shahra! —rugió Esther, al mismo tiempo que disparaba su escopeta hacia el techo.

Si no hubiera hecho caer la enorme araña de un tiro para que sirviera de escudo a la methuselah, la descarga de Gunslinger habría convertido a Shahrazad en una masa informe de sangre. La lámpara se desplomó, partió la mesa y salió disparada en mil pedazos. A la vez que protegía a su superiora de los pedazos de cristal que volaban afilados como dagas, el soldado mecánico disparó por segunda vez. Sin embargo, Shahrazad ya había activado sus brazos de plata para desviar las balas.

En ese preciso instante, una nueva figura apareció por la puerta y agarró a su compañero.

—¡No, Tres! ¡Alto el fuego!

—¡Soltadme, padre Nightroad!

Tres se quitó de encima de una patada al torbellino de brazos y piernas en que se había convertido el sacerdote canoso. Sin ni siquiera mirar a su compañero, el soldado mecánico descargó sus armas por tercera vez hacia la methuselah, pero... una sombra blanca se interpuso entre las pistolas y su objetivo, por lo que tuvo que desviarlas en el último momento.

—¡¡¡Alessandro!!!

La Dama de Hierro, la Zorra de Milán, la hermosa mujer que respondía a todos aquellos sobrenombres insultantes se quedó helada. Al ver a su hermano lanzarse sobre las balas elevó un grito desgarrador. Si Tres no hubiera desviado las armas en el último instante, la ráfaga habría atravesado limpiamente el corazón del Papa. Las balas pasaron rozando al adolescente y destrozaron una de las ventanas de la sala.

—Esther... ¡Ahora!

Shahrazad no se quedó a esperar la reacción del soldado mecánico. Agarrando por la espalda a Esther, que se había quedado paralizada como la cardenal, dio un salto hacia atrás. La fuerza literalmente sobrehumana del impulso las llevó a través de la ventana hacia el frío aire nocturno.

Sin embargo, la mayoría de los presentes en la sala no parecieron percatarse de que la vampira había escapado. El Papa había caído conmocionado por el efecto de la detonación, y todos se habían arremolinado a su alrededor gritando su nombre.

—¡Alessandro!

—¡Santidad! ¿¡Qué ha ocurrido!?

La voz más potente era la de D'Annunzio, que como si hubiera olvidado su propia herida, gritaba con fuerza:

—¡Entraron por sorpresa! ¡Me amenazaron para que las llevara ante el Papa, y cuando me negué me...!

—No pueden estar todavía muy lejos —dijo con frialdad la única figura que no se había abalanzado sobre el Papa; escudriñando la noche con sus ojos de cristal, esperó las órdenes de su superiora—. Duquesa de Milán, solicito permiso para iniciar la persecución. Las posibilidades de alcanzarlas aún son elevadas.

—Permiso concedido, padre Tres —respondió la cardenal sin soltar a su hermano, que lanzaba espuma por la boca—. Capturadlas cueste lo que cueste.

El pequeño sacerdote asintió al mismo tiempo que se giraba.

—¡Ah...! ¡Tres, yo también voy! —gritó Abel, siguiéndole de un salto.

Caterina ni siquiera los miró. Mientras le tomaba el pulso a su pálido hermano, dirigió una mirada afilada hacia la ventana.

—Esther Blanchett...

Su voz temblaba ligeramente, pero no de la impresión...

—¡Hemos caído por completo en su trampa! —gritó Esther al salir de la alcantarilla.

Al otro lado de la reja se oía un alboroto similar al zumbido de un panal de abejas. Alrededor del templo, todos los edificios habían encendido las luces e iluminaban el tumulto de soldados y eclesiásticos que corrían de aquí para allá a través del recinto. En un abrir y cerrar de ojos llegarían incluso a donde se encontraban ellas. Tenían que huir de inmediato, pero... ¿hacia dónde? La ciudad de István estaba completamente cubierta por la operación de búsqueda y no tenían ningún sitio donde esconderse.

—Así que ahora nosotras tenemos toda la culpa... ¡Mierda! ¡Hemos subestimado al arzobispo!

—Perdona, Esther... Es por mi culpa por lo que te has visto implicada en esto... —dijo Shahrazad, avergonzada.

Al contrario que Esther, que estaba agotada tras haber atravesado a toda velocidad los túneles para salir de la catedral, la methuselah aún conservaba el aliento. Sin embargo, Shahrazad estaba pálida cuando miró hacia el templo.

—Ahora incluso te consideran una traidora —gimió—. Todo es responsabilidad mía...

—No os preocupéis. He sido yo quien ha metido la pata —respondió la monja, mordiéndose los labios, arrepentida.

Al encontrar al arzobispo antes que a Caterina, la ambición la había perdido. Había pensado que podría forzarle directamente a que les desvelara dónde tenía prisioneros a los vasallos de Shahrazad..., pero le había salido el tiro por la culata.

—Ahora lo más importante es alejarnos de la catedral cuanto antes.

Dando una patada al suelo para controlar las ganas de echarse a llorar allí mismo, Esther decidió pensar sólo en lo que podían hacer para salir del atolladero. Estaba claro que no podían quedarse simplemente allí plantadas. Esther estaba exhausta, pero tenían que encontrar un lugar para que Shahrazad pudiera resguardarse antes de la salida del sol.

—No me apetece usar esta opción, pero la verdad es que hay un lugar donde podríamos refugiarnos. Al menos allí repondremos fuerzas. Después, ya pensaremos en otra forma de contactar con su eminencia... ¿Estará bien Su Santidad? Si le pasara algo, estaríamos irremediablemente perdidas...

—¿Su Santidad? ¿Qué le ha pasado al Papa?

Esther se sobresaltó al oír aquella voz herrumbrosa. Bajo la luz de las estrellas había aparecido una sombra que les bloqueaba el camino. Era un hombre equipado con una armadura completa y un hábito blanco. Al verle la cara, la monja retrocedió, con un grito sofocado.

—¡He..., hermano Petros! ¡Pe..., Pe..., Pero ¿qué hacéis aquí...?!

—Eso me toca preguntarlo a mí, hermana Esther. Venía a informarme de los avances de la investigación y no esperaba encontrarme por casualidad a la persona que estamos buscando..., ¡y menos acompañada de una vampira! —rugió Il Ruinante mientras golpeaba el suelo con su maza *screamer*. En los ojos le brillaba un torbellino de decepción e ira—. Parece que el tumulto de la catedral tiene que ver con vos... ¿¡Se puede saber qué habéis hecho!?

—Un..., un momento, hermano Petros... Nosotras no hemos...

—¡No me repliquéis!

Un ruido agudo empezó a resonarle en la mano. Los discos del arma habían empezado a girar a gran velocidad, cortaban el aire y levantaban un aullido estremecedor. Blandiendo sobre la cabeza su arma, que parecía la propia muerte hecha maza, Il Ruinante bramó:

—¡Blanchett, ya no espero nada de vos! El pueblo os reverencia como santa y vos os juntáis con una vampira... ¡Esto no tiene perdón!

—¡Esther, aparta!

La monja parecía querer defenderse, pero Shahrazad se interpuso de un salto frente a ella y extendió los brazos hacia el suelo, frente al caballero que se les abalanzaba. Desde los brazos de plata se abrieron profundas grietas, dispuestas a tragarse al inquisidor.

—¡No me hagas reír!

Con una agilidad increíble para lo enorme que era, el caballero dio un salto a fin de esquivar las fisuras y cayó mientras agitaba la maza sobre la muchacha, que retrocedía. La *screamer* volaba como un torbellino a una velocidad cercana a la del sonido. Incluso una methuselah era incapaz de esquivar un golpe tal.

Sin embargo, Shahrazad ni siquiera se inmutó. Como si ya hubiera contado con algo así, levantó ambos brazos y se los cruzó delante de la cara. Lo que intentaba era absorber el impacto de alta frecuencia de la maza aprovechando el efecto piezoeléctrico de los brazos de plata.

Pero...

—¡No tropezaré dos veces con la misma piedra! —gritó con orgullo el gigante.

La methuselah detuvo efectivamente la maza, pero los discos seguían en movimiento. Además, sólo era la mitad de la maza la que le había caído encima. La otra mitad la blandía Petros en su mano libre.

—¡Y ahora el golpe de gracia!

—¡Shah...! ¡Shahra!

Cuando Esther gritó, la maza había alcanzado limpiamente a la methuselah en la espalda. El impacto hizo que volara por los aires con una fuerza que habría provocado la muerte instantánea de cualquier humano. Al golpear contra el suelo, la methuselah gritó de dolor.

—¡Shahra...! ¡Shahraaaa!

—¡Apartaos, Blanchett!

La voz resonó violentamente cuando Esther se abalanzó hacia su compañera caída. Il Ruinante avanzaba hacia ellas, blandiendo la maza a dos manos.

—Primero acabaré con la vampira, y luego me acompañaréis. ¡Vais a contárnoslo todo!

—No... por favor, hermano Petros... ¡Por favor, escuchadme!

—¡¡¡Ahora no hay nada que escuchar!!!

La maza volvió a elevarse, apuntando con precisión hacia la cabeza de Shahrazad. El hermoso rostro moreno iba a volverse una masa informe de sangre cuando...

—¡Ah!

Quien lanzó aquel grito fue Il Ruinante.

—¡Pero ¿éstos...?! ¿De dónde han salido éstos!?

—¿Eh?

Esther no podía creer la escena que tenía lugar ante sus propios ojos.

El gigante, que se jactaba de invencible, retrocedía, tambaleándose. Algo le clavaba los colmillos en las extremidades. Los ojos verdes que brillaban al morder el hábito santo del Señor eran de...

—¿¡Pe..., perros!?

Era una manada de perros salvajes. Los había de todos tipos, desde mastines del tamaño de terneros a perritos diminutos... La manada se había arrojado sobre el caballero como una aparición fantasmal, sin hacer ruido.

Ciertamente era muy raro que la jauría de perros no hubiera producido ningún sonido amenazador antes de atacar, pero Esther no tenía tiempo que perder en investigar la razón. Sin pararse ni siquiera a pensar si era el cielo o el infierno el que les enviaba aquel regalo, gritó:

—¡En pie, Shahra!

La methuselah estaba aún aturdida por el golpe, pero Esther la ayudó a levantarse y echó a correr arrastrando a su compañera.

—¡Ah...! ¡E..., esperad, Blanchett!

A sus espaldas, el inquisidor gritaba mientras intentaba quitarse de encima a los perros, pero Esther no le oyó. Después de salir a la carretera, se arrojaron al paso de una limusina que circulaba por allí justo en aquel momento.

—¡Alto!

El vehículo se detuvo en seco ante las muchachas. Los cristales estaban tintados, pero Esther dirigió su escopeta hacia el asiento del conductor.

—Lo siento mucho, pero necesitamos este vehículo. ¡Fuera del coche ahora mismo! ¡Deprisa!

—Ningún problema por dejaros el coche, pero ¿nos lo devolveréis?

La voz que respondió a los gritos amenazadores de la monja no fue la del conductor, sino la del pasajero que llevaba.

La ventanilla se bajó silenciosamente, y la figura del asiento de atrás preguntó con flema:

—No soy capaz de imaginarme qué hacen dos jóvenes casaderas deambulando solas a estas horas... Por aquí hay muchos perros salvajes... No quiero imaginarme lo que pasaría si os atacaran.

—Pe..., pero si sois...

Esther abrió los ojos, asombrada, al ver la figura que había en el coche. Se quedó helada, olvidándose incluso de apuntarle con el arma.

—*My dear lady*, extraña situación para volver a vernos.

Quien les saludaba con una sonrisa de elegancia sin tacha era Isaac Butler.



## Capítulo 3

### EL CLAN DEL COLMILLO

¡Oh!, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor?

Hechos de los apóstoles 13,10

#### I

Una leve tos hizo que el joven abandonara los jardines del ensueño. Sentía unos terribles pinchazos en la base de la cabeza y tenía las extremidades muy débiles, pero Alessandro logró abrir los párpados lentamente.

Lo primero que vio fueron los frescos que había pintados en el techo. Se titulaban *La pasión de Abraham* y representaban un episodio del libro del Génesis.

Abraham era hijo de Adán y un día recibió la orden de Dios de sacrificarle a su hijo Isaac. El hombre, que era muy piadoso, engañó a su hijo para que le acompañara a lo alto del monte Moria. Cuando ya tenía a su hijo sobre el altar sacrificial, Dios apareció para alabarle su fe y decirle que todo había sido una manera de ponerlo a prueba...

El adolescente recordó que, cuando había leído aquella historia en la Biblia, algo le había parecido raro. ¿Por qué se llamaba *La pasión de Abraham* y no la *pasión de Isaac*? Una vez había intentado preguntárselo a su tutor, pero éste simplemente se había limitado a sonreírle de forma compasiva, sin contestar. Quizá él era el único tonto al que se le ocurría aquella clase de preguntas y la gente normal no lo encontraba extraño. Mientras observaba aún medio dormido la imagen del padre con la espada alzada, Alessandro se dio cuenta finalmente de dónde se encontraba.

¡Ah, claro!, no estaba en Roma. Había ido con su hermana a István y había visitado muchas cosas y...

—¡Ah...! ¡Ah...! ¡Claro! Me dispararon y...

—Vaya, veo que te he despertado. Perdóname, Alessandro. ¿Cómo te encuentras?

Quien le hablaba así, con voz dulce, era la figura que había sentada al lado de la cama.

—¡Hermana!

—No, no hace falta que te levantes. Quédate en la cama...

Una mano delicada detuvo al joven, que había hecho ademán de erguirse. La hermosa dama le posó los dedos delgados sobre la frente y torció ligeramente la cabeza.

—El médico ha dicho que está todo bien, pero no es necesario hacer esfuerzos.

—Pe..., perdón, hermana...

Alessandro se tapo el rostro, ruborizado, con la manta. Aún no podía hablar con fluidez.

Él mismo no sabía explicar por qué había actuado de aquella manera entonces. Recordaba claramente al arzobispo herido y a la santa gritando en medio de la confusión. Sin embargo, lo que había ocurrido después era un vacío. En cuanto se había dado cuenta, se encontraba enfrente del arma... Probablemente había sufrido alguna herida porque su hermana le cambiaba con mano experta unos vendajes.

—Pe..., pe..., pe..., perdona qu..., que te haya tr..., traído tantos pro..., problemas... —se disculpó el joven.

—No digas tonterías. No te preocupes por eso. Me basta con ver que estás bien —dijo Caterina con una sonrisa en los ojos grises, mientras acariciaba los cabellos de su hermano—. Pero prométeme que no volverás a hacer nunca más algo como eso.

—Pe..., perdón —dijo seriamente el joven, mientras agarraba la mano de su hermana—. He..., hermana, lo de ay..., lo de ayer fue un error, seguro. La hermana Est..., Est..., Esther es santa, ¿verdad? La Santa nunca se aliaría con los va..., vampiros para traicionarnos... P..., por favor, hermana, salv..., salva a la hermana Esther.

—No te preocupes. La hermana Esther es mi subordinada, y la recuperaremos sana y salva.

—Por..., por favor...

La voz segura de su hermana tranquilizó a Alessandro, que dejó caer finalmente la cabeza sobre la almohada.

Grrr...

Como si hubieran estado esperando todo el rato aquel momento de relajación, al adolescente le sonaron las tripas.

—Ay, ay, ay...

Alessandro se agarró la barriga apresuradamente, pero fue demasiado tarde. Al ver la turbación del joven Papa, Caterina sonrió, traviesa, y se levantó, arreglándose con elegancia los bajos del vestido.

—Vaya, sí que tenemos hambre... espera un momento que avisaré para que nos traigan algo.

—No..., no..., no te molestes..., Con esta manzana de aquí ya tengo suficiente.

Mirando de forma atolondrada por la habitación, Alessandro había descubierto un plato de fruta y alargó la mano hacia él. Tomó una de las piezas que descansaban sobre la porcelana y se dispuso a llevársela a la boca, pero se detuvo en el último momento con cara extrañada.

Era una manzana singularmente deforme. Además, por toda la superficie quedaban aún trozos de piel roja sin pelar. ¿Quién había sido tan torpe para...?

—¿He..., hermana?

Alessandro levantó su mirada para ver cómo estaba la herida que se había hecho su hermana en la mano, pero no llegó a tiempo.

La mujer conocida como la Dama de Hierro, la Doncella de Acero o la Zorra de Milán se ruborizó como una jovencita y escondió la mano.

—He..., hermana, ¿has pelado tú esta manz..., manzana?

—Bueno, es que me cansa tener que llamar al servicio por cualquier cosa... —dijo Caterina, desviando la mirada con un gesto poco común en ella, como si buscara una excusa—. Además me apetecía probarlo, pero... Ya se ve que no estoy acostumbrada a estas cosas. Es más difícil de lo que parece.

—...

Alessandro volvió a mirar el plato que tenía delante.

¿Había algo que no pudiera hacer aquella mujer que había recibido el apelativo de genio desde su infancia? Mirando las frutas, que más que manzanas parecían patatas subdesarrolladas, el adolescente se quedó pensativo. Como si le hubiera leído el pensamiento, Caterina extendió la mano rápidamente.

—Pero deja eso. Vamos a pedir que nos preparen algo. Será mejor... Si esas manzanas te sientan mal, no podrás asistir a la ceremonia de mañana.

—No, no, con esto ya está bien... —dijo Alessandro, protegiendo el plato con el cuerpo y llevándose una de las frutas deformes a la boca.

La carne templada era sabrosa.

—¡Qué rica!

—No hace falta que lo hagas por mí...

—No es eso. Realmente están muy ricas.

—¿Ah, sí?

La dama se ruborizó un instante, pero en seguida volvió a recuperar una compostura propia de ocasiones oficiales.

—Bueno, como veo que ya estás mejor, volveré al trabajo. ¡Ah!, ahora que me acuerdo: el arzobispo nos ha mandado un mensaje para avisarnos de que hay una rueda de prensa esta noche. Si te sientes con fuerzas, sería bueno que aparecieras a su lado. Ayer nos salvó la vida, y esto es lo mínimo que podemos hacer por él.

—De..., de acuerdo, hermana... —asintió Alessandro, esforzándose por tragar la manzana.

El hábito escarlata de Caterina ya estaba a punto de desaparecer por la puerta cuando su hermano la llamó.

—¿Hermana?

—¿Sí?

Una vez que la cardenal se hubo girado, Alessandro se metió el último trozo de manzana en la boca.

—Es..., están muy r..., ricas, de verdad.

—Me alegro.

Con una sonrisa medio avergonzada, la hermosa dama salió de la habitación y cerró la puerta.

—¿¡Qué significa este artículo, Caterina!?

Al volver a su habitación, la cardenal se encontró con que el sacerdote de cabellos canosos la estaba esperando. Al verla, se abalanzó sobre ella y le mostró una edición extraordinaria del periódico.

—<<Muere la Santa en el hospital. Esta noche ha fallecido en el hospital central la Santa de István, Esther Blanchett, a causa de la pérdida fatal de sangre y una meningitis producto de las heridas sufridas en el ataque vampiro del teatro de la Ópera. El Ministerio de Información ha declinado hacer ninguna declaración oficial al respecto...>> ¡Pero ¿qué es esto?! ¡Esther aún está viva! ¡Está en algún lugar de esta misma ciudad! ¡Esto...!

—Solicito silencio, padre Nightroad.

El otro extremo del periódico lo sostenía Tres, que hizo callar a su compañero con un gesto.

—Yo también solicito una respuesta, duquesa de Milán. ¿Cuál es la razón del anuncio de la muerte de Esther Blanchett? Aún no tenemos noticias de su paradero ni del de la vampira. Tampoco tenemos información suficiente de lo que hay detrás de este caso. Soy incapaz de entender el sentido de publicar ahora la muerte de la hermana Esther.

—Los responsables de ese anuncio son la Inquisición y el Ministerio de Información.

Caterina respondió a la pregunta de Tres, pero mirando al sacerdote canoso. Sin dejar de carraspear, la cardenal explicó, con expresión de cansancio:

—Creo que lo han hecho por seguridad. La única interpretación posible de los acontecimientos de esta noche es que la hermana Esther está colaborando con la vampira. Si se descubriera que la Santa ayuda al enemigo mortal de la humanidad, sería un escándalo descomunal. Para evitarlo, es mejor...

—¿¡Matarla!? ¿¡Es que serían capaces de llegar a eso!?

Abel miró hacia el periódico con una mezcla de ira y miedo.

No era imposible que las cosas acabaran así.

Hasta ahora habían trabajado con la hipótesis de que Esther había sido secuestrada. Sin embargo, si fuera vista en público colaborando con la vampira, sería un escándalo mortal para el Vaticano. ¿Cómo podría explicarse que la persona que estaban intentando elevar a la santidad trabajara junto con una vampira, miembro de la malvada raza de los enemigos de la humanidad?

Antes que permitir que algo así saliera a la luz pública, no había duda de que ellos escogerían deshacerse de la mujer pelirroja. Estaba claro que intentarían utilizar su vida o su muerte en beneficio propio.

—¡Seguro que ayer hubo algún error! Esther es muy buena. Es tan buena que sería incluso capaz de dar refugio a una methuselah herida. ¡Pero es imposible que traicione a sus compañeros! Caterina, ¡hay algo que no cuadra en lo que sucedió ayer!

—Sea como sea, ahora mismo no podemos probar ese error del que habláis ni recuperar a Esther —respondió serenamente Caterina, mirando al tenaz sacerdote desde el fondo del monóculo. Sin embargo, su voz era tan controlada que parecía la de una muñeca mecánica—. Lo siento, padre Abel. A la vista de los acontecimientos de ayer, no habrá manera de evitar que la Inquisición la interrogue a ella junto con la vampira. No podemos hacer nada contra ello.

—¿¡Es una broma!?

Al oír las palabras de su superiora, el sacerdote se dio la vuelta y se abalanzó hacia la puerta.

—Pues si están así las cosas, lo único que puedo hacer es encontrarla yo antes de que lo hagan esos salvajes. ¡Y esta vez nada me detendrá, Caterina!

Ante la furia de Abel, la cardenal se limitó a suspirar y a responderle con voz serena.

—En ese caso, no intentaremos deteneros... —dijo con una expresión más propia de una madre que amonestara a su hijo—. Pero ¿dónde vais a buscarla? Puede que esté en los subterráneos, o escondida en alguna callejuela. ¿Sabéis lo grande que es István?

—Pues buscaré por todas partes. Por muy grande que sea, si rastreo toda la ciudad...

—... Las encontraréis tarde o temprano; ya veo lo que queréis decir. Pero pensad fríamente por un momento. ¿Podéis superar con ese método a la Inquisición, que dispone de muchísimos más efectivos que vos? ¿No os parece que la encontrarán ellos antes?

—Eh...

Abel se quedó sin saber qué decir, como si le hubieran tirado un cubo de agua helada por la cabeza. Intentó replicar de alguna manera, pero no encontró las palabras. La Inquisición disponía de quinientos policías especiales, además de los miles de policías ordinarios, para buscar a las dos muchachas. Él solo no podía rivalizar con ellos.

Al ver la confusión de su subordinado, Caterina se levantó con lentitud del sillón y le habló con una voz dulce y maternal.

—Entiendo perfectamente vuestros sentimientos, Abel. Pero debéis confiar en mí y tener un poco de paciencia. Yo también he estado pensando en un plan... ¿Qué os parecería utilizar a la Guardia para adelantarnos a la Inquisición?

—¿La Guardia?

A Abel se le encendió una luz de sospecha en los ojos, pero miró a Caterina como pidiéndole que continuara. La cardenal apartó la mirada hacia la ventana y siguió explicando:

—El arzobispo D'Annunzio es un hombre muy complicado. Si conseguimos convencerle de que tenemos intereses comunes, tal vez decida aliarse con nosotros. Si dispusiéramos de la Guardia, podríamos encontrarlas antes de lo que haga la Inquisición. Pero si alguien saliera ahora a lo loco y se enfrentara a los inquisidores o la Guardia, eso sería imposible.

—...

El sacerdote se quedó en silencio, incapaz de replicar a la racionalidad de las palabras de la cardenal, que prosiguió con voz pausada:

—Padre Abel, por favor, ¿podéis tener un poco más de paciencia? Salvaremos a la hermana Esther, os lo prometo. Pero para eso necesito que esperéis un poco más... ¿No podéis ocuparos mientras tanto de mi hermano? Cuando entablemos contacto con la Guardia, os avisaré tan pronto como tengamos noticias de la hermana Esther.

—De acuerdo...

Abel tardó un poco en responder, pero al final la confianza en su superiora pareció vencer su ansiedad. El sacerdote suspiró y torció la cabeza, pensativo.

—De acuerdo. Esperaré. Pero, Caterina...

—Ya lo sé; no perderemos ni un segundo más.

—Gracias...



Abel se giró con cara de profunda preocupación y abandonó la sala arrastrando los pies. Caterina miró desde la puerta cómo su figura encogida se alejaba por el corredor.

—¿Qué debo hacer yo? —preguntó una voz monótona a su espalda.

El pequeño sacerdote la miraba de modo inexpresivo, esperando instrucciones.

—¿Queréis que os acompañe en las negociaciones con el arzobispo D'Annunzio?

—No es necesario...

La hermosa dama también borró la expresión de su rostro y pareció ponerse una máscara de hielo para hablar con su fiel mastín de guerra. Sus delicados labios parecían afilados como el acero.

—No tengo ninguna intención de hablar con el arzobispo. D'Annunzio es incluso más belicoso que el cardenal Medici. Intentar negociar ahora con él no sería más que una pérdida de tiempo.

—¿Qué queréis decir?

¿No iba a negociar con el arzobispo? Tres miró, extrañado, a la cardenal, que poco antes había dicho todo lo contrario.

—Solicito aclaración, eminencia. Hace ciento catorce segundos le habéis dicho al padre Nighthead que...

—Si no le hubiera dicho eso, habría salido a hacer alguna locura. Mientras le mantengo en espera, Tres, tengo una misión especial para vos.

La cardenal se sentó de nuevo en el sofá y tosió ligeramente. Guardándose el pañuelo manchado levemente de sangre, ordenó:

—Quiero que encontréis a la hermana Esther..., digo, a la traidora Esther Blanchett. Hay que recuperarla antes de que dé con ella la Inquisición y hay que eliminar a la vampira... ¿Creéis que podréis?

—Ese plan presenta dos problemas.

Curiosamente, el sacerdote no respondió en seguida. Su pensamiento estaba compuesto exclusivamente de ceros y unos, y no tendría que dejar lugar a emociones como la duda, pero la voz del soldado mecánico pareció cambiar de tono al contestar.

—El primero es la propia Esther Blanchett. El análisis de las acciones de anoche indica que posiblemente esté colaborando con la vampira. Si intento eliminar a ésta, es muy probable que la hermana Esther inicie alguna acción hostil. El segundo es la simple disparidad de potencia. Las posibilidades de que la descubra yo solo antes que todos los efectivos de la Inquisición y la Guardia son infinitamente remotas.

—Soy perfectamente consciente de ello. Por eso os he preparado refuerzos. Ya he llamado a la agente más adecuada para el caso. Padre Tres, tomadla como ayudante y dirigíos a cumplir la misión.

—¿¡La agente!?! —preguntó Tres con voz extrañada.

De las agentes femeninas, ni Iron Maiden ni Gipsy Queen estaban preparadas para una misión de combate. Lo que quería decir que sería...

—¿Black Widow? ¿Habéis convocado a la hermana Mónica, eminencia?

El cerebro de Tres era en parte humano, pero tenía una protección mecánica para evitar que las emociones entorpecieran el cumplimiento de sus misiones. Sin embargo, un estremecimiento pareció recorrer la voz del sacerdote. Mirando a su superiora a los ojos, Tres replicó con voz forzada:

—No puedo recomendar ese curso de acción. La hermana Mónica Argento es una mujer muy peligrosa. Hay que evitar a toda costa que se encuentre dentro de un radio de cincuenta kilómetros de cualquier misión. Duquesa de Milán, os ruego que retiréis vuestras órdenes.

—Eres un hombre sin corazón... ¿Así se le da la bienvenida a tu nueva compañera, padre Iqus?

Si un robot como Tres pudiera haberse conmocionado, aquel habría sido el momento para ello.

En cuanto sus sensores de sonido captaron la voz sarcástica que resonó a sus espaldas, alargó la mano hacia la cartuchera. En un abrir y cerrar de ojos, levantó el seguro de las pistolas M13 y se giró, apuntando entre las cejas a la figura que acababa de aparecer. No debió de pasar ni una décima de segundo. Sólo con apretar el gatillo habría convertido a la visitante en una bola informe de sangre.

Sin embargo, la mujer no pareció inmutarse.

—Vaya, vaya; eso es lo que se dice una recepción fría. Con el tiempo que llevábamos sin vernos, padre Iqus... ¡Ah!, ¿o es que un muñequito como tú no sabe saludar?

Los labios que habían pronunciado aquellas palabras llenas de veneno eran de un rojo brillante.

¿Cuándo habría entrado en la habitación, y por dónde? La mujer que tenía enfrente era joven, probablemente de la misma edad que Caterina. Llevaba el pelo moreno corto y su traviesa mirada verdeazulada recordaba a la de una pantera. El rostro se podía decir era incluso hermoso. Iba vestida con el hábito negro que llevaban sólo los sacerdotes, pero con un corte exageradamente escotado que dejaba ver una gargantilla rosa en forma de hiedra y dos pechos bien formados que le daban un aire casi sacrílego.

Sin embargo, Caterina y Tres no perdieron el tiempo en consideraciones morales. Lo que capturó poderosamente la atención de ambos fueron las dos espadas cortas que blandía la agente. Los anchos filos, llamados *Cinque Dea*, descansaban con precisión sobre el cuello de Tres.

—Os aviso, hermana Mónica Argento, nombre en clave Black Widow —dijo con voz monótona el robot al sentir las armas sobre la piel.



Su mirada no iba dirigida ni hacia los filos ni hacia la sonrisa fría de la mujer. Observando el círculo de medio metro de diámetro que brillaba a los pies de la agente, Tres dijo:

—Tenéis órdenes de no utilizar vuestra fuerza en un radio de cien metros de la duquesa de Milán. Solicito una explicación.

—Qué falta de sentido del humor, muñequito... Yo sólo quería darte una sorpresa.

Guiñándole el ojo con lascivia, la mujer apartó las armas. Como si fuera una prestidigitadora, hizo desaparecer las espadas y mostró teatralmente las manos vacías.

—Sólo era una broma... No lo he hecho con mala intención. No hace falta que pongas esa cara de susto, cariño.

—Hace tiempo que no nos veíamos en persona, hermana Mónica.

La voz, fría como el metal, no era la de Tres. La cardenal se había levantado del sofá, mirando a la mujer con los ojos como cuchillas.

—Perdonad que os haya llamado así de repente.

—Es un honor, eminencia.

Una luz ominosa le apareció un instante en la mirada, como si fuera un animal herido, pero la mujer saludó respetuosamente hablando con fuerte acento siciliano.

—Se presenta la agente Black Widow, a vuestro servicio... Espero instrucciones.

—Quiero que hagáis algo en esta ciudad.

Caterina le mostró una fotografía a la mujer que la saludaba con una reverencia. No había ningún reproche en su mirada, pero tampoco parecía estar dispuesta a acercarse más a su interlocutora. Con la mirada clavada en la gargantilla de Mónica, explicó:

—Su nombre es Esther Blanchett. Es una agente de la Secretaría de Estado que se encuentra escondida en István en compañía de una vampira. Black Widow, vuestra misión es acompañar al padre Tres y encontrar a la monja, cueste lo que cueste. ¿Os veis capaz?

—Por supuesto. Cazar personas es mi especialidad —respondió Mónica, observando la imagen en la que Esther aparecía junto al sacerdote canoso.

Arreglándose la gargantilla, se incorporó, de nuevo, sin ruido.

—Pongámonos manos a la obra, entonces. Pronto tendréis noticias nuestras... ¡Ah!, casi me olvidaba...

Mónica se detuvo y se giró con el rostro inexpresivo. Sin embargo, en los ojos tenía una luz insinuante que desmentía el tono despreocupado con el que preguntó:

—Por si acaso..., ¿cuáles son las instrucciones si la chica se niega a acompañarnos? ¿Lo dejáis a mi criterio?

—Creo que he dicho <<cuente lo que cuente>>, ¿no?

Caterina respondió sin mirar a sus subordinados. Bajando el rostro ligeramente hacia al chimenea, repitió con voz monótona:

—Si se niega a acompañaros y se resiste, reducidla por cualquier medio necesario. Traédmela... viva o muerta.

## II

—¡Guaaa! ¿He dormido demasiado?

Cuando abrió los ojos, el sol ya se había hundido en el horizonte. Hacia el oeste, a lo lejos, las nubes brillaban con el color de la sangre.

Había pensado echarse sólo una siesta y levantarse en seguida, pero al final se había quedado profundamente dormida. El cansancio de aquellos días tendría algo que ver, pero también la afectaba el no estar acostumbrada a dormir de día y levantarse de noche, al ritmo del Imperio. Rascándose la desordenada cabellera rojiza, Esther preguntó con los ojos medio cerrados:

—¿Eh? ¿Ya es de noche? Pero ¿qué hora es?

—Las veintitrés horas. En el sistema de aquí serían las cinco de la tarde. Buenos días, Esther. ¿Cómo te encuentras? ¿Has podido descansar bien?

—Bu..., buenos días, Shahra...

Haciendo un esfuerzo para despertarse del todo, Esther devolvió el saludo a la joven que le sonreía, sentada en la ventana. La methuselah parecía llevar ya bastante tiempo despierta, porque se había vestido y se había arreglado, y su cama ya estaba hecha. Esther intentó levantarse apresuradamente de un salto, pero se quedó clavada y profirió un grito de dolor. Las noches anteriores había forzado demasiado el cuerpo y los músculos le dolían terriblemente.

—¿Estás bien, Esther? ¿Estás herida?

—No..., no... Estoy bien...

El sueño le había desaparecido de golpe. Aguantándose las ganas de llorar por el dolor que le recorría la pierna, Esther esbozó una sonrisa. Era difícil explicarle lo que era el dolor muscular a una methuselah, cuyo cuerpo podía descomponer el ácido láctico en cuestión de microsegundos. Mirando a través de la habitación, intentó controlarlo.

La suite del Csillag, un hotel de cinco estrellas situado en Pest, al suroeste de la catedral, era espaciosa y estaba decorada con todo lujo de detalles. Antigualmente, el hotel había sido una taberna de las que hay en cualquier ciudad, pero después de la liberación había recibido una enorme inversión de un banco de Roma y se había convertido en un hotel de lujo. Había tomado el nombre de Csillag del apodo que recibía Esther en su



época de partisana, y cada una de sus cuarenta habitaciones estaban decoradas con escenas de sus gestas. La muchacha pelirroja que las observaba desde encima de la chimenea era, al menos, un treinta por ciento mayor y más hermosa que la real. Evitando con todo cuidado mirar las pinturas, Esther volvió la vista a su compañera.

—Aún estoy un poco cansada por lo de ayer... ¿Y vos, Shahra? ¿Habéis dormido bien?

—Como un tronco... Ahora estaba viendo la puesta de sol.

Con una amplia sonrisa, la hermosa muchacha morena señaló la persiana de la ventana en la que estaba sentada. Los rayos ultravioletas de onda larga, dañinos para los methuselah, eran muy abundantes durante la salida del sol, pero casi inexistentes en la puesta. Aguzando los ojos, Shahrazad lanzó un suspiro de admiración mientras miraba las nubes teñidas de carmesí.

—¡Qué maravilla! No sabes la envidia que os tengo porque podéis mirar siempre esa luz tan hermosa. Si pudiera, querría volver a nacer y ser terrana.

—¡Hmmm...! Es una opinión muy original.

En una esquina de la habitación tenían las ropas dispuestas sobre un carrito. Mientras se vestía con el hábito, que estaba tan limpio y planchado que parecía nuevo, Esther respondió, medio emocionada, medio confusa:

—En el Imperio conocí a bastantes methuselah, pero es la primera vez que oigo a uno decir eso... Ya decía yo que sois algo especial, Shahra...

—Es que mi vida ha sido un poco diferente.

Shahrazad no pareció molestarse al ser calificada con el adjetivo ambiguo de *especial*. Con la mejilla pegada a la ventana, la methuselah lanzó un suspiro triste.

—Ya te he contado que, tras la muerte de mis padres en un accidente, me crió mi tío, el duque de Tigris, ¿verdad? Como el tío Sulayman tenía que viajar mucho por su trabajo, me llevó con él a diferentes ciudades cuando era niña. Misr, Chipre, Palmira... Todos eran lugares magníficos y hermosos. Pero en las ciudades fronterizas hay pocos methuselah. A veces, sólo éramos mi tío y yo.

Aparentemente, también los methuselah se ponían melancólicos ante la puesta de sol. O quizá era que le recordaba el sol de su niñez. Fuera como fuera, la muchacha no apartó los ojos de la luz que estaba a punto de apagarse en el horizonte.

Shahrazad ocupaba una posición importante como gobernadora de Timisoara y durante la rebelión de su tío le había proporcionado a éste información obtenida gracias a su cargo. La verdad era que ella no tenía ni idea de que su tío estaba organizando un golpe de Estado, pero filtrarle aquella información era un delito de todos modos. Por eso, antes de que la convocaran ante el Consejo Secreto, había decidido huir del Imperio.



Esther opinaba que si declaraba que no había tenido ninguna mala intención todo se solucionaría, pero para unas criaturas tan orgullosas como los methuselah, tener que explicar sus propios actos era casi peor que la pena de muerte. Una sombra pasó por el rostro de la muchacha, que había perdido su patria probablemente para siempre.

—En aquellas ciudades en las que no había methuselah, los terranos se hicieron amigos míos. Además, estaban los vasallos de mi casa. Ellos eran mis únicos amigos y mi única familia. Por eso, tengo casi más simpatía por los terranos que por los methuselah. Sí, efectivamente soy un poco especial, como tú dices.

No había ni un ápice de reproche en la voz de la muchacha. Si Esther se disculpó fue puramente por su mala conciencia.

—Perdón Shahra... Si ayer no hubiera mordido el anzuelo... Si no hubiera caído en aquella trampa tan burda, ahora ya estaríais reunida con vuestros vasallos.

—No, Esther, no lo decía para reprocharte nada.

La methuselah pareció sorprendida ante las disculpas de Esther y negó con la cabeza, como si fuera ella quien se sitiera culpable. Después de abrazar a la monja, le dijo, mirándola a los ojos:

—D'Annunzio fue muy artero, pero no tienes que sentirte culpable por eso. Sólo el hecho de que quieras ayudarme ya me da ánimos, ¿entiendes?

La mirada de amatista que se reflejaba en los ojos de Esther lanzaba una luz dulce. La muchacha, a la que los periódicos de István llamaban <<vampiro>>, <<diablo infernal>> y <<demonio chupasangre>>, abrazó de nuevo a la monja y hundió el rostro en su melena rojiza.

—Si no te hubiera conocido, pensaría que todos los terranos del exterior son como D'Annunzio. Quizá os hubiera odiado a todos. Quizá habría querido mataros a todos... Estoy muy agradecida de haber tenido la suerte de conocer a alguien tan bondadoso como tú, hermana Blanchett.

—¡Pero..., no digáis eso...!

La muchacha olía como un lugar soleado. Esther sonrió, dominando su turbación.

—Ya os he dicho que hasta la semana pasada estaba en el Imperio, ¿verdad? Allí tuve la suerte de conocer a mucha gente que ayudó. Por eso quiero hacer lo mismo por vos... No es nada más que eso. No hace falta que digáis esas cosas...

Unos golpes educados resonaron al otro lado de la puerta. Seguidamente, después de una breve pausa de la duración precisa que recomendaría un manual de buenos modales, se oyó una voz cortés.

—Con vuestro permiso, señoritas. ¿Ya estáis despiertas? La cena está lista y el dueño ya ha llegado...

—¡Ah, sí! En seguida salimos, señor Butler —respondió Esther, abriendo precipitadamente la puerta.

La habitación contigua estaba habilitada como comedor, para que los huéspedes de la suite no tuvieran que preocuparse de salir a comer. La mesa estaba llena de platos que desprendían un aroma apetitoso.

—Buenos días, señoritas. ¿Habéis descansado bien?

Quien las saludaba con una reverencia era un hombre moreno que las esperaba al lado de la mesa. Detrás de él, como una sombra, se encontraba el joven de cabellos grises con expresión tenebrosa. En contraste con ellos, el gigante que estaba sentado en la mesa les dio la bienvenida con gestos exagerados.

—¡Csillag! ¿Has dormido bien? Este buen mozo me ha contado lo de anoche. Parece que fue bastante desastroso...

—Perdona por haber aparecido así de golpe, Ignaz...

Esther se disculpó, avergonzada, ante el dueño del hotel, Ignaz Lukács. Después del alboroto de la noche anterior habían conseguido deshacerse de la persecución y se había refugiado en el hotel. Extenuada, Esther se había desplomado sobre la cama sin ni siquiera saludar a su antiguo compañero partisano. Rascándose la cabeza, la muchacha dijo, ruborizada:

—No sabes cómo te agradezco que nos acojas. Creo que un hotel de lujo como éste será el último lugar en el que nos buscarán.

—¡Je, je, je!, ¡y encima en la suite!

Se notaba que ya había tomado alguna que otra copa. Cuando les guiñó un ojo, las mejillas del gigante tenían el color del alcohol. En los tiempos en que ayudaba al movimiento partisano de Esther con material y provisiones, ya estaba algo relleno, pero últimamente parecía haber engordado aún más. Al reír le vibraban las gruesas mejillas.

—Sea la Iglesia o sea quien sea, nadie le pone la mano encima a mi Santa... Puedes quedarte aquí cuanto quieras.

—Bueno, pero eso tampoco es una solución.

Esther tomó asiento con cara de preocupación. Sin tocar la comida, se sinceró ante su antiguo compañero.

—Supongo que te lo habrá dicho el señor Butler: el arzobispo D'Annunzio está planeando algo terrible. Ignaz, ¿a cuántos de nuestros antiguos compañeros crees que podemos reunir? Hay que actuar esta misma noche para solucionarlo antes de la ceremonia de mañana.

—¿Nuestros antiguos compañeros? Si les llama Csillag vendrán, pero... —la sonrisa había desaparecido del rostro del gigante. Posó el vaso sobre la mesa y dijo con esfuerzo—: Pero no te puedo prometer cuántos. Están todos muy ocupados con sus trabajos.

—¿Sus trabajos? ¿Qué hacen?

Como si no se hubieran dado cuenta de la luz de impaciencia que brillaba en la mirada de lapislázuli, Ignaz se puso a contar despacio con los dedos.

—El tío Imre es el director del museo de la Liberación. Ady lleva una empresa de transportes. A Gundel acaban de hacerle asesor honorario de un banco. El bribón de Krúdy se casó con una viuda rica de Venecia y se marchó de la ciudad... Todos tienen su vida...

—Ya veo...

Esther chascó la lengua y se quedó pensativa. Debería haberlo imaginado. Ella misma había cambiado mucho durante aquel año. Era normal que sus antiguos compañeros hubieran seguido con sus vidas, cada uno por su camino. No tendría que haber sido tan optimista ni pensar que podría contar con sus viejos camaradas. Sería preciso replantearlo todo desde el principio.

—¿No hay nadie más en quien podamos confiar?

A su lado, Shahrazad parecía intranquila. Esther intentó sonreír para calmarla y dijo con un tono que quería sonar despreocupado:

—Nuestro adversario es el arzobispo. En cuanto podamos contactar con la cardenal Sforza, seguro que hará algo, pero nosotros no debemos quedarnos cruzados de brazos...

—Es precisamente eso, Csillag...

Ante la sonrisa forzada de la muchacha, Ignaz endureció la expresión. Desvió la mirada, como si le resultara difícil hablar, y encogió los hombros.

—No sé cómo decirlo, pero... no será fácil encontrar a alguien que quiera enfrentarse al arzobispo. Yo mismo no lo veo muy claro. Oponerse a alguien tan magnífico...

—¡Pero ¿qué dices?!

¿Acaso no había oído lo que había ocurrido en la catedral? Esther estalló ante la mirada del gigante de mejillas sonrosadas. Sin esforzarse por ocultar su indignación, le preguntó de inmediato:

—¿Es que no te ha contado nada el señor Butler? ¡Ese hombre intenta matarnos y provocar una cruzada aprovechando nuestra muerte! ¿¿Cómo puedes llamarle <<alguien tan magnífico>>!?>

—No te pongas así... Yo no entiendo de guerras ni de cruzadas...

Ignaz hizo un gesto con la mano ante la dura mirada de Esther. Después de beberse de un trago la copa para animarse, prosiguió:

—Pero la verdad es que ha sido gracias a él que István ha podido recuperarse. Todos le están agradecidos por ello. Los antiguos partisanos son tratados como héroes. Quien quiere montar un negocio puede recibir en seguida inversiones de Roma. A quien quiere una casa, se la construyen de inmediato. Todos están contentos con él.

Ignaz suspiró mientras miraba la lujosa decoración de la estancia. Se le trataba como a un héroe cuando antes no era más que un tabernero. Si se había convertido en dueño de un hotel de lujo era precisamente gracias a D'Annunzio. No era extraño que le alabara de aquella manera. Con la fuerza que le daba el alcohol, añadió con voz atronadora:

—Además, las cosas aún no son fáciles por aquí. La vida es dura. Todo por culpa de aquel Gyula que nos explotaba. Y del Imperio, claro. Esos monstruos nos acechan desde el otro lado de la frontera. Todo es culpa de esos vampiros que...

—Si me disculpáis la interrupción. Señorita Esther, he conseguido aquello que me pedisteis.

La afable voz interrumpió la conversación justo en el momento en que a la muchacha le había cambiado de color el rostro. Esther había levantado las cejas al oír la expresión <<esos vampiros>>, pero Butler se dirigió a ella oportunamente, y rompió el silencio que había mantenido hasta entonces. Después de chascar los dedos, sacó algo del bolsillo de Guderian y lo posó sobre la mesa. Era una caja metálica con pastillas.

—Las pastillas de concentrado de sangre que queríais. Obviamente, un producto así he tenido que obtenerlo en el mercado negro, pero puedo dar fe de su calidad.

—Muchas gracias, señor Butler.

Quien tomó la caja mientras le daba las gracias fue Shahrazad. Como si no hubiera oído lo que acababa de decir Ignaz, se echó una pastilla en el vaso de agua y dibujó una amplia sonrisa.

—Cuando me capturaron, me quitaron toda el agua de la vida que llevaba. Sin esto, pronto habría tenido problemas...

—Encantado de haberos ayudado, *my lady*.

No les había dicho el nombre del aristócrata que le empleaba, pero no había duda de que se trataba de alguien importante. Butler hizo una reverencia perfecta a la vampira y sonrió de forma serena. El mayordomo se acercó a la ventana y, mientras levantaba ligeramente la cortina, dijo como quien habla de chismes insustanciales:

—Por cierto, ya que habláis del arzobispo D'Annunzio, recuerdo haber leído un artículo interesante acerca de sus políticas en los periódicos de Albión.

La calle que pasaba por delante del hotel estaba perfectamente asfaltada e iluminada. Si se miraba sólo eso, István se podía considerar una ciudad de la categoría de las mismas Roma o Milán. Sin embargo, los montones de basura y cascotes apilados al lado de la calzada o los perros salvajes que merodeaban entre ellos no formaban parte del paisaje de esas ciudades. Butler observaba aquella imagen mientras hablaba:

—El artículo decía que últimamente hay muchos desperfectos en la ciudad producto de los cuervos y los perros salvajes. Parece que es porque

la recogida de basuras y el alcantarillado, entre otras infraestructuras, no han sido reparadas después de la liberación. La respuesta del arzobispo ha sido organizar grupos para exterminar a los animales salvajes.

Un coche de caballo pasó chirriando ante la mirada del mayordomo. En la puerta llevaba dibujado un cuervo atravesado por una flecha: el emblema de la Agencia de Exterminio de Animales Salvajes de István.

—Pero parece que exterminar a los animales no es una solución real. Si se dispone de fondos para financiar un grupo así, sería mucho más provechoso para la salud pública invertirlos en reconstruir las infraestructuras.

Al tiempo que lanzaba una mirada irónica al coche de caballos, Butler cerró la cortina.

—Claro está que el público no piensa así. La gente ve cómo exterminan a los animales salvajes y piensa: <<el arzobispo hace un buen trabajo>> o <<toda la culpa es de los cuervos>>. Por eso apoyan al arzobispo. Los animales salvajes siguen siendo un peligro, pero nadie parece preocuparse por ello.

Se giró hacia la habitación; el mayordomo mantuvo un silencio significativo mientras recorría con la mirada las caras de los presentes. Ignaz parecía avergonzado, Shahrazad se había quedado inexpresiva y a Esther se la veía sumida en sus pensamientos.

—Para desviar el descontento de la población, crea un enemigo que todos pueden ver. Es una técnica muy antigua. Me parece que ahora el arzobispo está intentando hacer lo mismo pero a mayor escala. Pretende utilizar el Imperio como enemigo común de la humanidad...

—No se lo permitiré... —dijo Esther con decisión, estrechando la mano de la methuselah. La ira le brillaba en sus azules ojos cuando golpeó con fuerza la mesa—. ¡No le permitiré que incite al odio por una razón así!

—Vuestro rival es poderoso, hermana Esther.

Butler permanecía sereno, en contraste con la ira apasionada de Esther. Con un chasquido de los dedos, hizo que Guderian desplegara sobre la mesa unos recortes de periódico.

—Miren esto. Es el periódico de hoy. El arzobispo sabe perfectamente cómo manejar al Vaticano y los medios...

—Pe..., pero...

<<Muerta la Santa.>> Esther abrió los ojos como platos al ver el titular sensacionalista que le señalaba Butler. Parecía que los ojos se le iban a salir de las cuencas cuando gimió:

—¿¡Yo, muerta!?

—En resumen, el Vaticano ha tomado la decisión de cazarlos a los dos —señaló Butler mientras le llenaba a Esther el vaso de agua—. Antes que un escándalo, prefieren tener una mártir. En vista de la situación, el

plan de reunir a los antiguos compañeros parece poco eficaz. No veo otra opción que conseguir la colaboración de alguien que esté por encima del arzobispo.

—Alguien por encima del arzobispo... Parece que efectivamente sin la ayuda de la cardenal Sforza no podremos hacer nada... —se lamentó Esther, mirando como su rostro se reflejaba en el vaso de agua.

La noche anterior, Esther había pensado entablar contacto con Abel y explicarle la situación, pero no sólo no lo había conseguido, sino que D'Annunzio les había hecho caer en la trampa y habían tenido que salir huyendo. No podían aplazarlo más. ¡Había que avisar en seguida a la cardenal de lo que pasaba!

—Pero aunque intentemos establecer contacto, la vigilancia es extremadamente estricta. Infiltrarse también supone un riesgo considerable...

Una voz cordial respondió a la confusión de la muchacha.

—A ese respecto, querría atreverme a ofreceros mi ayuda —dijo Butler, guardando los periódicos—. Tengo un conocido entre los eclesiásticos de István... y podría pedirle que nos sirviera de puente para contactar con la cardenal.

—¿Es un amigo vuestro?

¿Podían confiar en él?

Aquel caballero de Albión había sido extremadamente amable con ella desde que le había conocido, incluso hasta el punto de ayudarla aun sabiendo que Shahrazad era una vampira. Una oferta tan generosa era un poco sospechosa.

Sin embargo, Esther pronto se dio cuenta de que sus preocupaciones no tenía fundamento. Si Butler hubiera querido hacerles algún mal, no habría tenido por qué ayudarlas tanto hasta entonces. Aunque el plan no saliera bien, la situación tampoco podía ponerse peor de lo que estaba.

—¿Puedo pedirlos que os encarguéis de ello? Ahora mismo escribiré la carta. Tiene que ser entregada a un sacerdote llamado Nightroad. Si él recibe nuestras noticias, seguro que podrá ayudarnos.

—Pero, Csillag...

La voz vacilante no era la del mayordomo. Ignaz, que hasta entonces había estado bebiendo en silencio, le preguntó con voz malhumorada:

—¿Seguro que puedes confiar en esa cardenal Sforza? ¿Y si ella también se quisiera deshacer de ti?

—¡Imp..., imposible! —respondió Esther con confianza.

Caterina nunca abandonaría así a una subordinada. Y mucho menos a la mensajera que acababa de volver de una misión clave en el Imperio y de la que todavía no había recibido un informe completo en condiciones. Era seguro que ella también estaría pensando en algún plan para salvarla.



—Venga. No hay tiempo que perder. Shahra, podéis comer tranquilamente. Yo voy a escribir la carta...

—Pero, Esther, un momento...

Ignaz se levantó al mismo tiempo que Esther, y le hizo una señal con la mano. bajo la mirada extrañada de la muchacha, la acompañó hasta el pasillo y cerró la puerta tras ellos.

—¿¡Estás hablando en serio, Csillag!? ¿¡De verdad pretendes colaborar con ese monstruo!?

—¿Eh?

Esther miró a su antiguo amigo con la misma cara de incompreensión. Podía entender que un ex partisano como él llamara <<monstruo>> a una methuselah, pero ¿a qué venía preguntarle si hablaba en serio?

—¿Te refieres a contactar con la cardenal Sforza? Claro. ¿Acaso hay algo malo en ello?

—¿¡Que si hay algo malo en...!/? Pero, bueno, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? Es una vampira, como lo era Gyula. ¿Cómo puedes ayudarla? ¿¡Te has vuelto loca!/?

El hombre sacudía la cabeza con sincera incredulidad.

—Lo que hay que hacer es llamar a la Guardia. Ahora la vampira está desprevenida y será más fácil matarla.

—Pero ¿qué dices, Ignaz?

Esther no podía creer lo que estaba oyendo. Se irguió miró fijamente los ojos, nublados por el alcohol, de su interlocutor.

—Pero ¿en qué estás pensando? ¿Es que no has oído nada de lo que he dicho? ¡Ella es la víctima! ¡Tú no estás bien!

—¡La que no está bien eres tú, Csillag!

Agarrándola por los hombros, Ignaz miró a Esther con dureza. Desde que la muchacha había partido hacia Roma, probablemente su antiguo amigo había vivido mucho mejor. La papada se le había llenado y sus manos había perdido fuerza. Pese a ello, Ignaz todavía era fornido y sostuvo a Esther mientras le llenaba la cara de saliva al gritarle:

—¡Despierta, Esther! ¡El enemigo son los vampiros! ¿¡Cómo puedes hablar de salvarla!/? ¡Ésas no son las palabras de la Santa que nos lideró hace un año en la lucha contra el monstruo!

—Eso..., eso...

Mirando su propio reflejo en los ojos de su interlocutor, Esther se mordió los labios.

Probablemente para alguien que la hubiera conocido un año atrás, sus palabras parecerían las de una desconocida. Las experiencias de aquel período y todas las gentes con las que se había encontrado la habían cambiado en muchos sentidos. Pero era imposible hacerle entender aquello a Ignaz. No era que le considerara tonto, pero lo que había ocurrido durante

aquel año no podía explicarse con palabras, sino que había que experimentarlo. Seguramente sólo el sacerdote canoso podía entender por lo que Esther había pasado.

Lo único que podía hacer la muchacha era intentar cerrar la conversación.

—Por favor, Ignaz, confía en mí... Quiero hacer las cosas como se deben hacer. Dame un voto de confianza aunque ahora no me entiendas. Por favor.

—De acuerdo, Csillag...

El gigante soltó un profundo suspiro. Después de levantar las manos que tenía posadas en los hombros de la chica, sacudió la cabeza de derecha a izquierda.

—Eres mi Santa... A ti no puedo negarte nada.

—Gracias, Ignaz. Perdona si sueno caprichosa...

—No digas más. Somos camaradas, ¿no?

El gigante guiñó el ojo de manera torpe, pero tierna, a la muchacha que le miraba tristemente.

—Perdóname por lo que he dicho... Ve a escribir la carta.

—Gracias, Ignaz.

Esther sonrió y se giró como un pajarillo para desaparecer con paso ligero por el corredor.

Ignaz se la quedó mirando un momento, pero pronto se puso también en movimiento. Sus pasos rápidos le llevaron hasta el teléfono instalado en una esquina del pasillo. Después de levantar el auricular, se dispuso a hablar con la centralita.

—¿Centralita? Soy Lukács. Dame línea exterior, por favor. —Tras agarrar nerviosamente el aparato, el antiguo partisano susurró—: Ponme con el 0001 de la catedral de István. Sí, con el despacho del arzobispo. ¡Y de prisa!

### III

—La muerte de la Santa ha sido una tragedia irrecuperable...

La voz de D'Annunzio estaba teñida de tristeza.

Tenía el rostro profundamente hundido, pero estaba claro que sabía perfectamente qué imagen ofrecía a las cámaras. Incluso el gesto de tomar respetuosamente la mano del Papa adolescente estaba, sin duda, calculado para ser el foco de atención. El arzobispo gemía como un actor de drama para los medios que se habían reunido a su alrededor.

—Anoche estaba aquí, entre nosotros. Aquí mismo tuvimos la suerte de oír de su boca las palabras del Señor. Y Hoy..., ya no está en este

mundo. ¡Qué enorme pérdida! ¡Qué terrible tragedia! ¡Sólo de estar aquí me invade una tristeza que no puedo explicar con palabras!

El escenario del teatro de la Ópera, donde había ocurrido la <<tragedia de István>> que ya conocía todo el mundo, seguía igual cuarenta y ocho horas después. El espacio estaba lleno de cascotes, esparcidos como lápidas, y en el suelo se abrían ominosas y profundas grietas. La cinta negra y amarilla con la leyenda <<prohibido pasar>> estaba por todas partes. Cuando el arzobispo soltó un momento a Alessandro fue para agarrar un pedazo de aquella cinta. Derramando gruesas lágrimas con los ojos fuertemente cerrados, el arzobispo levantó la cara y alzó con fuerza los puños.

—¡Pero superaremos esta tragedia! ¡Superaremos esta tristeza con fuerza de voluntad y mantendremos viva la herencia de la doncella caída en combate! Dicen los Salmos: <<Así perecerán los impíos delante de Dios. Mas los justos se alegrarán porque sus pies se enrojecerán de sangre de sus enemigos>>. La Iglesia permanecerá unida bajo Su Santidad el Papa y hará que el castigo de Dios caiga sobre nuestros enemigos.

En cuanto el arzobispo lanzó su grito salvaje, la multitud de cámaras llenó la sala con el resplandor de sus flashes. Al ver que el *show* había terminado, los periodistas empezaron con su tormenta de preguntas. Desde un rincón del escenario, dos hombres miraban con disgusto la escena.

—¡Cómo le gustan los medios a ese hombre...!

No podía decirse que el hombre enfundado en una armadura blanca hablara con un tono muy amable mientras observara a su antiguo superior. Deslizó la mirada hacia el joven que permanecía con la cabeza gacha junto al arzobispo y añadió:

—¡Así está dejando al Papa en un papel secundario! Por mucho que sea el arzobispo, tratar así a Su Santidad... ¿¡Quién se ha creído que es ese hombre!?

—No hay remedio. Su Santidad es así...

Quien respondió a la ira del hermano Petros fue el joven canoso cruzado de brazos que tenía al lado. Aguzando los ojos ante la lluvia de flashes, dijo con tono apagado:

—Lo raro es que no se haya desmayado ya, con la cantidad de periodistas que le rodean. Además de tener que salir ahí solo con el arzobispo... Si estuviera la cardenal, sería distinto, claro.

—Por cierto, ¿dónde se encuentra la cardenal Sforza?

Las palabras de Abel le hicieron reparar en que no había visto a la hermosa dama de hábito escarlata. Examinó la sala y dijo con risa sardónica:

—¿No ha venido? Es raro que se separe de Su Santidad...

—Se ha quedado inspeccionando los preparativos de la ceremonia en la catedral.

La voz de Abel era malhumorada. Sin apartar los ojos de Alessandro y de D'Annunzio, añadió con expresión agria:

—La ceremonia es mañana a primera hora. Ahora está muy ocupada supervisando los preparativos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacéis aquí, entonces, padre Nightroad? Si siempre vais pegado a sus faldas como un perrito... ¡Aaaah!, ya lo veo. Os habéis peleado y por eso no queréis verla. ¿Verdad que es eso?

—¿Estáis hablando de vos mismo, hermano Petros? —replicó Abel ante la mirada burlona del inquisidor, como si quisiera quitarse de encima a un perro callejero—. A mí no me han encargado la protección del Papa como castigo por mis errores. ¿Os puedo pedir que no proyectéis sobre mí vuestros problemas?

—¡Insolente! ¿¡Cómo pod...!?

Il Ruinante rugió y golpeó el suelo con su maza. El impacto hizo que la sala retumbara como si hubiera caído una bomba, y todas las miradas se volvieron hacia ellos.

—Pe..., perdón...

Petros bajó la cabeza, avergonzado, ante la multitud de miradas recriminatorias y, bajando la voz, dijo hacia el sacerdote:

—Por mi honor os digo que esta misión no es un castigo. La vampira aún está libre. ¡Alguien tiene que defender al Papa, ¿no?!

—Claro... —respondió Abel con voz amarga, mirando la actuación del arzobispo.

¿Habría hablado ya con él? Mientras ellos perdían el tiempo, la Inquisición seguía con la caza de Esther y la methuselah que la acompañaba. Si las encontraban, sería el fin...

—¿Pa..., pa..., padre Nightroad?

Abel se había olvidado de la realidad, sumido en sus oscuras cavilaciones. El tartamudeo característico de la voz hizo que volviera en sí y se diera cuenta de que tenía enfrente a un adolescente pecoso que le miraba intranquilo.

—¡Ah!, os ruego que me disculpéis, Santidad... ¿Ya habéis acabado de atender a los medios?

—S..., sí. Yo..., yo ya estoy. El arz..., arzobispo aún tiene que hacer su declaración oficial, pe..., pero... ¿puedo descansar un rato? —balbuceó Alessandro mientras se frotaba de forma nerviosa las manos sudadas.

En el escenario, el arzobispo leía para los medios el texto de la declaración oficial que publicarían los periódicos al día siguiente. Había numerosos eclesiásticos y monjas, pero todos estaban preocupados por salir en la foto con el arzobispo. El Papa adolescente había tenido que bajar solo del escenario.

—Tomad asiento aquí, Santidad.

Petros le ofreció una silla al pálido adolescente. Después de ayudarlo a sentarse, como si el joven fuera un objeto delicado, se arrodilló frente a él como un fiel perro guardián.

—Descansad y recuperaos. Debéis de estar agotado después de vuestra aparición pública.

—Bueno..., tampoco es que...

La verdad era que D'Annunzio era quien había llevado el acto en solitario, así que no podía haberse cansado mucho. Ante la preocupación sincera del inquisidor, Alessandro esbozó una sonrisa débil.

—No..., no es para tanto. To..., todos est..., estáis trabajando mucho. No v..., voy a ser men..., menos.

—¡Qué palabras tan maravillosas!

Petros enrojeció, agarrando con fervor las manos del Papa con sus guantes.

—¡Qué admirable actitud! ¡Qué misericordia incomparable! ¡Tenéis el agradecimiento sincero de Petros, de todo corazón!

—Eh...

Ante la emoción exagerada del inquisidor, Alessandro puso cara de no saber dónde meterse. Si hubiera sido otra persona, probablemente habrían sido palabras de adulación o de burla sarcástica, pero Il Ruinante las pronunciaba de manera completamente seria. Como para salir de aquella situación incómoda, el Papa le habló a su otro guardián.

—Pa..., padre Nightroad, ¿hay noticias sobre el paradero de la Santa?

—Desgraciadamente, todavía no... —respondió Abel con la cara de quien debe beber una medicina amarga que no tiene efecto—. Cate... La cardenal Sforza está utilizando todos sus recursos, pero aún no hay resultados.

—¡Ah...!, ya veo...

El adolescente suspiró y hundió la cabeza en los hombros. La desaparición de la muchacha parecía haberle afectado mucho. Después de permanecer unos instantes en un sombrío silencio, preguntó dubitativo:

—Pa..., pa..., padre Nightroad..., la Sa..., la Santa..., ¿me ha traicionado de verdad? Se ha a..., aliado con la vamp..., la vampira, ¿y me ha traicionado? No p..., p..., puedo cr..., creer que haga algo así. Me p..., pa..., Me parece que hay algo que no cu..., cuadra.

—Ahora no tenemos más información, Santidad.

Si supieran algo más acerca de la situación... Abel suspiró por enésima vez, sacudió la cabeza y arrugó profundamente las cejas.

—Por desgracia, no sabemos nada más. ¿Por qué la secuestraron? ¿Por qué acompañaba a la methuselah? No tenemos ni una sola pista.

—¡Eso es que estaban conchabadas desde el principio!

La voz de Petros interrumpió, de repente, la conversación. Con un dedo extendido, el gigante explicó con voz clara:

—Si pensamos que fue un complot desde el principio, todo tiene sentido. Ya me pareció raro a mí que la vampira no matara a la hermana Esther en el mismo escenario. ¿¡Qué sentido tiene molestarse en raptarla si lo que quería era verla muerta!?

Abel se giró, molesto, hacia la voz sofocante del inquisidor.

—Esther estuvo todo el rato conmigo. ¿Cuándo se supone que tuvo tiempo de tramar ese complot? —replicó sin esconder en la mirada las ganas que tenía de librarse de Petros—. Además..., primero, que nos desviáramos hacia aquí fue una orden de última hora. Hasta entonces ninguno de los dos podríamos haber imaginado que vendríam...

Abel se quedó callado de improviso, como si algo le hubiera golpeado.

¿Qué acababa de decir?

<<Que nos desviáramos hacia aquí fue una orden de última hora.>>

—Un momento... ¿Cómo sabía la methuselah que Esther iba a venir a István?

Estaba claro que había venido a la ciudad expresamente para raptarla.

Pero los únicos que sabían que aparecería en el escenario eran Caterina, el ministro de Información y...

—El arzobispo D'Annunzio... Nadie más.

—¿Qué pasa con el arzobispo? —preguntó Petros, extrañado, al ver que el sacerdote seguía hablando solo—. Tenéis mal color, Nightroad... ¿Os ha sentado mal algo que habéis comido?

—Un momento, hermano Petros —replicó Abel, mientras le agarraba de la solapa y bajaba la voz con tono conspiratorio—. Tengo que preguntaros algo importante acerca de la noche del ataque vampiro. ¿Notasteis algo raro entre el arzobispo y la methuselah? ¿Se cruzaron algunas palabras, por ejemplo?

—¿A qué viene esto ahora? —respondió Petros, molesto.

Sin embargo, al percibir el tono amenazador del sacerdote, decidió responderle con total sinceridad.

—La verdad es que sí hablaron. No pude oír bien lo que decían... Pero no creo que fuera nada importante. La vampira dijo algo así como <<me llevo a Blanchett>>...

—¿<<Me llevo a Blanchett>>? ¿Y eso no os parece raro? ¿Acaso no se supone que había venido a matarla? ¿Qué sentido tiene secuestrarla y aumentar el riesgo de ser detenida antes de cumplir con su objetivo?

—¿¡Cómo voy a saber lo que piensa uno de esos monstruos!?

Disfrutan haciéndonos sufrir. Sería para vejarnos aún más —respondió



Petros molesto, como para cerrar la conversación, pero Abel no se lo permitió.

—¿Y cómo logró la methuselah infiltrarse en el teatro? ¿Cómo logró burlar unas medidas de seguridad tan estrictas como aquéllas?

—Bueno, hay muchas maneras. Los camerinos, los conductos de ventilación...

—Eso tampoco lo explica todo. Si realmente es una asesina enviada por el Imperio, difícilmente podía conocer los detalles del teatro. Si tenía esa información, ¿quién se la proporcionó?

—¿¡Y cómo se supone que tengo que saber yo eso!?

Las agudas preguntas de Abel le hacían perder la paciencia. Petros gritaba tan furioso que parecía estar a punto de lanzarse a mordiscos sobre el sacerdote, pero éste no parecía darse cuenta de ello.

—Hermano Petros..., ¿qué os parece esta hipótesis? —prosiguió Abel, cuya voz era tan débil que parecía estar hablando consigo mismo pese a tener los ojos fijos en el arzobispo—. Alguien ayudó a la methuselah a infiltrarse en el teatro, alguien que quería que matara a Esther. Por cualquier razón, la methuselah decidió no hacerlo y, en vez de ello, la raptó. Al ver que le había perdonado la vida, Esther decidió ayudarla...

—¡Epa! ¡Un momento, Nightroad! ¿Qué demonios estáis diciendo? ¿Quién es ese alguien? ¿¡No estaréis sospechando del arzobispo!?

Petros intervino para detener el torrente de ideas del sacerdote. Sin embargo, la vehemencia con la que le reprendió dejaba adivinar que él también estaba empezando a tener dudas similares.

—¡Es imposible! A mí ese... A mí su excelencia tampoco me gusta demasiado, ¡pero sigue siendo el arzobispo! ¿¡Cómo podría una persona así compincharse con una vampira para matar a la Santa!? ¿Qué beneficio se supone que obtendría con ello?

—Desgraciadamente aún no puedo responder a esa pregunta, pero...

No tenía pruebas, pero la hipótesis que había tejido era muy plausible. Cuando Abel se disponía a intentar explicárselo de nuevo al obstinado inquisidor...

—¡Ah, Abel!, por fin te encuentro. No sabes lo mucho que te he buscado...

—Cardenal Borgia...

Al sentir en el hombro el golpe que acompañó a la voz frívola, Abel se giró rápidamente. ¿Cuánto rato haría que estaba allí?

—¿Qué ha ocurrido, para que vengáis aquí? ¿Ya están listos los preparativos en la catedral?

—¡Huy, eso es superaburrido! Así que he decidido escaquearme.

El rostro del joven aristócrata no mostraba el más mínimo sentimiento de culpa. Mientras Abel lo observaba e intentaba adivinar si

había oído su arriesgada hipótesis, el cardenal seguía parloteando sin ton ni son.

—Es que ese tipo de cosas me dan megapalo, ¿sabes?, como que no son para mí, ¿sabes lo que quiero decir? O sea, que estoy como..., como desaprovechando mi talento. Y mientras tanto, los medios le sacan fotos a ese vejestorio, ¿ves?, cuando podrían sacárselas a alguien con mucha más clase, ¿sabes?, como yo, por ejemplo...

—¿Qué os trae exactamente por aquí?

Si no le interrumpía, el cardenal Borgia era capaz de seguir parloteando solo durante horas.

—¿Veníais a buscarme?

—¡Ah, sí! Toma esta carta —dijo el cardenal, entregándole un sobre, sin dejar de mirar con ojos deseosos al grupo de periodistas—. Me la ha dado Caterina. Es una carta para ti. Al decir que venía para aquí me ha pedido que te la trajera... Ahí la tienes.

—¿Una carta? ¿De quién?

Muy poca gente sabía que se encontraba en István. Abel tomó, con cara extrañada, el sobre que le tendía el cardenal, que parecía que le estuviera haciendo el favor de su vida. Después de comprobar que realmente llevaba su nombre impreso, le dio la vuelta.

—El remitente... ¿No lleva remite? ¿Ni dirección? ¿Ni sello?... Eminencia, ¿de dónde ha salido esta carta?

—Y yo qué sé...

Dejándose caer al lado del Papa, el cardenal más frívolo de la tierra hizo un gesto de desinterés.

—Pero el sobre es del hotel Csillag, de la calle Kossuth. ¡Huy!, no sabes lo monas que son las camareras de ese restaurante. Y el *bagel* de salmón está...

—A veces me pregunto que habéis venido a hacer exactamente a esta ciudad...

Abel abrió el sobre con un gesto cansado, como si ya no le quedaran fuerzas para soportar la palabrería del cardenal. Dejó correr débilmente la mirada por las líneas de texto y... se quedó helado.

—¿De qué se trata, padre Nightroad? —preguntó Petros al ver que el sacerdote se había quedado petrificado, casi sin ni siquiera respirar—. Os ha cambiado el color de la cara. ¿Os embargan por las deudas? ¿Os han despedido?

—¿Eh? ¡Ah...! Esto..., esto... Tengo que irme un momento.

Haciendo un gesto con la mano como para desviar la mirada extrañada del inquisidor, el sacerdote se dio la vuelta y se dispuso a salir murmurando una excusa.

—Es que me ha entrado un dolor de barriga de repente... ¿Habrá sido el atún en conserva de antes? ¡Ay, ay, ay...!

—¡Hermano Petros, detén a ese hombre!

El cardenal Borgia se había levantado rápidamente, lanzado un grito agudo. Señalando al sacerdote, le ordenó con severidad al inquisidor:

—Hay que investigarle. ¡Que no escape!

Ante la fuerza del gigante que le atenazaba, Abel vociferó:

—¡So..., soltadme! ¡Pero ¿qué estáis haciendo?!

El sacerdote se debatía con todas sus fuerzas, pero el inquisidor ni se movió. Haciendo un extraño movimiento con los dedos, el cardenal se le acercó con celeridad.

—¡Soltadme! ¡Yo sólo quería ir al lavabo! ¡Eh...! ¡Ladrón! ¡No está bien leer las cartas de otros, cardenal! ¡Es un atentado contra mi privacidad!

—Lo siento mucho, pero los derechos básicos no son aplicables en este caso. Aquí no hay privacidad que valga —dijo el cardenal, con voz de placer, mientras abría la carta y empezaba a leer—. A ver a ver... <<El arzobispo D está preparando un complot. Los detalles están en el hotel Csillag. Estrella.>> Pero ¿qué es esto? Y yo que pensaba que era una carta de amor...

Antonio había empezado a leer la carta con una cara digna de un ángel del Apocalipsis, pero su expresión pronto cambió a decepción. Dejando correr la mirada por la página impresa, chascó la lengua diciendo:

—¡Pse!, me esperaba cosas más jugosas... Pero esto del <<arzobispo D>> es D'Annunzio, ¿verdad? Seguro que es él, vamos. ¿<<Preparando un complot>>? Qué poco sexy... ¡Oye!

El aristócrata abrió los ojos con fuerza, como si hubiera hecho un gran descubrimiento. Volviendo la cabeza hacia el sacerdote como si de un resorte se tratara, le preguntó:

—¡No me digas, Abel! Esta Estrella..., ¿es Esther Blanchett?

—¿E..., e..., Esther Blanchett?

El inquisidor, que tenía aprisionado al sacerdote, puso la misma cara que el cardenal. Respiró violentamente en un intento de controlarse y se dirigió al aristócrata.

—Eminencia, esto es muy extraño. Quiere que creamos que el arzobispo trama un complot... ¡Esther Blanchett pretende tendernos una trampa!

—Ya lo sé. Pero aunque sea una trampa, podemos descubrir el paradero de Esther. Y si no lo es...

¿Quién habría imaginado que Antonio podía transformarse en alguien así? El cardenal se giró con una mirada cortante hacia el centro de los flashes que brillaban en el escenario.

—Hermano Petros..., suéltale —ordenó Antonio con su voz frívola habitual, volviendo la mirada hacia el inquisidor—. De cualquier modo, hay que capturar a la hermana Esther. Padre Nightroad, va a ir en seguida a donde dice esta carta.

—¡Yo también voy! —bramó el inquisidor, temblando mientras se golpeaba la mano con el puño—. Si le hacemos ir solo puede ser que nos la juegue. Además, yo también tengo algo pendiente con esa chiquilla. Quiero ir para verlo con mis propios ojos.

—No sé, hermano Petros... ¿El cardenal Medici no te ordenó claramente proteger al Papa? Como se entere de que le has dejado solo te va a caer una buena...

—Grrr...

El comentario del cardenal hizo que al inquisidor se le endureciera la expresión.

Tenía razón. No podía permitirse desobedecer las órdenes de su superior y abandonar su puesto. Pero, al mismo tiempo, Petros se daba cuenta de que estaban muy cerca del meollo del asunto. Si dejaban escapar esa oportunidad, quizá no volverían a tener otra parecida...

—¿Y..., y..., y si yo le doy pe..., permiso?

Una débil voz temblorosa vino en ayuda de Il Ruinante.

—Ca..., cardenal Borgia, yo s..., soy el Papa y le d..., doy mi autorización para ello... Eeeh... ¿Puedo?

—¿Santidad?

Las miradas de Petros, Abel y Antonio convergieron sobre un mismo punto. Quien se dirigía a ellos con voz entrecortada pero clara era la persona con menos poder y personalidad del Vaticano.

Ruborizado ante la atención de sus interlocutores, Alessandro prosiguió con una voz que parecía que fuera a quebrarse en cualquier momento.

—N..., n..., no qui... No quiero que m..., que muera. Por..., por eso, p..., padre Nightroad, hermano P..., Petros, tenéis qu..., que salvarla, por f..., favor.

—Su Santidad...

Petros profundamente emocionado, sorbió por la nariz. A su lado, Abel le susurró a Antonio:

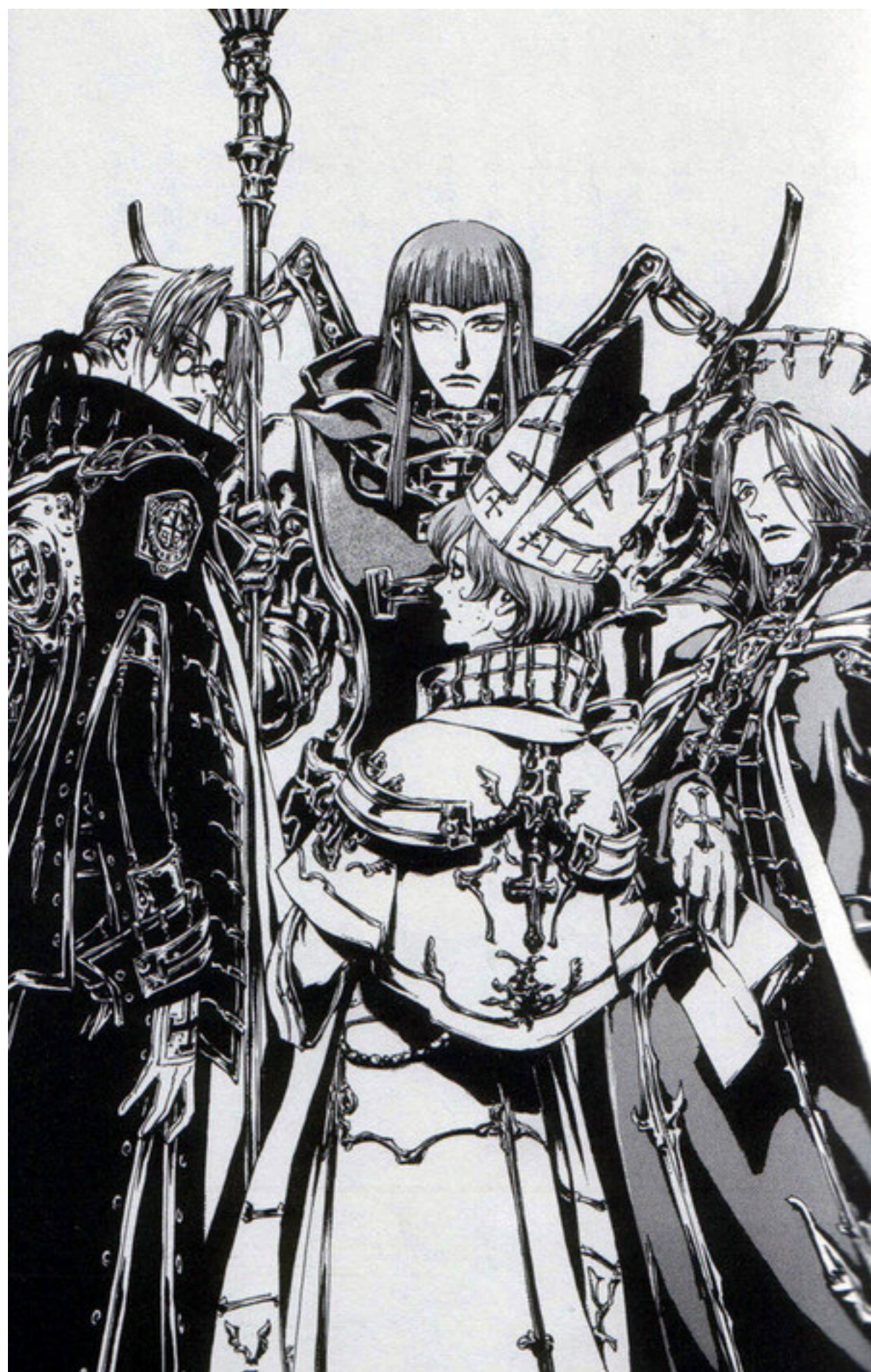
—Eminencia, ¿no decíais que había un *bagel* de salmón muy rico en ese hotel?

—¿Eh? ¡Ah, claro, claro...! Santidad, ¿qué os parecería salir escoltado por estos dos hombres?

Con una sonrisa traviesa, Antonio volvió a su papel de joven frívolo.

Esther Blanchett estaba considerada una traidora. Aunque fuera el mismo Papa quien le pidiera que la salvaran, no podía permitirlo. Pero...





—El *bagel* de salmón que sirven en el hotel está superriquísimo. Si os apetece ir a probarlo, podéis llevaros a estos dos guardaespaldas y nadie dirá nada..., incluso aunque haya algún problemilla...

El cardenal le guiñó el ojo al ruborizado adolescente y se giró para decirles con voz serena a los dos hombres:

—Ambos sois servidores del Vaticano. Por la Justicia, la Fe y la Iglesia..., id al hotel y traedme un *bagel* de salmón inmediatamente.

Aquella noche, mientras revisaba los libros de contabilidad, Miklós recibió la visita de una extraña pareja.

En aquella época del año, a las cinco de la tarde ya había anochecido en István. Sin embargo, tanto el hombre como la mujer que entraron en la farmacia llevaban gafas de sol. Las ropas que vestían eran del mismo color negro que las gafas.

—Vaya, vaya, una pareja de sacerdotes... Bienvenidos, bienvenidos...

Miklós se levantó de la silla, se frotó las manos y se dirigió hacia los clientes, que permanecían en silencio mientras miraban las estanterías llenas de medicinas.

—¿Les puedo ayudar en algo?

—Bueno, estamos buscando una medicina un tanto especial... —respondió la mujer, ante la sonrisa del farmacéutico.

No parecía una mujer normal. Aparte de vestir un hábito de sacerdote impropio de su sexo, llevaba el escote abierto de manera muy poco apropiada. Al ver cómo Miklós se quedaba hipnotizado ante el valle que se abría entre sus pechos, la mujer torció los labios, pintados de carmesí.

—Es una medicina de las que no se ponen en la estantería... ¿Hay?

—Claro, claro. Podemos prepararles cualquier producto que deseen.

No parecían eclesiásticos respetables, pero Miklós siguió atendiéndoles, sin revelar su extrañeza. De cara al público, Miklós Rozsnyai era sólo el encargado de una farmacia polvorienta, pero en el mercado negro era un hombre bastante conocido. Sin dejar de sonreír, bajó un poco la voz para preguntar:

—Abortivos, alucinógenos, marihuana, opio... tenemos de todo. ¿Qué desean?

—No es para un ser humano.

La mujer lanzó una risa vulgar mientras mascaba tabaco. Su acento siciliano daba a sus palabras un eco musical.

—Es para un vampiro. Las pastillas de concentrado de sangre que has vendido esta tarde.

—¿De qué están hablando?



Miklós se hizo el tonto mientras se deslizaba por dentro de la manga el cuchillo. Apretando con disimulo el botón de debajo de la mesa con la pierna, volvió a tomar asiento.

—¿Pastillas de concentrado de sangre para vampiros? Lo siento mucho, pero no dispongo de ese tipo de productos...

—No es bueno mentir a funcionarios de la Iglesia, Miklós Rozsnyai... —murmuró con fastidio la mujer mientras se quitaba las gafas.

Mientras movía con un gesto casi obsceno los dientes y la lengua, le dijo con aire insinuante:

—Hemos descubierto que has conseguido el material. Ahora lo que necesitamos saber es a quién se lo has pasado. Vamos, suéltalo ahora mismo.

—No puedo decirles lo que no sé...

A Miklós le cambió el tono, pero no fue al ver a los cuatro hombres fornidos que habían aparecido en el fondo de la tienda. Fue al darse cuenta de que su interlocutora conocía perfectamente sus actividades ilegales.

—Cuando hay barullo, en este barrio suelen aparecer cadáveres en la calle... Venga, guapa, deja de hacerte la chula. Vete a casa antes de que te coma el lobo.

—El que se está haciendo el chulo eres tú, paleta. —La mujer dirigió sus ojos afilados a los hombres y dijo en tono burlón—: Será mejor que cantes mientras te lo pregunto por las buenas..., o no saldrá nadie vivo de aquí.

—¡No me hagas reír!

Aquella voz airada no era la de Miklós. Los hombres que acababan de aparecer iban armados con porras, mazas y cuchillos, herramientas muy poco apropiadas para trabajar en una farmacia. Bajo la luz vacilante de las lámparas de gas se abalanzaron sobre la mujer...

—Cero como ochenta y un segundos demasiado tarde.

Cuando resonó la voz monótona, las armas salieron despedidas como por arte de magia de las manos de sus dueños, y los hombres cayeron al suelo entre gemidos. Sin mirar a los matones abatidos ni a su compañero, que empuñaba dos enormes pistolas humeantes, la mujer se acercó al asombrado farmacéutico.

—¿Qué estabas diciendo...?

—N..., no era de la ciudad.

Normalmente, tenía suficiente confianza en sus habilidades con el cuchillo, pero en ese momento no se atrevió a mover ni un dedo. Con la mirada fija en las armas humeantes, Miklós explicó apresuradamente:

—Eran huéspedes del hotel Csillag. ¡Eso es todo lo que sé!

—El hotel Csillag... —repitió la mujer con voz ronca.

Le dio a Miklós un par de golpecitos en la cabeza, como para indicar que ya había acabado con las preguntas, y se giró.

—Gracias... Vosotros mejor que le deis las gracias también al canijo. Habéis tenido suerte de que tenga buen pulso...

—¡Te vamos a...!

El grito áspero sonó en aquel momento. Antes de que Miklós pudiera detenerle, uno de los hombres se había levantado y blandía un cuchillo. Era un joven robusto, pero no parecía muy inteligente. Agarró el cuchillo como un hacha y lo lanzó con fuerza hacia las figuras que se dirigían a la puerta.

—¡No!

El aviso de Miklós llegó demasiado tarde. El arma mortífera atravesó el aire y se le clavó a la mujer por la espalda; la punta le salió por el lado opuesto y se alojó en el marco de la puerta.

—¡Im..., imposible!

No fue un grito de victoria lo que pronunciaron los labios del hombre. Tenía los ojos fijos en la mujer, como si se hubiera olvidado incluso de parpadear.

—¡Pse!, para ser un paleta, tienes buen brazo... Me has dado de lleno en el corazón.

La mujer estaba clavada en la puerta, pero lanzó una carcajada.

Desde la punta del filo hasta la empuñadura, el cuchillo empezó a brillar con una extraña luz blanca. Lo más sorprendente era, sin embargo, que con el corazón atravesado la mujer aún se mantuviera en pie por sus propios medios. Además, no sólo no le había salido ni una gota de sangre, sino que el hábito no se le había desgarrado. ¿Qué quería decir todo aquello?

Ante el asombro de todos los presentes, la mujer se dio la vuelta y tendió los brazos hacia los hombres con un ademán provocativo.

—Como ha sido un lanzamiento así de espectacular..., te voy a hacer algo con lo que vas a disfrutar.

—¡Deteneos, hermana Mónica Argento!

Cuando el pequeño sacerdote gritó, la mujer movía las manos como si fueran serpientes. Los dedos extendidos se alargaron hasta el pecho del hombre. Cuando éste intentó apartarlos con un golpe...

—¡Ah...!

Se oyó un gemido. Los dedos de la mujer tendrían que haberse desviado, pero se habían plantado en el pecho del hombre. Y lo más asombroso no era eso, sino que se habían convertido en armas afiladas para atravesar a su víctima. El hombre no sangraba... Sus ropas no se habían desgarrado...

La mujer le hundió el brazo en el cuerpo como un espejismo.

—Reza tus últimas oraciones...

Ante el susurro de la mujer, el hombre puso los ojos en blanco y empezó a temblar violentamente. En un instante, todos los orificios de su cuerpo empezaron a sangrar a chorro.

—¡Aaaaah!

Mientras el resto se cubría el rostro para protegerse de la lluvia de sangre, la mujer retiró el brazo. Ni una gota le había manchado el rostro, pero sus sonrientes labios brillaban como la sangre fresca. El cadáver se desplomó. Salvo la sangre que había perdido, no se apreciaba en él ninguna herida.

—Hermana Mónica, está prohibido provocar más muertes de las necesarias. Me veré obligado a informar de esto a la duquesa de Milán — dijo el pequeño sacerdote, mientras bajaba la mirada hacia el cadáver.

La voz era mecánica, pero contenía un eco de disgusto fácilmente perceptible. La mujer, por su parte, respondió con voz despreocupada:

—Qué serio eres, Iqus. Esto es legítima defensa. Le-gí-ti-ma de-fen-sa. ¿Acaso no tiene derecho a protegerse una débil doncella como yo?

Después de darle una patada al cuerpo caído, la mujer se giró y, riendo, salió de la farmacia. El sacerdote se quedó un momento mirando al suelo, como si fuera a responderle algo, pero finalmente la siguió en silencio.

—¿Eh...? ¿¡Qué te ha pasado!?

No fue hasta que las dos figuras hubieron desaparecido por la puerta que los hombres de la farmacia volvieron en sí. No había duda de que su compañero caído había muerto. Cuando intentaron levantarlo del suelo, el pesado cuerpo ya había empezado a enfriarse.

—¡Pero ¿qué demonios ha hecho ésa...?! —gimió Miklós, tapándose la boca con la mano.

¿Cómo lo había hecho? No se veían heridas por ningún lado. Le levantaron la camisa para observarlo, pero, aparte de unas leves manchas blanquecinas a la altura del pecho, el cuerpo estaba intacto.

—¡Hmmm!, ¿qué es esto?

Cuando estaba a punto de dejar el cadáver de nuevo en el suelo, Miklós frunció las cejas, extrañado. Con la mano que tenía apoyada en el suelo había notado el roce de algo caliente. Al mirar para ver qué era...

—¿¡Eh!? ¡Aaaaah! —chilló el farmacéutico.

Sobre el suelo de la farmacia había un corazón humano.

## IV

El río Danubio, que atravesaba István de norte a sur, dividía la ciudad en los distritos de Buda y de Pest. Aunque diversos puentes, de una extensión

total de trescientos treinta metros, unían las dos partes, cada una tenía su personalidad especial, como si fueran dos ciudades distintas.

La parte de Pest, era, ya desde antes del Armagedón, donde vivían las clases populares y donde se producía la mayor parte de la actividad económica. Ni el dominio de Gyula ni la liberación la habían cambiado, y más del noventa por ciento de los ciudadanos habitaban en ella.

La orilla opuesta, Buda, había sido el palacio privado de Gyula y, durante el régimen del vampiro, estaba vedada al resto de habitantes. Tras la liberación, la central de la Guardia que había destruido *La Estrella de la Desolación* había sido reconstruida allí, en un nuevo complejo que incluía acuartelamientos y un campo de ejercicios.

—A mí me parece que el sitio que tiene más puntos es éste...

Esther hizo una marca en rojo sobre el plano desplegado, mientras hablaba con la muchacha de cabellos rizados que tenía al lado.

—Hace un año estuve en el que entonces era el palacio del marqués. Éste sería el lugar idóneo para tener encerrados a vuestros vasallos.

—Aunque no es seguro que estén ahí... —dijo Shahrazad, mientras jugueteaba con su brillante melena.

Era probable que estuviera extremadamente nerviosa, pero no lo demostraba: hablaba de una manera elegante y pausada que empezaba a poner nerviosa incluso a Esther.

—Pero ya veo lo que dices. Éste es el lugar más probable. ¿Y si están en otro sitio? No tendremos más que una única oportunidad de intentarlo.

—Ahí está el problema precisamente.

Esther soltó el lápiz rojo y dejó que los dedos bailaran por encima de las inscripciones que llenaban el mapa.

Ya habían recogido la cena y las habían dejado solas de nuevo. Butler y Guderian habían ido a hablar con su conocido dentro de la Iglesia e Ignaz había vuelto a su trabajo. Con los codos apoyados con cierta dejadez sobre la mesa, que era tan grande como su celda del convento, Esther se apartó, molesta, los rojizos cabellos que le caían sobre la cara.

—Pensaba que si lográbamos recuperar a vuestra familia la situación mejoraría, pero... Quizá sea mejor esperar a entrar en contacto con la cardenal Sforza.

—Perdona, todo esto es por mi culpa.

—No, no, no lo decía por eso...

Esther negó con la mano ante la cara de culpabilidad de la methuselah. Mirando por la ventana hacia la calle desierta, se disculpó ante su compañera por su imprudencia.

—No os echo en cara nada. Es que me da rabia ver qué poco puedo hacer...

—¿Rabia?

La methuselah repitió la palabras de Esther y torció la cabeza como si se esforzara por entender algo incomprensible.

—¿Qué es lo que te da tanta rabia?

—Muchas cosas. Que me utilicen como propaganda. Que me hagan hacer el papel de Santa, que no me pega para nada. Que quieran llevarme al martirio. Me da rabia que me utilicen como excusa para una cruzada...

Las luces de la ciudad habían empezado a encenderse al mismo tiempo que descendía la oscuridad nocturna. La luz de las lámparas que recorrían las calles como un collar hacía resaltar en el rostro de Esther la expresión de cólera.

No sólo la utilizaban como un objeto, sino que incluso su vida y su muerte estaban a merced de las decisiones de terceras personas. Sólo era una muchacha que no tenía fuerzas ni siquiera para ayudar a una methuselah en apuros. Sólo era...

—La verdad es que no lo soporto más.

—No se le puede hacer nada.

Shahrazad sonrió como si estuviera intentando consolar a una hermana pequeña testaruda. Bajó los ojos, que parecían dos amatistas talladas por un artesano genial, y suspiró:

—Al fin y al cabo, eres miembro del Vaticano. En una organización así de enorme es difícil hacer oír tu opinión individual.

—Ya lo sé, pero...

Esther se mordía los labios como si no estuviera nada convencida.

Shahrazad tenía razón, probablemente. Pero había algo que seguía sin tener sentido para la monja. ¿Justificaba el tamaño de la organización el hecho de que se sintiera así de amenazada?

Entonces, de repente, se abrió la puerta de la sala de estar. Esther estiró la mano hasta la escopeta que tenía posada sobre las rodillas. Una figura corpulenta entró en la habitación llevando una bandeja.

—¡Qué aplicadas que os veo! ¿No estáis cansadas? ¿Os apetece beber algo?

—¡Uf, Ignaz...! , no nos des estos sustos.

Al reconocer a su antiguo compañero, Esther retiró el dedo del gatillo. Dejó sobre la mesa la escopeta recortada y le recriminó:

—Al menos, podrías llamar a la puerta...

—Perdón, perdón... No quería asustaros.

Ignaz esbozó una sonrisa mientras posaba la bandeja y les servía a las muchachas dos tazas humeantes llenas de un líquido marrón oscuro.

—Pero no tienes por qué estar tan intranquila. Saltas por cualquier cosa... Bebed un poco de chocolate para relajarnos.

—Gracias... Bebed, bebed, Shahra. Este chocolate es la especialidad de Ignaz. Es una receta original suya.

Esther rió alegremente mientras tomaba la taza de líquido fragante. Desde la época de partisana, aquel chocolate que preparaba Ignaz era su bebida favorita. Sorbió el líquido con satisfacción y le sonrió al gigante, que se había sentado a su lado.

—Está riquísimo... Qué contenta estoy de que te acuerdes de mi bebida preferida.

—Cómo iba a olvidarme, con la de veces que te la he preparado...

Ignaz sonrió como un mastín que recibiera los elogios de su amo y agarró la escopeta recortada, que descansaba sobre la mesa. Mientras jugueteaba de forma distraída con el arma, preguntó sin interés:

—¿Y qué? ¿Habéis encontrado alguna información útil?

—Bueno, la verdad es que nos hemos dado cuenta de que ahora mismo no podemos hacer gran cosa.

El chocolate con cacahuets tostados era extremadamente dulce, pero Esther ponía cara amarga.

—Además de tener a la Guardia y la Inquisición persiguiéndonos, no sabemos dónde se encuentran los rehenes. Hasta que no contactemos con la cardenal Sforza no podremos hacer nada, la verdad. ¿El señor Butler no ha vuelto todavía?

—Pues no... Y ahora que lo dices, ya es un poco tarde.

Esther levantó la mirada hacia el reloj de la pared. Ya hacía más de dos horas que Butler y Guderian habían abandonado el hotel. Estaban tardando bastante...

—¿Eh?

Por un momento, había parecido como si las agujas del reloj se doblaran. Esther se frotó los ojos o, mejor dicho, intentó frotárselos... La muchacha perdió, de repente, el equilibrio. Si Shahrazad no la hubiera sostenido, habría caído al suelo cuan larga era.

—¿Qué te pasa, Esther?

—¡Hmmm...! No tengo fuerza en... —murmuró Esther, como mareada.

¿Qué le estaba ocurriendo? Era como si hubiera perdido toda la fuerza del cuerpo. Además, la mirada se le estaba llenando de unas manchas blancas...

—¿Estás bien, Esther? Ignaz, ¡a Esther le pasa algo! —gritó nerviosa la methuselah, sin soltar a la muchacha débil como una flor marchita—. Hay que llamar a un médico! ¡Puede que esté enferma!

Sin embargo, Ignaz seguía sentado tranquilamente con una expresión serena que contrastaba con la agitación de Shahrazad y miraba a Esther sin



soltar la escopeta. Con manos torpes, sacó las balas convencionales de la recámara y las sustituyó por proyectiles de color plateado.

—No, no está enferma... Es el efecto de las drogas. En seguida se le pasará.

—¿¡Drogas!? ¡Pero ¿qué...?!

Shahrazad no tuvo tiempo de terminar su pregunta porque vio cómo Ignaz levantaba la escopeta y le apuntaba. Mejor dicho, porque vio que al mismo tiempo se abría la puerta e irrumpían en la sala un grupo de hombres uniformados.

—¡Pero ¿éstos son...?!

Mientras Shahrazad se recuperaba de su asombro, los soldados de uniforme gris azulado rodearon con rapidez a las muchachas y las apuntaron con sus armas. Detrás de ellos apareció un oficial que la saludó con una burlona voz nasal.

—Buenas tardes, señorita vampira.

—¿¡Tú!?

Shahrazad lanzó un grito de sorpresa al reconocer al teniente Ferenc Dobó bajo los vendajes que le cubrían parte de la cabeza. De forma instintiva levantó el brazo...

—¡No te muevas, vampiro!

Una voz cortante le detuvo. Ignaz le gritaba con la voz llena de odio mientras apuntaba a Esther con la escopeta.

—Si te mueves, mato a Csillag... Suéltala y retírate despacio.

—...

A aquella distancia, la velocidad sobrehumana de la methuselah le habría permitido esquivar los disparos, pero no podría haber hecho nada para salvar a Esther. Con la expresión endurecida, Shahrazad dejó a la monja en el suelo y empezó a retroceder, con las manos levantadas sobre la cabeza.

—Buen trabajo, Lukács.

Mientras Ignaz le apuntaba, tembloroso con la escopeta, los soldados esposaron a la methuselah. Dobó la miró con desprecio y puso una mano sobre el hombro del antiguo partisano.

—El arzobispo está muy impresionado por tu valor y capacidad de reacción. Te tendrá muy en cuenta para futuras inversiones.

—...

Ignaz seguía con el rostro tenso, como si no oyera las alabanzas del oficial. La causa de su nerviosismo era el hilillo de voz que se elevaba desde el suelo.

—I..., Ignaz, me has traicionado...

Esther sólo podía abrir un ojo, pero lo tenía fijo en el gigante. Sólo podía mascullar con dificultad, pero el tono de recriminación era inconfundible.

—¿Por qué? ¿¡Por qué me has traicionado!?

—¿Qué por qué? ¡Eso querría saber yo!

El gigante replicó airadamente a las acusaciones de la muchacha. Sin dejar de apuntarle entre las cejas con la escopeta, lanzó un rugido que apestaba a alcohol.

—Tú eras nuestra Estrella. Tú eras nuestra Santa. Y te alías con este monstruo... ¿¡Es que no sabes lo que es!? ¡Es nuestro enemigo! ¡Es un vampiro!

—N..., no...

La droga parecía haber tenido muy poco efecto. Gracias al entrenamiento que había recibido en el Vaticano, Esther pudo empezar a recuperar el control del cuerpo y, reuniendo todas sus fuerzas, respondió con energía a su antiguo amigo.

—No, Ignaz... Ella no es el enemigo...

—¿Me vas a decir que no hay enemigos? ¿Que el error está en buscar enemigos? No, Csillag, eres tú la que se equivoca... ¡Ése es nuestro enemigo! —bramó Ignaz.

Las manos le temblaban de tal manera que parecía estar a punto de apretar el gatillo en cualquier momento. Sin embargo, logró controlar el ataque de ira, tras lanzar un profundo suspiro, dejó caer los hombros con expresión de dolor.

—Siento mucho haber tenido que engañarte así..., pero no tenía otra opción. Perdóname, Csillag.

—¿Ya estás más calmado, Lukács? —preguntó Dobó, dándole unos golpecitos en el hombro—. Si estás bien, apártate un poco, que ahora me toca a mí.

—¿Ahora te toca qué?

Ignaz miró, confuso, el arma que empuñaba el oficial. Interponiéndose entre él y la monja caída, preguntó, extrañado:

—¿Qué dices? ¿No habíamos quedado en que os llevaríais a la vampira y me dejaríais a Csillag a mí? Ya habéis capturado al monstruo. desapareced de inmediato de mi hotel.

—No te preocupes, que nos iremos sin que nos lo pidas..., después del martirio de la hermana Esther.

El teniente levantó el percutor de su pistola al mismo tiempo que Ignaz le miraba, alarmado.

—¡Pero ¿qué...?!

Ignaz cayó al suelo como si se le hubieran soltado las rodillas. Con ojos incrédulos, miraba el arma humeante de Dobó y el agujero que se le había abierto en el vientre.

—¿¡Po..., por qué...!?

—Lo siento, Lukács. Seguimos con el plan.

Esther se quedó helada, casi sin acordarse del dolor que sentía. El teniente le apuntó con la pistola y dijo, encogido de hombros:

—Si no sufre martirio, no podrá empezar el siguiente acto de la función. Además, sabe demasiado para que podamos dejarla tranquilamente con vida...

—¡Maldito!

Escupiendo sangre por la boca, Ignaz levantó la mano hacia el oficial para agarrarle del uniforme... Pero antes de que le pudiera alcanzar resonó un disparo y el antiguo tabernero se retorció como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

—¡I..., Ignaaaaaz! —gritó Esther con todas sus fuerzas.

Sus ojos asombrados vieron cómo el gigante quedaba tendido en el suelo con un enorme agujero negro abierto a la altura del corazón; a su alrededor se extendía una mancha rojiza.

—¡Ignaz! ¡Resiste!

—Perdóname..., Csillag... Yo...

Esther se arrastró como pudo hasta el antiguo partisano, que se encontraba en medio de un charco de sangre. Aferrándose a sus últimas fuerzas, Ignaz abrió los ojos por última vez para murmurar:

—Yo... sólo... te...

<<Yo sólo te...>> ¿Qué quería decirle?

Esther no llegó a oír el final de la frase. Un violento espasmo recorrió el cuerpo del caído; los labios se quedaron abiertos en vano y las palabras se perdieron en la eternidad.

—Vaya manera tan miserable de morir.

Esther estaba abrazando el cadáver cuando la voz le golpeó los tímpanos. Quien había hablado había sido Dobó, que apuntaba hacia la monja con su pistola aún humeante.

—Pero no te preocupes, Santa. Tú tendrás una muerte gloriosa. <<Santa Esther, que derrotó al demonio Gyula y liberó István. Tuvo una muerte magnífica, pues antes se llevó por delante a una malvada vampira...>>. O algo por el estilo...

Mientras recitaba el epitafio que había compuesto, el teniente levantó el percutor de su arma. Mirando el rostro de Esther, pálido de ira y odio, dijo con sarcasmo:

—Esta vez va en serio. ¡Adiós, Csillag!

Casi al mismo tiempo que apretó el gatillo se escuchó una detonación y un gemido. Pero no fue Esther quien gritó de dolor.

Fue el teniente, que vio cómo la pistola le salía disparada de la mano antes de que pudiera abrir fuego. Su grito quedó en seguida apagado por el estruendo de los cristales, que se rompieron cuando unas figuras entraron destrozando las ventanas de la habitación.

—A ver si dejamos de decidir así acerca de la vida de los otros...

En la sala había aparecido una sombra que parecía la encarnación de un dios de la muerte. Era un sacerdote vestido de negro, que abatió a tiros uno a uno a los soldados de la Guardia antes de que pudieran reaccionar.

—¿¡Pa..., padre Nightroad!?

—¿Estás bien, Esther?

Al mirar a la monja caída, al sacerdote le apareció una luz suave en el rostro. En cuanto se apercibió del cadáver que había junto a ella, arrugó las cejas con dolor.

—Perdona, Esther, si hubiéramos llegado antes...

—¡Pero ¿qué demonios te crees que haces?!

Un grito airado interrumpió las disculpas del sacerdote. Dobó se había incorporado bramando, en medio de los pocos soldados que quedaban en pie.

—Voy a cumplir mi misión sea como sea. ¡Aunque seas sacerdote, no tendré compasión!

—¿Que no <<tendré compasión>>? Oye, chaval, esa frase es mía...

La voz que cortó los alaridos del teniente le venía directamente desde arriba.

Al levantar instintivamente la mirada, los soldados vieron cómo la lujosa araña del techo se les caía encima, acompañada de una tormenta de yeso. Y no sólo eso. Sobre los soldados se abalanzó también una figura equipada con una armadura blanca.

—¡Se presenta el hermano inquisidor Petros! —gritó la sombra equipada con el hábito santo del Señor, cuádruple escudo del sistema autónomo de apoyo al combate.

Blandió su maza y se dirigió airadamente al oficial.

—¡Teniente Dobó, he visto con mis propios ojos cómo intentabais matar a la hermana Esther! Esposad a vuestros hombres de inmediato. Deprisa, si no queréis que tenga que hacerlo yo mismo.

Ante la mirada severa de Il Ruinante, Dobó y sus hombres se pusieron de pie e intentaron apuntar con sus armas a los intrusos.

—¡Inquisidor o lo que sea, da lo mismo! ¡Fuego!

—¡No seáis idiotas! —vociferó Petros, al ver cómo los cañones se volvían hacia él—. Un caballero de la Fe y la Justicia como yo no tiene ni para empezar con morralla como vosotros.

La ferocidad de su voz hizo que un escalofrío les recorriera el cuerpo. Il Ruinante dio un salto y se abalanzó en medio de los soldados, blandiendo sus armas. Convertido en un torbellino que casi llegaba a la velocidad del sonido, abatió a los hombres de uniforme gris azulado. Los que fueron lo suficientemente afortunados para escapar del impacto directo de las *screamer* cayeron derribados por el efecto de los escudos.

—¡Aaaah! No sois más que moscardones. No me valéis ni para entrenarme.

—Hermano Petros, por favor. Tened un poco de miramiento.

Mientras ayudaba a Esther a levantarse, Abel intentó controlar al inquisidor, que rugía como un ciclón entre los soldados abatidos. Sirviendo de bastón a la monja, la llevó tambaleándose hasta la muchacha que estaba esposada en una esquina de la habitación.

—Sois Shahrazad, ¿verdad?

El sacerdote se dirigió con una sonrisa a la methuselah, que seguía con el rostro tenso, e intentó tranquilizarla.

—Muchas gracias por salvar a Esther... Nosotros os protegeremos. ¿Queréis acompañarnos?

—El arzobispo tiene a mi familia... —respondió Shahrazad, mientras dejaba que el sacerdote le quitara las esposas de plata—. Si queréis ayudarme, tenéis que salvarlos a ellos también.

—Por supuesto. Pero lo primero es salir de aquí...

La voz de Abel quedó apagada bajo el estruendo de las botas militares y los gritos que se acercaban por el pasillo.

—¡Pse!, ¿vienen refuerzos? ¡Os puedo hacer pedazos seáis cuantos seáis!

Petros chascó la lengua mirando hacia la puerta. Todos los soldados que le habían recibido en primer lugar estaban caídos por al habitación, pero el grupo que llegaba de refuerzo era más numeroso. Ágilmente, Il Ruinante cerró la puerta y la bloqueó con la mesa. A puntapiés, envió los cuerpos inertes de los soldados encima de la mesa mientras gritaba:

—¡Hay que retirarse de inmediato, padre Nighthead! ¡No podemos combatir libremente con ellas aquí!

—Tenéis razón —dijo el sacerdote, que aún sostenía a la monja—. Shahrazad, hay que cambiar de aires... ¡Seguidme!

—¡Eh!, un momento...

La methuselah se giró para recoger la escopeta de Esther del suelo y plantarse ante el teniente caído.

—¿Dónde tenéis a mi familia! —le preguntó, agarrándole el pecho al mismo tiempo que le amenazaba con el arma—. ¿Dónde los habéis encerrado? ¡Contesta!

—El p..., El palacio arzobispal...

El terror ante la vampira le hizo responder en seguida. Completamente derrotado, el oficial explicó con rapidez:

—Los calabozos del palacio arzobispal... ¡De verdad!

—Los calabozos del palacio arzobispal...

¡Eso era en el terreno de la catedral de István, donde habían estado la noche anterior! ¡Los habían tenido tan cerca sin saberlo...! Shahrazad chascó la lengua de frustración al mismo tiempo que tiraba al teniente de nuevo al suelo.

—Padre, tenemos que ir en seguida al palacio —le susurró Esther a Abel al oír las palabras del oficial—. El arzobispo no tardará en enterarse del fracaso de sus hombres... ¡Hay que rescatar a la familia de Shahra cuanto antes!

—De acuerdo..., pero antes tienes que recuperarte un poco —asintió el sacerdote.

Mientras se ataba a la cintura la cuerda que había utilizado para irrumpir en la habitación, miró hacia el exterior a través de la ventana rota. En el patio trasero del hotel había una línea de vehículos militares.

—A la catedral llegaremos antes en coche. Pero antes hay que bajar de aquí... Agárrate, Esther —dijo Abel, a la vez que colocaba los brazos alrededor de la cintura de la monja.

Una vez que hubo comprobado que la tenía bien agarrada, dio un salto desde la ventana. Se apoyó diversas veces con los pies en la pared para amortiguar la caída y se deslizó rápidamente hasta el suelo, donde los esperaba ya Shahrazad.

Un instante después, aterrizó junto a ellos, como un meteorito, Il Ruinante.

—Venga, ¿requisamos un vehículo?

Petros recorrió con la mirada el patio trasero y, antes de que Abel pudiera detenerle, se dirigió al vehículo más cercano: un coche blindado de seis ruedas del ejército del Vaticano.

—Venga, todos adentro. ¡No os durmáis! ¡No hay tiempo que perder!

—Siempre escogéis el vehículo más llamativo... —dijo Abel con resignación.

Más que intrépido, Il Ruinante era temerario. Pero el tiempo apremiaba y no podían perderlo en discusiones. El sacerdote posó a Esther con delicadeza en el suelo y la ayudó a avanzar hasta el vehículo.

—Eh...

El efecto de la droga aún no había desaparecido del todo. No parecía que las piernas pudieran sostenerla, y cuando Abel extendió los brazos para que no cayera...

—¿!?



Algo le pasó con estrépito por delante de la nariz.

Al mismo tiempo que algunos cabellos canosos revoloteaban por el aire, las baldosas del suelo se convirtieron en un colador. Antes de que se diera cuenta de que le estaban disparando, Abel abrazó con fuerza a Esther y dio un salto. Con una agilidad digna de un bailarín, brincó hasta la puerta del vehículo para intentar protegerse en su interior. Sin embargo, el tirador que le acechaba desde la oscuridad había previsto ese movimiento. Una serie de ráfagas le cortaron los pasos, forzándole a retroceder.

—¿¡Nightroad!? —gritó Petros, al ver que el sacerdote y la monja se alejaban del vehículo blindado.

Distanciándose del coche, se acercó a sus compañeros.

—Preocúpate de ti mismo antes de ayudar a otros, inútil...

Cuando la maliciosa voz le resonó en los oídos, Il Ruinante ya estaba blandiendo instintivamente sus mazas. Sin embargo, dirigió los discos de alta frecuencia hacia el origen de aquellas palabras. Fuera quien fuera quien las había pronunciado, la potencia del impacto lo haría añicos. O eso era lo que pensaba...

La voz burlona había desaparecido. Al girarse, Petros no vio a nadie y se quedó petrificado.

—Maldito seas ¿dónde demonios...? —murmuró el inquisidor.

Cuando notó en la nuca el tacto de dos de los *Cinque Dea* lanzó un gemido, intentando descubrir a quién tenía detrás.

—¿Quién eres? ¿De dónde...?

—Soy Mónica.

Las dos *Cinque Dea* se dieron al vuelta, rascando la nuca del inquisidor, que brillaba con luz blanco azulado.

—Soy la agente Black Widow... De la competencia, vamos —dijo la voz, tranquilamente.

La luz de la luna bañó el cuerpo del monje soldado cuando cayó al suelo. Le salía un chorro de sangre por la nuca.

Abel se quedó estupefacto al presenciar la escena.

—¡Pe..., Petros!

Dejó a Esther en el suelo y se dispuso a abalanzarse sobre el inquisidor, pero... una bala detuvo sus pasos.

—Cambio de modo tirador a modo genocidio... Vuestra resistencia es inútil. Solicito que tiréis las armas, padre Nightroad.

Una voz fría laceró los oídos del sacerdote. A través de la noche, la luz rojiza de una mira láser brillaba como los ojos de un monstruo hambriento.

Al ver la figura que se acercaba con pasos regulares, Abel ahogó un grito.

—Pa..., padre Tres...

## Capítulo 4

### EL ESTIGMA DE LA SANTA

¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero,  
no juzgas y vengas nuestra sangre de los  
que moran en la tierra?

Apocalipsis 6,10

#### I

—¡Padre Tres, contestadme!

Abel parecía ajeno al hecho de que una Jericó M13 Dies Irae seguía apuntándole con precisión entre las cejas.

—¿¡De verdad vais a sacrificar a Esther!? ¿¡Hasta ahí pensáis llegar!? —le preguntó a su compañero, que le miraba de forma inexpresiva tras las pistolas.

El soldado mecánico no cambió de cara y ni siquiera se giró hacia el sacerdote. Mientras controlaba a Abel con una pistola, con la otra se dirigía a la monja.

—Esther Blachett, funcionaria de la Secretaría de Estado, os conmino a deponer las armas y alejaros inmediatamente de la vampira. En caso contrario, no puedo garantizar vuestra supervivencia

—Pa..., padre Iqus... —gimió la joven pelirroja.

El miedo se había apoderado por completo de ella. Moviendo con gestos aturridos la escopeta, intentó preguntar con un hilo de voz:

—¿Qué significa esto...?

—Significa que hemos venido a cargarnos a la vampira y a llevarte de vuelta con nosotros, viva o muerta, chavalita.

Una voz ronca interrumpió a la monja. Era la mujer que estaba al lado del cuerpo de Il Ruinante. Los filos *Cinque Dea* aún goteaban.

—¿No has oído lo que ha dicho el padre? Ya te estás apartando de ahí. ¿O quieres que te volemós esa cabecita tan mona de un tiro?

¿Acaso no comprendía las palabras de Mónica? Sin dejar de negar con la cabeza, Esther se irguió para cubrir mejor el cuerpo de Shahrazad de

la amenaza de la pistola. Era imposible que no entendiera lo que podía ocurrirle. Sin embargo, la joven permanecía inmóvil como un ángel de la guarda, aunque pálida y mordiéndose los labios.

—¡Un momento! ¡Debéis tener en cuenta las circunstancias que forzaron a Shahra..., a la methuselah a llevar a cabo el ataque! Ella...

—Ahora no hay tiempo para hablar de circunstancias, Esther Blanchett.

La voz monótona cortó el intento de explicación al mismo tiempo que la amenazante mira láser se posaba sobre el pecho de la monja.

—La Inquisición y la Guardia os quieren ejecutar como traidora. Si os capturan no sólo perderéis la vida. Según cómo vayan las cosas, podría suceder que se vea amenazada incluso la duquesa de Milán... Si entendéis las implicaciones de lo que estoy diciendo, apartaos, por favor. Tenemos que eliminar a la vampira antes de llevaros de vuelta a la Secretaría de Estado.

—¡N..., nunca!

Era extraño que Tres dedicara tanto tiempo a dar explicaciones, pero Esther negó con la cabeza y, como para reforzar sus palabras, extendió los brazos cubriendo a la methuselah.

—Dejarla morir para salvarme a mi misma... ¡Nunca!

—Esther Blanchett...

Una débil luz de ira le apareció en los ojos al soldado mecánico. Mientras levantaba el percutor, dijo con tono de conclusión:

—En las circunstancias actuales, es imposible salvaros la vida a los dos. Sería preferible salvaros al menos a vos, pero...

—Bueno, Tres, basta de cháchara... Que ya llevas un rato diciendo que las vas a matar... —le interrumpió una voz de fastidio.

Mónica se estiraba jugueteando con sus *Cinque Dea* mientras ponía cara de aburrimiento. Sus ojos afilados se dirigían a la monja cuando dijo:

—Si la cría quiere morir, ¿quiénes somos nosotros para entrometernos? Mácala y acabemos ya con el asunto.

—¡Basta, hermana Mónica! —respondió Tres, con voz cortante.

Cuando el sacerdote giró su pistola, las manos de la agente ya se dirigían hacia la monja, brillando con luz blanca.

—¿¡Esther!?

—¡Esther!

Abel y Shahra pronunciaron el nombre de la joven al mismo tiempo que un grito de dolor se escapaba de entre los labios de ésta. Los *Cinque Dea* habían salido volando y le habían arrebatado la escopeta de las manos. Después de recuperar sus armas con un solo movimiento, Mónica dijo con placer:

—Y si quieres odiar a alguien por esto..., odia a esa zorra.



Con una risotada, las mortíferas armas salieron volando de nuevo hacia la monja, pero... Si en ese momento una figura no se hubiera abalanzado sobre Mónica, los *Cinque Dea* habrían atravesado sin remedio el corazón de Esther. Al desviarse, los filos sólo cortaron algunos cabellos rojizos. Black Widow dio un salto, perseguida por el monje guerrero.

—¡Imposible...! ¡Pero si ya me había deshecho de ti! —gritó Mónica, estupefacta, al reconocer la heroica figura de Il Ruinante.

Sin embargo, en un instante, dos de los escudos del equipo del inquisidor cayeron al suelo al partirse los cables hidráulicos que los manejaban.

—Has tenido suerte, inútil... ¡Pero se te ha acabado!

—¡Eres tú quien está acabada!

Petros bramó, enfurecido, al mismo tiempo que cargaba contra la agente. Pareció soltar las mazas un momento, pero luego las hizo girar sobre la mano a la vez que se abalanzaba sobre su adversaria.

—¡Hermana Mónica!

El soldado mecánico reaccionó al ver a su compañera en peligro. Giró velozmente las M13, guió la mira láser hacia la espalda de Petros y apretó el gatillo...

—¡Perdón, padre Tres!

Una patada desde abajo le impactó en las manos. Tres Iqus se tambaleó un instante cuando se le abalanzó, a la velocidad de la luz, el agente que hasta entonces había permanecido inmóvil a sus pies. Abel blandía su anticuado revólver de repetición.

—¡Lo entenderéis todo cuando os expliquemos las circunstancias!

Al mismo tiempo que se disculpaba, el sacerdote descargó el revólver desde la altura de la cintura, aprovechando el retroceso de cada disparo para levantar el percutor con gran habilidad. La ráfaga de seis balas alcanzó a Tres en el hombro.

—¡!

La piel artificial de macromoléculas y el líquido de transmisión, que actuó como protector, amortiguaron el impacto de los disparos. Ni una sola de las balas penetró al interior del soldado mecánico. Sin embargo, la vibración producida por el choque de los seis tiros superó las capacidades de los sensores de equilibrio. Después de oscilar de forma violenta, Tres cayó al suelo cuan largo era.

—¡Esther! ¡Shahrazad! ¡Huid ahora! —gritó Abel, recargando su arma.

Mientras la methuselah ayudaba a sostenerse a Esther, que se frotaba la mano dolorida, el sacerdote vociferó:

—¡Deprisa! ¡Nosotros nos ocuparemos de esto!



—¡Gracias, padre! —respondió Esther, pálida—. ¡Pero id con cuidado, por favor! ¡No os arriesguéis demasiado!

—¡Que digo que de prisa!

Una vez que lo hubo recargado, Abel dirigió el revólver hacia el sacerdote caído... O, mejor dicho, hacia donde se suponía que éste debía haber estado.

—Pero... ¿¿dónde se ha...!?

Si al oír el eco de los percutores al levantarse no se hubiera arrojado de forma instintiva al suelo, la descarga habría agujereado a Abel por la espalda. Como si persiguiera a la figura del sacerdote que rodaba por el suelo, un cráter enorme se abrió en el asfalto.

Al ver cómo las dos muchachas desaparecían dentro del vehículo blindado, la mujer con hábito de sacerdote chascó la lengua.

—¡Mierda! ¡Que se nos escapan las niñas...!

Poco a poco, el vehículo de seis ruedas empezó a vibrar, como una ballena que se desperezara, y a echar humo por el tubo de escape. Si se les escapaban se verían en serios problemas... Mientras esquivaba el ataque de las *screamer*, Mónica gritó:

—¡Epa, Iqus! ¡Te dejo a estos dos mamarrachos para ti! ¡Yo perseguiré a las mocosas!

—¿¿A quién has llamado mamarracho!? —aulló Petros, indignado por la insolencia de la mujer al hablar así de un adversario tan poderoso como él, mientras blandía las mazas y apretaba los dientes con rabia—. ¿¿Quién es un mamarracho!? ¿¿Quién!?

—Tú, inútil. Y deja de dar tantas vueltas con eso, que vas a romper algo.

La hermana Mónica se dirigió con voz burlona al inquisidor al mismo tiempo que daba un salto. Por muy potentes que fueran aquellas mazas, no le podían hacer nada si no la tocaban. Siguió esquivando sin dificultad los golpes, hasta que...

—¿Eh?

Había notado algo en la espalda. Sin darse cuenta, la mujer había ido retrocediendo hasta quedar atrapada entre una pared y la sonrisa cruel de Petros.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ya te tengo, estúpida!

El propósito de aquellos golpes exagerados había sido, pues, cortarles las vías de retirada, nada más. Una vez que vio que su rival había caído en la trampa, Il Ruinante se dispuso a dar el golpe de gracia...

Pero quien gritó entonces fue Petros, acompañando con su voz el ruido del asfalto, que se quebraba.

—¡Pe..., pe..., pero ¿qué...?!



El Ruinante se quedó atónito mirando cómo sus mazas estaban clavadas en el suelo. Las armas no presentaban ni una gota de sangre. Sólo brillaban con luz blanca, como si las hubiera pintado con pintura fosforescente. El golpe mortal había atravesado a la mujer como si fuera un espejismo.

—¿¡Qué broma es ésta!?

—Luego no digas que no te he avisado. Mira que te he advertido de que ibas a romper algo...

Con aquellas palabras sarcásticas, la hermana Mónica se empezó a hundir... en la pared. Mirando cómo desaparecía la agente tal que una aparición, Petros preguntó, como si recordara algo:

—Atraviesas la pared... ¿Eres hechicera?

En cuanto volvió en sí, el inquisidor lanzó un nuevo golpe con sus mazas, pero ya era demasiado tarde. El impacto convirtió la pared en un montón de cascotes, pero ya no había ni rastro de la mujer.

—Maldita sea, se me ha escapado... —murmuró, frustrado, mirando cómo las piedras brillaban con luz fluorescente.

Mientras observaba las luces traseras del vehículo blindado que se alejaba en la noche, torció el rostro con preocupación. Incluso para una vampira, enfrentarse a un monstruo tal...

—No puede ser... ¡Nightroad, hay que reunirse inmediatamente con Blanchett...! —rugió, girándose hacia su compañero—. ¡Hay que encontrarlas pronto, o las matarán!

—¡Decidme algo que no sepa!

El sacerdote canoso también tenía el rostro tenso. Escudado tras un vehículo blindado, flexionaba las piernas como dispuesto a saltar mientras recargaba el arma. Sin embargo, si se hubiera movido en aquel momento, habría acabado hecho picadillo sobre el asfalto. Al otro lado, entre dos camiones estacionados, le observaba un dios de la muerte. Las luces rojas de las miras láser montadas en sus pistolas de combate mordían la noche como monstruos hambrientos. Cualquiera habría visto que en aquellas condiciones era imposible salir de su cobertura sin tomar precauciones.

—¡Mierda! Así... —masculló Abel, sacándose las balas del bolsillo. Sabía que si aquello se convertía en un duelo de potencia de fuego tenía todas las de perder—. ¡Hermano Petros, ya me encargaré yo de alguna manera de esto! ¡Cuento con vos para ocuparos de Esther!

—¡Nightroad! ¿¡Qué pretendéis hacer!?

Casi al mismo tiempo que resonaba la pregunta del extrañado inquisidor, Abel salió de un salto de detrás del vehículo blindado, a la vez que lanzaba las balas hacia la farola que había al lado de Tres.

—La resistencia es inútil, padre Nightroad.

La finta no pareció distraer al soldado mecánico. Sin hacer caso alguno del ruido que hizo el cristal al romperse, Tres apuntó con sus M13 a la figura del sacerdote. Casi al mismo tiempo, posó el dedo sobre el gatillo para descargar todo el poder destructivo de las pistolas cuando...

—¡Ahora, Esther! ¡Huye ahora!

—¿!?

¿! Todavía tenía a tiro a su objetivo principal!?

Justo cuando iba a disparar, el soldado mecánico detuvo el movimiento del dedo. Mientras recuperaba los planos del metro de István que tenía guardados en la memoria, Tres dirigió los ojos hacia el lugar donde miraba a Abel... Pero no encontró más que vacía oscuridad.

—¿Es una maniobra de distracción...?

Cuando sus circuitos tácticos llegaron a la conclusión de que había sido víctima de un engaño primitivo, se produjo una pequeña explosión ante sus ojos. No fue un estallido demasiado importante, pero fue suficiente para provocar la confusión en los sensores y procesos de pensamiento del soldado mecánico durante unas décimas de segundo. Cuando recuperó el control, ya tenía encima la figura de Abel, que se le había abalanzado como una bala. El delgado cuerpo tuvo de alguna manera extraña bastante fuerza como para derribar los doscientos kilos de Tres. Los dos sacerdotes rodaron enredados por el suelo varios metros.

—¡Padre Tres, por favor! ¡Dejad que nos marchemos!

Abel había quedado encima de su compañero y le apuntaba entre las cejas mientras le pedía:

—Ahora no hay tiempo de explicarlo todo. Tengo que irme o será demasiado tarde...

—Negativo, padre Nightroad.

Mirándole inexpresivamente desde el suelo, el soldado mecánico se negó a aceptar las peticiones de su compañero. Con la pistola de la mano derecha apuntaba a Petros, quien se acercaba corriendo hacia ellos, mientras la pistola de la izquierda permanecía a escasos centímetros de la frente de Abel. Sin levantar el dedo del gatillo, Tres prosiguió:

—Tenéis dos opciones: dispararme o rendiros.

—¡Pero...!

El cañón del revólver de repetición tembló violentamente, reflejando la agitación de su dueño. Por unos instantes, permaneció fijo entre las cejas de Tres, pero luego se separó de él.

—Mierda... No puedo dispararos.

El sacerdote canoso retiró su arma, se encogió de hombros y se levantó con cara llorosa.

—Disparadme si queréis, no me importa. Sólo os pido que dejéis que ellas escapen... Si no, será inevitable que se inicie la cruzada o incluso el fin del mundo. Si no consiguen llegar al palacio arzobispal, entonces...

—¿El palacio arzobispal?

Tres se levantó, con un eco de emoción en la voz.

Ni <<cruzada>> ni <<el fin del mundo>> le habían provocado ninguna reacción, pero las últimas palabras de Abel había hecho que se le encendieran los ojos.

—¿Blanchett se dirige al palacio arzobispal?

—Así es, el caso tiene relación con el arzobispo D'Annunzio y...

—En el palacio están la duquesa de Milán y Su Santidad el Papa.

Las M13 estaban inmóviles, como pegadas en el aire. Sin embargo, en la mirada de Tres bullía una luz emocionada mientras explicaba:

—Sus aposentos serán trasladados hoy del ala de invitados al palacio arzobispal... por idea de D'Annunzio.

—¿¡Qué!? ¡Entonces, se encontrarán de golpe con...!

Abel no acabó la frase, porque vio cómo Gunslinger levantaba los percutores de sus M13.

—¿¡T..., Tres!?

El muñeco asesino apretó el gatillo sin cambiar de expresión.

El estruendo de la detonación hizo que Abel cerrara los ojos. El torbellino de acero le pasó rozando las orejas y desapareció entre los árboles que tenía detrás. Medio segundo después, cayeron al suelo unos soldados de uniforme gris azulado equipados con fusiles.

—¿¡La Guardia!?

¿¡Todavía quedaban soldados fuera del hotel!?

Ante la mirada atónita de Abel, entre las sombras de los árboles empezaron a aparecer figuras vestidas de gris azulado, como si se hubieran abierto las puertas de un gran edificio. Su número era muy superior al de los que habían penetrado en el hotel. Calculando a ojo había al menos trescientos hombres rodeando el aparcamiento y, además, llevaban ametralladoras pesadas y armas antitanque.

—Vaya, vaya, cómo se reproducen los moscardones... —rió Petros, mientras observaba cómo salían del bosque los soldados.

Antes, dentro de la habitación, no habían podido utilizar libremente sus armas, pero al aire libre el inquisidor perdía cierta ventaja. Incluso para Il Ruinante sería difícil hacer frente a aquella potencia de fuego.

—¿Qué hacemos, agentes? ¿Les explicamos de qué van las cosas?

—Negativo. No tenemos tiempo —respondió con frialdad el pequeño sacerdote. Los ojos de cristal seguían inexpresivos, aunque en ellos se reflejaban los enemigos que los rodeaban. Tras apartar a un lado sin dificultad a Abel mientras se levantaba, Gunslinger recargó sus armas.

Cuando se oyó el ruido seco de los nuevos cargadores fijándose en las pistolas, el muñeco asesino murmuró:

—Primero, me desharé de este obstáculo. Después, iremos al palacio arzobispal tan rápidamente como sea posible para proteger a la duquesa y a Su Santidad... Vosotros vendréis conmigo.

—Así que ha sido un fracaso...

La fuerza del viento hacía que vibraran los cristales de la ventana.

Mientras miraba al exterior a través del humo del tabaco, D'Annunzio se ajustó el auricular del teléfono.

—De todos modos, Dobó, ¿sabemos adónde se dirigen las chiquillas?

—Todo va según lo previsto.

El oficial sonaba como si se hubiera puesto firme al otro lado de la línea. Su voz mostraba cierto nerviosismo, pero no parecía creer que hubiera fracasado en su misión mientras decía:

—Hemos hecho que los objetivos se dirijan hacia el palacio. Calculo que no tardarán en llegar.

—Bien. Nos ocuparemos aquí del resto, pues... —respondió el arzobispo, y le dio una larga calada al cigarro mientras levantaba la mirada hacia la cúpula de la catedral.

Ya eran las veintiuna horas, pero la plaza que se extendía frente a la catedral estaba completamente iluminada. Las preparaciones de la ceremonia que tendría lugar a la mañana siguiente durarían toda la noche. No dejaban de entrar y salir vehículos de todo tipo llevando a eclesiásticos y artesanos. Si, como decía Dobó, las muchachas se dirigían al palacio, no les sería difícil infiltrarse en medio del caos.

Más allá de que quisieran entrar en contacto con la duquesa de Milán o atacarle a él mismo, si se producían disturbios allí se vería claro que el caso tenía que ver con el arzobispo. Entonces, su propia derrota sería segura.

Sin embargo, D'Annunzio no mostraba ningún rastro de temor en el rostro. Ni siquiera sabiendo que, si las muchachas no llegaban a salvo al palacio, se vería en serios problemas.

—Ahora las cosas van básicamente como dice el guión. Dobó, que los soldados se ocupen del hotel. Tú vuelve inmediatamente aquí... También tienes un papel en el acto final de esta obra.

—Comprendido. Pero ¿qué hacemos con Il Ruinante y el resto de estorbos? Si se entrometen será complicado...

—Para eso he enviado los refuerzos.

El arzobispo sonrió, satisfecho, y expulsó el humo hacia la ventana. Ya había calculado que Il Ruinante y los agentes podían intentar

obstaculizar sus planes. Para ello, había dejado un batallón entero al mando de Dobó para solucionar el problema del hotel. Con un brillo de satisfacción por su propia astucia, el arzobispo colgó el teléfono.

Los últimos ocho años, desde su derrota en Roma, habían sido tiempos grises, de vagar por las provincias. Los cardenales Medici y Sforza habían ignorado los talentos que el difunto Papa tanto había valorado y le habían apartado de los puestos importantes. Sin embargo, D'Annunzio no se había rendido. Alfonso d'Este, su antiguo superior, no había sabido soportar el desdén y había provocado su propia destrucción al iniciar un complot. D'Annunzio, por su parte, había recuperado fuerzas en las provincias, había cultivado relaciones sociales y había practicado las técnicas necesarias para manipular a los medios de comunicación. Antiguamente no lo había entendido, pero con el tiempo se había dado cuenta de la importancia de la opinión pública. Tener a los medios en el propio bando era la clave de la victoria.

—Santa Esther y la condesa de Babilonia...

El arzobispo susurró los dos nombres mirando hacia István y los saboreó como si se tratara de un vino fragante. Efectivamente, sacrificarlas era de lejos la mejor opción. La Santa que había matado a la vampira, una noble imperial, el enemigo mortal de la humanidad. No podía esperar mejor material para su tragedia.

Los medios y el público pedían siempre historias más sensacionales. Querían mucha sangre, y de alto rango. El drama que se iba a desarrollar ante sus ojos le traería muchos beneficios al arzobispo, pero para ello necesitaba un chivo expiatorio...

Al mismo tiempo que se ponía de nuevo el cigarro en la boca, D'Annunzio tomó el auricular.

—¿Centralita? Necesito línea interna —ordenó con voz monótona a la telefonista, sorprendida por la hora intempestiva de la llamada.

Desde el principio ya había sospechado que alguien como Dobó sería incapaz de capturar a la vampira. No era más que un cebo para que picara la Santa. Para obtener el mayor éxito, necesitaba que las muchachas hicieran aún otro movimiento...

Imaginando con excitación los enormes cambios que nacerían de los sucesos de aquella noche, el arzobispo ordenó:

—Sé que es tarde, pero ponme con el número cuatro... Sí, sí, la habitación de la cardinal Sforza.

—<<Hemos hecho que los objetivos se dirijan hacia el palacio. Calculo que no tardarán en llegar.

>>—Bien. Nos ocuparemos aquí del resto, pues...>>

Al responder al informe de su subordinado, la voz del arzobispo rebosaba maldad.

Fuera porque el aparato de escucha telefónica no era de la mejor calidad o porque el arzobispo había instalado herramientas antiespionaje en la línea, la grabación del diálogo estaba llena de ruido, pero su contenido era comprensible a pesar de todo. Serviría perfectamente como prueba para el informe cuando todo hubiera acabado. En aquellos momentos la clave estaba en el contenido. Mientras aguzaba el oído, el inquisidor le preguntó al subordinado que había traído la cinta:

—La Guardia sigue sin solicitar nuestra colaboración, ¿verdad, brigada?

—Así es. Incluso han informado de que tienen en su poder al objetivo.

El interior del vehículo blindado estaba lleno hasta el techo de instrumental electrónico. El brigada tenía que ir con cuidado de no golpearse la cabeza al gesticular hacia su superior. Sin ocultar su desprecio por la Guardia, que se suponía que era una aliada, dijo:

—A las veinte horas esa panda de aficionados se han dirigido al hotel Csillag, pero no ha habido ninguna comunicación con nosotros desde entonces. Está claro que no quieren que nos enteremos.

—Bueno, no es la primera vez que se niegan a colaborar con nosotros.

Sin apartar los ojos de la cinta, que seguía rodando, el hermano Mateo encogió los hombros. Al contrario que el brigada, que no hacía ningún esfuerzo por disimular el desdén que sentía por el ejército privado del arzobispo, el inquisidor permanecía con expresión serena. Sin embargo, en el fondo de la mirada le brillaba una luz misteriosa.

—¿Cuáles son las órdenes, señor? ¿Presentamos una reclamación ante el arzobispo y nos sumamos a la caza de la vampira?

—No, no hace falta presentar nada... El arzobispo aún no sabe de nuestros movimientos. Que los pelotones especiales sigan fingiendo que están buscando a la vampira.

Sonriendo levemente, el hermano Mateo detuvo la cinta. Extrayéndola cuidadosamente del reproductor, la metió junto con el resto de documentos en un sobre y se lo entregó a su subordinado.

—Graba dos copias y haz que el original llegue a manos del cardenal Medici. Después di a los equipos de mantenimiento que pongan a punto el Uriel. En diez minutos tienen que estar en marcha todas las unidades.

## II

—¿Estarán bien los padres?



Pese a que aquélla era una de las carreteras principales de la ciudad, no pasaba por ella ni un solo coche.

Nunca había sido tampoco un sitio muy popular para pasear, y además poca gente consideraría salir de paseo en una noche gélida de invierno como ésa. Aquella desolación era probablemente el paisaje normal, pero a Esther le pareció que habían tenido una suerte enorme. De no ser así, no se habría visto capaz de conducir aquel monstruo blindado de seis ruedas sin chocar con nadie. Agarrando con fuerza el volante, murmuró para sí misma:

—¿Habrán podido escapar del padre Iqus y su acompañante? Sea como sea, tengo que volver allí en cuanto solucionemos esto... Es que siempre pasa igual, en el momento decisivo no sabe dar el jaque mate...

—Esther, hay algo que quiero preguntarte...

Quien interrumpió su monólogo fue la muchacha que tenía sentada al lado. Observando la carretera desierta, Shahrazad preguntó con voz extrañada:

—El padre de cabellos canosos... Parece que se preocupa mucho por ti. ¿Qué relación hay entre vosotros?

—¿¡Eh!? ¿¡Có..., có..., cómo que qué tipo de...!? —balbuceó Esther, sorprendida por la súbita pregunta.

¿Qué quería decir con <<qué relación>>? Mientras intentaba encontrar una manera de responder, la monja frotó el cristal frontal con la mano para ganar tiempo. El grueso cristal antibalas estaba bastante empañado, y limpiar por dentro no ayudaba demasiado. Al darse cuenta de ello, Esther puso en marcha los limpiaparabrisas, que tendrían más efecto.

—La verdad es que no es una pregunta fácil de responder... Somos simples colegas de trabajo. ¡Ah!, pero no malinterpretéis lo de antes. Ha sido una situación fuera de lo común. Normalmente nos llevamos como perro y gato...

—¿Ah, sí?

Shahrazad torció la cabeza ante la atolondrada respuesta de Esther, que en general era más taciturna. Con cara de curiosidad, siguió escuchando cómo la monja parloteaba, nerviosa:

—Sí, sí, sí. Además es un glotón, es pobre... ¡Uf!, tiene un montón de defectos. Normalmente finge que no le interesan las mujeres, pero cuando se cruza con una guapa se pone a babear... Hablando claro, no vale la pena.

—Ya veo...

La methuselah escuchaba en silencio las explicaciones de la monja. Cuando por fin ésta se cansó de charlar, Shahrazad le respondió, frotándose el mentón:

—Esther... Estoy muy contenta de haber salido al exterior.

—¿Eh?

¿Qué le parecería tan divertido para sonreír así? Mientras observaba cómo se elevaban a lo lejos las torres de la catedral, Esther preguntó, confusa:

—¿Qué queréis decir? ¿Os parece que he dicho algo gracioso?

—No, no es eso. Es que... —respondió Shahrazad con dulzura, al ver la expresión decepcionada de la monja— estoy muy contenta de haberos conocido a todos. Sólo es eso. Esther, os quiero mucho. No lo olvidéis.

—¿Eh?

Esther se giró de repente hacia la methuselah, pero no fue por no haberla oído bien. En su voz cálida había sentido algo..., algo muy valioso, que le recordó la sensación de soltarse las manos por última vez en una despedida.

—Pero ¿a qué viene esto ahora? Shahra, tenéis unas cosas... —respondió la monja, como queriendo quitarse de encima un presentimiento triste—. Eso mejor que lo digáis cuando hayamos solucionado todo. Todavía nos queda mucho por hacer. Hay que rescatar a vuestros vasallos, desenmascarar al arzobispo... Tenemos mucho trabajo pendiente.

—Eso también es verdad...

Shahrazad sonrió ante la respuesta de Esther. ¿Era porque esta de acuerdo con ella o porque no quería herir sus sentimientos? La monja nunca llegó a saberlo. La methuselah abrió la boca como para continuar pero se detuvo de golpe y giró la cabeza hacia atrás.

—¿Eh? ¿Qué ocurre?

—Alguien nos está persiguiendo... ¡Deprisa!

Al mismo tiempo que Shahrazad la avisaba, la luz de un faro empezó a bailar en el retrovisor.

Era una motocicleta de la Guardia que llegaba atronando por la carretera desierta. Quien la montaba, sin embargo, no era un soldado, sino una figura vestida con un hábito de sacerdote exageradamente escotado.

—¡Es la mujer que estaba con el padre Iqus!

—¡Cuidado...! ¡Se nos echa encima!

El ruido sordo del motor se les acercaba. Con diversas maniobras temerarias, la motocicleta se plantó delante del vehículo blindado, que era tan poderoso pero lento.

—Maldita sea... ¡Vamos a chocar!

Esther agarró con fuerza el volante. Tenían a su perseguidora tan cerca que casi la podían tocar. Por supuesto, el vehículo blindado podría chocar con una motocicleta así sin casi notarlo, pero la conductora de la motocicleta no tendría tanta suerte. Como poco, se haría graves heridas. Haciendo sonar el claxon, la monja intentó mantener el máximo de distancia posible, pero...



—Es imposible, Esther... ¡Demasiado tarde!

El aviso de Shahrazad no llegó a tiempo. Aunque lo hubiera hecho, habría servido de poco. La motocicleta salió de improviso desde el ángulo muerto y chocó con fuerza con su rueda delantera contra el parachoques, equipado para golpear vehículos enemigos en acciones de combate. La motocicleta cayó como un ratón que hubiera chocado contra un elefante. Las ruedas del vehículo blindado le pasaron por encima y en el interior notaron una vibración en el suelo, como si se quebrara algo.

—¡No! ¡Nos la hemos cargado!

Era imposible que hubiera salido con vida de aquello. Pálida, Esther miró, nerviosa, por el retrovisor.

En medio de la carretera se veían los restos irreconocibles de lo que había sido la motocicleta, pero de la extraña mujer no había ni rastro. ¿Sería que se había quedado atrapada bajo el vehículo blindado?

—¡No! ¡No pares!

Cuando apretó el freno, Esther oyó la voz cortante de su compañera. Al girarse, vio que miraba hacia el techo con el rostro tenso.

—La tenemos encima.

—¿Encima? ¿Encima del techo?

Esther levantó la mirada, incrédula. ¿Cómo era posible que hubiera escalado hasta allí en aquel instante? Por muy hábil que fuera parecía una hazaña imposible.

—No... Es imposible que esté ahí...

Esther intentó tranquilizar a su compañera con una voz que quería aparentar serenidad, y volvió rápidamente la mirada al retrovisor. ¿Dónde se había metido la mujer?

—Hola, guapa, ¿me estás buscando a mí?

—¿¡Eh!?

Cuando le apareció delante de repente aquel rostro, Esther se quedó sin respiración. Al otro lado del parabrisas se veía una sonrisa maligna. La mujer vestida de sacerdote estaba pegada al cristal como una araña monstruosa.

—¡Cálmate, Esther!

Si Shahrazad no hubiera alargado el brazo en aquel momento para agarrar el volante, habrían perdido el control y se habrían estampado contra la cuneta. La muchacha morena dio un par de violentos golpes de volante mientras intentaba calmar a Esther.

—¡Tenemos que quitárnosla de encima!

—Epaaa, no deis esos bandazos que vamos a tener un accidente... —dijo, burlona, la mujer desde el otro lado del cristal.

Los ojos le brillaban con crueldad, como los de un animal carnívoro que mirara a su presa. Entonces, un brillo blanco le apareció en las manos.

—Será mejor que entre antes de que pase una desgracia...

—¡Pero ¿qué?!

En los ojos de la noble imperial, que no sabía lo que era el miedo, brillaron la sorpresa y el odio. Como peces saliendo del agua, las manos de la mujer atravesaron el parabrisas. Y no sólo ellas. Los brazos, los hombros, el rostro sonriente, el escote abierto de manera escandalosa... El tronco de la mujer les apareció delante como si no existieran los veinte milímetros de cristal antibalas.

—A..., atraviesa cuerpos sólidos... ¿¡*Schimbator*!?

—¿Esquimbator? ¿Así nos llamáis en el Imperio? Aquí usamos una palabra más fácil: hechicera.

La mujer dibujó una sonrisa estremecedora. Con medio cuerpo dentro del vehículo, parecía una estatua vanguardista hecha por un artista loco. La prueba de que se trataba de algo real eran los brazos que se les acercaban, delgados como patas de araña. Con un movimiento provocativos, los dedos se posaron sobre el cuello de Esther, que se había quedado helada por la sorpresa.

—¿¡Aaah!?

—¡E..., Esther!

Al oír el grito ahogado de su compañera, Shahrazad intentó agarrar a la intrusa, pero sus dedos sólo cortaron en vano el aire. Intentara asirle los brazos o rasgarle la cara, las manos de la methuselah atravesaban la figura de la mujer como si fuera un holograma. La fuerza sobrehumana de Shahrazad era inútil si no conseguía tocar a su adversaria. Mientras tanto, el rostro de Esther empezó a cambiar de color.

—No te esfuerces, vampy... Preocúpate mejor del volante, no sea que nos vaya a pasar algo...

—¡Oh!

Al ver que se dirigían de cabeza a una de las farolas que iluminaban la carretera, Shahrazad maniobró apresuradamente el vehículo. Esther ya no podía ni gemir y casi ni respirar. Era sólo cuestión de tiempo que muriera de asfixiada.

Fue entonces cuando el vehículo vibró violentamente. Una de las ruedas delanteras había golpeado contra el bordillo. Shahrazad había extendido el brazo para protegerse del salto cuando notó cómo el parabrisas temblaba.

—¡Claro!

Al ver cómo la figura de la mujer vibraba, igual que el cristal, a Shahrazad se le encendieron los ojos. había tenido una idea.

—¡Suelta a Esther! —gritó la methuselah, golpeando con fuerza con la mano extendida sobre el cristal.



Encorvándose como un muelle para absorber el impacto, intentó llamar la atención de la intrusa.

—¡Haz lo que digo o te arrepentirás!

—¿Me arrepentiré? Qué cosas más graciosas dices... Si vas a hacer algo, hazlo ya.

La mujer rió, como si las amenazas de la methuselah fueran un chiste. En sus ojos se veía el orgullo cruel de quien se cree infinitamente superior al resto del mundo.

—En cuanto acabe con esta mocosa, tú serás la siguiente... ¿Cómo quieres morir, vampy? ¿Quieres que te ahogue, como a ésta? ¿O prefieres que te arranque el corazón de cuajo?

Shahrazad no oyó la risa de la hechicera hasta el final, porque había golpeado el parabrisas con fuerza a la vez que activaba los brazos de plata. La potencia desmesurada producida por la corriente eléctrica se transmitió al cristal y se extendió por todo el vehículo. El impacto hizo que el motor se incendiara y que enormes grietas se abrieran en el blindaje.

—¿¡!?

Y no fue sólo el vehículo el que recibió el impacto. La hechicera, que se creía invulnerable, empezó a gritar y a temblar violentamente. Al convulsionarse, se le escapó entre los dedos el cuerpo de la monja, que estaba ya al borde de la muerte.

—¡Esther!

Shahrazad abrazó de inmediato el cuerpo caído de la monja. Cuando el vehículo, ya sin ningún control, voló por encima del bordillo, la methuselah dio una patada a la escotilla, sin soltar a su compañera.

—¡E..., espera! ¡Maldita seas!

Dejando atrás los gritos de la hechicera, Shahrazad dio un salto, como una bala. El vehículo blindado empezó a hacer trompos... y explotó para quedar convertidos en una bola de fuego.

—Tendría que haber ido con más cuidado...

Las llamas del incendio proyectaban una sombra diabólica sobre el asfalto.

Tras ponerse cuidadosamente en pie, a una distancia prudencial del vehículo en llamas, Mónica Argento chascó la lengua. Aún sentía por todo el cuerpo el efecto del impacto.

Su técnica de atravesar cuerpos sólidos parecía imbatible para quien no supiera cómo lo conseguía, pero en realidad tenía varios puntos débiles.

La derrota que acababa de sufrir era prueba de ello. Al atravesar objetos su cuerpo se volvía parte de ellos y, por tanto, sufría también los daños de cualquier impacto que recibiera. Había pagado caro por no tomarse en serio a las dos chicas, pero aquello no volvería a repetirse.

El vehículo blindado seguía ardiendo, convertido en una masa informe. La gasolina había prendido fuego. Si las muchachas se hubieran quedado dentro ahora estarían completamente carbonizadas. Pero al seguir la carretera con la mirada, Mónica sonrió. Una de las tapas de alcantarilla que había al lado de la carretera estaba ligeramente abierta.

Ahora entendía por qué la Zorra del Vaticano le había encargado la caza. Eran presas más duras de pelar de lo que había pensado.

Mónica rió, ajustándose el collar.

Intentaran lo que intentaran, no podrían escapar de los colmillos de Black Widow. La lista de vidas que se había cobrado tenía ya tres dígitos y sólo se le había escapado una presa: la zorra que le había puesto aquel collar. El resto de sus objetivos habían caído, todos, con los cuellos partidos o los corazones arrancados. Nacida en la familia del capo de capos de la Cosa Nostra siciliana, desde que tenía uso de razón, matar era un honor. La derrota simplemente no era una opción.

Ignorando el dolor, Mónica se preparó para reanudar la persecución con todas sus fuerzas.

Las chiquillas no podían andar todavía muy lejos. La agente examinó el asfalto en busca de la manera de atajar camino por la superficie.

—Claro... Había leído sobre ello, pero es la primera vez que lo veo con mis propios ojos. Así que ésa es la técnica de penetración de objetos sólidos.

Lo que desconcentró a la agente fue una serena voz masculina.

En la oscuridad de un camino que daba a la carretera había una sombra de gran estatura. Iba vestida con un abrigo Inverness negro y se apoyaba en un bastón, pero por la voz parecía bastante joven. La cara la tenía cubierta por un sombrero de copa calado hasta los ojos, y Mónica no podía verla bien.

—¿Y tú quién eres?

—Soy un amigo de las señoritas que habéis conocido hace un momento —respondió el hombre, cortésmente.

Bajo la sombra del ala del sombrero sus labios esbozaron una sonrisa. Había que reconocerle el valor de actuar así frente a la mujer vestida de sacerdote.

—Ha visto el accidente y me he decidido a ayudar, pero al ver vuestra técnica me he quedado absorto y se me ha escapado la ocasión... Es una lástima.

—¡Hmmm...! ¿O sea que quieres jugar un poco conmigo?

Mónica sonrió de forma seductora mientras extendía los filos *Cinque Dea*.

Si el hombre pretendía interponerse en su camino tendría que matarlo. Bien pensado, tendría que matarlo de todos modos. No podía



permitirse dejar con vida a un testigo ocular así. Ocultando su sonrisa asesina, la mujer preparó una expresión que habría excitado las bajas pasiones de cualquier hombre.

—Bueno, no tenemos mucho tiempo, pero vamos a pasar un buen rato... ¿A qué quieres jugar?

—Lo siento profundamente, pero dar placer a las damas no es mi fuerte...

La respuesta del hombre sorprendió a Mónica. Con una sonrisa forzada, señaló a la espalda de la agente con el bastón.

—Por eso..., he decidido pedirles a esos señores que se ocupen de vos.

—¿¡!?

Al girarse, Mónica se quedó helada.

Alrededor del vehículo blindado en llamas se había formado una procesión de luces verdosas. Junto con el hedor de los monstruos, emanaba de ellos una sensación casi física de instinto asesino.

—Lobos... No, perros salvajes...

Cuando la agente se dio cuenta de lo que estaba viendo, unas sombras empezaron a acercarse desde el fondo de la oscuridad. Bajo las luces verdosas brillaban los afilados colmillos que los rodearon rápidamente.

—¿¡Qué significa esto!?

La manada parecía haberse convertido en un único monstruo gigantesco. Intentando esquivar el ataque disciplinado de los perros, Mónica lanzó un grito. Ante tal cantidad de adversarios le sería imposible escaparse. La agente les rasgaba las pieles apestosas con los *Cinque Dea* y les hundía los colmillos a patadas, pero los perros seguían abalanzándose sobre ella como si conocieran el miedo. Después de quitarse de encima a un enorme perro negro que la había atacado por detrás, Mónica echó a correr. Enfrente tenía al hombre del sombrero de copa.

Había algo que no era natural en aquellos perros. Sin lanzar ni un solo gruñido, atacaban de manera mecánica, sin ningún temor. No eran animales normales. Intuía que aquello tenía que ver, de algún modo, con el hombre. Si lo tomaba como rehén, quizá podría controlarlos...

Sin embargo, Black Widow se paró en seco a media carrera.

Se había dado cuenta de que el hombre no estaba solo. Había algo a su espalda, algo que arrojaba un hedor de peligro extremo...

Al ver el brillo verdoso que había al lado del hombre, Mónica confirmó lo acertado de su intuición.

Un monstruo de grandes dimensiones y pelo gris avanzó lentamente hasta ponerse entre el hombre y la hechicera.

Era gigantesco. Su figura, recorrida por poderosos músculos, mediría más de dos metros. Pero ¿qué era? Se mirara por donde se mirara, no podía ser un perro. Por la forma parecía más bien un lobo... Pero no existían lobos de aquel tamaño. Era algo distinto. Algo más peligroso. Algo más maligno.

El monstruo rugió.

Fue un rugido tenebroso, como si anunciara su intención de devorar a todo ser viviente. Su eco hizo vibrar la carretera desierta. Cuando el sonido llegó a oídos de los ciudadanos que dormían plácidamente a lo lejos, el monstruo ya se había lanzado a la carga sin levantar ruido. Los colmillos afilados se abalanzaron sobre el cuello de la hechicera.

—*Va a l'inferno, bestia.*

Tras dar un salto para esquivar el ataque, la hechicera blandió los *Cinque Dea* mientras gritaba en su lengua materna. Los filos penetraron con precisión en el cuello del monstruo. Un chorro de sangre salió despedido violentamente de las venas abiertas..., pero quien gimió de dolor fue Mónica.

—¡Imposible! ¡No!

Mónica se quedó estupefacta, mirándose el brazo, al notar el dolor penetrante que lo recorría. El monstruo le había clavado sus afilados colmillos. Sin ni siquiera gemir de dolor, la agente intentó quitarse el animal de encima a base de sacudir violentamente el brazo, pero el atacante la desequilibró y la lanzó contra el suelo...

—¡!

Mónica salió volando y se golpeó contra el asfalto. Una persona normal habría sufrido roturas en todos los huesos y habría sentido cómo el cráneo se le quebraba y llenaba la carretera de líquido encefálico. Pero en el momento del impacto su cuerpo pareció deshacerse y penetró en el asfalto. Aparte del débil brillo de una mancha de sangre, no quedó señal alguna de que allí hubiera habido un ser humano.

—Magnífico... No esperaba menos de una agente. Ha sido una huida magistral.

Mirando el lugar donde Mónica había desaparecido, el caballero del sombrero de copa aplaudió con sincera admiración. La jauría olisqueaba los restos de sangre entre aullidos, pero sin mostrar ningún signo de miedo.

—Por mucho que lo intentemos no la atraparemos nunca... Pero al menos no podrá perseguir a las señoritas con esa herida en el brazo. Buen trabajo.

El caballero posó la mano sobre los ojos ensangrentados del monstruo gris, y le habló como si fuera un ser humano. Una forma metálica le sobresalía del cuello. Eran los restos retorcidos de los *Cinque Dea*, que la agente había conseguido clavarle mientras le atacaba. Después había sabido

encontrar el momento en el que los colmillos se habían separado de ella para atravesar el suelo.

Desde lejos se iba acercando un ruido de silbatos y botas militares. Probablemente, las fuerzas de orden público habrían oído el alboroto. Mientras se arreglaba el sombrero de copa, Isaac Butler no parecía tener ninguna prisa. De pie tranquilamente ante las llamas, le susurró al monstruo que le acompañaba:

—Venga, es hora de irse. Ya hemos visto lo que teníamos que ver. Ahora hay que retirarse.

### III

—Os estaba esperando, Santidad. Y a vos también, eminencia...

Bajo la luz anaranjada, el arzobispo D'Annunzio hizo una respetuosa reverencia hacia el adolescente y la mujer que bajaban por las escaleras flanqueados por la guardia de *alabardieri*. Tras indicar con un gesto a los soldados de la Guardia del pasillo que se separaran, dibujó una sonrisa amable.

—Siento terriblemente haber tenido que molestaros mientras descansabais, Santidad...

—No os preocupéis —le interrumpió la hermosa dama, con voz seca.

Presentaba evidentes ojeras de cansancio, pero sus ojos no habían perdido el brillo cortante de una cuchilla. Aunque ayudaba a caminar a su hermano, quien bostezaba, amodorrado, su porte parecía el de una reina.

—Vamos a lo importante. ¿Es cierto lo que hemos oído antes, que habéis capturado a humanos del Imperio, quiero decir?

—Efectivamente. Y tenemos pruebas de ello.

La energía del rostro del arzobispo no tenía nada que envidiar a la de la cardenal. Bajando la voz para que sus palabras no llegaran a oídos de los *alabardieri*, explicó:

—Son vasallos de la condesa de Babilonia. Ya han confesado que se han infiltrado en la ciudad para apoyar a la vampira. También que su objetivo era asesinar a Su Santidad.

—A mi hermano... —repitió Caterina con un suspiro, levantando la mirada hacia el techo.

Cuando la catedral de István era el museo privado de arte de Gyula, el palacio arzobispal servía de depósito. Los subterráneos disponían de su propio sistema de ventilación y estaban equipados con enormes ascensores para transportar las obras de arte. Después de la liberación, el arzobispo los utilizaba para guardar sus riquezas, joyas, acciones y otros objetos de valor. El techo, apoyado sobre arcos, estaba a más de ocho metros de altura y la

amplitud de la superficie del espacio hacía que casi pudiera hablarse de un palacio subterráneo. El Vaticano había confiscado las obras de arte y las había distribuido por los museos y las iglesias de la ciudad. En el enorme espacio podían verse, aquí y allí, restos de embalaje y contenedores de gran tamaño.

En las paredes de aquel extenso palacio se alineaban puertas metálicas que llevaban a los depósitos, pero, si se miraba bien, recordaban a puertas de calabozo.

—¿Han dicho algo los vasallos acerca de Esther Blanchett?

Sin dejar de prestar atención a su hermano, que no parecía poder tenerse en pie por sus propios medios, Caterina hizo finalmente la pregunta más importante.

—¿Saben algo acerca de la relación de Blanchett y la vampira?

—Eso quería que lo comprobarais vos misma, eminencia... —respondió el arzobispo, al tiempo que se detenía frente a una de las puertas.

Metió la llave en la cerradura, y como si se tratara de un horrible secreto, dijo:

—Están aquí dentro... Los hemos encadenado, pero id con cuidado...

—...

La puerta se abrió, con un chirrido y reveló un espacio completamente oscuro.

Un aire mohoso salió de las sombras. ¿Quizá no funcionaba bien la ventilación? En el fondo de la habitación desnuda podían verse diversas figuras encadenadas a la pared, pero no había manera de distinguir sus expresiones.

—Alessandro, espérame aquí.

Caterina detuvo a su hermano, quien miraba, temeroso, hacia el interior de la celda. No fue sólo por querer ahorrarle el mal trago, sino porque iba a hacerles a los prisioneros unas preguntas que no quería que Alessandro ni D'Annunzio oyeran.

—Quedaos junto a mi hermano, por favor, excelencia. Hablaré yo sola con ellos.

—Pero, eminencia, es peligroso...

—No os preocupéis. Os encomiendo a Su Santidad.

Con un tono que no admitía réplica, la hermosa dama se giró y entró directamente en la habitación. Cubriéndose la boca con un pañuelo, avanzó con paso decidido.

—*Szeretnék kérdezni valamit...* —preguntó Caterina en fluido húngaro.

¿Dónde estaría el interruptor de la luz? Como sus interlocutores seguían en silencio, repitió en la lengua de Roma:

—Quiero preguntaros algo. Si me respondéis con calma, os sacaremos de aquí...

Sin embargo, siguió sin obtener respuesta.

Y no sólo eso. Acababa de entrar en la celda una mujer que no conocían. Tendrían que haber mostrado sorpresa u hostilidad..., algún tipo de reacción. Pero las figuras permanecían en silencio, como marionetas colgadas de la pared.

—¿¡Es posible que...!?

Justo al apretar el interruptor, a Caterina se le ocurrió algo. Una luz anaranjada llenó la celda y la deslumbró. Cuando sus ojos se acostumbraron, por fin, a la luz, se dio cuenta de que su intuición era correcta.

—¿Están muertos!?

En la pared había cinco cadáveres encadenados. Todos habían sufrido torturas que hacían imposible distinguirles ya no sólo el rostro, sino incluso el género; pero no había duda de que eran cadáveres humanos. Las masas de sangre solidificada indicaban que las torturas y la muerte se habían producido no hacía demasiado, quizá una semana antes a lo sumo.

—¿¡Qué significa esto!?

La Dama de Hierro se inclinó ligeramente. Mientras se mordía los labios sin color, el rostro le palideció como el de los cadáveres que examinaba. Controló las náuseas a duras penas, después Caterina se dio la vuelta. tenía que preguntarle de inmediato a D'Annunzio qué se suponía que...

Justo entonces, un chirrido ominoso le golpeó los tímpanos. Al otro lado de la puerta resonó un sonido profundo, como la palpitación de un demonio.

—¿¡Ese ruido...!?

Caterina se dio cuenta, finalmente, de lo que era, al mismo tiempo que se oía un grito agudo.

—¡Hermana!

—¿¡Alessandro!?

Caterina echó a correr de forma instintiva al oír el grito de su hermano y salió casi a trompicones de la celda de la muerte.

—¿¡Alessandro, qué ha...!? ¡Eh! ¿¡Qué es esto...!?

A la cardenal le tembló la voz al ver el panorama que la esperaba.

El depósito se había vuelto un mar de sangre. El Papa adolescente estaba tendido sin sentido sobre la gruesa alfombra y tenía el hábito empapado en sangre. Los guardias que deberían haberle protegido se habían desplomado en un lodazal sangriento. Los *alabardieri* estaban equipados para luchar contra los vampiros, pero sus cuerpos estaban tan

acuchillados que eran irreconocibles. Pero la estupefacción de Caterina no se debía a la tragedia.

Sobre el Papa y los guardias caídos se cernía una enorme sombra negra.

—Un, ex..., exoesqueleto. ¿Qué hacen aquí soldados mecanizados?

Una figura metálica horrible dominaba la sala.

El exoesqueleto era una tecnología perdida, recuperada después del Armagedón, que consistía en un traje de combate metálico individual. El soldado estaba plantado sobre los restos de un contenedor y tenía en la mano una sierra mecánica de la que goteaba un chorro horrible de sangre.

—¿Qué significa esto, D'Annunzio?

Caterina se abalanzó sobre su hermano, sin preocuparse por la sangre que le rodeaba. Después de comprobar que el Papa estaba inconsciente pero no herido, lanzó una mirada cortante hacia el arzobispo, que la miraba, rodeado de soldados de la Guardia, desde detrás del exoesqueleto.

—Y los cadáveres de los vasallos... ¡Espero que tengáis una explicación convincente!

—Por supuesto, eminencia... Quiero decir, zorra hija de una vulgar concubina...

Los labios del arzobispo se torcieron con maldad. Sus palabras tenían el poso de la emoción contenida durante mucho tiempo.

—Hoy acaba el reinado de Alessandro XVIII, el Papa número trescientos noventa y nueve del Vaticano... Ésa es la explicación.

Un golpe repentino puntuó la risa. D'Annunzio había golpeado el suelo con su vara arzobispal mientras miraba a la cardenal como si ya fuera dueño y señor del mundo.

—Has enloquecido, D'Annunzio... —murmuró Caterina, abrazada a su hermano.

Consciente de que el arzobispo era un adversario político, había intentado ir con más cuidado al tratar con él. Sin embargo, no había pensado que fuera capaz de un ataque frontal de aquel tipo. Además, a causa del problema de Esther y la vampira, había enviado a todos los agentes de misión y se encontraba sola... Mientras maldecía interiormente su falta de previsión, la cardenal intentó recomponer la expresión.

—Arzobispo, pero ¿sois consciente de lo que estáis haciendo? Esto va claramente en contra de Dios y del Vaticano. ¡Esto es traición!

—¿En contra de Dios? ¿Traición? ¿Y qué es lo que hacéis vosotros cuando utilizáis a vuestro hermano como un títere? ¡Quienes habéis traicionado a Dios y al pueblo sois vosotros!

La voz del hombre no mostraba ni un ápice de locura. Lo que rebotaba de ella era el odio reprimido durante ocho largos años. Tras



golpear violentamente el suelo con su vara. D'Annunzio elevó la voz como si estuviera acusando a un criminal.

—Llevó ocho años esperando, desde que vencisteis a Alfonso. He reunido fuerzas y he esperado, he esperado el día en que pudiera abatiros... Ese día ya está aquí.

—Para haberlo planeado durante ocho años, habéis escogido un plan muy temerario... ¡Precisamente vos, arzobispo! —escupió Caterina, sin esforzarse por ocultar el odio que le inspiraba aquel hombre, tan mayor que podía ser su padre—. Para asesinarlos teníais que reunirnos a mi hermano y a mí, ¿no? Pero ¿de verdad creéis que si nos matáis aquí, mi hermano, el cardenal Medici, no lo sabrá? ¿Le tomáis por idiota?

—Gracias por preocuparos así de mis planes, pero ya he pensado en ello. Por algo soy dramaturgo... Escribir guiones no se me da mal... —replicó D'Annunzio con una sonrisa enigmática.

Pensado de forma objetiva, Caterina tenía toda la razón. Matarlos en aquel momento habría sido extremadamente fácil. Sin embargo, escapar luego a las garras de la Inquisición habría sido imposible, se mirara por donde se mirara. Francesco podría ordenar la ejecución de D'Annunzio y, gracias a ello, dominar el consejo cardenalicio. Ello le permitiría salir con ventaja para ser escogido nuevo Papa. Estaba claro que D'Annunzio no iba a sacrificarse para permitirle alcanzar la gloria al cardenal Medici.

De todos modos, el arzobispo no perdió la sonrisa confiada. Mirando hacia los hermanos, o mejor dicho, detrás de ellos, parecía tener incluso más seguridad que antes.

—Francesco nunca sospechará de mí... porque el asesino será otro...

—¿Qué quiere decir eso?

En circunstancias normales, las palabras incoherentes del arzobispo no habrían merecido más que una sonrisa condescendiente, pero Caterina parecía preocupada. Su adversario no era ningún loco. Todo estaba perfectamente planeado al milímetro...

—¡Responded, arzobispo! ¿¡Qué quiere decir que el asesino será otro!?

—Quiere decir que en la ciudad apareció una vampira y que la Santa la salvó, traicionándonos a todos. Pero ¿cuál era el verdadero objetivo del monstruo?

El arzobispo declamaba como un actor sobre el escenario, pero el ruido sordo que empezó a oírse bajo sus pies hacía difícil entender bien sus palabras. En el suelo empezaron a aparecer unas grietas. Las fisuras se hicieron cada vez más profundas, hasta que una sección completa se hundió con un estruendo estremecedor. Pero no fue eso todo lo que ocurrió. Como si fuera un huevo lo que se había partido, dos figuras salieron volando hacia la habitación entre los cascotes.

—Y aquí llega el antagonista... Ya tenemos a todos los actores reunidos.

D'Annunzio extendió los brazos, blandiendo la vara con satisfacción.

Como un profeta bíblico, declamó con dramatismo los nombres de las dos muchachas llenas de hollín y sangre.

—¡Bienvenida, condesa de Babilonia! ¡Bienvenida, hermana Esther, la Santa traidora!

## IV

—¡Imposible...! ¡Pero ¿qué significa esto!? —dijo Esther, mirando atónita a su alrededor.

¿Era un pelotón de soldados armados y un exoesqueleto lo que veía? ¿Qué hacían tantas tropas allí reunidas? Era como si supieran de su llegada y hubieran estado esperándolas. Aunque Dobó hubiera logrado avisar desde el hotel, era imposible que pudieran haber reunido a tantos efectivos en tan poco tiempo.

Pero lo que hizo que Esther perdiera el color de la cara no fue aquello. Se quedó sin habla al ver a las dos figuras que había en una esquina: el adolescente de hábito blanco y la hermosa mujer de hábito escarlata que le abrazaba.

—Eminencia... ¿¡Su Santidad!?

Una voz masculina jactanciosa llegó entonces a sus oídos.

—Os esperábamos, Santa. Llegáis bastante tarde... ¿Han sido difíciles de entender las indicaciones del teniente Dobó?

—¿¡Arzobispo D'Annunzio!?

Esther se quedó petrificada al ver al atractivo hombre de mediana edad que la miraba desde el centro de los soldados. Al ver su rostro maléfico y los *alabardieri* caídos a su alrededor, todas las dudas quedaron disipadas.

<<Las indicaciones de Dobó...>> ¿Había sido todo una trampa?

El ataque al hotel había sido sólo una manera de echarles el cebo. Al darse cuenta de lo que ocurría, Esther gritó:

—¡Shahra, salvad a Su Santidad, por favor!

Sacó rápidamente la escopeta e intentó atraer hacia sí la atención de los soldados. Al aparecer en medio de la emboscada que les habían tendido, habían perdido todas las opciones de escapar. Pero haría todo lo posible para que se salvaran los hermanos. Aunque la abatieran a tiros, esperaba que la methuselah pudiera sacarlos de allí.

—¡No os preocupéis por mí! ¡Deprisa, vosotros huid!

Esther no había olvidado el encuentro con los dos agentes. Iba a intentar salvar a su superiora, quien había querido deshacerse de ella. Pero pese a todo no dudó. Tras lanzar un grito con una voz sorprendentemente potente para lo pequeña que era, se giró hacia sus adversarios.

Sin embargo, al ver que la methuselah no le respondía, giró la cabeza un momento, extrañada. Su compañera se había quedado helada, completamente pálida.

—¿Shahra?

El hermoso rostro moreno parecía el de un cadáver. Su mirada, siempre llena de alegría y dulzura, estaba empañada, clavada en un punto: la puerta abierta del calabozo. Más exactamente, en las figuras que estaban dentro.

—¿¡Pero...!?! ¡No puede ser!

Al seguir la mirada de Shahrazad descubrió cinco masas sangrientas encadenadas a la pared. Un presentimiento sombrío le cruzó la mente. Lo que miraban los ojos desesperados de la methuselah eran... los cadáveres de aquellos a quienes amaba.

—D'Annunzio, has sido capaz de...

La ira la dejó sin palabras. Esther buscó en vano la manera de expresar el odio que le despertaba el arzobispo y, esforzándose para articular su cólera, le gritó:

—¡Desde el principio has engañado a Shahra..., a la condesa de Babilonia! ¡Mataste a sus vasallos y le mentiste...!

—¿Es que esperabas otra cosa?

El arzobispo le respondió calmado, sin rastro de turbación. Como quien explica algo obvio, señaló hacia Shahrazad con un golpe de mentón mientras decía:

—Aunque tengan forma humana, quienes se someten a ser animales domésticos de los vampiros son una vergüenza... Esos sucios animales no merecen vivir.

—¿Sucios animales?

No fue Esther quien repitió las palabras del arzobispo.

La methuselah, que hasta entonces había estado petrificada como una estatua, empezó a hablar lentamente. Como si hubiera perdido toda emoción, fijó la mirada en D'Annunzio mientras le decía:

—Ellos eran mi familia. Eran lo que más quería en este mundo... ¿Les has llamado <<sucios animales>>?

—Si no te gusta que les llame <<animales>> les puedo llamar <<esclavos>>...

El arzobispo encogió los hombros con evidente desinterés. Sus ojos eran los de un científico que observara a una serpiente venenosa encerrada

en una jaula. Sin hacer ningún esfuerzo por ocultar el desprecio que sentía por su interlocutora, le espetó con aire de superioridad:

—Sea como sea, son traidores a la humanidad que merecen pudrirse en el infierno... Eliminarlos lo antes posible es un deber natural ante Dios.

La methuselah no respondió a las palabras desafiantes de D'Annunzio.

En cambio, se giró para buscar a Esther con la mirada.

—Esther, yo nunca os he odiado.

Esther no había visto jamás aquella expresión en el rostro de su compañera. Era una sonrisa de una serenidad y tristeza hasta entonces desconocidas.

—Sois distintos de nosotros en muchas cosas, pero también reís, lloráis y os enamoráis... Por eso no os he odiado nunca, pero...

Sin cambiar su sonrisa transparente, la muchacha levantó los brazos y, como si se despidiera del mundo, declaró:

—Pero, Esther..., hoy por primera vez voy a matar a un terrano por odio...

—¡No, Shahra!

El grito de Esther llegó un segundo demasiado tarde.

La mano de la monja se extendió en vano en el aire. Antes de que su compañera pudiera detenerla, la methuselah había dado un gran salto en el aire hacia el grupo de soldados que rodeaban al arzobispo.

—¡Fuego!

Al resonar la voz aguda del oficial, todos los soldados levantaron sus armas y dispararon hacia la terrorífica figura que se les caía encima. Por un momento, pareció que la descarga atravesaba a la hermosa joven...

—¡Aaah!

Lanzando un grito, Shahrazad levantó los brazos cruzados. Las ondas de choque producidas por los brazos de plata actuaron de escudo y desviaron las balas. En un instante, la defensa se tornó ataque. Usando el escudo invisible como arma, la methuselah cayó sobre los soldados. Los que intentaron huir recibieron el impacto de la onda como si fuera un espolón y se convirtieron en una tormenta de sangre. El resto de hombres vieron cómo el ataque les arrancaba las extremidades y la cabeza, y los lanzaba contra las paredes convertidos en una masa informe.

—Monstruo...

D'Annunzio no mostró la menor señal de miedo ante el pavoroso espectáculo; se limitó a observar con altanería cómo la muchacha ejecutaba su danza de la muerte.

Incluso cuando los ojos inyectados en sangre se fijaron en él, el arzobispo permaneció impasible. Convertida en una furia asesina,

Shahrazad se abalanzó sobre él al tiempo que preparaba el golpe con los brazos de plata...

—¡!

El grito que se alzó no fue el de la agonía del arzobispo.

Un rayo brillante impactó en la methuselah, que cayó rodando por el suelo con un grito de dolor.

—¡Sha..., Shahra! —chilló Esther, al ver cómo su amiga se desplomaba.

En el último instante, el exoesqueleto que tenía detrás el arzobispo había lanzado un relámpago escarlata que había abatido a la methuselah. Y no era un rayo cualquiera. Algo estaba cambiando en el cuerpo de la aristócrata.

—¿Qué te parecen los rayos ultravioleta, vampira?

D'Annunzio rió casi con placidez. Al mirar cómo la methuselah se retorció en el suelo como una mariposa con las alas arrancadas, su rostro tenía una luz casi de afecto paternal. Sin embargo, sus palabras contenían el más cruel veneno de la muerte.

—Tengo que daros las gracias de todo corazón a ti y a la Santa. No negaré que me habéis traído algunos problemas, pero al final me habéis ofrecido un espectáculo mucho mayor del que yo mismo me esperaba... Gracias a vosotras podré deshacerme no sólo de la Santa, sino también del Papa y de esa zorra.

Nadie respondió al discurso del arzobispo. En el cuerpo de Shahrazad el bacilo había empezado a actuar, en respuesta al impacto de los rayos ultravioleta. Su piel morena se había llenado de horribles queloides que se extendían con rapidez. D'Annunzio posó el pie sobre la nuca de la aristócrata, que no podía ni gritar de dolor, y sonrió de placer mientras la pisaba.

—¡Ba..., basta, arzobispo!

Esther no pudo resistirse al ver la humillación a la que estaba siendo sometida su compañera. Olvidándose del peligro, se abalanzó sobre la methuselah para protegerla, pero uno de los soldados le puso la zancadilla y la hizo caer allí mismo al suelo.

—Excelencia, dejad que nos ocupemos del resto.

El exoesqueleto avanzó, cubriendo la figura del arzobispo, que ya parecía entregado completamente al éxtasis de la victoria, puso en marcha de nuevo la sierra eléctrica y se preparó para dar el golpe de gracia a la aristócrata, que temblaba levemente sobre el suelo.

—No la mates demasiado deprisa. Este monstruo será oficialmente el responsable de haber asesinado a Su Santidad y a su eminencia —le advirtió el arzobispo, lanzando una mirada cuidadosa a los hermanos custodiados por los soldados.

Si el Papa y la duquesa de Milán eran asesinados por un ataque vampiro, habría elecciones a nuevo sumo Pontífice. No tendría pocos rivales, como los cardenales Medici y Borgia, pero el haber sido el héroe que abatió a la asesina del Papa le daría muchos puntos. Aunque se le escapara el trono papal, la nueva cruzada haría que, como líder de la vanguardia, su poder creciera enormemente. De cualquier modo, tenía mucho que ganar y nada que perder.

—Si la matas al instante luego habrá muchas preguntas. Que parezca que tuvo que luchar mucho antes de poder ponerle la mano encima al Papa.

—Entendido. Iremos con cuidado —respondió respetuosamente el exoesqueleto, al mismo tiempo que levantaba la sierra eléctrica.

Como si aquello fuera una señal previamente establecida, los soldados formaron un gran círculo alrededor, con los rifles preparados.

—¡Shahra!

El desesperado rostro de Esther se tiñó de rojo. Entre las manchas escarlata que le cubrían mirada, pudo ver cómo las balas de plata atravesaban el vientre de la methuselah. Cuando aún no se había apagado el eco de su grito de dolor, una segunda ráfaga le alcanzó en los hombros.

—Muy bien. Ahora las extremidades. No la matéis aún.

Los disparos siguieron las instrucciones del arzobispo, que observaba el proceso como quien lleva a cabo un experimento químico.

Los soldados ametrallaron a la methuselah con más de diez descargas: brazos, piernas, cintura, espalda... La aristócrata permanecía caída en una tormenta de sangre fresca; la carne horriblemente lacerada aparecía entre los queloides.

—¡¡¡!!!

Shahrazad no podía ni siquiera gritar. Cada descarga hacía que su cuerpo saltara como en una horrible danza macabra. Sin embargo, incluso aquella reacción se iba haciendo más débil cada vez...

—¡Basta...! ¡Basta, por favor!

Era Esther quien gritaba, en vez de la methuselah inerte. Chapoteando entre la sangre, hizo un nuevo intento de acercarse a su amiga moribunda, pero un filo de acero le cortó el paso.

Sobre la sierra eléctrica que se había clavado en el suelo se reflejaba, como un espejo, la expresión de cólera y horror de la monja. Con la mirada clavada en Esther, que retrocedía, atemorizada, el exoesqueleto le hizo una reverencia cortés. Quizá quería transmitirle el honor que sentía de ser el instrumento del martirio de la Santa. La sierra eléctrica se levantó casi con dignidad, como si supiera que iba a ejecutar a una víctima de gran nobleza.

—¡!

Esther se quedó petrificada al sentir cómo la sierra eléctrica cortaba el aire. Con un chirrido agudo, la muerte, convertida en acero cortante, cayó sobre la Santa...

—¡Esther!

Lo que detuvo el final inevitable de la Santa fue una voz masculina, acompañada de una ráfaga de seis disparos.

Los disparos resonaron casi al mismo tiempo y alcanzaron al exoesqueleto a la altura de las rodillas. El impacto sobre las articulaciones, que no estaban blindadas, hizo que el soldado mecanizado cayera con gran estruendo. Antes casi de que la sierra eléctrica golpeará el suelo, una figura se interpuso como un torbellino entre el exoesqueleto y la monja.

—¿¡Estás bien, Esther!?

—¡Padre!

El anticuado revólver de repetición que empuñaba el sacerdote canoso aún estaba humeando. Esther luchó contra el impulso irresistible de desmayarse y le avisó:

—Cuidado padre... ¡El arzobispo quiere matarnos a todos! A nosotras..., ¡y también a la duquesa y a Su Santidad!

—Ya lo sé.

Abel asintió con dulzura en dirección a la monja, quien parecía estar a punto de romper a llorar. Sin embargo, en seguida endureció de nuevo la mirada para encararse a D'Annunzio, que se había quedado helado ante la inesperada intrusión. Con una voz cortante, rara en él, le gritó:

—Arzobispo D'Annunzio, ¡éste es vuestro final! No sólo habéis intentado asesinar a la hermana Esther, sino que habéis conspirado contra Su Santidad y su eminencia... ¡Preparaos para lo que os espera!

—¡Padre Nighthead! ¿¡Cómo demonios habéis...!?

La voz de D'Annunzio era gélida y en su mirada se veía la sorpresa de quien ve caminar a alguien que creía muerto.

—¿¡Qué ha pasado con las tropas que envié al hotel!? ¿¡Cómo habéis superado a...!?

—El resultado de un combate no lo deciden sólo los números.

La voz que resonó entonces era afilada como si se hubiera convertido físicamente en un cuchillo.

Entre los uniformes gris azulado de las escaleras se levantó un coro de gritos de dolor. Una figura diabólica blandía sus mazas de combate, convertidas en un torbellino, y abatía sin esfuerzo a los soldados.

—¡Se presenta el hermano Petros! ¡Ha llegado vuestro castigo, sacrílegos! ¡Mientras esté vivo no permitiré que le pongáis un dedo encima a Su Santidad!

—¡El Ruinante!



Un alarido de terror recorrió las filas de los soldados, al reconocer al guerrero más poderoso del Vaticano. Muchos tiraron instintivamente sus armas por el miedo, mientras el arzobispo los insultaba, encolerizado:

—¡Cobardes, no huyáis! Son sólo dos... ¡Ah, ya lo tengo! ¡Utilizad al Papa como escudo! ¡Si tenemos al Papa de rehén no nos podrán hacer nada!

Al oír la voz de su líder, algunos soldados empujaron con sus rifles al Papa adolescente, pero en un instante cayeron todos abatidos por una ráfaga salida de la pared. A través del agujero de la pared, que parecía haber sufrido un mordisco monstruoso, apareció la figura de un pequeño sacerdote. Recargando las pistolas aún humeantes, se dirigió con voz monótona a la cardenal.

—Despejado... Duquesa de Milán, solicito informe de daños.

—¡Gunslinger! —suspiró Caterina.

El tercer intruso se enfrentó a los soldados y cubrió al Papa y a su hermana. Las ráfagas que disparaban sus pistolas de doble cañón se convirtieron en un muro de acero que los protegía.

Sólo eran dos agentes y un inquisidor, pero el centenar de soldados que quedaba en pie retrocedió, atemorizado.

—¡Idiotas! ¿¿De qué tenéis miedo!?

D'Annunzio gritaba de ira con voz miserable. La victoria total que antes creía ya degustar había desaparecido de golpe ante sus ojos. Encolerizado, chillaba a los soldados, pálidos de terror:

—¡No son más que tres! ¡Acabad con ellos!

—¡Que os digo que los números no lo son todo! ¡Mira que eres testarudo!

Bramando encolerizado, Il Ruinante se convirtió en un torbellino mortal y se abalanzó hacia la masa de soldados que rodeaba al arzobispo.

—Lo que decide el combate es la Justicia y la Fe... ¡Y el ánimo! A ti te falta todo eso. ¡Nunca vencerás, D'Annunziooooo!

—¡Ah!

Al ver que sus soldados caían abatidos, como cañas partidas por el viento, D'Annunzio retrocedió, atemorizado. Cuando miró a su alrededor en busca de apoyo, vio cómo Tres ametrallaba a quienes habían intentado atacar a Caterina. No había nadie que le pudiera salvar. Gritando de terror, buscó desesperadamente una manera de huir.

Mientras observaba el desarrollo del combate, Esther se dirigió con voz llorosa al sacerdote.

—Padre, Shahra..., ¡salvadla por favor! —gritó abrazada a su amiga, empapada en sangre—. ¿Se..., se salvará? Se salvará, ¿verdad? Ella es una methuselah. Estas heridas...

—No lo sé. Hasta que no intentemos tratarla...

Al ver las heridas de la aristócrata, la voz de Abel se oscureció. Los queloides habían dejado de extenderse, pero la sangre seguía fluyendo a borbotones. Si el cuerpo extremadamente resistente de la methuselah no había cerrado las heridas ya sólo podía ser por una cosa...

—Es complicado... Ha recibido mucha plata en el cuerpo... —susurró el sacerdote con voz grave.

La plata era profundamente dañina para el bacilo *kudlak* que vivía en la sangre de los methuselah. Las partículas de plata hacían que el bacilo alojado en sus células entrara en un estado letárgico en cuestión de minutos y que dejara de funcionar completamente en menos de diez horas. Por la cantidad de plata que había impactado en ese cuerpo, no había duda de que el bacilo se habría visto afectado por todo el cuerpo. Era por ello que no podía regenerar las heridas y que, pese a la enorme cantidad de sangre que había perdido, no había sufrido ningún ataque de sed. ¿Podría la methuselah sobrevivir a algo así?

—Esther...

La monja y el sacerdote oyeron entonces un hilillo de voz. Mientras abría ligeramente los ensangrentados párpados, Shahrazad alargó el brazo, con una leve sonrisa, hacia el rostro lloroso de Esther.

—Creo que esto es el final...

—¡No...! ¡No digáis tonterías!

Limpiándose las lágrimas de las mejillas, Esther estrechó la mano de su amiga. Estremeciéndose por dentro ante el tacto frío, se esforzó por sonreír.

—¡Os salvaremos! ¡No os rindáis!

—Gracias, Esther...

Fuera porque creía realmente las palabras de la monja o porque no quería forzarla a seguir mintiendo, Shahrazad sonrió débilmente. Sus labios iban palideciendo al mismo tiempo que el cuerpo se le enfriaba.

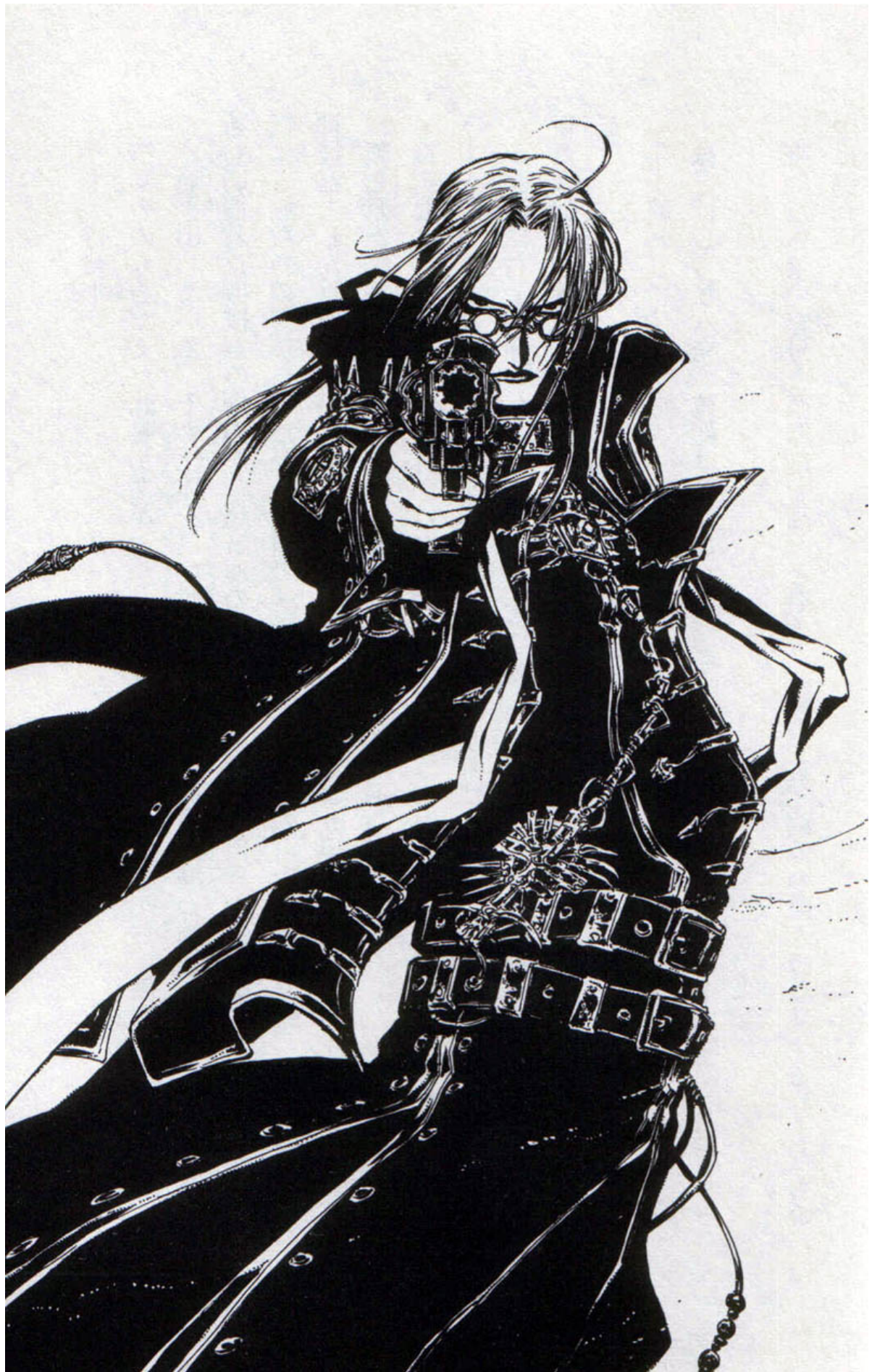
—De momento vamos a llevarla a un lugar seguro... —dijo Abel, apartando el rostro de los disparos y los gritos que llenaban la estancia mientras buscaba un sitio para transportarla—. Aquí puede ser que aún sufra más daño. Hay que encontrar una habitación más pequ...

—¡No escaparás, vampira!

Fue entonces cuando una desagradable voz mecánica de eco metálico resonó por la sala. Sobre sus cabezas se cernía una sombra funesta. Era el exoesqueleto que, una vez recuperado por fin el equilibrio, los amenazaba a gritos entre los chirridos de su sierra eléctrica.

—¡Moriréis!

—Aparta.



Abel permaneció sereno ante el brillo tenebroso de la sierra eléctrica. Apartó a un lado a Esther, que seguía abrazada a la methuselah, y se arregló el puente de las gafas.

—Si no nos dejas, te arrepentirás... Me voy a enfadar mucho.

—¿Que te vas a enfadar? ¿Y a mí qué?

El exoesqueleto rió con sequedad y miró los fríos ojos del sacerdote. Activó la sierra eléctrica y la preparó para atacar.

—¡Os voy a hacer trizas a los tres a la vez! ¡Moriréis retorciéndoos!

—¿Retorciéndonos? Cuidado no seas tú quien se retuerza...

Abel seguía tranquilo frente al estruendo del arma que blandía su enemigo. Levantó el revólver y gritó con voz clara:

—Ya te he avisado... ¡Me voy a enfadar!

Una explosión resonó del fragor de la sierra eléctrica. Abel vació el cargador completo de su revólver en rápida sucesión de disparos. De todos modos, enfrentarse a un exoesqueleto con un anticuado revólver de repetición era bastante ridículo. La armadura del soldado mecanizado estaba preparada para resistir el impacto directo de proyectiles antitanque, de modo que unas balas de revólver teóricamente no podían hacerle nada, pero...

—¡I..., imposible!

Cuando resonó el grito incrédulo del soldado, el líquido de transmisión ya fluía como la sangre por todo el exoesqueleto. Lo que tenía clavado por todos lados eran pequeñas piezas de acero. Las balas del revólver habían impactado en la sierra metálica, haciendo saltar los dientes como un látigo supersónico contra su propio dueño. Ser capaz de acertar el punto exacto al que apuntar en una sierra eléctrica en movimiento era casi digno de milagro. Antes de darse cuenta de lo que había ocurrido, el exoesqueleto retrocedió tambaleándose, abierto desde el hombro derecho hasta la pierna izquierda.

El soldado intentó, a la desesperada, evitar que el exoesqueleto cayera hecho pedazos, pero el sacerdote canoso ya había contado con ello.

Con un leve movimiento de la mano derecha recargó el arma como por arte de magia y apuntó con pulso firme hacia la articulación de la rodilla.

—¡Éste es tu fin!

Los seis disparos dieron de lleno en el blanco y esa vez la articulación quedó completamente destruida.

—¡!

Entre gritos de ira y chorros de líquido de transmisión, el exoesqueleto cayó en medio del grupo de soldados.

—¿¡Por qué!? ¿¡Por quééé!?

El grito que resonó por la sala había perdido toda traza de soberbia. D'Annunzio se había quedado petrificado, pálido como si estuviera teniendo un sueño. O, mejor dicho, una pesadilla.

Tres hombres habían bastado para hacer trizas a la flor y nata de su Guardia. Y no sólo eran sus tropas las que habían sido destruidas. Los mismos planes que había preparado cuidadosamente estaban a punto de desvanecerse. Unos minutos antes todo marchaba según lo previsto, pero, de repente, la gloria a la que había consagrado ocho años de planificación se desmoronaba ante sus ojos.

—No. No puede ser... ¡Esto no puede acabar así!

D'Annunzio tenía muchos defectos, pero el ser derrotista no era uno de ellos.

Sus ojos inyectados en sangre, se fijaron en una puerta metálica que había en la pared. El ascensor general estaba bloqueado por Gunslinger. El Ruinante le cerraba el paso a la escalera. Pero el montacargas... Dejando a su suerte a los soldados que combatían por él, el arzobispo retrocedió lentamente, hasta que tuvo el montacargas a su alcance, y apretó el botón de llamada. Con un ruido sordo, la maquinaria se puso en movimiento.

Después de fallar en su intento de asesinar al Papa, lo mejor sería esfumarse por un tiempo. Se escondería en algún lugar hasta que los ánimos se hubieran calmado. Mientras tanto, pondría en marcha a sus aliados dentro del Vaticano para que le concedieran una amnistía. Para Roma, la traición de un arzobispo tampoco sería un escándalo que estarían demasiado dispuestos a hacer público...

—¡Arzobispo D'Annunzio!

Una voz llena de odio e ira hizo que el arzobispo volvería en sí. Al levantar la vista se encontró de cara con un cañón de escopeta que le apuntaba.

Frente a D'Annunzio, que la miraba con un rostro desesperado, la muchacha pelirroja gritó:

—¿¡Adónde pensáis huir!? ¿¡De verdad creéis que os vamos a dejar escapar así como así después de todo lo que habéis perpetrado!?

—Es un ma..., un malentendido, Esther. Todo es un malentendido... —intentó decir con dificultad el arzobispo, que miraba aterrorizado a la monja y la muchacha morena a la que abrazaba el sacerdote—. Yo no quería hacerte daño. Sólo quería dar un escarmiento a los hijos del antiguo Papa, pero nunca quise hacerte daño... ¡De verdad!

—Pero ¿admites haber querido matarnos a nosotros?

Aquella voz helada como el acero no era la de Esther. Al seguirla con la mirada, el arzobispo se encontró con la mirada gélida de la hermosa mujer envuelta en un hábito ensangrentado. Mientras sostenía al adolescente, que por fin se había despertado, la cardenal le miraba desde el fondo de su monóculo.



—Es una pena, D'Annunzio... No sabes cuánto me has decepcionado...

Las palabras de Caterina sonaron como una sentencia de muerte. Detrás de ella, los últimos soldados huían como podían de la sala. Temblando, D'Annunzio apartó la mirada de la cardenal y su hermano, y bajó la cabeza como si finalmente hubiera comprendido su derrota.

Con un ruido metálico casi solemne, una voz serena se extendió por la sala.

—Bueno, es hora de poner punto y final a esto...

Las puertas del montacargas, que había llegado justo en ese momento al subterráneo, se abrieron entonces. Desde su interior se oyó una voz masculina, amplificada por un altavoz. Antes de que se hubiera extinguido su eco, una figura gigantesca salió del montacargas, ligeramente agachada para no golpearse la cabeza con el techo.

Era un exoesqueleto de color tostado, como de sangre seca, que anunció con tono flemático:

—Al habla la Inquisición. Tirad todos las armas.

—¿¡He..., hermano Mateo!?

El grito incrédulo salió de Petros, que se detuvo en seco a media persecución de los soldados supervivientes. Al ver el exoesqueleto y los hombres de uniforme negro que le acompañaban se quedó estupefacto.

—¿¡Qué hacen aquí el *Uriel* y la policía especial!? ¿¡No estabais en misión de búsqueda por la ciudad!?

—¡Qué llegada más oportuna! ¡Ayudadme, hermano Mateo!

Una voz desesperada interrumpió las preguntas de Petros. D'Annunzio, que parecía a punto de desmayarse ante la escopeta de Esther, se abalanzó sobre el exoesqueleto como una liebre en fuga y le pidió, lloriqueando:

—¡Ha venido la vampira para asesinar al Papa! Y no ha venido sola. La Santa y la cardenal Sforza están confabulados con ella...

—¡Que no te engañe, hermano Mateo! —intervino Caterina, con voz cortante, en réplica al discurso teatral del arzobispo ante los ojos brillantes del Uriel y los cañones de las armas de los policías especiales—. ¡Quien ha querido atentar contra la vida de Su Santidad ha sido él! ¡Detenedlo inmediatamente!

—¡Mentira! ¡Hermano Mateo, es la cardenal Sforza quien está detrás de todo esto!

Si dejaba que le ganaran la batalla retórica estaba perdido, pero si lograba ponerse a la Inquisición de su lado... El exoesqueleto permanecía en silencio, como dudando, cuando D'Annunzio le apeló con voz aún más dramática:

—¡Mirad! Esther Blanchett y la vampira... ¿¡Acaso no es eso prueba suficiente!? ¡Sforza ha usado a su subordinada para infiltrar y asesinar al Papa!

—Ya, como pone en vuestro guión...

La voz que salió de los altavoces del Uriel tenía un eco de emoción, pero en seguida se convirtió en una risotada al mismo tiempo que apuntaba con sus lanzarrayos al arzobispo.

—Lo siento, excelencia, pero tengo que deteneros. Sois sospechoso del intento de asesinato de Su Santidad y la cardenal. Sospechoso de traición. Hace una media hora hemos detenido al teniente Dobó y nos ha contado un par de cosas.

—¡!

D'Annunzio palideció, pero no fue por efecto de las palabras de Mateo, sino por haber descubierto a la figura que acompañaba a los policías especiales. El uniforme gris azulado estaba manchado de sangre y el rostro hinchado era casi irreconocible, pero no había duda de que se trataba del subordinado que había mandado al hotel Csillag. El arzobispo se tambaleó sin fuerzas ante las acusaciones que llovían sobre él.

—Además, hace dos días que estamos interceptando vuestras comunicaciones. Todas vuestras órdenes a la Guardia han sido decodificadas y enviadas al cardenal Medici. La Inquisición está a punto de enviar una citación formal a juicio. Si me hacéis el favor de esperar un poco...

—¡Ma..., Ma..., Mateo! ¡Me has engañado!

El alarido histérico pareció romperle la voz. Arrancándose los cabellos como un demonio enloquecido, D'Annunzio vociferaba:

—¡Ha sido idea de Francesco!, ¿verdad? ¡Sospechaba de mí desde el principio, pero me ha hecho el juego para destruirme!

—Es que era una oportunidad demasiado buena...

En contraste con la enajenación del arzobispo, la voz del inquisidor era serena, pero tenía un poso de malicia. Bajo su superficie cortés, había un eco de mofa cruel.

—En resumen, excelencia, vuestro guión era una historia demasiado trillada... Llevadlo arriba.

Mateo cerró el diálogo e indicó a los policías especiales que detuvieran a D'Annunzio. Los hombres de uniforme negro rodearon al arzobispo enloquecido y le esposaron sin piedad. No estaba claro cuál sería el veredicto concreto del cónclave cardenalicio de Roma, pero el intento de asesinato del Papa era el mayor delito que existía. Era probable que le esperara un destino infinitamente peor que la muerte.



—Shahra, huyamos... —susurró una figura, observando cómo se llevaban al arzobispo esposado.

Aún apoyada en el sacerdote, Esther se había dirigido a la methuselah. Al otro lado de la sala, la policía especial estaba desarmando a los soldados supervivientes. Después de las bajas que habían sufrido a manos de Tres y Petros, no tenían ninguna moral para enfrentarse a un nuevo enemigo y se rendían sin resistencia.

La detención del arzobispo significaba que el Papa y la cardenal se habían salvado. Apparentemente todo había acabado bien, pero no era así... Si no hacían nada, Shahra también sería detenida y estaba muy claro lo que les pasaba a los vampiros que caían en manos del Vaticano.

—Yo os acompañaré... Huyamos deprisa u os matarán —explicó Esther rápidamente.

Abel pareció ir a decir algo, pero la monja le detuvo con la mirada.

—Tienes razón...

Al contrario que su compañera, Shahrazad parecía muy tranquila. Se había quedado pálida por la pérdida de sangre, pero su expresión tenía de nuevo la serenidad que la caracterizaba, mientras observaba la derrota de D'Annunzio y los suspiros de tranquilidad de la cardenal y su hermano.

¿Le habrían afectado las heridas a la capacidad de reacción? Esther le tomó la mano para ayudarla a levantarse.

—¡No tenemos tiempo que perder! Deprisa, podéis apoyaros en mí, pero... Shahra, ¿jadónde vais!?

El grito de Esther llegó demasiado tarde. Cuando quiso agarrar a su amiga, la muchacha morena ya se había puesto en pie y había echado a andar a grandes pasos. Como si no hubiera visto a los inquisidores y la policía especial, se dirigió directamente hacia el adolescente de hábito blanco.

—Buenas tardes... Vos sois el Papa, ¿verdad?

Desde el ataque en el teatro de la Ópera, el rostro de la methuselah había sido ampliamente difundido, pero la seguridad con la que la muchacha se le acercó hizo que ni los policías ni la cardenal se pararan a detenerla. Entre miradas de estupefacción, Shahrazad abrazó al Papa, que no parecía entender lo que estaba pasando. Cuando Caterina, que estaba hablando con los inquisidores, se dio cuenta y se giró, la muchacha se había puesto detrás del Pontífice, usándolo como escudo. Poniendo uno de sus guantes plateados a Alessandro entre las cejas, la methuselah se dirigió a su amiga:

—Esther, tienes razón... —dijo—. Me matarán. Por eso..., antes, mataré al Papa.

## V

—¿Eh?

Esther se dio cuenta de que probablemente tenía la boca abierta de la sorpresa, pero no se veía capaz ni de cambiar de expresión. Mirando a su amiga con cara llorosa, le preguntó con voz ronca:

—Pe..., pero ¿qué estáis diciendo, Shahra? No es el momento para bromas...

—Claro. Pero es que esto no es ninguna broma, Esther.

La methuselah hablaba en voz baja, con los ojos completamente serenos. Sin apartar el guante del adolescente, que seguía sin entender lo que ocurría, repitió, cortando una a una las palabras:

—Voy a matar al Papa.

—¡Un momento, Shahrazad!

Una voz interrumpió, entonces, el diálogo. Abel se había quedado igual de sorprendido que el resto ante el comportamiento de la methuselah, pero por fin pareció volver en sí.

—Tranquila. Tranquila... Empecemos por apartar la mano de la frente del Papa...

—¡Tú no te metas, terrano!

Shahrazad ni siquiera se giró, pero un gesto de la mano fue suficiente para enviar volando a Abel. Y no sólo a él. La onda de fuerza que produjo el brazo de plata, que convirtió el aire en un puño inmenso, fue suficiente para abatir a todos los que rodeaban al Pontífice.

—¡E..., eminencia! ¡Padre!

—¡No te muevas, Esther! ¡Ni vosotros, terranos!

El grito hizo que se detuvieran en seco los policías que quedaban en pie y Esther, que instintivamente se había acercado hacia a Abel y Caterina para comprobar que estaban bien. Con la mano derecha fija sobre el Papa, Shahrazad gritó con tono maligno:

—Esther, ven aquí. El resto, quietos... Si os movéis morirán el Papa y la Santa.

—Alto todos, esperad instrucciones —ordenó el hermano Mateo a sus hombres.

A su lado, Tres Iqus levantó decidido sus armas, pero el inquisidor le detuvo, abalanzándose sobre él.

—¡Alto he dicho, padre tres! ¡Pensad en la seguridad del Papa!

Observando con el rabillo del ojo los movimientos de inquisidores y agentes, Esther se acercó con los pies a rastras hacia la methuselah y le preguntó con voz temblorosa:

—¡Sha..., Shahra! ¿¡Qué significa esto!? ¿¡Os dais cuenta de lo que estáis haciendo!?

—Perfectamente, Esther..., perfectamente —respondió Shahrazad, con una sonrisa ensangrentada—. Yo ya no me puedo salvar... Sé muy bien lo que le está ocurriendo a mi cuerpo. Al menos me iré habiéndome vengado de vosotros, estúpidos terranos.

—Pero... venganza...

¿La Shahrazad dulce que había conocido había sido sólo un cruel engaño?

<<Si pudiera, querría volver a nacer y ser terrana.>>

<<Estoy muy contenta de haberos conocido a todos. Sólo es eso. Esther, os quiero mucho. No lo olvidéis.>>

¿Todo aquello...?

—¿¡Todo ha sido mentira!?

—...

La pregunta desesperada de Esther sólo encontró como respuesta una leve sonrisa. Los labios, que casi había perdido todo el color, le respondieron con voz débil:

—Yo soy vampira, tú eres humana... Yo te he utilizado. Eso es todo.

—¡No! ¡No puede ser! ¡No! ¡Tú eres capaz de hacer algo así! —gritó Esther, abatida.

Aquello no era posible. Había algo que no cuadraba. Había algún error... ¡Shahrazad nunca le haría algo así! Entonces... ¿por qué estaba sucediendo aquéllo?

En su turbación, la muchacha oyó una voz, limpia como la de un ángel.

—Dispárame, Esther.

Era demasiado débil para ser una orden, pero demasiado enérgica para ser una súplica. Esther levantó la mirada hacia ella.

—Tienes que dispararme, Esther.

Los ojos asombrados de la monja se encontraron con una sonrisa tan noble que provocaba pavor. Escudándose en el Papa, Shahrazad le hablaba débilmente:

—Gracias por todo lo que has hecho por mí... Pero esto es el final. Dispárame, deprisa.

—¡Pero ¿qué decís, Shahra?! —preguntó Esther, sin comprender las intenciones de su amiga—. ¡No os desesperéis! ¡Aún podemos salvaros! ¡Os sacaré de aquí! ¡Os...!

—Si no me disparas, mataré al Papa... ¿Lo harás ahora?

—¿¡!?

Ante la mirada confusa de la monja, Shahrazad empezó a hacer fuerza con la mano que tenía posada sobre el Pontífice adolescente. Alargando la otra mano hacia su amiga, dijo con expresión dura:

—Si le mato, los terranos querrán vengarse de los methuselah. Eso provocará muchísimas muertes en ambos bandos. ¿Es eso lo que quieres, Esther?

—Shahra... —gimió en vano Esther.

No había duda de que si Shahrazad le hacía algo al Papa, la humanidad lanzaría una cruzada para vengarle. Estaba claro que correría mucha sangre y se perderían muchas vidas valiosas.

—Además, ya que no tengo escapatoria... Esther, mátame tú. Así serás la Santa... La Santa que mató a la vampira.

La methuselah se dirigía a ella como si fuera su hermana menor, con dulzura pero con decisión.

—¡!

Shahrazad tenía el rostro blanco como la nieve, pero Esther se puso aún más blanca mientras la escuchaba. Jadeando violentamente como si le hubieran parado los pulmones, sólo logró decir:

—¡No...! ¡No digáis tonterías!

La escopeta estaba a punto de escurrírsele entre los dedos.

¡Shahrazad quería sacrificarse! Para salvarla a ella... Para salvar a la Santa, ¡estaba dispuesta a morir como una vampira diabólica!

—¡Si para ser Santa tengo que mataros, prefiero que me lleve a la hoguera la Inquisición! ¡Si la alternativa es asesinaros, prefiero morir yo como bruja!

—¡Esther!

La voz era demasiado débil como para poder considerarse un reproche, pero golpeó a la monja en los tímpanos como un látigo.

Como resignándose a la derrota, Esther sacó el dedo del gatillo y dijo con voz dolorida:

—No, no puedo... No puedo dispararos.

—Esther...

Sus súplicas no habían recibido respuesta, pero Shahrazad sonrió.

Esther no olvidaría nunca la sonrisa de aquella <<enemiga de la humanidad>>.

Si en aquel mundo maldito existían de verdad las santas, la muchacha morena que tenía delante era una de ellas. Tal era la pureza de su sonrisa.

—Gracias, amiga...

Incluso siguió sonriendo después de que resonara la detonación.

—¿¡Shahra!?

Al ver el brazo de plata que se había alargado hasta la escopeta humeante que portaba, Esther se quedó sin palabras. La bala de plata que había salido disparada había alcanzado a la methuselah a la altura del pecho izquierdo. La mano que había apretado el gatillo empezó a perder fuerza, y

la muchacha morena se desplomó como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas.

—¡Shahra! ¡No, Shahra!

Esther se desmoronó como si fuera ella la que hubiera recibido un disparo. Agarró la mano de su amiga y gimió entre la desolación y la ira:

—Os salvaremos... ¡Os salvaremos!

—Gracias..., pero es imposible...

No parecía sentir ya ningún dolor. Cerrando lentamente los párpados, la methuselah parecía serena, como si por fin pudiera descansar. No mostraba miedo a la muerte ni apego a la vida. Su expresión era satisfecha, como si hubiera logrado completar lo que se había propuesto...

—Perdóname, Esther... Te he hecho hacer... un trabajo desagradable, al final... —sonrió la aristócrata, hablando con voz apenas audible—. Pero así serás la Santa... La Santa que mató a la vampira...

—¡Basta!

Ninguna maldición habría sonado más estremecedora que aquel grito. Tapándose los oídos con las manos, Esther negaba violentamente con la cabeza.

—¡No! ¡Yo no soy la Santa! ¡Yo no quiero ser Santa!

—No, sí que lo eres... Tienes que serlo... Lo sabes, ¿verdad?

La methuselah sonrió para animar a su amiga. Mirando a la monja y al adolescente que había a su lado, susurró como para sí:

—Si podemos... Vivir juntos en armonía..., eso será...

Los ojos se le habían cerrado casi completamente, pero Shahrazad daba la impresión de estar viendo hasta el futuro lejano y le hablaba, no a la amiga que tenía arrodillada enfrente, sino a la Santa que veía en ella.

—Sí, serás la Santa... Estoy segura...

—¿Shahra?

Cuando su amiga se quedó en silencio, Esther la zarandeó, pero la luz ya había abandonado su mirada y sus labios habían perdido la palabra para la eternidad. De todos modos, Esther repitió su nombre como si quisiera aún retener su espíritu.

—¿Estáis bien, hermana Esther?

La voz era cortés, pero con un eco gélido.

Al girarse, se encontró con un hombre de ojos afilados acompañado de dos policías especiales. Con expresión solícita, el hermano Mateo le dijo:

—Ha sido un disparo magnífico... ¿Os ha herido el monstruo?

Algo se hizo pedazos en el interior de la monja al oír aquellas palabras. ¿Quién será el monstruo? Esther intentó levantarse con cara de tener náuseas.

Sin embargo, de repente, se le apareció en la mente el rostro de su amiga.

<<Tienes que ser la Santa.>> Eran las últimas palabras que le había dejado Shahrazad.

—...

—¿Estáis bien, Santa? —preguntó de nuevo el inquisidor, ante el silencio de Esther.

La muchacha se dio la vuelta y se encontró con la mirada fría del hermano Mateo. Probablemente él no había oído las últimas palabras de su amiga.

—¿Os encontráis mal? ¿Queréis que llame a una camilla?

—No, no hace falta... Ocupaos de Su Santidad... y del cadáver...

Esther soltó la mano de la methuselah con expresión de tremendo cansancio. Mientras hundía la cabeza para que nadie le viera el rostro, se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Yo... he acabado... con esta vampira...

## Epílogo

### EL CAMINO DE LA SANTA

Y pondré vuestros cuerpos muertos sobre  
los cuerpos muertos de vuestros ídolos.

Levítico 26,30

El sol también se puso aquel día.

La superficie del río brillaba con tonos dorados y reflejaba luces de la ciudad, que se habían ido encendiendo a medida que las sombras descendían sobre ella.

La ceremonia de conmemoración de los caídos había concluido el día anterior entre fervorosas oraciones, pero la emoción del acto aún se veía en los rostros de los ciudadanos que paseaban con expresión absorta por las calles.

—Dicen que el arzobispo D'Annunzio murió anoche... —comentó con aire despreocupado la hermosa mujer que miraba por la ventana.

El crepúsculo teñía István de tonos anaranjados mientras la dama hablaba con los dos sacerdotes.

—Parece que se envenenó durante el traslado a Roma. Cuando el hermano Mateo lo descubrió ya era demasiado tarde... Supongo que tenemos que alegrarnos de ello. Para Roma era un gran problema hacerse cargo de él.

—Si los medios hubieran descubierto que el arzobispo había conspirado para asesinar a Su Santidad, el escándalo habría sido desproporcionado —intervino el pequeño sacerdote, analizando la situación con voz monótona—. Las posibilidades de que haya sido la Inquisición quien se haya deshecho del arzobispo durante el viaje son muy altas.

Caterina tosió ligeramente en su pañuelo.

—Estoy de acuerdo, padre Tres. Muy probablemente haya sido mi hermano quien haya ordenado su muerte.

La cardenal asintió ante las palabras de su subordinado. Dejó resbalar la mirada hacia el otro sacerdote, que permanecía en estricto silencio, y tomó el periódico que había sobre la mesa.



—Imagino que los medios dirán que el arzobispo fue asesinado durante el ataque vampiro. Que murió mártir por defender al Papa y a la Santa... El consejo cardenalicio ya ha dado su aprobación a la historia.

Caterina lanzó hacia el periódico una mirada sin fuerzas.

<<¡La Santa está viva!>> Los titulares bailaban sobre la portada en tipografías llamativas. Todas las primeras páginas estaban cubiertas por artículos informando del caso, adornados por imágenes de una Esther de sonrisa forzada sobre el pie de foto: <<La Santa de István>>.

Dos días antes, cuando se informó del ataque vampiro, la ciudad se estremeció. Sin embargo, las noticias tomaron en seguida un cariz más esperanzador. La vampira había sido abatida y, además, había sido la Santa vuelta a la vida quien había logrado la gesta. Los rumores oscuros se tornaron gritos de júbilo por toda István.

Después, se dijo que el anuncio de la muerte de la Santa había sido una maniobra para distraer a la vampira mientras Esther se preparaba para luchar contra ella. El heroísmo de la joven al defender al Papa y la cardenal y acabar con la malvada vampira no había tenido efecto sólo sobre los ciudadanos de István, sino sobre toda la humanidad, gracias a los informes de los medios que se habían reunido en la ciudad para cubrir la ceremonia. Ya hacía dos días del suceso, pero el fervor no sólo no disminuía, sino que incluso parecía hacerse más vivo cada día. Pronto la Santa se convertiría en la propia imagen del Vaticano.

—Desde Roma han llegado instrucciones de reforzar la protección de la hermana Esther. Ahora que se ha convertido en una persona de fama internacional, necesitará unas medidas de seguridad casi del nivel de Su Santidad —murmuró Caterina como para sí misma, sin apartar la mirada del periódico.

Su rostro blanco, que parecía hecho de la más noble porcelana, permanecía inexpresivo, pero su voz se dirigió al silencioso sacerdote.

—Tendremos que ocuparnos de organizar un equipo de escolta adecuado pero, de momento, encargaos vos de la protección de la Santa, Abel.

La cardenal dobló cuidadosamente el periódico y lo posó de nuevo sobre la mesa. A la vez que evitaba mirar al sacerdote canoso, añadió:

—A partir de ahora tendrá una labor muy importante que hacer como rostro del Vaticano. Sé que os dará mucho trabajo, pero, por favor, encargaos de que no se vea envuelta en ningún lío. De momento, contactad con el Ministerio de información y ocupaos de que los medios no se le echen encima.

—¿Puedo hacer una pregunta, Caterina?

La voz que interrumpió las instrucciones mecánicas de la cardenal era muy serena, incluso demasiado. El sacerdote canoso se arregló el

puede de las gafas y, con la voz menos emocionada de que fue capaz, continuó:

—Os pedí, por favor, que me informaraís del paradero de Esther tan pronto como tuviéramos noticias suyas, pero enviasteis a Tres y Mónica a buscarla sin decirme nada... ¿Por qué? ¿Acaso os olvidasteis de avisarme?

—...

Un largo silencio fue la única respuesta de la cardenal. Su rostro gélido no mostró ni el menor rastro de emoción. El ruido de las agujas del reloj de pared se extendía por toda la estancia como si fueran los propios latidos de la hermosa mujer.

Sus órdenes habían sido las correctas. Caterina no lo dudaba.

Finalmente, todo había acabado bien, pero cuando había tenido que tomar su decisión, la existencia de Esther Blanchett tenía implicaciones terribles para ella y para todo el Vaticano. Después de todo, la Santa estaba actuando conjuntamente con una vampira. Si los medios se hubieran oído algo de ello, el Vaticano habría recibido un golpe terrible en su autoridad moral. Tomar medidas drásticas para evitarlo había sido la única decisión correcta. Pero de todos modos había algo que le impedía explicárselo así a su subordinado.

—¿Por qué no me respondéis, Caterina? —preguntó de nuevo el sacerdote, al ver cómo la cardenal dudaba.

La hermosa mujer mantenía el rostro en un ángulo cuidadosamente calculado para no tener que mirarle a la cara, pero que no pareciera que le daba la espalda.

—Caterina, no quiero ni pensar que lo que estoy sospechando pueda ser cierto, pero...

—Recibimos noticias del paradero de Esther Blanchett justo antes de que nos encontráramos en el hotel, padre Nightroad.

En vez de la hermosa mujer, fue una voz monótona la que le respondió. De cara a su superiora, el padre Tres buscó a su compañero con la mirada mientras explicaba:

—Es cierto que deberíamos habérselo comunicado, pero no hubo tiempo. No pudimos avisar ni siquiera a la duquesa de Milán..., Asumo toda la responsabilidad por mis decisiones. Os pido disculpas si mis acciones os causaron algún mal, padre Nightroad.

—¿Es eso cierto, Caterina?

Abel ni siquiera se giró hacia su compañero. Con la mirada fija en su superiora, siguió preguntando como si intentara desesperadamente aferrarse a algo.

—¿Es como dice el padre Tres? ¿Fue sólo un problema de comunicación? ¿No decidisteis deshaceros de Esther entonces?

—Sí, es como dice el padre Tres... —respondió serenamente la cardenal ante la mirada suplicante de Abel.

Seguía sin mirarle a los ojos, pero su voz tenía la dulzura de siempre.

—El padre Tres no pudo contactar conmigo entonces... Si lo hubiera sabido, os habría avisado de inmediato para que vos también pudierais ir, Abel.

—¡Ah...!

Abel asintió como aliviado, pero en el fondo de su mirada a Caterina le pareció adivinar la presencia de una luz fría. ¿O era quizá sólo la sombra de sus propios remordimientos?

Antes de que la cardenal pudiera responderse a sí misma, Abel recuperó su expresión habitual.

—Bueno, pues entonces, iré a ver a Esther.

El sacerdote se dio la vuelta con aire casi despreocupado y echó a andar hacia la puerta. En su voz no se apreciaba ni el eco del tono acusador que había empleado antes con su superiora.

—Tengo que ir rápidamente a protegerla, antes de que los medios se entrometan. A ver, a ver, a estas horas estará en...

—¡Ah...! ¿Abel?

A la espalda del sacerdote, que parloteaba solo como era típico en él, resonó la voz de Caterina. Abel se dio la vuelta con lentitud, pero la hermosa mujer pareció dudar, como si no hubiera preparado lo que quería decirle.

—¿Eh...? ¿De qué se trata?

En sus ojos del color de un lago invernal no había ni rastro del frío de antes. El sacerdote miraba con calidez a la mujer que había sido su superiora y su amiga durante más de diez años.

—¿Qué ocurre?

—¡Ah...! Nada. No es nada.

Caterina no se sintió capaz de devolverle la mirada. Fingió leer el periódico y dijo entrecortadamente:

—No... Nada... Perdóname. Id a ver a Esther. Id con cuidado.

—Gracias, Caterina.

Abel se quedó un poco extrañado ante la actitud de su superiora, pero le sonrió con dulzura y, después de hacer una leve reverencia, se dio la vuelta de nuevo y desapareció por la puerta.

—...

Hasta que la figura de su subordinado hubo desaparecido por el pasillo, Caterina no se movió.

Era el Abel dulce de siempre. Siempre atento con todos. Incluso ante quien le había traicionado. Incluso ante quien le había hecho daño. Desde que se conocían, Caterina le había visto en muchos casos parecidos.

Aunque no mostraba su propio dolor, era un hombre extremadamente sensible al dolor ajeno. Y ella había sido capaz de hacerle aquello...

—Espero instrucciones respecto al caso de la hermana Mónica.

—¿Eh?

Aquella voz monótona despertó a Caterina de sus cavilaciones y le hizo levantar la mirada. El padre Tres, extrañado de ver a su superiora tan absorta, la miraba a la espera de sus palabras.

—¿No habéis oído mi solicitud? Recomendando una visita médica para diagnosticar posibles lesiones.

—¿Eh? No, no pasa nada. Lo siento... A ver, el caso de la hermana Mónica... Según el informe médico no tiene más que unos huesos rotos...

Caterina empezó a responder a su subordinado, pero, de repente, se le cortó la voz. No era que se hubiera quedado sin saber qué decir. Súbitamente, había notado cómo algo ardiente le subía desde el pecho y le bloqueaba las vías respiratorias. La nariz se le llenó de un hedor metálico y la hermosa mujer tosió con más violencia que nunca...

—¿¡Eminencia!?

La voz del soldado mecánico no podía mostrar emociones, pero había en ella un eco de desconcierto.

Antes de darse cuenta de lo que ocurría, a Caterina se le nubló la vista. Al llevarse de forma instintiva la mano al cuello, sintió el tacto de un líquido cálido y se dobló sobre la mesa.

—¡¡¡Eminencia!!! ¡Que alguien llame a un médico! ¡Deprisa!

La cardenal oía los gritos a su alrededor como si vinieran de un mundo lejano. Sentía cómo el pecho le ardía, pero en las manos y los pies notaba un frío extraño. Era como si la vida le abandonara las extremidades. La noche aún no había caído, pero sus ojos no veían más que oscuridad.

Entre las sombras, alguien susurró:

—Abel, para ti no soy más que...

Aquella voz fue lo último que oyó Caterina antes de perder la conciencia.

—Santa Esther... —murmuró la monja ante la lápida recién erigida.

Después de que la catedral de István se convirtiera en la sede del arzobispado, el cementerio municipal también se había trasladado allí. En aquel cementerio que daba a las ruinas de la catedral de San Matyás había poca gente enterrada y prácticamente ningún visitante.

Aquellas dos lápidas estaban puestas en un rincón casi como si quisieran escapar de la mirada de los curiosos. Una era muy nueva, la otra más antigua. Ambas compartían una extraña peculiaridad: la piedra arenisca blanca no llevaba el nombre de la persona enterrada debajo.

También las unía el hecho de que ambas tenían un ramo de rosas invernales posado encima.

—La última vez que vine me hice muchas preguntas. ¿Por qué tuvo que morir mi familia? ¿Por qué tuve que luchar para sobrevivir? ¿Por qué tuve que mancharme las manos de sangre? Quería encontrar respuestas a todo.

Arrodillada ante las lápidas, la monja murmuraba para sí misma.

A lo lejos, el cielo del crepúsculo brillaba con un tono dorado. La muchacha que amaba aquel paisaje ya no estaba en ese mundo, pero igualmente el sol se ponía con una belleza casi cruel. Mirando hacia el cielo, la monja dejó sobre las tumbas el periódico que llevaba doblado en la mano y siguió hablándoles a aquellos que allí descansaban.

—La verdad es que aún no entiendo este mundo. ¿Por qué tenemos que matarnos unos a otros? No lo entiendo en absoluto. Sólo sé una cosa: que seguir así no es lo correcto.

La voz le temblaba ligeramente. ¿Sería por el frío del crepúsculo? Los ojos de la muchacha brillaban con fuerza, como si en ellos estuviera esculpido su propio destino.

—Por eso, Shahra..., me convertiré en la Santa.

Esther se puso de pie, mirando la foto de la Santa que adornaba el periódico como si fuera la de una antigua enemiga, y les susurró a las tumbas:

—Sí, me convertiré en la Santa... y arreglaré esos errores. Por favor, cuidadme desde aquí.



—La Santa sale de nuevo de peregrinación...

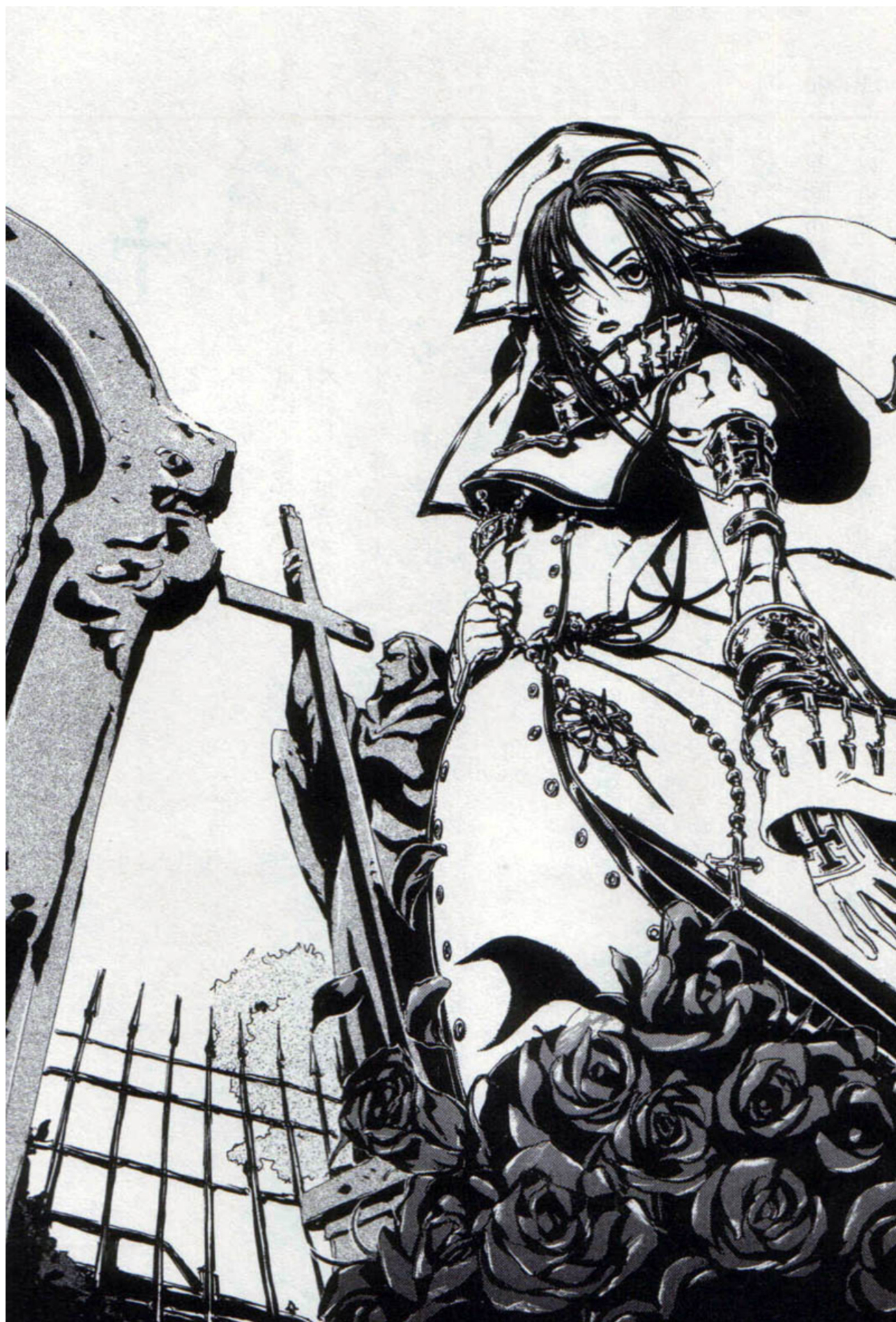
El sol poniente teñía el cementerio de tonos anaranjados.

Mientras observaba a la muchacha a través de los cristales tintados de la limusina, el caballero de traje negro sacó una botella de vino. El Egri Bikavér era un vino húngaro cuya producción el marqués Gyula había requisado para consumo propio, pero que después de la liberación no había vuelto al mercado. Una botella alcanzaba entre los coleccionistas precios astronómicos, pero el hombre se sirvió una copa como si nada.

—Salud. Que tengas buen viaje... Y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Mientras vaciaba la copa de un trago, la muchacha se giró y echó a andar de forma decidida entre la luz dorada del crepúsculo.





Con una expresión de beatitud, como si estuviera viendo una estampa religiosa, el hombre se dirigió al conductor del vehículo.

—A veces, el destino nos prepara encuentros espléndidos. La vida está llena de sorpresas y alegrías. ¿No te parece?

—...

Ante la pregunta del hombre, el joven sentado en el asiento del conductor sólo le respondió con una mirada por el retrovisor. Bajo los cabellos grises, tenía media cara vendada y uno de los ojos cubierto con una gasa blanca.

Tras devolver la mirada con satisfacción a aquellos ojos que le miraban con intensidad casi monstruosa, el caballero se sirvió otra copa de vino. Después de levantarla como para brindar con alguien invisible, se giró hacia la ventana y sonrió.

—Este viaje nos ha traído mucho más de lo que imaginábamos. Ya tengo muchas ganas de empezar la misión en Albión. ¿No estás impaciente, Guderian?

La risa satisfecha resonó el mismo tiempo que la limusina se ponía silenciosamente en marcha. Tras el velo del crepúsculo, sombras funestas se iban alejando y se oía el eco lejano del aullido de las bestias.

La noche caía de nuevo.



## Palabras del autor

¡Cuanto tiempo sin vernos! ¿Cómo estáis todos? Yo he pasado por una úlcera de estómago y diversas hemorragias nasales, pero por fin puedo presentaros ROM IV. No tengo palabras para expresar mi agradecimiento a mi ilustradora THORES Shibamoto, mi esforzado editor, la gente de la editorial Kadokaga y la imprenta, quienes trabajan en la sombra para que todo salga bien; y, por supuesto, a ti, que tienes ahora este libro en las manos. Muchas gracias a todos.

Como viene siendo habitual, esta vez también he sufrido mucho para cumplir los plazos. Hasta que se me desatascaron las ideas perdí mucho tiempo. El propio día en que se me acababa el plazo aún estaba mirando a la pantalla blanca del procesador de texto... Cuando uno está nervioso nunca salen bien las cosas. Incluso en momentos así, o, mejor dicho, precisamente en momentos así es cuando uno necesita distraerse.

Claro que si hay límites de tiempo, tampoco hay tantas opciones. Podía ir al cine (últimamente hay buenas películas francesas; os recomiendo *Amélie* y *Pacto de lobos*), hacer alguna figura de modelismo u ocuparme de mis peces tropicales. Pero no hay mejor distracción cuando uno necesita cambiar de aires que dar un paseo.

Mi casa en Tokio está justo al lado del río Kamogawa.

La orilla está bastante cuidada, no hay casi basura y el paisaje es hermoso. Es idóneo para pasear. Caminar sobre la tierra en vez de asfalto siempre es agradable y, cuando uno se cansa de andar, siempre se pueden mirar los partidos de futbito o tenis que juegan allí o charlar con la gente que pasea al perro. El fin de semana incluso se puede escuchar música, porque hay gente que va a la orilla a practicar con sus instrumentos en un sitio tranquilo donde no molesten a nadie. Hay quien toca instrumentos clásicos como la guitarra o la trompeta, flautas tradicionales japonesas o incluso instrumentos étnicos como la gaita o el tam-tam. Los instrumentos y los músicos son de todas partes del mundo. La verdad es que vale más lapena ir a allí que no a cualquier mal concierto.

Así es que senté en un banco y, con la música de fondo de un hurdy-gurdy, empecé a leer un libro y dejé que el tiempo se deshiciera poquito a poco. Cuando me di cuenta, el viento que soplaba en la orilla empezó a traer el aroma de la noche y las sombras de la gente que se apresuraba para volver a casa se proyectaban alargadas.

¡Ah, qué gran día! Tras librarme del peso que me oprimía el corazón, cerré el libro y me dispuse a volver, pensando en que me podía hacer para

cenar. Gracias al paseo había olvidado completamente lo que me preocupaba. Llegué a casa con una gran sensación de felicidad.

Pero... un momento. Hoy tenía algo importante que hacer...

Me había olvidado completamente del plazo de entrega.

Pálido, corrí hacia casa, encendí atolondradamente el ordenador y empecé a teclear como si me fuera la vida en ello. Mientras tanto, como tiene que ser, hice una llamada a la editorial para contarles una excusa.

Y así, después de este episodio, que no tiene nada de heroico ni de cultural, y gracias a las habilidades sobrehumanas de organización de mi editor y al genio de la maestro THORES Shibamoto, pudimos acabar más o menos el libro. La verdad es que los seres humanos podemos hacer cualquier cosa que nos propongamos..., me digo yo, pero la verdad es que me siento un poco avergonzado (T-T).

Espero que volvamos a vernos. ¡Hasta la próxima!